



Cascabeles

CRISTINA BROCCOS

Cascabeles

Cristina Brocos

Título: Cascabeles.

© Cristina Brocos

Corrección del texto: (Francisco Rodríguez Criado)

© Ilustración de portada: (Sol Taylor)

Edición personal para Amazon: Noviembre de 2018

Índice

PRIMERA PARTE:

LA COSTA DE LA MUERTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

SEGUNDA PARTE:

CHICAGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

PRIMERA PARTE:
LA COSTA DE LA MUERTE

Dejó el libro sobre el sofá y se metió de nuevo en la ducha en un inútil intento por eliminar de su cuerpo los terribles escalofríos que llegaban sin previo aviso y que la recorrían como una ola, una ola sin sal, una ola sin vida. En cuanto salió de debajo del chorro de agua caliente, volvieron al ataque, como si de un ejército agazapado se tratase, arrastrándola hasta el armario de la habitación, que abrió con prisa. Pero por más ropa que se puso, el frío allí seguía, en sus órganos, en su sangre, en sus huesos, formando ya parte de ella, formando ya parte de su cuerpo. Se acurrucó en el sofá y, ni media hora había pasado, cuando el calor abrasador despertó en su interior, obligándola a quitarse las prendas una a una, como si de una cebolla se tratara. La cara de su compañera de quimio volvió una vez más a su memoria. La imagen de aquella sonrisa pícara enmarcada en el divertido pañuelo que sus hijos le habían decorado la hizo sonreír, y sus palabras sonaron de nuevo en su cabeza como si de un mantra se tratara, un mantra que nunca habría deseado oír, pero que allí estaba, tan real como el frío y el calor que invadían su cuerpo y la atormentaban.

—¿Qué coño le meterán a esta mierda, que arrasa por donde pasa?

Sus mordaces palabras, apenas musitadas para que las amables enfermeras que por allí pululaban no la oyesen, eran lo único que habían conseguido arrancarle una sonrisa tras recibir la terrible noticia. Eso y el último *Gran Hermano*, el programa de televisión al que nunca había prestado la más mínima atención cuando su existencia era una vorágine de entradas y salidas, de planes y de fiestas, de viajes y de risas. Y es que cuando las cosas se ven desde diferente óptica, se ven distintas... Cuando una está atada a la cama de un hospital, cuando las visitas que comenzaron siendo abundantes se empiezan a espaciar en el tiempo, cuando el teléfono deja de sonar o ya no vibra, cuando la debilidad que siente tu cuerpo es tan grande que ni fuerzas tienes para sostener entre las manos un libro en el que evadirte de la realidad, en el que perderte, cuando conoces por primera vez a esa terrible compañera llamada *Soledad*, y vislumbras a lo lejos a esa otra llamada *Muerte*, la magia de la pequeña pantalla adquiere de repente una dimensión especial; que

alguien se mueva como tú quisieras moverte, que alguien se ría como tú quisieras reírte, que alguien se enfade con el mundo y con la vida y le grite con todas sus fuerzas como tú quisieras gritarle... Todo eso es de agradecer.

El programa había sido precisamente el motivo de su última ruptura sentimental, aunque sólo en apariencia, pues la causa real fue la palabra *cáncer*; la cara de aquel hombre al escucharla fue todo un poema, un poema que una nunca quisiera leer. La ruptura con su último amigo con derecho a roce, del que ni tan siquiera recordaba su rostro —lo cual daba muestra del poco impacto que su presencia había tenido en su vida—, se produjo cuando se carcajeó en su cara por ser “una de esas que disfrutan viendo la vida en directo”. Perdió muchos puntos a sus ojos cuando abrió la boca, tantos que en aquel preciso momento decidió terminar la relación, no sin antes darse el gusto de soltarle todo un alegato a favor de los llamados “programas basura”, haciendo para ello una crítica comparativa con el deporte favorito de él: el fútbol, esa gran hazaña que llevan a cabo unos hombres muy garbosos vestidos con calzoncillos y que, entre agarrones y palabrotas, intentan meter un esférico entre tres palos; y aunque el tema de “meter” es algo inherente al género masculino, el hecho de que aquel que suspiraba, se desgañitaba y vibraba por los colores que defendían once machotes como él, pero más forrados, se riese de ella... fue algo que le tocó la moral, y eso, unido a que tan pronto había llegado a su casa se había hecho con el mando a distancia de la tele para seguir el desenlace del encuentro de turno, y no lo soltaba, la hizo explotar; plantada ante el televisor, con las manos en las caderas y mirada iracunda, soltó por su boca todas las ventajas que tiene en las relaciones de pareja respetar los gustos ajenos y no criticarlos ni menospreciarlos, y, sin ningún tipo de cortapisas, dio rienda suelta a toda la rabia contenida durante siglos de evolución contra el género opuesto, mientras un hombre muy ofendido la miraba asombrado y cometía el terrible error de decir la última palabra preguntándole... si tenía la regla. Abrió la puerta de su casa y de su corazón, preguntándose en qué noche de borrachera se habría ligado a semejante espécimen, y el cavernícola salió a toda velocidad, gruñendo y maldiciendo en busca del bar más cercano donde ver el desenlace del encuentro. Ella cerró la puerta, suspiró profundamente, se tendió en el sofá, cogió el mando a distancia y volvió a sentirse la reina de su casa.

Colocó la cafetera sobre la vitro y miró su reloj: las cuatro de la madrugada; que una se prepare un café bien cargado a semejantes horas sólo puede significar algo malo, y por malo no me refiero al insomnio. Ochos

meses antes, su calendario había dejado de tener número y letras, convirtiéndose todos los días en un mismo día, todas las horas en un mismo tiempo, todos los lugares en un mismo espacio, y todo ello condensado en una sola realidad en la que lo único que cambiaba era lo que sentía su cuerpo. Los sentimientos autocompasivos la inundaron de nuevo —a veces no podía evitar refugiarse en ellos—, los apartó con rabia y con el café en la mano volvió al sofá y al libro que formaba parte de su lista de tareas pendientes antes de morir. ¿Le concedería la vida una prórroga para elaborar una nueva?

La araña era un libro extraño. Había llegado a sus manos por casualidad y la sinopsis la había atrapado:

LA ARAÑA

“La mayoría de la gente se pasa media vida intentando ocultar sus traumas, y la otra media buscándolos, para poder resolverlos. Por esa razón las salas de espera de los psicólogos están a reventar de los que, pasados los cuarenta, necesitan su ayuda para encontrarlos, pues en su afán por negar su existencia y perderlos de vista, los enterraron tan profundamente que no los encuentran, y, sin tener el más mínimo conocimiento de ingeniería, construyeron sobre ellos toda una vida, una vida que, naturalmente, se tambalea... Pero Paula, la protagonista de esta historia, no estaba entre la mayoría de la gente, pues desde su llegada a este mundo había mirado los traumas de frente, y, en la vida que le tocó en suerte, no escondió ninguno; los llevaba prendidos en la piel, los llevaba prendidos en el alma, los llevaba prendidos en el pelo. Cada vez que se miraba al espejo los veía y, de tanto verlos, les perdió el miedo. Y, siendo como era una mujer práctica, decidió que no emplearía sus energías y su tiempo en enterrarlos, sino en acabar con ellos... Y es que los traumas de Paula tenían nombre propio, tenían manos, tenían ojos, tenían boca, tenían sexo, y tenían... un corazón muy negro”.

La novela le mostró los entresijos que cruzan nuestras vidas, esos hilos invisibles que nos mueven de un lado a otro como simples marionetas en manos del destino, pequeños barquitos de papel navegando a la deriva y a merced de los elementos que nos dirigen, o más bien dominan. Su

protagonista, Paula, una mujer como otra cualquiera, que bien podría ser su vecina del tercero, esa muchacha que tenía unos preciosos ojos rasgados de pez y una mirada tan seria que parecía guardar en su interior todas las tristezas del mundo, se había convertido en asesina. Y aunque se repetía que matar no estaba bien, no había podido evitar empatizar desde el primer momento con ella, comprender los sentimientos que la llevaron a poner en práctica su “perfecta venganza”, como la llamaba. Claro que a ello contribuyó mucho Hermenegildo, personaje secundario que entró en su corazón por la puerta grande y que, con sus aspecto enclenque, sus muchos años adornando la comisura de los labios, sus ojillos diminutos, sus articulaciones renqueantes por la artritis, la artrosis y todos los males que afectan a los que viven sus últimas primaveras, la hizo reír desde el principio y le enseñó lo importantes que son “las agarraderas”, ésas a las que ella se había sujetado sin saberlo, ésas que habían comenzado a desaparecer de sus manos en los últimos tiempos.

Cuando los primeros rayos de sol asomaban tras la ventana, el libro llegó a su final provocándole una gran carcajada, casi tan grande como la que salió por la boca de Hermenegildo cuando recibió en la cárcel la llamada de Paula. La risa del hombre diminuto se mezcló con la suya, poniendo la palabra *fin* a un libro que apretó contra su pecho... Ella también estaba en una cárcel, se había recluido en su pequeño apartamento a curar unas heridas que no se curaban, a esperar que llegase una vida que no llegaba. El amanecer decidió por ella y, contraviniendo todas las órdenes médicas —“nada de sol, prohibido tomar el sol”, había dicho su oncólogo al comienzo del verano—, decidió ir a la casa de la playa. Necesitaba salir del asfalto que la abrasaba, de la cárcel que la oprimía, de la ciudad que la saturaba.

Necesitaba aire, necesitaba agua, necesitaba vida, y en su busca se fue.

Y así, buscando la vida que entre los dedos se le escapaba, es como encontraría la pasión desenfrenada.

La casa de la abuela olía a cerrado, olía a tristeza, olía a melancolía. La vieja cocina de leña la recibió brillando como cuando era niña, regalándole aquellos matices que tan bien recordaba, que tan bien conocía, al calor de la lumbre los recuerdos, al calor de la lumbre las historias perdidas, aquellas que salían por la boca de la abuela, una mujer con tanta vida. Abrió de par en par las ventanas y la puerta trasera que daba a la huerta para que entrase la brisa, la brisa del mar, la brisa divertida, como le llamaba en su infancia cuando quería ir a darse un chapuzón y nadie la oía. Alzó las cejas que no tenía. La vieja higuera seguía en pie, nadie sabía cuál era la causa de que no se hubiese podrido todavía, un misterio, como tantos en su vida.

Al caer la tarde, bajó a la playa, que encontró casi vacía. A finales de un verano no muy bueno en cuanto a climatología y en plena crisis económica, los coches en el aparcamiento eran más bien pocos. En cuanto abrió la puerta del suyo, el viento le pegó en la cara, despejando de golpe su mente, tal y como siempre le había ocurrido. El viento de la playa de Carnota tenía ese extraño poder sobre ella. No importaba los problemas que hubiese en su cabeza, no importaba lo que barruntase su mente; en cuanto aquel viento acariciaba su rostro todo se disipaba al momento. Así había ocurrido siempre, desde su más tierna infancia, durante su adolescencia, e incluso tras el fatídico accidente que se había llevado a su padre, su única familia, para siempre.

Recorrió la pasarela de madera hasta llegar a la inmensidad del océano. El Atlántico se mostró ante ella en todo su esplendor, en toda su bravura, en toda su fuerza. Se quitó las zapatillas al llegar a la arena, sintiéndose desnuda; la sensación de desnudez que le provocaban sus pies descalzos era algo que no dejaba de sorprenderla, teniendo en cuenta que ella, al contrario que Paula la protagonista de *La araña*, no era una mujer fetichista. Se encaminó hacia la orilla para probar el agua, pues, aun sabiendo que estaría fría, debía seguir el ritual; las costumbres se hacen leyes. Lo que se encontró no fue agua, sino cubitos de hielo, y aquella frialdad dibujó en su rostro una sonrisa al recordar la impresión que le produjo, años atrás, conocer el Mediterráneo: ¡Caldo

gallego!

La marea baja contribuía a hacer más grande e infinita aquella playa de siete kilómetros de arena blanca y fina, de reflejos dorados, de aguas cristalinas que rompían en la orilla sus enormes olas. Ante la grandiosidad que se mostraba ante ella, y que la hacía sentir pequeña, insignificante, diminuta, no pudo evitar emocionarse. Lágrimas de tristeza y amargura recorrieron su cara, lágrimas que se limpió con ira, con rabia. ¡Ya estaba cansada de llorar!

Encendió un cigarrillo y paseó por la orilla. ¿Qué cara pondría su oncólogo si la viera? Su opinión, en realidad, le daba igual. ¡Qué mal le caía aquel hombre! Había tenido mala suerte con él, nada de lo que le había recomendado hasta el momento la había hecho sentir mejor, de modo que, llegados a ese punto de no retorno, si aquellos iban a ser los últimos días de verano que viviera, seguiría los impulsos de su corazón y de su cuerpo. ¿Por qué no irse de este mundo con buenas sensaciones, después de tanto sufrimiento?

Al rato de comenzar el paseo, su cuerpo le pidió un descanso, y al abrigo de una de las numerosas dunas que la basura les había regalado a lo largo de los años, se sentó a fumar otro cigarrillo y a secarse el sudor que impregnaba su frente. Demasiada enfermedad. Demasiado tratamiento. Pocos cuerpos pueden con ello. Y de repente... los gemidos le llegaron traídos por el viento, como una banda sonora inadecuada para su sufrimiento. Se mezclaron con el rumor de las olas, con el graznido de las gaviotas, con el silbido del aire, y llegaron hasta sus oídos tan claros y nítidos como si quienes los producían estuviesen a su lado, haciéndole compañía. Miró en redondo, buscando el origen, pero, al no encontrarlo, lo apartó de su pensamiento; tal vez no fuese más que un nuevo efecto secundario del tratamiento. Pero volvió a oírlos, con la misma intensidad, con la misma fuerza. No eran producto de su imaginación, eran tan reales como la arena, el agua y el viento. Aguzó la vista hasta que dio con su procedencia: dos cuerpos, estaban en una duna bastante alejada. La distancia le impedía distinguirlos con claridad, pero sus gemidos mientras hacían el amor le llegaban con una precisión pasmosa... Es lo que tiene el viento, que todo lo trae y todo lo lleva, qué pena que no pudiese llevarse con la misma facilidad su tormento.

—Nick, déjame darme la vuelta —dijo ella, en un inglés perfecto.

—¡No!

—Nick, por favor —suplicó la mujer rubia.

—¡No, así!

—Así no me gusta —insistió—. Quiero darme la vuelta.

—¡No!

—Nick, por favor...

—¡No!

Sus escasos conocimientos de la lengua inglesa le permitieron entender las sencillas frases, pero la dureza y frialdad de aquella voz masculina la incomodaron profundamente, desestabilizándola aún más por dentro. Se sintió tan violenta, que abandonó la duna y buscó un lugar más alejado donde aquella visión y aquellos sonidos no la encontrasen. Un rato más tarde les vio salir de entre las dunas y mezclarse con un grupo muy numeroso que jugaba a las palas sobre la arena mojada. La escena que componía aquella pandilla alegre y ruidosa le trajo recuerdos de una época en la que ella también la tenía, un tiempo en el que los amigos a secas y los amigos con derecho a roce entraban y salían de su vida como las estaciones lo hacen del año, una época en la que la palabra *cáncer* no significaba nada, salvo algo que les ocurría a otras personas. Cuando te informan de los efectos secundario que la enfermedad y el tratamiento tendrán en tu cuerpo y en tu vida, nadie te habla de él; y éste es un efecto secundario más, porque la gente no quiere tristezas a su alrededor, no quiere que le recuerden lo dura que puede llegar a ser la vida, prefieren seguir en su burbuja y, lentamente, se van distanciando del problema en el falso convencimiento de que a ellos no les va a tocar, sin comprender que en la enfermedad y en la muerte es en lo único en lo que todos somos iguales, ellas no distinguen entre ricos y pobres, para ellas no existen las clases sociales.

Por suerte, siempre hay amigos de verdad, esos que no se espantan cuando el mar amenaza tormenta, esos que no buscan refugio y encaran el mal tiempo saliendo a recoger velas. Por eso Jaime y Cristina seguían a su lado, el primero animando su vida con su personalidad alegre y extravertida, la segunda acariciando su alma con su dulzura infinita. Y fue precisamente él quien la sacó de sus ensoñaciones y la devolvió a la realidad, reclamando su atención al otro lado del móvil.

—¿Pero dónde demonios te has metido? —preguntó desesperado.

—En la Costa de la Muerte, Jaime, nombre muy apropiado a mi actual estado.

—Ya sabes que no me gusta que hables así, ese humor negro no me va nada.

—Y tú ya sabes lo que dice Patricio, que a la realidad hay que llamarla por su nombre, negarla no sirve, no hace que desaparezca.

—La realidad es que tú estás vivita y coleando, así que deja de decir tonterías y céntrate, porque te necesito... ¡Ha venido mi suegra!

—¡Dios Santo!

—Y no te lo pierdas, la tía quiere ir de *tournée*. La muy bruja ha venido en plan aventurero —resopló—. No hace más que repetirnos que somos unos aburridos, que nunca salimos, que no tenemos vida social, que si patatín, que si patatán, y yo... yo... ¡Yo ya estoy desesperado, cariño, totalmente desesperado!

La carcajada le salió sola. La suegra de Jaime era mucha suegra, era lo que los cursis definirían como la suegra por antonomasia, pero es que, además del estatus que le confería el título, estaba dotada de unas energías que, incomprensiblemente, habían ido a más con el paso de los años. No importaba que en su carné de identidad su fecha de nacimiento quedase cada vez más alejada; cuanto más alejada estaba ésta, más energías mostraba ella. Con los setenta años recién cumplidos, sus ansias de vivir se manifestaban en todo su esplendor, como si quisiese resarcirse de una vida anacoreta —una vida que nunca había llevado—. Y es que la suegra de Jaime, que había sido más *hippy* que princesa, al traspasar la barrera de los sesenta había descubierto a Chanel y, enfundada en sus trajes, se había transformado cual crisálida en mariposa, mostrándose al mundo como el Atlántico, en todo su esplendor, en toda su fuerza.

—¿Dónde estás, que hace tanto viento?

—En la playa.

—¡Pero el médico dijo que no tomases el sol!

—Sí, ya sé lo que dijo el médico, Jaime, pero necesitaba respirar, necesitaba cambiar de aires.

—Pues hablando de cambiar de aires, no te lo pierdas... ¡Cristina se ha ido a Rusia!

—¿Cómo que se ha ido a Rusia?

—Al parecer, Misha se ha metido en líos y ha ido a rescatarle —rio—. ¿Te lo puedes creer?

—O sea... que al final le ha venido bien aprender el ruso.

—¡¿Cris ha aprendido ruso?!

—Parece imposible, ¿verdad? Con lo mal que se le dan los idiomas, como a mí —Su carcajada se mezcló con el viento—. Dijo que no le quedaba más

remedio si no quería que Iván y Misha la dejaran al margen de sus conversaciones, que tenía que aprenderlo, sí o sí.

—¿Y por qué nadie me lo dijo? ¡Joder, tener amigas para esto!

—Lo ha mantenido en secreto, Jaime. Cris dice que los secretos sólo son secretos cuando no se comparten. A mí tampoco me lo contó, pero un día la pillé... ¿Recuerdas las clases de salsa de los martes?... Pues no era salsa, era ruso.

—¡Virgen de la Candelaria, Cristina hablando en ruso! ¡Si es que ese amor puede con todo! —suspiró—. Bueno, pues allá se ha ido con toda la tropa; veremos si vuelven.

—¿Cómo que con toda la tropa? ¿Se ha llevado también al niño?

—A los niños.

—¿A Yago también?

—No le ha quedado más remedio. Yaroslav, haciendo honor a sus genes, encabezó un amotinamiento, se encerró en el baño con Iván hasta que Cris claudicó, así que los ha metido en la maleta. Pero tranquila, se ha llevado con ella a Maruja.

—¡Ay, Dios, lo que yo daría por ver a Maruja en Rusia!

—Oye, cielo, he estado pensando que... las mujeres de nuestro edificio sois de lo más especiales, en lo que a parejas se refiere. Cristina con un ruso que está de muerte, Lis con el bombero macizo, Bea con el hombre titán, y Celeste que se acaba de liar con un poli que parece un lobo y que encima es asturiano. Lo que pasa en nuestro edificio no es normal.

—La culpa la tiene la catenaria.

—¿Qué?

—La catenaria, Jaime, la catenaria de la vía del tren, estoy convencida. Yo no sé cuál será la explicación científica para semejante trastorno, pero seguro que hay una, creo que ejerce un extraño campo magnético alrededor que nos altera.

—¿No estarás pensando que ése es el motivo del cáncer? —preguntó preocupado.

—No, Jaime, no, no estoy pensando en el cáncer, estoy pensando en la libido. ¡No has visto que la tenemos todos por las nubes!

Su carcajada al otro lado le confirmó que Jaime era su amigo del alma, su alma gemela, maestro, compañero y confidente, el que reía sus bromas, el que le prestaba su hombro, el que secaba sus lágrimas. Más de veinte años les separaban y aunque él ya había entrado en el medio siglo por la puerta grande

y tenía a sus espaldas toda una vida de tristezas y sacrificios, en su cuerpo de hombre aún anidaba un corazón de niño que latía desahogado en busca de su destino, un alma indómita que se seguía sorprendiendo ante los avatares de la vida, una mente inquieta que admiraba la fortaleza de la mujer ante la adversidad como otros admiran el Gran Cañón del Colorado o la Gran Muralla China.

—Bueno, ¿y qué hago con la bruja? —volvió a la carga cuando le dejó la risa—. ¿La empujo por las escaleras? ¿Le pongo cianuro en el café? ¿Eso deja rastro o es indetectable?... ¡A ver, dame ideas!

El día amaneció espléndido. Los astros parecían haberse confabulado para regalarle un verano tardío con el que calmar sus ansias de libertad, de sol, de agua, de aire y de vida. Bajó a la playa a última hora de la tarde y, tras dar un pequeño paseo por la orilla, del que se cansó pronto por culpa de su bajo tono muscular y su endeble forma física, extendió la toalla sobre la duna y se tumbó, dejándose acariciar por el mejor sol del día, el del ocaso, ése que tiene miles de matices, ése que cambia a cada minuto, a cada segundo, ése que tiñe el horizonte con un precioso lienzo de dorados y cobrizos. Cerró los ojos, dejando que los últimos rayos del astro rey calentasen suavemente su cuerpo marchito, cuando... volvió a oír los gemidos. Otra vez la misma pareja haciendo el amor en una duna. Sonrió con nostalgia recordando otros tiempos en los que los gemidos que se oían en aquella playa eran los suyos, pero la risa se le heló en la cara cuando las súplicas de la mujer llegaron nuevamente hasta sus oídos.

—Nick, por favor, déjame darme la vuelta.

—¡No!

—Quiero verte, déjame darme la vuelta...

—¡No! ¡Así!

—Nick, por favor...

—¡No!

Algo en aquella escena le impedía apartar los ojos de ella. Tal vez fuese la preciosa cabellera rubia de la mujer ondeando al viento, tal vez la postura del “perrito” con la que ella nunca había disfrutado en el sexo, tal vez las manos del hombre sujetando sus caderas mientras se movía con fuerza afuera y adentro. Fuere lo que fuese, no podía dejar de mirar aquella escena que le recordó una de las películas porno que había visto cuando tuvo que

documentarse para aquel reportaje que hizo sobre el mundo del sexo. ¡La de cosas que había aprendido en sus entrevistas con las prostitutas del polígono, y ya no digamos en sus conversaciones con Celeste, la vecina del sexto, auténtica graduada *cum laude* en el escabroso mundo de la diversión para adultos! Pero como no vio ninguna cámara cerca, se dijo que aquello no era ficción, sino la simple y llana realidad; la vida en estado puro, el placer, el deseo.

—¡Nick, joder, deja que me dé la vuelta!

—¡No!

—¡¿Por qué?!

Mientras ella se preguntaba también el porqué, el hombre aumentó el ritmo de sus acometidas. Sí, aquello no eran penetraciones, sino acometidas, y terminó con rapidez, mientras su *partenaire* se apartaba con rabia y se colocaba el diminuto bikini dejando salir por su boca todas y cada una de las palabrotas que existían en su idioma. Sonrió al escucharlas; los hombres eran egoístas por naturaleza, sólo pensaban en su propio placer, satisfacer a la mujer quedaba siempre relegado a un segundo plano, si llegaban, bien, y si no, también. ¡Cuántas veces le había ocurrido a ella!

El aire comenzó a soplar con más fuerza, levantando la arena, que le dio en las piernas, acarició su cara y despejó su mente, que le llevó un aroma conocido, un aroma que llegó lentamente traído por el viento, un aroma que no era el olor a sexo. Se estremeció de la cabeza a los pies. Hacía tanto tiempo que no olía aquello; pocas sensaciones nos conmueven tanto como los aromas que nos traen recuerdos. Se sentó en la toalla y clavó la vista en el mar, donde reposaban sus muertos, donde habitaba su soledad. Aspiró profundamente el aroma de su infancia, de sus primeras carreras, de sus paseos, rodeándola como un manto de suavidad, el aroma de su padre, su sonrisa, su mirar, la caricia de su mano, su lento caminar, su voz grave y profunda que la hacía sonreír, que la hacía soñar...

“Procura ser como el sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere”.

Y tras el velo de lágrimas que inundaban sus ojos, apareció la silueta titilante del hombre que le había llevado tales recuerdos, caminando despacio hacia el mar donde reposaban sus muertos. El olor que desprendía su cuerpo era como una estela que deseaba seguir, que deseaba alcanzar, en la que añoró perderse, en la que añoró por fin descansar. Aquella silueta llenó su

campo visual. Era un cuerpo perfecto, tan grande y musculado que, más que un hombre, parecía un guerrero. Sobre aquella espalda podrían aterrizar aviones, podrían construirse monumentos, podría escribirse un libro entero. ¿Qué se sentiría estando bajo aquel cuerpo? Su imagen, retrocediendo ante la frialdad de la primera ola, unida a sus extraños pensamientos, la hizo sonreír y secar sus lágrimas. Cuando volvió a mirarlo, ya se había zambullido, y su última imagen antes de tumbarse en la toalla fue la de una familia de delfines que se unieron a aquel cuerpo que nadaba y que, en medio del oleaje, le seguían como si de su comandante en jefe se tratara.

Con la sonrisa en los labios, se tendió y cerró los ojos, agradeciendo al destino que le hubiese mostrado lo que la madre naturaleza en su infinita sabiduría es capaz de crear. Y con la imagen de aquel cuerpo perfecto en su retina, la caricia de los últimos rayos del sol del atardecer sobre su piel, y el aroma del sándalo impregnando sus pulmones y avivando sus recuerdos, se quedó profundamente dormida.

El viento, que había amainado durante la noche, comenzó a soplar de nuevo en cuanto pisó la playa, como si hubiese estado esperándola, o tal vez sencillamente porque el ocaso se acercaba. Tendida bocabajo sobre la toalla le llegaron de nuevo los gemidos, como si de un *dèjà vu* se tratara. Mismo lugar, misma postura, mismo hombre, distinta mujer. ¡Vaya, vaya, vaya, así que aquel ser tan perfecto era un picaflor! Tenía que reconocer que era un hombre exigente en cuanto al físico, pues si la mujer rubia era espectacular, la morena no le iba a la zaga: tenía un cuerpo escultural con medidas de infarto. Y aunque en aquella ocasión no entendió bien las palabras, no le hizo falta conocer el idioma para comprender que las súplicas eran las mismas, y las respuestas, exactas... ¿Sabría la morena que había estado con la rubia? ¿Sabría la rubia que estaba con la morena? ¿No lo sabría ninguna? ¿Lo sabrían ambas?... Lo de ser periodista, a veces, era un auténtico engorro, porque las preguntas se agolpaban en su cabeza, quisiera o no quisiera, y siempre esperaban respuestas.

Cuando el sol comenzaba a esconderse tras el faro de Finisterre, cuando el cielo le regalaba los añiles y rosáceos más hermosos que tenía guardados para ella, cuando el viento comenzaba a soplar con más y más fuerza avisando de que la noche esperaba tras la puerta... una sombra se cernió sobre ella, tapándole los últimos rayos de sol, quitándole aquel calor que tanto ansiaba,

que tanto necesitaban su cuerpo y su mente. Se incorporó en la toalla y allí estaba él, observándola muy serio, chorreando agua por su cuerpo perfecto. Su cara era lo más americano que había visto nunca: fuerte, ancha, con una mandíbula cuadrada que le recordó a las de los perros de presa que pueden arrancarte un brazo en décimas de segundo, el pelo cortado a cepillo y los ojos más negros que había visto jamás, más negros incluso que los de Misha, pero su mirada era fría y su boca no sonreía; ni el sexo ni el baño habían conseguido apaciguar sus ansias, podía sentir las, podía notarlas, se colaban por cada poro de su piel, llegaban hasta su alma y la desestabilizaban casi tanto como el aroma a sándalo que la rodeaba.

—¿Me das un cigarrillo, por favor? —pidió, en perfecto español. Su voz grave parecía salida de una caverna. Ella cogió la cajetilla que descansaba sobre la toalla, sacó un cigarrillo y se lo tendió, con mano temblorosa, junto con el mechero—. Qué pulsera más bonita —dijo, mirando su muñeca y llevándose el cigarrillo a los labios.

—Gracias. —Se abrazó las rodillas, contemplando como intentaba encender el cigarrillo sin conseguirlo—. Trae, yo lo haré, estoy acostumbrada a este viento.

Encendió el cigarro en un tiempo récord. No veía el momento de que aquel hombre se marchase, de que aquellos ojos dejaran de mirarla, de que aquel olor dejase de acariciarla.

—Ya está.

—Gracias. —Se lo llevó a la boca lentamente—. Has comido fresas...

—¿Qué?

—Has comido fresas, el cigarrillo sabe a fresas.

En los ojos negros creyó adivinar una pequeña sonrisa, al tiempo que la lengua asomó impertinente entre los labios, lamiéndolos. La visión y el movimiento de aquel órgano alteraron su libido de manera preocupante, disparando los latidos de su corazón, lo sintió palpitar en las sienes, en el cuello, y en partes de su cuerpo en donde no debería de sentirlos. ¡Oh, Señor, con aquello no había podido ni la quimio: la catenaria era más fuerte! La invadió el nerviosismo, así que, antes de empezar a balbucir y quedar en evidencia ante aquel hombre que, sorprendentemente, la miraba como si fuese la primera mujer que veía en su vida, decidió que debía salir de allí cuanto antes y mantener intacta su dignidad.

—Tengo que irme... —dijo, levantándose y recogiendo sus cosas.

—No te vayas, por favor.

—Se ha hecho tarde y... ya comienza a hacer frío.

Si se quedaba un minuto más, corría el riesgo de que le diese un síncope, con lo cual acabaría en el hospital y su oncólogo se enteraría de lo que había estado haciendo.

Llegó a casa con el corazón aún acelerado. El espejo del recibidor le mostró una pupila completamente dilatada, más viva y brillante que nunca. Su mirada fue hacia al retrato de la abuela, colgado en la pared dando la bienvenida a la casa, con su moño perfecto, con su piel arrugada, el ceño algo fruncido y sus ojillos grises y brillantes que parecían comprenderla, que parecían mirarla.

—¡Ay, abu, si vieses cómo me miraba!... ¡Como si quisiese devorarme!
¡Así me miraba!

Tres días fue el tiempo que tardó en volver a la playa, porque tres días fue lo que necesitó una inoportuna borrasca para arrasar la Costa y advertir de que la buena climatología estaba llegando a su fin y de que las ciclogénesis esperaban a la vuelta de la esquina para mostrar una vez más todo su poderío. Respiró aliviada al no verle, y abrió su nuevo libro, que el destino le había permitido comenzar, y se imbuyó en él dejándose impregnar por la magia que desprenden las buenas historias; se las reconoce con facilidad pues salen directamente del corazón y del alma. Perdió la noción del espacio y del tiempo, del pasado y del futuro, de todo lo que no fuese la historia que se mostraba ante sus ojos en forma de palabras, y su magia la transportó a un lugar desconocido inundado de pasiones y deseos, de realidades y pesadillas, de aberraciones y poesía, de esperanzas y de sueños, hasta que... una sombra se proyectó sobre ella y el corazón le dio un vuelco.

—¿Me lo enciendes, por favor? —le preguntó, tendiéndole un cigarrillo.

—Hoy no hace viento.

—Por favor.

Lo que la miraban no eran dos ojos, eran dos estrellas brillando intensamente, reflejando la luz del sol, de las constelaciones, de las galaxias, y de todo el universo. Tal vez fue su brillo lo que la hipnotizó, porque cogió el cigarrillo mecánicamente y se lo llevó a la boca, encendiéndolo.

—Hoy has comido melón.

—¿Qué pasa, tú no comes?

Jaime siempre decía que la ironía y el sarcasmo eran algunos de sus muchos encantos, aunque no recurría a ellos de manera intencionada, le salían espontáneamente en momentos de tensión, como si de un arma o un escudo se tratara, y aquel era uno de esos momentos porque el aroma del sándalo la mareaba y la visión de aquella lengua lamiéndose los labios la desestabilizaba. Apretó la mandíbula y clavó los ojos en la página, temiendo no ser dueña de su cuerpo y de sus ganas, y esperando que se marchara.

—¿Qué lees?

—Un libro.

Su risa le confirmó que el sarcasmo no iba a ser suficiente para alejarle de su lado, más bien al contrario. Cuando se tendió junto a ella, se obligó a respirar despacio, preparándose para el segundo asalto, porque aquello era un asalto; medio cuerpo sobre la arena, medio sobre su toalla, como quien inicia una escaramuza de avance, reconociendo el terreno, observando al contrincante. ¿Por qué cada vez que veía a aquel hombre pensaba en guerras, en técnicas de combate? Tal vez fuese por esa manía que tienen los americanos de conquistar territorios ajenos, o poner el primer pie en lugares deshabitados.

—¿Y de qué trata?

Aquella era una buena pregunta, sí, muy buena, porque el libro en cuestión no era un libro cualquiera. Lo había comprado tras su última visita al oncólogo, y éste, muy serio, le había informado de que aquellas últimas dosis de quimioterapia eran las definitivas. La palabra *definitivas* alteró algo en su mente, y decidió que si el final estaba tan cerca se daría una buena dosis de sexo, aunque sólo fuese literario, y compró *Celeste quiere follar*. Celeste no era una desconocida para ella, era su vecina del sexto, una mujer como otra cualquiera que, abrumada por la crisis, el paro, las deudas, los recibos impagados, la amenaza de desahucio, la nevera vacía, por las migrañas heredadas de su abuela y el cajón de las medicinas desierto de ibuprofeno, se había lanzado a la calle en busca de sustento, y, no encontrando en ella más que puertas cerradas, se había convertido en puta, pero no en una puta cualquiera. Los años dedicados a un trabajo para el que nunca se había preparado la habían marcado profundamente, enseñándole todo lo que no sabía sobre el cuerpo y el alma de los hombres, mostrándole que los únicos límites que existen son los que nos marcamos nosotros mismos. Además de estas enseñanzas, su nueva ocupación había saneado sus cuentas, atiborrado

el cajón de las medicinas y llenado la nevera, y, tras dar por terminada esa etapa de su vida, había decidido sacarle un nuevo rendimiento —algo también aprendido de sus clientes, que a todo le sacaban el máximo provecho — y se había lanzado a contarle al mundo sus aventuras en camas ajenas, y, dado que entre su amplia clientela estaba lo más granado de la sociedad gallega, desde políticos a banqueros, pasando por ministros de la Iglesia, el escándalo estaba servido, así como las ventas; la novela había desbancado del primer puesto nada más ni nada menos que a la mismísima *Cincuenta sombras de Grey*, y eso que Celeste no había dado nombres, había sido muy discreta.

—De sexo.

—¿Y lo lees por trabajo o por placer?

—Por placer.

—¿Te gusta el sexo?

—No conozco a nadie que no le guste. ¿Y tú?

Notó que la pregunta le incomodaba, sus labios se fruncieron.

—No deberías fumar —susurró como respuesta.

—Ya... ¿Y qué me dirás ahora, que es malo? Me temo que la recomendación llega un poco tarde.

—Nunca es tarde.

—Depende de para qué cosas.

—No quiero que fumes, no es bueno para ti.

Le miró anonadada: nunca le había gustado recibir órdenes y mucho menos provenientes de alguien a quien no conocía, por muy bien que oliese. Frunció el ceño y abrió la boca dispuesta a decirle que se fuera al cuerno, o a una duna con la rubia, o con la morena, o con las dos, pero entonces... aquella mano inmensa que había al final de aquel brazo que más que brazo parecía cordillera, se acercó a su muñeca. Sus dedos comenzaron a recorrerla lentamente, moviendo la pulsera y haciendo sonar los cascabeles. La descarga eléctrica que recorrió su cuerpo tuvo el efecto de hacerle cerrar la boca y de secársela por completo, de alterar su respiración y el funcionamiento de su mente, de sacudir su alma, de acelerar los latidos de sus sienes y de estremecer su vientre.

—Nunca había visto una pulsera tan bonita. ¿Es un regalo?

—Sí...

—¿Quién te la ha regalado, tu novio?

—No...

—¿Tu marido?

Por suerte, uno de los amigos llegó hasta ellos a la carrera, hablando y riendo, evitándole así tener que dar unas explicaciones que no le apetecía dar, evitándole tener que recordar aquella aciaga tarde en la que recibió la tan terrible noticia. Jaime y Cristina habían secado sus lágrimas, y él se había quedado a dormir en su casa, como su ángel de la guarda, acostado en su cama, tendido a su espalda, acariciando su cintura, velando su sueño, regalándole palabras de aliento como fiel escudero en la batalla. Al día siguiente se había presentado en su casa con una sonrisa en la cara, diciendo que aquello había que celebrarlo, porque las cosas buenas se celebran solas y son las malas las que tenemos que festejar, pues son ellas las que requieren de toda nuestra fuerza para afrontarlas y superarlas. Y con una sonrisa pícara en sus vivarachos ojos marrones brillantes, había sacado la cajita del bolsillo de su americana, moviéndola en el aire y haciendo sonar los cascabeles.

—Para que recuerdes a cada momento lo fuerte que eres y lo mucho que te queremos. Por cierto, la ha pagado Cris.

Aprovechó la interrupción para recoger con rapidez, tenía que salir cuanto antes del campo de acción de aquel hombre que la ponía tan nerviosa. ¿Dónde demonios estaría la rubia? ¿Qué habría pasado con la morena?

Cuando iba a coger la cajetilla de tabaco, él lo hizo primero.

—¿Me la das, por favor?

—Sí... pero no fumes.

Puso la cajetilla sobre su mano y le regaló una caricia que le atravesó la piel, que entró por sus poros, se mezcló con su sangre, recorrió sus venas y se extendió por todo su ser abrasando más que la quimio, revolviendo sus entrañas casi tanto como el veneno, pero proporcionándole un placer que nunca le ofreció el medicamento.

Se alejó de ellos y aguantó la respiración. Sentía sobre su espalda su mirada, atravesando su cuerpo. Llegó a la pasarela de madera boqueando como un pez, con la respiración descontrolada, con los sentidos alborotados, con los nervios a flor de piel. Se sentó, se limpió los pies e intentó calzarse, pero sus manos no respondían bien a las órdenes de su cerebro. Alzó la vista y allí seguía él, en el mismo sitio, con las manos en las caderas, mirándola fijamente.

¿Quién demonios eres tú? ¿Por qué no te vas en busca de la rubia? ¿Por qué no te llevas a una duna a la morena? ¿Por qué no regresar junto a tu harén? ¿Por qué me miras? ¿Por qué me devoras? ¿Por qué yo? ¿Por qué a

mí? ¿Por qué ahora?

Con dedos temblorosos sacó un cigarrillo y lo encendió con rapidez, aspirando profundamente. Se puso en pie, se llevó la mano a la cabeza y se quitó el pañuelo, dejando su cuero cabelludo pelado al descubierto. Él no se movió, y a pesar de la distancia que les separaba su energía le llegaba con la misma intensidad que el viento que comenzaba a soplar de nuevo, y al igual que a éste la sintió sobre su piel, como un regalo, como una caricia, como un beso. Las lágrimas enturbiaron sus ojos, la rabia inundó su cuerpo. ¡Ya no tenía tiempo para aquello, para sentir las mariposas de la vida de las que hablaba Cristina, ésas que te producen cosquillas por dentro, ésas que te hacen ver el mundo de colores, ésas que te alegran los días, que te alargan las noches, que te provocan sonrisas, que te despiertan deseos!

El Cañas era famoso en toda la comarca por su buen café; Macu y Miguel, sus dueños, tenían una mano para prepararlo que nadie conseguía imitar y ella, por más que usó la misma marca en casa, jamás consiguió que le supiese igual. Esto, unido al hecho de que poseía una estupenda terraza en la que los fumadores proscritos se aposentaban para saciar sus ansias de nicotina, le confería el estatus de lugar de reunión por excelencia al caer el día, y hacia allí se dirigió cuando los grillos comenzaron su particular serenata de cada noche alrededor de la vieja casa de la abuela, como si la mismísima Filarmónica de Londres hubiese acudido para alegrar en estancia en ella.

—¿Qué tal, cómo lo llevas? —preguntó Miguel, sirviéndole un café americano que, sólo con olerlo, ya era una delicia.

—Voy tirando, Miguel, gracias. ¿Tienes tabaco?

—Sí, ahora te lo traigo.

Si bien aquella noche la terraza estaba desierta, en el interior del local se oía mucho jaleo. ¿Habría partido de fútbol? ¿Sería domingo? Sacó el teléfono del bolso para comprobar la fecha, cuando una mano que no era la de Miguel apareció ante sus ojos y puso la cajetilla sobre la mesa. Su aroma la rodeó, alzó la vista y allí estaba él, mirándola fijamente desde las alturas en las que habitaba su cuerpo... ¿Cómo se podía ser tan grande y tan fuerte? ¿Haría mucho ejercicio? Porque esos músculos no se consiguen así como así, no vienen de serie... Mientras las preguntas se agolpaban en su mente, él cogió una silla y se sentó frente a ella, tan cerca que sus rodillas se rozaban, tan cerca que su olor la mareó, tan cerca que se sintió desfallecer, y, por si esta

aproximación no fuera suficiente, se inclinó hacia delante, apoyando los brazos sobre las piernas, ocupando así todo su espacio vital. Ante semejante invasión, a uno no le queda más remedio que replegar sus fuerzas, y eso hizo ella, aunque lo suyo no fue una simple retirada, sino un retroceso en toda regla, pegó la espalda al respaldo de la silla dejándose guiar por ese instinto de supervivencia que aparece de repente y te recuerda que respirar es lo primero. Los ojos negros recorrieron su cara como si quisiese hacer un croquis de ella, grabarla en su memoria para siempre.

—Sigues fumando. No deberías hacerlo.

—No es asunto tuyo.

Jaime siempre decía que a los grandes hay que plantarles cara desde los inicios, porque si no, te comen. ¿Y qué hay más grande que las grandes potencias?

El americano no tuvo tiempo de contraatacar, porque una mujer guapísima apareció en el dintel de la puerta y le habló en un inglés que ella no entendió, duro, cortante y desafiante. No era ni la rubia ni la morena, ésta era pelirroja, con una impresionante cabellera que adornaba una cara de óvalo con líneas maestras, en la que unos preciosos ojos azules brillaban como estrellas. No prestó atención a lo que decía, sólo al movimiento de su melena, que le trajo a la memoria lo que los indios de las antiguas películas del oeste hacían con ellas. ¡De repente le asaltaban unas ideas! Señal de que la quimioterapia no sólo hacía estragos en su cuerpo, sino también en su mente. Él la escuchó muy serio y le contestó con desgana, ante lo que la mujer farfulló algo incomprensible para ambos y, moviendo con salero su maravillosa cabellera, entró de nuevo.

—Así que hoy toca pelirroja. —Las palabras le salieron sin darse cuenta.

—¿Cómo dices?

—Te he visto con una rubia, con una morena, hoy toca pelirroja.

—No tengo pareja. Soy libre —contestó muy serio.

—Pues para no tener pareja, estás muy acompañado —sonrió levemente—. Me alegro por ti, no es bueno estar solo.

—¿Tú estás sola? —Quiso contestar, pero la mano se lo impidió cuando comenzó a acariciar los colgantes de su pulsera haciendo sonar los cascabeles—. No quiero que estés sola. —Su voz se fundió con el sonido de ellos como si de una canción se tratara, empastaban perfectamente, tan perfectamente que la dejó sin palabras—. Me gusta el sonido que produce tu pulsera, es como una melodía muy alegre. ¿Quién te la regaló?

—...Un amigo.

—¿Un amigo especial?

Los dedos del hombre pasaron de jugar con los cascabeles a acariciar la piel que había debajo, y las palabras desaparecieron de su mente. Y es que, sin que él lo supiera, estaba tocando el lugar más erógeno de su cuerpo, ése que todos tenemos, ése que ella no había compartido con nadie, con ningún amigo, con ningún amante, pues era su secreto. No había en su anatomía un lugar en donde las terminaciones nerviosas estuviesen más sensibles que en sus muñecas, obviando naturalmente el clítoris, que tiene vida propia. Sus mejillas se tiñeron de algo parecido al rojo carmesí. Hacía mucho tiempo que no recibían tanta sangre, pero cuando las grandes manos se posaron sobre sus rodillas y los dedos comenzaron a acariciarlas por dentro, todo se volvió negro. Tragó saliva, y se le pasó por la mente pedir tiempo muerto, como en los partidos de baloncesto. ¡Aquello no podía estar sucediendo!

—¿No quieres contarme quién te la regaló?

—Me la regaló... un amigo, un amigo de verdad. El especial salió huyendo en cuanto oyó la palabra *cáncer*.

—¿Era un cobarde, entonces?

—Como tantos...

—¿Crees que los hombres somos cobardes por naturaleza?

—No.

—¿Le querías?

—Creo que no, porque... a veces me cuesta recordar su cara.

Una carcajada perfecta la rodeó. Entró por sus oídos, se dio un paseo por sus temblorosos órganos internos y se coló para siempre en su corazón, porque aquella risa era la melodía perfecta para la voz, formaban un tándem indisoluble, tenían alma, tenían ese algo eterno que tiene una canción.

La sonrisa que asomó a su rostro arrebolado desapareció en cuanto la pelirroja hizo de nuevo acto de presencia.

—¡NICK!

Fue la única palabra que consiguió entender, pero no le hizo falta más, pues el lenguaje corporal es universal y el de aquella mujer lo decía todo. Le regaló muchas perlas, seguramente negras, y finalizó su argumentación con las manos en las caderas, mirándole desafiante. Él la escuchó en silencio, sin inmutarse, y cuando le contestó, su voz se había modificado por completo. Lo hizo con la misma seriedad y dureza que había empleado en las dunas con la rubia y la morena. Su tono bajo contrastaba con su intensidad. Aquella voz

era como un extraño ente que brotaba de su cuerpo y que podría hacer tambalear los mismísimos cimientos del Pentágono. Escuchándole, su imaginación tomó el mando y pudo verle vestido de camuflaje, cargado de metralletas y granadas, desembarcando en algún lejano lugar dispuesto a terminar con sus propias manos cualquier guerra. Aquel hombre tenía en su cuerpo y en su voz el valor y la resistencia, el coraje y el poder de las órdenes, la determinación del mando que enarbola banderas.

—¿Estás bien?

—¿Qué?

¿Cómo iba a contarle a Jaime las extrañas apariciones que aquel hombre provocaba en su mente? No lo haría: conociéndole, le arrastraría a la consulta de Patricio, ese psicólogo que tenía la habilidad de meterse en las cabezas de las personas y desentrañar sus más profundos traumas, poniendo al descubierto sus más oscuros secretos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien... pero algo cansada y me gustaría irme a casa.

—Te acompaño.

—Sé ir sola.

—No quiero que vayas sola, es de noche.

—¿Y?

—Es peligroso.

—No digas tonterías, esto es un pueblo, aquí no hay ningún peligro.

—El peligro está en todas partes.

La plaza estaba desierta. Las farolas emitían una leve luz blanquecina, nada que ver con las que la iluminaban en su infancia cuando por las noches se reunía allí con las niñas del pueblo para compartir bajo la gran palmera las historias de miedo que tanto le gustaban. Recorrieron en silencio el camino de la iglesia, atravesaron el puente y, por primera vez desde que le conocía, se permitió relajarse y disfrutar de aquel momento que la vida le regalaba: el olor de la noche, el canto de los grillos, las estrellas adornando el firmamento, y una compañía masculina a la que no comprendía, pero que allí estaba, proporcionándole con su presencia esa seguridad que no tenía, esa seguridad que anhelaba. Al pasar ante el cementerio, el viento comenzó a soplar, como siempre ocurría en aquel lugar, donde las almas en pena vagaban durante la noche en busca del descanso eterno, en busca de la ansiada paz.

Un estremecimiento recorrió su columna vertebral cuando él colocó sobre

sus hombros su chaqueta, dejando sobre ellos una lenta caricia.

—¡Oh! Pero, no hace falta.

—No te la quites, está refrescando.

—Hablas muy bien el español. ¿Dónde lo aprendiste, en el colegio?

—No —sonrió—. Me temo que la culpa la tienen las Nanis.

¡Qué extraño! ¿Los que llamaban “nani” a las niñeras no eran los ingleses? Imaginó a una puertorriqueña salerosa llevándole de la mano camino del colegio, moviendo con garbo sus caderas mientras él la miraba extasiado. Los pensamientos que aquel hombre le provocaba no eran muy normales, pero no podía evitarlos, su mente de periodista siempre había funcionado así; ante una simple palabra, imaginaba la historia.

—Gracias por acompañarme —dijo, al llegar ante la verja de la casa, quitándose la chaqueta.

—No, no te la quites —le susurró, volviendo a ponérsela—. Hace frío.

El susurro se mezcló con el canto de los grillos, con el rumor de las olas que se oían a lo lejos, con los acelerados latidos de su corazón cuando aquellas grandes manos sujetaron las solapas y las cerraron sobre su pecho, tirando suavemente de ella y acercando sus caras. Los ojos negros recorrieron su rostro lentamente, acariciándola con la mirada, y los labios buscaron su boca, besándola. El beso fue suave y delicado, pero ella lo recibió como un latigazo que despertaba su cuerpo del letargo del invierno. Las piernas le temblaron, y dos brazos como rocas de granito la rodearon y la pegaron a su cuerpo. Aquel portento de la naturaleza la aprisionó entre ellos como si temiese perderla.

—Tus labios vuelven a saber a fresas.

—¿No saben a café?

—No, a mí me saben a fresas.

—Me gustan las fresas.

—A mí me gustan tus labios.

La delicadeza se convirtió en una pasión que la estremeció. La boca la saboreó de nuevo, entrando en ella y buscando su lengua, acariciándola despacio, muy despacio, suavemente. Las manos recorrieron su cintura y su espalda apretándola contra su cuerpo, lo que le permitió sentir la dureza de sus músculos. ¡De todos ellos! Sus alarmas sonaron todas a la vez, y el espíritu de supervivencia le dijo que no lo hiciese, que con respirar ya era más que suficiente. Aplacó sus ansias y puso fin al beso. Sentir a semejante hombre excitado entre sus brazos fue algo que el destino le regaló, como si de

un paquete bien envuelto se tratara, pero sabía que no era para ella, y como lo sabía, lo soltó; su tiempo se acababa.

—Te espero mañana en la playa —le susurró él con el último beso.

Entró en casa con la respiración acelerada y las lágrimas saliendo ya por sus ojos en cascada. Colgó su chaqueta en el armario y se olvidó de él y de ella, pero su cuarto quedó impregnado por el aroma del sándalo.

Al día siguiente no bajó a la playa, ¿para qué iba a hacerlo? ¿Para verle en brazos de una china, de una piel roja, de una mulata? Aquel hombre seguramente tenía una interminable lista de conquistas que le esperaban y ella ya no estaba para juegos amorosos en los que se invierten tantas energías, no podía competir con nadie y tampoco quería: las pocas fuerzas que le quedaban le hacían mucha falta. Lo que había ocurrido entre ellos no había sido más que un espejismo, un extraño efecto óptico que la noche cuajada de estrellas le había regalado.

En su cueva de treinta y ocho metros cuadrados y otros tantos años de hipoteca, con vistas privilegiadas a las vías del tren y a la catenaria, con el sol pegando con fuerza en los cristales de sus ventanas y en plena canícula estival, su cuerpo temblaba acurrucado en el sofá tapado con una manta.

El móvil comenzó a vibrar. Lo cogió con desgana.

—Hola, Jaime.

—¡Hola, cariño! ¿Estás en casa?

—Sí, pero hoy... no soy una buena compañía.

—Eso no importa, yo seré ingenioso por los dos.

Jaime nunca se daba por vencido. No importaba las veces que la vida le golpease, él resurgía de sus cenizas cual Ave Fénix, y con más fuerza si cabe. En cierta ocasión, el periódico quería entrevistar a un asesino en serie. Tres compañeros de la redacción habían visitado la cárcel sin conseguirlo, hasta que el redactor jefe puso sus ojos sobre él. Regresó del Roncal con un impresionante artículo bajo el brazo, pero con el corazón roto en mil pedazos. Nadie consiguió saber lo que había ocurrido tras aquellos muros, pero cada vez que la imagen de un centro penitenciario aparecía en la televisión, su rostro demudaba. No hubo forma de sacarle una palabra. Juró que jamás volvería a pisar una prisión. Aceptaría que le enviaran como corresponsal de guerra, si querían, pero él a una cárcel no regresaba.

Cuando atravesó el puente levadizo en que se había convertido la puerta del apartamento, la sonrisa se le borró de la cara. Jaime sacó su teléfono del bolsillo y pidió refuerzos.

—Pablo, bájame un poco de sopa.

—¡No, no, no! —dijo ella, al borde del llanto.

—Sólo es sopa y de la que te gusta —dijo, acomodándola en el sofá y tapándola con la manta—. Hoy es un día duro, ¿eh?

—¿Recuerdas cuando el día del Apóstol terminan los fuegos artificiales lanzando un último zambombazo que parece que va a destruir el mundo?... Pues así me siento hoy, como si una bomba me estuviese recorriendo mientras decide dónde explotar.

—Pues esperemos que lo haga junto al bicho, bien pegadito a él, y que lo reviente.

—¡Me va a reventar con él, Jaime!... Mi compañera de quimio tenía razón cuando decía que esto o te mata o te cura, pero no te deja indiferente... ¿Qué será ahora de sus hijos?

Pablo apareció con la sopa y unos cuantos besos que repartió equitativamente antes de irse en busca de su adorada madre, a la que aquella tarde pensaba llevar a la Ciudad de la Cultura.

—A ver si la lleva caminando y la bruja revienta por el camino —susurró Jaime, cuando Pablo ya se había ido, haciéndola reír—. Bueno, a ver, cuéntame, hoy tenías cita con el oncólogo, ¿qué te ha dicho?

—¡Ay, Jaime! —Acarició su cara—. Su Señoría estaba hoy muy ocupado para atenderme, menos mal que la enfermera es un encanto...

—¡Putos médicos! ¡Si fueses familiar de algún coleguita hasta te habría cambiado las bragas!

Le arrancó una nueva risa, tras la que llegarían unas cuantas más. Jaime se quedó con ella durante horas intentando hacerle olvidar lo mal que se sentía, sin reparar para ello en anécdotas, tanto del periódico como de su suegra; sus dos temas preferidos.

Tres días más tarde, y sin que la bomba de relojería hubiese detonado, volvió a la casa de la abuela. Se sentía tan mal que deseaba ver el mar por última vez, y a la Costa se fue. Bajó a la playa a última hora de la tarde. Quería despedirse de ella para siempre, y allí, en la primera duna al final de la pasarela de madera, estaba él, rodeado de amigos y amigas que charlaban animadamente. Apartó la mirada, no quería verle. Se descalzó y se fue al agua buscando su frescor, buscando que la limpiase, que se llevase el veneno que expertas manos habían metido por sus venas y que seguía pululando por su torrente sanguíneo a la búsqueda y captura de “el bicho”, como Jaime lo llamaba. ¿Sería capaz de encontrarlo? ¿Podría acabar con él? En aquel momento, el desenlace de la contienda le daba lo mismo, lo único que deseaba era que ambos abandonasen su cuerpo de una vez y dejasen de hacerla sentir como se sentía. El oncólogo no había mentado: las últimas dosis eran las definitivas; sus fuerzas estaban al límite, ya no podía seguir, ya no podía y ya no quería.

—Hola.

El susurro surgió a su espalda. Le contestó sin mirarle, con la vista clavada en el mar infinito.

—Hola...

—Hace días que no te veo, ¿dónde has estado?

—En Santiago...

—Entiendo. ¿Te falta mucho para terminar el tratamiento?

—Ya lo he terminado...

—Vaya, eso es estupendo, me alegro.

—Gracias...

Se apartó de él sin mirarle. No podía hacerlo. Todas sus fuerzas estaban concentradas en seguir manteniéndose en pie, en seguir respirando. Comenzó a caminar por la orilla, dejando que el romper de las olas refrescase sus pies, aliviase su carga, esperando y deseando que él se marchara, pero su sombra apareció allí, sobre la arena mojada, dos siluetas juntas, desconocidas, extrañas... ¿Por qué aquel hombre la seguía como si en su cuerpo estuviese el imán de su vida? ¿Acaso no entendía que el veneno era lo que la llenaba?... Las gotas de sudor comenzaron a inundar su frente. Se llevó la botella de agua a los labios, sin poder evitar que su mano temblara.

—¿Te encuentras mal? Estás muy pálida.

—Tengo... tengo que sentarme...

Se acercó a un montículo que la basura había creado especialmente para ella, y sobre él se dejó caer. Apoyó la cabeza sobre las rodillas y suspiró profundamente; las fuerzas la abandonaban.

—Necesitas beber algo. Ahora vengo. —¿De qué hablaba? Las palabras se entremezclaban en su cabeza, como las imágenes, hasta el rumor del viento le sonaba extraño—. Toma un trago —dijo, acercando a su boca un vaso—. Te sentará bien.

—¿Qué es esto?

—Whisky.

—¿Whisky?

—Bebe.

Era whisky del bueno, no era garrafón. Sintió cómo mataba todos los gérmenes que había en su boca y cómo recorría su garganta arrastrando con él cualquier telaraña; la imagen de las arañas volvió a su mente, tejiendo, tejiendo, entrelazando hilos como hace el destino. El alcohol llegó a su estómago y se asentó de una forma tan suave que la sorprendió, proporcionándole una sensación de bienestar que le resultó muy agradable;

era bueno sentir aquello para variar.

—Ya te está volviendo el color a las mejillas —sonrió, arrodillándose ante ella.

—Ya estoy mejor, gracias. Vuelve con tus amigos.

—No me apetece estar con ellos —sonrió— Me temo que ya están borrachos.

—Pues... seguramente yo también lo estaré —dijo, levantando lo que en otro tiempo fueron cejas—. Hace tanto tiempo que no tomo alcohol, que estos sorbos para mí son como una botella para ellos.

La risa que salió por aquella boca la envolvió y el brillo en los ojos negros la extasió. Todo el fulgor del mar estaba en aquellos ojos, todos los reflejos en aquellas pupilas que recorrían su cara con una dulzura que nunca había conocido en un hombre, salvo en su padre, pero... como siempre ocurre en los momentos de magia, alguien decidió romperlo. Para la rubia escultural, la risa llevada por el viento fue la señal de alarma que la hizo ponerse en movimiento y, con todo el salero en sus perfectas caderas y haciendo ondear su melena al viento, se presentó ante ellos no una mujer, sino una gata. El ronroneo propio de las mininas acompañó sus palabras y guió sus manos hacia aquella cara, que intentó acariciar, pero la cara se apartó de su trayectoria y el cuerpo se puso tenso. Su tentativa de seducción no había hecho diana en él; la frialdad con la que la había rechazado fue comparable a la de sus palabras, pronunciadas por un hombre de mirada hierática. La gata dejó los ronroneos y pasó al ataque, afilando sus uñas, enseñando sus dientes y dejando salir por su boca todas las palabras que tenía dentro, ninguna bonita, ninguna delicada. Cuando finalmente se alejó, lo hizo bufando, como toda gata despechada.

—Parece muy enfadada —dijo, con una sonrisa triste—. ¿Qué le has hecho?

—Nada.

—¿No le has proporcionado hoy una buena dosis de sexo? —Él no le contestó y arrugó el ceño, pero ella siguió, dejándose llevar por el sarcasmo—. Claro, por eso está tan enfadada. Deberías cuidarla más, a las mujeres nos gusta que nos cuiden.

Una tristeza infinita apareció en los ojos negros. Tomó su mano y la acarició, recorriendo los cascabeles con los dedos, haciendo que su sonido se mezclase con el viento, con el romper de las olas, con el graznido de las aves, con los latidos de un corazón enfermo.

—A mí me gustaría cuidarte.

—¿Cuidarme?... ¿A mí?... ¿Por qué?... ¿Porque estoy enferma?... ¿Por compasión?... ¡No quiero tu compasión! —exclamó, levantándose tan deprisa que todo se volvió negro—. ¡Ay, Dios!

—¡Eh, eh, tranquila!

Sentir aquellos brazos tan fuertes rodeándola no hizo sino acrecentar la sensación de debilidad que la embargaba, y un increíble sentimiento de desamparo la invadió; deseaba ser cuidada, deseaba ser protegida, deseaba ser sanada. Apoyó la frente sobre su pecho, tan duro como las rocas de los acantilados que les rodeaban, y dejó que la tristeza, la desesperación y el miedo saliesen por sus ojos en forma de lágrimas.

—Cómo me gustaría... que mi cuerpo tuviese un poco de la fuerza que tiene el tuyo —dijo en susurros, recorriendo su pecho con las manos; necesitaba sentir que era real—. ¡No sabes cuánto la envidio en este momento!

—Volverás a tenerla... Carol.

Escuchar su nombre en sus labios la devolvió a la realidad, haciéndola regresar del mundo de la autocompasión en el que no le gustaba perderse, pero al que se escapaba de vez en cuando para lamer sus heridas, para encontrarse a sí misma de nuevo. Sintió la brisa del mar una vez más, el salitre del agua, el rugir de las olas, el calor del sol y el del cuerpo que la abrazaba, el brillo de los ojos negros que la miraban, que la recorrían, que la grababan.

—Carol... —Sus manos acariciaron su espalda—. Los efectos del tratamiento no son eternos. Recuperarás las fuerzas.

—Eso... siempre y cuando el tratamiento haya sido efectivo.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Pronto...

Aquella noche, el veneno que circulaba por sus venas hizo otra incursión en territorio enemigo. A las dos de la madrugada, viendo que los temblores le impedían conciliar el sueño, sintiendo que el veneno la devoraba por dentro, apartó las sábanas y se levantó desesperada. Bajó al piso inferior y en la cocina comenzó a abrir todos los armarios en busca de alguna botella olvidada de aquel mejunje que en la playa había conseguido estabilizar un poco su cuerpo, se sentía como una yonqui en busca de su dosis cuando...

unos suaves golpes sonaron en la puerta. Con el cuerpo tembloroso, la mirada perdida y la muerte recorriendo sus venas, la abrió, dispuesta a encontrarse con La Santa Compañía deseosa de hacerse con un alma nueva. Pero tras la puerta estaba él, el hombre de piedra, grande y firme como una roca, mirándola con sus increíbles ojos negros que brillaban en la oscuridad de la noche como los de un animal a la espera; y le vio: vestido de camuflaje, con el rostro pintado, caminando entre lianas y palmeras, peleando en cualquier contienda. La tomó entre sus brazos como se toma a un herido de guerra, y en el sofá del salón, aquel en el que pasaba sus tardes la abuela, la acomodó sobre su regazo, donde se hizo un ovillo ella. Rodeada por aquellos brazos que no parecían brazos, sino contrafuertes, se dejó inundar por su fuerza. Ella, que siempre se había valido sola, necesitaba ser cuidada, necesitaba ser mimada, necesitaba ser querida, y la vida le enviaba un regalo con forma de hombre, un hombre con forma de piedra, una piedra fuerte y suave que no dejaba que se cayera. Las lágrimas salieron por sus ojos en una lenta peregrinación de sentimientos, sin que el cuerpo emitiese un solo sonido; estaba vacío de ellos, pero inundado de terribles escalofríos, de sacudidas, de descargas eléctricas. La acunó entre sus brazos hasta que el llanto cesó y la respiración se volvió más y más pausada por momentos. La llevó al piso de arriba y en el cuarto de baño le preparó la bañera, que emanaba todo el calor que necesitaba su cuerpo. Le quitó la ropa y la metió dentro.

—¡Ya no puedo más! —gimió. Su cabeza se desplomó sobre las rodillas.

—Carol...

—¡No puedo más!... ¡No puedo más!... ¡No puedo más!

—Ya se ha acabado.

Su voz, apenas un susurro, reverdeció contra las paredes, y el sonido le llegó como salido de una cueva, una cueva en la que nunca había estado, y en la ansiaba perderse.

Le pasó la esponja por el cuello y la cabeza, dejando sobre ella caricias que sabían a cielo.

—¡No! ¡No se ha acabado! ¡Sigue aquí, dentro de mi cuerpo y yo... yo ya no puedo soportarlo, ya no tengo fuerzas para seguir! ¡No puedo y no quiero!

—No puedes tirar la toalla ahora.

—¡¿Qué me lo impide?! —Alzó la vista anegada en lágrimas, en fracaso, en desesperación.

—Yo.

—¡No quiero tu compasión! —Le apartó la mano—. ¡No soporto la

compasión, no la quiero, sólo quiero que esto termine de una vez! ¡No puedo más! ¡Ya no tengo fuerzas para luchar! —Se tapó la cara con las manos, no quería que la viese—. ¡Esto es inhumano, nadie debería pasar por algo así!

Nada le importaba salvo su dolor, y a él se entregó.

El llanto dirigió su cuerpo y su mente hacia el peor de los abismos, ése desde el que no se vislumbra el final de la caída, que está lleno de negrura, de tristeza, de melancolía, de ecos de gritos, de ecos de silencios, de ecos de súplicas a la vida; es el abismo de los desahuciados, de los que son eliminados antes de acabar la partida, los que ya no cuentan, los que ya no importan, los que son ninguneados en vida, los que han dejado de tener nombre para ser número, número en expedientes y estadísticas. Se abandonó a la nada, a la rabia y a la ira, se abandonó a la injusticia, y a mil inquietudes más se habría abandonado si el hombre de piedra no hubiese acudido en su ayuda. No fue consciente de que se desnudaba y se metía en la bañera, no fue consciente de que la abrazaba y besaba su cabeza, no fue consciente de nada salvo de la impotencia y la angustia que la invadían.

—No llores... —susurró, abarcando con sus grandes brazos su desmadejado cuerpo—. No llores... No soporto verte llorar... No llores, por favor, no llores.

Se dejó abrazar, se dejó besar, se dejó acariciar. Era tan agradable que alguien se ocupara de ella que descansó sobre su cuerpo y se abandonó a aquel hombre que la cuidaba, que la protegía, que la mimaba. Reposó sobre él hasta que los demonios envainaron sus espadas, hasta que las lágrimas cesaron y los escalofríos se esfumaron, hasta que la calma la encontró de nuevo y el calor regresó a su cuerpo... en forma de deseo. El roce de la barba en su cara lo despertó, devolviéndola a la realidad, haciéndola sentir de nuevo la suavidad del agua que les rodeaba, el calor de aquel cuerpo sobre el que descansaba, la dureza de su miembro en la espalda, y en el cuello un camino de besos, como polvo de estrellas, mientras las manos la recorrían excitándola. Cuando un leve gemido se escapó de sus labios, la gran mano tomó su cara y la giró hacia su boca, devorándola, y lo hizo con la misma ansia de quien encuentra agua tras vagar por el desierto soñándola, así saboreó su boca, como si fuese manantial, un beso tras otro, en una interminable cascada de besos que la saciaron, que la sorprendieron, que la despertaron. Aquel hombre la excitó con un beso como nunca un hombre la había excitado. ¿Qué tendrían sus labios? ¿Acaso también veneno? Respondió al despertar de su cuerpo, abrazándole, perdiéndose en él,

saboreándole, le rodeó con sus piernas; sexo con sexo, acariciándose. Su miembro, duro, caliente, palpitante, pegado a su vientre, y sus bocas abrasándose.

—¡Oh, Carol!... Date la vuelta, nena...

—No.

—Así no, nena... Date la vuelta.

—Así —susurró en su boca—. Así.

—No... no... date la vuelta...

—Me gusta así.

—Carol... por favor...

—Así, así, así.

Acarició su sexo lentamente y acarició su pelo, haciendo sonar los cascabeles. Su repiqueteo inundó de música el baño. Se mezcló con los gemidos, con los suspiros, con los lamentos, con las ganas que les llenaban, con el miedo que va y viene, con el movimiento del agua alrededor de sus cuerpos, con sus respiraciones atolondradas, con ese instante mágico en que todo lo que te rodea desaparece.

—¡Oh!... ¡Carol!... ¡Carol!

Le elevó las caderas y entró en ella despacio, muy despacio, invadiendo su vientre, provocándole un profundo gemido que nació en sus entrañas e inundó el baño mezclándose con el sonido de los cascabeles. Los ojos negros la miraron con algo parecido al miedo. Cogió su cabeza en una mano y la besó con desesperación, entrando en ella por completo, tomándola con un ansia que la excitó aún más, con un anhelo que rompió todas sus cadenas, que barrió fronteras, que abrió su cuerpo, que borró sus miedos. La tomó por fuera y por dentro, recibiendo en su boca todos los gemidos, tragándolos, devorándolos, lamiéndolos. La aprisionó entre sus brazos con una fuerza que le permitía pocos movimientos, salvo el de sus caderas, que, siguiendo el camino del deseo, se movieron sobre él con la misma suavidad con que las olas acarician la arena, y así, despacio, lentamente, el abrazo se fue haciendo más y más ligero, y ella se convirtió en velero, velero sin ancla, velero al viento, moviéndose sobre el mar que era su cuerpo, hasta que el placer se acercó y ahuyentó el frío y el miedo, y el orgasmo atravesó sus cuerpos con la misma intensidad con que reciben el agua los campos secos, dejándose impregnar por ellos.

El placer la recorrió por completo, en lentas oleadas que llegaron a cada lugar olvidado, a cada célula dormida, a cada célula dañada, hasta el mismo

“bicho” debió de sentirlo porque se quedó muy quieto, como atontado. El hombre de piedra le regaló un profundo gemido de placer que la atravesó, la llenó, la emocionó, la hizo sentir mujer de nuevo. Pero cuando el gemido de placer se diluyó en el aire junto con el sonido de los cascabeles, dio paso al silencio, el tiempo se paró, y entonces... todo cambió. Las manos que la habían acariciado con desesperación, la soltaron. La boca que la había devorado, se cerró. Fue como un barco que cambia de rumbo de repente, sin previo aviso a la tripulación.

—¿Nick?

—Dame... dame un momento, por favor.

Se recostó en la bañera, con la respiración entrecortada, apartándose de su cuerpo.

—Nick... —Le acarició la cara, necesitaba ver el brillo de aquellos ojos negros, aquellas dos estrellas que la habían iluminado—. Mírame.

—¡Carol, por favor! —Apartó con suavidad sus manos—. Necesito un momento.

Y ella se lo dio; tal vez eso era lo único que podía darle, un momento.

En su habitación, sólo iluminada por la luz de la luna llena, se secó despacio, se puso un camisón, abrió la ventana y encendió un cigarrillo. Aquel hombre estaba arrepentido, se había dejado llevar por el momento de pasión y ahora, saciado el deseo, se preguntaba cómo había ido a parar a los brazos de una moribunda que necesitaba ser amada, una mujer que había visto en él la oportunidad perfecta para abandonar este mundo con el recuerdo no sólo del dolor, sino también del placer que se puede sentir en otro cuerpo. Suspiró profundamente, ni siquiera en su mejor momento de esplendor físico y sexual había sentido el placer que él le había regalado, y había tenido que ser precisamente ahora, cuando su cuerpo daba los últimos coletazos como pez sacado del agua y echado en la barca para morir. Como diría Cristina: *La vida a veces tiene cada cosa*.

Apagó el cigarrillo y se acostó, dándole las gracias a quien quiera que allá en lo alto moviese los hilos que dirigen nuestras vidas por haberle hecho semejante regalo. Y en aquella habitación, sólo iluminada por la luna, aguzó el oído; le oyó salir de la bañera, le oyó secarse con la toalla, le oyó salir al pasillo y bajar las escaleras; es lo que tienen las casas viejas, que a uno le llegan todos y cada uno de los sonidos que se producen en ellas. Imaginó su

cara crispada; actuar de forma impulsiva le lleva a uno a arrepentirse cuando ya no hay marcha atrás, seguramente estaba decidiendo si debía despedirse o no, mientras se recriminaba haber caído tan bajo haciendo el amor con una mujer enferma, con una mujer sin pelo, y recordando los cuerpos esculturales que había disfrutado los últimos días, preguntándose en qué momento había perdido la cordura para terminar junto al suyo, un despojo, un deshecho, un cuerpo más muerto que vivo. De repente, el olor del café inundó su cuarto. Se sentó en la cama, sorprendida. ¿Estaba preparando café a aquellas horas? ¿Pero a quién había metido en su casa? La curiosidad dirigió sus pasos. Salió del cuarto y bajó lentamente las escaleras sin hacer ruido. Sabía exactamente qué escalones no debía pisar, y por la rendija de la puerta de la cocina le observó. Con medio cuerpo envuelto en la toalla, estaba sentado a la mesa, con un café delante y frotándose la cara. Parecía compungido; juraría que lloraba. ¿Por qué? ¿Por pena? ¿Por decepción? ¿Por rabia? Si es que no se deben hacer las cosas dejándose llevar por los impulsos —pensaba mientras subía de nuevo las escaleras—. La abuela siempre lo decía, que los impulsos son traicioneros, son engañosos, no son certeros.

Se sentó a los pies de la cama, pensativa, pero entonces le oyó subir las escaleras. Se metió de prisa bajo las sábanas y se giró, cerrando los ojos. Si quería marcharse, se lo pondría fácil, no le pediría explicaciones, no se las debía. Oyó la puerta abrirse y volverse a cerrar, oyó la toalla cayendo al suelo, y sintió cómo las sábanas se levantaban y sintió el roce de su cuerpo.

—Nick, no tienes por qué quedarte...

—Carol, mírame. —Aquellos ojos negros tenían algo mágico para ella, había en ellos todo un mundo en el que deseaba perderse—. No quiero estar en ningún otro lugar que no sea a tu lado.

El pudor y el miedo quedaron fuera de aquella cama cuando la boca la devoró y los brazos la rodearon apretándola contra su cuerpo, y aun temiendo que comenzase a oírse el crujido de sus huesos, le abrazó y se perdió en él, recorriendo su espalda sin conseguir abarcarla por completo. Aquello no era un hombre, era un monumento. El camisón desapareció de su cuerpo y la boca dejó sobre la cicatriz de su pecho todos los besos, hizo suyos sus pezones, el calor invadió su vientre y la razón abandonó su cuerpo. Alzó las caderas hacia él, dándole, pidiéndole. Sus dedos se entrelazaron y su miembro la tomó de nuevo, aprisionándola sobre la cama, haciéndola suya por completo, moviéndose despacio, lentamente, hasta que la sintió doblegarse al placer y a un orgasmo que apareció de golpe, que la atravesó,

que la recorrió, que la hizo estremecer bajo su cuerpo. Nunca había sentido un placer como el que aquella noche le regaló el hombre de los ojos negros, sus manos le hicieron olvidar el dolor, su cuerpo le hizo olvidar el sufrimiento, sus besos borraron la angustia, y su olor evaporó el miedo.

—¡Ohhhh!

Siguió acariciando sus entrañas, hasta que las pocas fuerzas que tenía se alejaron de su cuerpo, dejándola en un estado de total abandono, de total sumisión, mientras la tomaba una y otra vez, y su boca depositaba sobre ella todos los besos. Creyó que se desintegraría debajo de aquel cuerpo.

—Para... por favor... para...

—¿Te hago daño? —preguntó, deteniéndose.

—No, pero esto... es demasiado intenso.

—No quiero salir de ti, aún no. —Su boca se perdió en su cuello—. No me pidas que salga, por favor.

—¿Por qué... por qué no te has corrido?

—Porque necesito sentirte. Te deseo demasiado.

—¿Y esto te... te pasa siempre?

—No. —Su risa llenó el cuarto—. Es la primera vez.

—Ya... —sonrió—. Y yo voy y me lo creo.

—Pues deberías creerme, nena, porque es la verdad. Pero si quieres que salga...

—No... no...

La tomó despacio, hasta que la pasión se desató de nuevo y entró y salió de su cuerpo haciéndola estremecer, despertándola una vez más al deseo, recreándose en los gemidos que salían por su boca, en los suspiros y en los besos. Todos los recibió en la suya, todos le llegaron adentro.

—Nick... Nick...

—Sí, nena, sí... —susurró, gimiendo y yéndose dentro de su exhausto cuerpo.

En la planta diecinueve del edificio Wrigley Building, todo un símbolo de la ciudad de Chicago por su impresionante altura, su cubierta de terracota vidriada, su increíble torre inspirada en la Giralda de Sevilla, y su gran reloj visible desde sus cuatro caras... un teléfono comenzó a sonar. La secretaria de la doctora Sheffield, de pie ante la gran cristalera, observaba la ciudad con una taza de té en la mano. Se acercó al escritorio de última generación y moderno diseño, dejó la tacita sobre la inmaculada mesa de cristal y levantó el auricular.

—Consulta de la doctora Sheffield —contestó con su voz dulce y bien modulada.

—Nick McCarthy. Tengo que hablar con ella.

—¡Oh, señor McCarthy, mucho gusto en saludarle! —dijo, sentándose en su sillón color vainilla y cruzando sus largas piernas—. Pero me temo que en este momento la doctora está ocupada, está con un paciente y...

—Es importante. Interrúmpala, por favor.

—Pero...

—Es importante, por favor.

—Está bien. No se retire.

Segundos más tarde, la particular voz de la doctora surgió al otro lado de la línea telefónica.

—¡Nick, dime que tienes a un talibán apuntándote a la cabeza con un fusil de asalto, y que por eso interrumpes mi terapia con un paciente, o que has encontrado al amor de tu vida!

La carcajada al otro lado la sorprendió.

—La he encontrado.

—¡¿Dónde?!

—En España. En la Costa de la Muerte.

—No podías haberlo hecho en un lugar más apropiado, McCarthy —secundó su risa—. Me alegro por ti, ahora... ¡procura no cagarla!

Se despertó muy tarde, el sol ya llevaba horas calentando. Sobre la mesita de noche encontró su nota, con una letra muy bonita.

“No he querido despertarte, te llamaré más tarde”

Una sonrisa bobalicona iluminó su cara, pero dado que siempre había sido escéptica respecto de las cosas buenas que la vida te da así como así, se dijo que quizás la llamaría, o quizás no, dependiendo de cómo tuviesen la agenda la rubia, la morena y la pelirroja. Se estiró en la cama, sintiéndose realmente bien; es lo que tiene el buen sexo, que le hace a una olvidarse de todo. Cuando se metió bajo la ducha, su cuerpo le evocó el reciente maratón sexual que había vivido; seguía vivo y coleando, como diría Jaime. Con el primer café en la mano, su voz surgió al otro lado del teléfono, estremeciéndola. Siempre le habían gustado las voces de los hombres, tal vez porque la de su padre era la mejor modulada que había oído nunca —no en vano había sido locutor de radio— y siempre la usaba para regalar las palabras más dulces y encantadoras existentes en el vocabulario. La de Nick se le parecía mucho, pero tenía algo diferente y especial: una gravedad que se le metía dentro y la hacía vibrar, como las cuerdas de una guitarra cuando la toca quien la sabe tocar. La invitó a comer: sus amigos habían reservado mesa en un restaurante muy bonito a orillas del mar. Sopesó la invitación, sí, pero de forma muy superficial. ¿Qué pintaba ella en una comida con *Los vigilantes de la playa*? Por suerte, él no insistió, pero le pidió que se viesen por la tarde, y terminó la conversación con una frase que la dejó sin palabras: “Te echo de menos”. Su mente comenzó a divagar, preguntándose si las trillizas, la rubia, la morena y la pelirroja, tendrían la regla, y por eso pensaba en ella. Sacudió la cabeza, intentando apartar estos terribles pensamientos; decidió ser pragmática y aposentar los pies sobre la tierra; ella no era más que un inesperado

entretenimiento en su plan vacacional, una española un tanto rara y diferente en su interminable lista de conquistas, y bla, bla, bla... Pero tras mucho debatir consigo misma se dijo que ¿por qué no? Si el destino había decidido ponerle en bandeja de plata a un Adonis, ¿quién era ella para ir en contra de sus designios y rechazarlo por simple orgullo femenino? No estaban los tiempos como para desaprovechar semejantes oportunidades.

Así que, a pesar de su escepticismo hacia la vida en general y hacia el sexo masculino en particular, aquella tarde bajó a la playa antes de su hora habitual y, contraviniendo las órdenes médicas, dejó que el sol calentase un poco su cuerpo. No obstante, como no era totalmente inmune a los consejos de los galenos, lo hizo con unos *leggings* blancos que le tapaban media pierna y una camiseta amarilla que la protegía de los tan dañinos como necesarios rayos solares.

Los americanos, como les llamaban en el pueblo, aparecieron por la pasarela de madera cargados con sombrillas y neveras. Parecían un gran pelotón, y no podían tener más pinta de americanos. Los hombres eran altos y fuertes, y estaban muy musculados, y las mujeres eran increíblemente hermosas; por un momento, tuvo la sensación de estar realmente en *Los vigilantes de la playa*; sólo les faltaban los bañadores rojos. El amigo de Nick, al que días antes ni tan siquiera había saludado, encaminó al grupo hacia la duna donde ella se encontraba, provocándole una gran intranquilidad. Y mientras ellos tomaban posiciones en el recién descubierto campamento sin dejar de parlotear en su idioma, le vio llegar. Traía una gran nevera en la mano y era seguido por la rubia y la morena, como si de su guardia personal se trataran. Observó a aquellas mujeres con admiración. Eran espectaculares, con cuerpos de infarto, con melenas perfectas. ¿Qué parecería ella a su lado? Rechazó formar esta imagen comparativa en su mente: no quería hacer descender más peldaños su maltrecha autoestima; la enfermedad había hecho estragos en su cuerpo, la había dejado sin su preciosa melena negra inundada de rizos, le había borrado las cejas, sus preciosas cejas pobladas que enmarcaban sus ojos marrones y les daban una profundidad que, según Jaime, la convertían en una auténtica zíngara a la que sólo le faltaba el pañuelo con platillos colgando de las caderas y en las manos la pandereta. La había despojado también de sus kilos, los que le daban a su osamenta aquellas sensuales curvas que atraían a los hombres cual imán, y eso por no hablar de

sus pechos, que siempre habían llegado antes que ella a todas partes pero que, tras la operación y el duro tratamiento, habían perdido centímetros y turgencia. Lo único de su cuerpo que había salido beneficiado del cóctel químico que recorría sus venas era la piel. ¿Qué extraña composición tendrían aquellos venenos para que su piel hubiera adquirido la suavidad de la seda?

Apartó la nostalgia y se concentró en su libido, que, a medida que los ojos negros se acercaban, iba ascendiendo puestos peligrosamente, hasta que las mujeres que le seguían decidieron darle una clase magistral de cómo se debe hacer un *striptease*. Fue tal la sensualidad y sexualidad que desplegaron al quitarse las prendas que las cubrían, que se preguntó si aquello no sería una asignatura obligatoria en los extraños institutos americanos, porque aquel arte, no le cabía duda, tenía que aprenderse. Pero cuando los ojos negros, brillando al sol del atardecer con una intensidad cegadora, se clavaron en su cara, se olvidó de las diosas, y se concentró en las mariposas de su estómago, ésas que desde hacía meses estaban postradas en sus camitas y conectadas a sus goteros. La intensidad de la mirada fue tal, que sus débiles alas comenzaron a aletear, produciéndole un inicio de cosquillas que aceleró su debilitado corazón, alteró su respiración y formó unos suaves colores en sus mejillas. Cuando Nick se quitó la camiseta, dejó de mirar por temor a convertirse en estatua de sal, y se concentró en su libro, pero las palabras bailaban alocadamente ante sus ojos, como en un extraño ritual de apareamiento. Tragó saliva y pestañeó, hasta que una sombra se cernió sobre ella y un cuerpo se le tendió suavemente encima, cubriéndola por completo, entregándole el calor de lo que parecía una hoguera de San Juan, aquella piel ardía.

—¿Qué lees? —susurró él, besando su cuello.

—Un libro.

—¿Y lo lees por trabajo o por placer?

—Por placer.

—Placer... me gusta esa palabra pronunciada por tu boca —susurró, apretando su erección sobre su trasero—. Te he echado de menos, nena.

Las grandes manos acariciaron sus brazos hasta llegar a sus manos, entrelazando sus dedos, los labios dejaron sobre su mejilla y su cuello un reguero de besos, y los cuerpos se mantuvieron así durante mucho, mucho tiempo, piel con piel, aliento con aliento. El parloteo de los americanos se desvaneció, sólo se escuchaba el graznido de los pájaros, el rumor de las olas,

el silbar del viento.

—Nick... —Miró al grupo, preocupada. Estaban paralizados, observándoles muy serios—. ¿Qué les pasa? ¿Por qué nos miran así?

—Olvídate de ellos —susurró, mordiendo su cuello.

Pero la diosa rubia no estaba dispuesta a seguir viendo aquella escena, abandonó las fuerzas internacionales y, por su cuenta y riesgo, pasó al ataque en solitario.

—¡NICK!

Por su boca salieron palabras incisivas e hirientes, se las escupió sin compasión, a gritos, desgañitándose, con las venas del cuello a punto de reventar, con la frente perlada de sudor y los preciosos ojos azules inundados de ira. Los hombres del grupo intentaron detener la bomba de relojería que tenía en su cuerpo, pero cuando la furia se desata pocas cosas pueden contenerla. La cascada de improperios fue apoyada por un dedo acusador que blandió en el aire contra él y contra ella. Él la escuchó en silencio, con un brazo sobre la rodilla doblada, mirándola atentamente.

Cuando el monólogo terminó, Carol dio por hecho que ella no habría quedado bien retratada en semejante disertación, y, dado que nunca le había gustado estar donde no era bien recibida, comenzó a recoger sus cosas.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—¡De eso nada!

—Es mejor que me vaya, Nick, yo...

—¡NO!

Se lanzó sobre ella, aprisionándola, y devoró su boca con un beso tan largo y tan profundo, que se olvidó de todo una vez más. A sus oídos llegó alguna que otra palabra salida por la boca de la sirena, pero ya no le prestó atención, su cuerpo y su mente estaban en brazos de un hombre de piedra que le regalaba beso tras beso, caricia tras caricia, llenándola con su calor y con su fuerza, entregándole todo su deseo, inundándola con su pasión.

Cuando llegó al bar y vio que la terraza estaba tomada por los americanos, se paró en seco. Le entraron unas ganas irrefrenables de salir corriendo, pero Nick estuvo más rápido, saltó de su asiento y la agarró de la mano impidiéndole la fuga.

—¿Por qué no vamos a otro sitio, Nick?

—Porque te gusta éste.

—No quiero más escenitas.

—No las habrá, ya he hablado con ella.

Los hombres del grupo la recibieron muy bien, no así las féminas. La rubia, la morena y la pelirroja, clavaron en su cara su mirada más seria, como también lo hicieron sus clones: dos rubias más, una morena y otra pelirroja. Se preguntó si en América ya sería legal la clonación, porque aquellas similitudes no parecían una simple cuestión de bisturí, eran réplicas casi perfectas.

Dos sillas la separaban de la rubia original, dos sillas que imaginó volando por los aires si aquella mujer se dejaba llevar por sus sentimientos, pues lo que salía por sus ojos eran auténticas llamaradas que podrían provocar otro incendio como el del Windsor. La mujer escultural se mantuvo callada, hasta que encontró la ocasión perfecta para pasar una vez más al ataque, que llegó cuando los amigos arrastraron a Nick a la mesa de billar, adonde los acompañó a regañadientes, no sin antes darle un beso en los labios y susurrarle que no tardaría. Para la mujer rubia, aquello supuso un levantamiento de barrera, y se abalanzó sobre su presa, una española con muy pocas defensas y menos ganas de luchar contra el Nuevo Continente, tan acostumbrado a las invasiones por sorpresa. Moviéndose con gracia su impresionante cabellera, se sentó a su lado, mirándola fijamente con sus increíbles ojos azules, totalmente americanos; los españoles son diferentes. Los ojos eran muy bonitos, pero la mirada estaba cargada de tanta rabia que podía verla, revoloteaba alrededor de su cara como si de un aura se tratara, pululando en torno a su cabeza, y hasta tenía diferentes colores, sobre todo una amplia gama de verdes.

—Bueno, querida, ¿y dime? —La rubia tenía un marcado acento mexicano—. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Cómo dices?

—Me gustaría saberlo, la verdad. Tengo curiosidad. —Sus ojos la recorrieron con desprecio—. ¿Le has hecho algo especial en la cama?... ¡Oh, no me mires así, ¿cómo si no habrías conseguido lo que has conseguido?!

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué iba a estar contigo si no le hicieras algo raro en la cama? ¿Por qué si no iba a dejar que le tocases? —Se llevó la copa a los labios y la terminó de golpe—. ¿Qué es? Dímelo. ¿Qué es lo que le gusta hacer que yo no sepa?

—Creo que has bebido demasiado.

—¡Oh, venga, no te hagas la ofendida! ¿No me digas que eres una estrecha! ¡A lo mejor es eso, le pones caliente como un perro y luego no te dejas follar!

Las frases que siguieron a éstas fueron igual de finas. Carol suspiró profundamente y recogió sus cosas. Nick apareció a su lado en el mismo instante en que se levantaba de la silla, le dedicó a la rubia una mirada que helaría al mismo infierno y unas palabras en un tono tan bajo y tan neutro que hasta Carol se estremeció al oírlas. Las tonalidades verdosas que rodeaban la cabeza de aquella mujer se vieron acompañadas por unas tonalidades rojizas que amenazaron con hacerla explotar. El modo en que rojos y verdes se entremezclaban alrededor de su faz le recordó a una aurora boreal.

Nick no soltó su mano hasta llegar a casa, donde la tomó entre sus brazos con prisa y la llevó a la cama, desnudándola con una rapidez que la sorprendió, y recorriendo su cuerpo con unas ganas que la asombraron.

—¿Qué tiene tu piel que tanto me enciende? —susurró, mordiéndole el cuello.

—Veneno... mucho veneno.

—Nena, siento lo que ha ocurrido.

—Tienes que hablar con ella. Creo que siente algo por ti.

—Te aseguro que su corazón no siente nada por mí. —Acarició su mejilla —. Ya he hablado con ella, pero volveré a hacerlo. No quiero que te preocupes porque no es importante, lo único importante es esto, el aquí, el ahora, tú y yo, todo lo demás... sobra. —Sus labios le regalaron un tierno beso—. Dime, nena... ¿Tomas precauciones?

—¿Qué?

—Precauciones.

—¡Oh, claro, condones!

—¿Te parece bien que los usemos? Ayer no lo hicimos y...

—¡¿Quéee?! ¡¿Ayer no los usamos?!

—Tranquila.

—¡Pero cómo se me pudo olvidar! Yo... estoy llena de veneno, si me quedase embarazada... ¡Oh, Dios!

—No te angusties, no tiene por qué pasar nada, tranquila.

La besó suavemente, calmándola. Su mano bajó por sus caderas, dejando sobre sus piernas lentas caricias que la encendieron.

—Carol, tienes las piernas más bonitas que he visto nunca. Todo en ti me gusta, todo... todo... todo...

Recorrió su cuello, navegó por sus pechos, se recreó en su estómago, cimbrió en su cintura, llegó hasta su Monte de Venus y se perdió en su sexo; lo recorrió entero, hasta que el cuerpo se relajó y las piernas se separaron suavemente dándole pleno acceso, entregándole su placer, ofreciéndole su deseo. El clítoris vibró en su boca, lleno de fuego, enviando señales a un cuerpo despertado del letargo, un cuerpo que quería seguir viviendo. Un intenso orgasmo la atravesó. Fue como una ráfaga de viento, con olor a sándalo, con sabor a sexo. Cuando la calma la embargó, él entró en su cuerpo, tomándola con una suave caricia, como acarician los hombres que saben, por fuera y por dentro, y la llevó de un mar en calma a un mar picado por el deseo, con olas de muchos metros que desembocaban en la arena del placer, un placer que aumentaba con cada beso y que la arrastró hasta un orgasmo tan completo y tan perfecto que le hizo preguntarse si aquello no sería el cielo.

—¡Oh, Nick!

—¿Estás bien, nena?

—Sí, pero... ¿Por qué te contienes?

—Porque me gusta estar dentro de tu cuerpo —sonrió—. No sabes cómo me gusta. No quisiera salir nunca.

—Pero yo quiero que disfrutes. —Tomó su cara entre las manos, mirándose en sus ojos negros, sintiendo cómo se volvía a encender, cómo su cuerpo se arqueaba hacia él. ¡Su vientre iba por libre!—. ¡Oh, Nick, Nick!

—Quiero decirte algo, nena. Tú eres la primera mujer que me hace disfrutar plenamente del sexo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

—Nick, no tienes por qué mentirme.

—No te miento —frunció el ceño.

—Si lo que quieres es hacerme sentir bien, no hace falta. Yo... te vi haciendo el amor en la playa y...

—¿Qué?... ¿Me viste?

—Perdona, no he debido decir eso, no es asunto mío.

—¡Oh, Dios! —La apretó contra su cuerpo y rodó con ella sobre la cama, sentándola sobre su erección—. Siento que me vieras, lo siento mucho, pero aquello... nada tiene que ver con esto, te lo aseguro.

—Pues se le parecía bastante.

La carcajada impregnó su cuarto. La tendió de nuevo e hizo suyo su cuerpo.

—Lo que siento cuando te tomo, Carol —susurró, entrando y saliendo de ella— ... no lo había sentido nunca, y creí que no era posible sentirlo, lo creí ciegamente... hasta que te conocí.

La poseyó como si buscara en su interior todos los secretos de la vida, todos los secretos del placer, y cuando ella se abandonó a un nuevo gozo, la siguió, mientras sus manos, aquellas gigantescas manos que podrían arrancarle la cabeza a un león, dejaban sobre la suya sin pelo, caricias llegadas del mismo firmamento, cargadas de dulzura, llenas de deseo, rebosantes de pasión.

No la despertaron sus caricias, ni los rayos de un caluroso sol de septiembre que atravesaban los cristales de la ventana, ni el canto de los pájaros que poblaban la higuera, sino su estómago, en el que una batalla campal se estaba produciendo.

El espejo del cuarto de baño le devolvió la imagen de una cara que no era ni la sombra de lo que había sido, una cara en la que la palabra *cáncer* estaba impresa, como una carta de presentación de la que uno no puede desprenderse, como una fotografía fea que uno no puede guardar en su cartera. Las profundas ojeras bajo los ojos eran su bandera. La transparencia de su piel mostraba todo lo que había debajo de ella: las venas por las que “el bicho” intentaba escapar del veneno, buscando refugio seguro, y para ello la recorría alterando todas las células de su cuerpo, las sanas y las enfermas.

—Carol... —Acalló el llanto que se le escapa por la boca, aguantándolo en el pecho; no quería que viera aquello, con que lo viera ella era más que suficiente. —Carol...

—Nick, yo... no me encuentro bien —dijo, intentando que su voz sonase serena— Hoy preferiría estar sola, si no te importa. Es mejor que te vayas, por favor.

—Carol...

—Nick, por favor, te lo ruego... vete.

Le escuchó bajar las escaleras, entrar en la cocina y manipular la cafetera. El olor del café inundó la casa de la abuela. Sólo cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta principal, dejó salir por la boca todo el dolor acumulado en

el pecho. El torrente de llanto surcó su cara, liberando su amargura, exhalando su tristeza. ¿Por qué la vida tenía que ser tan dura? ¿Por qué algunas personas tenían que pasar por aquella prueba? ¿Quién las elegía? Algo más relajada con el calmante natural de las lágrimas, se metió bajo la ducha, que la reconfortó al momento. Sólo bajo el agua conseguía sentirse un poco libre de nuevo, porque la enfermedad te hace prisionero, te estrangula, te encadena, transforma firmamentos en infiernos, convierte lo blanco en negro, paraliza ansias, mata sueños, aniquila deseos...

Envuelta en el albornoz naranja, con un pañuelo del mismo color en la cabeza —regalo de Jaime, quien decía muy serio que hay que ir bien conjuntado en todo momento—, bajó a la cocina, y allí, sentado a la vieja mesa de la abuela, estaba él, el hombre de piedra, con el torso desnudo, llevándose a la boca una taza de café y mirándola muy serio.

—¡Oh! Me has asustado.

—No me voy a ir a ningún sitio, así que olvídale.

—Nick, yo...

—Olvídale.

—Pero estás de vacaciones —suspiró y se lanzó hacia la cafetera—. Deberías volver con tus amigos y disfrutarlas.

—No.

—Yo... algunos días prefiero estar sola. —Se tomó el café de golpe, le hacía falta estimulante.

—No te voy a dejar sola —Se levantó, dejó la taza en el fregadero y rodeó su cintura—. Quiero estar contigo.

—Pero estás de vacaciones. Deberías disfrutarlas con tus amigos y...

—No podría hacerlo... —Le quitó la taza vacía—. Sabiendo que tú estás aquí sola.

—¡No quiero tu compasión!

—Lo sé.

—¡Prefiero la soledad a la compasión!

—Lo sé.

—¡No soporto la compasión!

—Carol, yo no te compadezco, yo... te quiero.

Hasta el mismo “bicho” se quedó paralizado. Sacudió la cabeza intentando deshacerse de la conmoción, mientras unos ojos negros recorrían con dulzura infinita su cara. Espantó las mariposas, espantó moscas y fantasmas, y echó mano de la practicidad; no debía darles importancia a aquellas palabras, los

americanos son así de extremos: “Ahora te amo, ahora te odio”, “Ahora firmamos la paz, ahora te mando al ejército”.

—¡Oh, por Dios, no digas tonterías!

—No son tonterías.

—¡Entonces te has vuelto loco!

—Nunca he estado más cuerdo.

Lo dijo con tanta seriedad que parecía que estuviese hablando en serio. ¿Cómo podía ser tan cruel? ¿Cómo podía decirle algo así a una mujer que tenía los días contados? ¿Era una simple broma?

—¡Mira, si se trata de una broma, es de muy mal gusto!

—No es ninguna broma, Carol.

—Pues como una broma me lo tomaré, ¡aunque sea de mal gusto! Porque si me lo tomo en serio tendré que echarte de mi casa, y la verdad... no me gustaría hacerlo, te has portado muy bien conmigo y te lo agradezco.

—¿Me lo agradeces?

—Sí, te lo agradezco.

—Me lo agradeces —frunció el ceño, mientras sus manos recorrían su espalda, apretándola contra su pecho—. Así que eso es lo que sientes por mí... agradecimiento.

—Sí.

—Agradecimiento...

Devoró su boca con prisa. Le abrió el albornoz, recorrió su espalda, acarició sus nalgas y la apretó contra su erección. Las mariposas enfermas aletearon alegremente y sus goteros cayeron al suelo. Creyó que le habían salido alas, pero eran sus brazos cogiéndola en el aire. Subió los peldaños de la escalera sin tocarlos, levitando sobre ellos, y la cama recibió su cuerpo.

—¡Oh, Nick! —susurró, cuando volvió a respirar de nuevo.

Entre sus brazos perdía la noción del espacio y del tiempo, se sentía en otro universo, carente de atmósfera, de agua, de tierra, pero lleno de caricias, inundado de besos.

—¿Sigues estándome agradecida, nena? —preguntó, tendiéndose ya desnudo sobre ella—. ¿Qué sientes, Carol, agradecimiento?

—Sí, Nick —sonrió—. Mucho agradecimiento.

—¿Qué más, Carol? —Su mano se perdió en su sexo, acariciándolo lentamente—. Dímelo, quiero oírlo. ¿Agradecimiento y...?

—Deseo...

—Cómo me gusta oírlo, nena. Dímelo otra vez.

—Te deseo, Nick, te deseo.

—No tanto como yo a ti.

La poseyó como si en ello se le fuese la vida, como si hacerlo le otorgase algún premio. La tomó como el sol toma el firmamento, y la arrastró hasta el país del placer y del deseo, donde se perdió con ella en un profundo gemido, en un suave lamento.

—Mírame, Carol —susurró en su boca, sintiéndola empapada bajo su cuerpo—. No me digas que me estás agradecida, porque quiero más, mucho más que agradecimiento.

—Yo no tengo futuro, sólo presente. Sólo puedo darte eso.

—Pero cuando las circunstancias sean otras, que estoy seguro que lo serán, debes saber que espero de ti mucho más que agradecimiento, te lo advierto.

—¿Me estás amenazando?

—No —sonrió con picardía, besando su nariz arrugada—. Sólo te aviso de que no me conformaré con ser un amigo don derecho a roce.

—¡No digas locuras, pero si no nos conocemos!

—Yo te conozco. Reconocí tu piel tan pronto la acaricié, reconocí tu olor en cuanto te olí, y reconocí tu cuerpo cuando lo hice mío por primera vez. Tú eres lo que siempre he buscado y nunca encontré. Tú eres mía y quiero que lo sigas siendo.

Pasó los brazos bajo sus piernas, abriéndola, y la penetró profundamente, arrancándole un gemido que se mezcló con el sonido de los cascabeles.

—¿Sigues estándome agradecida, nena?

—Sí, Nick —sonrió—. Muy agradecida.

—Quiero más.

—¿Qué más quieres? —preguntó, tomando su cara entre las manos y mirándose en los ojos negros.

—Te quiero a ti.

La penetración de su miembro fue tan profunda y tan perfecta como la de su lengua, ambos avanzaron en el territorio para delimitarlo como suyo, colocando su bandera.

Se sintió viva, se sintió completa, sintió bajo su cuerpo todo el placer que una mujer desea.

Densos nubarrones cubrían el cielo sobre la casa de los McCarthy cuando el móvil de Maggie comenzó a sonar. Apartó el portátil en el que actualizaba su estado de Facebook y miró la pantalla. Una gran sonrisa iluminó su rostro.

—¿Tan bien te lo estás pasando que ya no recuerdas que tienes familia? —dijo, arrancándole una carcajada—. Pues que sepas que mamá está que se sube por las paredes porque no tiene noticias tuyas, y papá no hace más que recriminarle que una dama no debería tener ese comportamiento.

—O sea... —dijo, sin dejar de reír—. Que las cosas están igual que siempre.

—¡Oh, Nick, no sabes cuánto me gusta verte tan contento! —suspiró—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Maggie, tengo que contarte algo... He conocido a alguien.

—¡Vaya! Un amor de verano. ¡Qué romántico!

—No, Maggie, no es un amor de verano, es el amor de mi vida.

—¡Ay, Dios! ¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio, Maggie.

—¿Te has enamorado?

—Sí.

—Bueno, doy por hecho que no de Marian.

—No.

—¿Americana?

—Española.

—¡¿Española?! —exclamó, haciéndole reír de nuevo—. ¡Oh, Dios mío, a mamá le dará un infarto, Nick, ya sabes lo que opina de las latinas, que tienen fuego en el cuerpo!

Nick había sido siempre no sólo su hermano, sino su hermano preferido, su confidente, el que cubría sus fallos, el que le echaba la bronca cuando la necesitaba y el que hacía de escudo protector cuando los patriarcas intentaban dominarla, o cuando algún novio despechado se pasaba de la raya. Que su querido hermano, que tan perdido había estado, hubiese encontrado por fin a

la mujer de sus sueños, bien se merecía una celebración, así que se fue a la cocina en busca de una dosis de glucosa en forma de azúcar glaseado, pero cuando vio tras la cristalera a su madre acercándose por el sendero del jardín con un gran ramo de rosas entre los brazos, cambió de idea y se puso un café bien cargado. Con él entre las manos se sentó a la mesa del office, mirando concentrada su taza, fingiendo estar perdida en sus cavilaciones.

—Maggie, cariño, ¿qué haces aquí? ¿No ibas a salir?

—¿Qué?

—¿No ibas a salir, cariño?

—¿Qué?

—¿Te encuentras bien?

—Sí...

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada... estoy bien.

—Algo pasa —dijo la madre, frunciendo el ceño y dejando sobre la encimera las tijeras de podar—. ¿Qué es? Dímelo.

—Verás, mamá... se trata de Nick.

—¡Nick! —exclamó, apretando el ramo contra el cuerpo, olvidando las espinas—. ¿Qué le ocurre?

—He estado hablando con él y...

—¿Y?

—Pues...

—¿Qué pasa, Maggie?

—Yo... no sé cómo decírtelo.

—¡No me digas que ha recaído! ¡No podría soportarlo!

—Me temo que esta vez es mucho peor.

—¡Oh, Dios mío!

Las flores se escurrieron de sus brazos, formando en el suelo una alfombra perfecta de rojos, amarillos, blancos y anaranjados, los mismos colores que asomaron a su rostro. Atemorizada, se dejó caer frente a la hija, mirándola con ojos desorbitados.

Maggie comenzó entonces la segunda escena.

Respiró profundamente y meneó la cabeza con pesar, aumentando así el malestar que recorría a la dueña de la casa, que comenzó a retorcer las manos con desesperación, esperando la continuación de acontecimientos que no llegaba.

—¡Maggie, por Dios Bendito! ¿Qué le ocurre?

—Mamá, Nick... se ha enamorado.

—¡Ah, bueno, eso, qué susto me has dado! —exclamó aliviada, llevándose la mano al pecho y respirando profundamente—. Ya sé que está enamorado, todo el mundo sabe que acabará casándose con Marian, es perfecta para él y...

—Mamá... —Apoyó los brazos sobre la mesa y la miró fijamente, achicando los ojos—. Marian se ha ido con él de vacaciones a España, y Nick se ha enamorado de otra.

—¿Qué?! —La conmoción volvió—. ¿Cómo que Marian se ha ido con él a España? ¡Eso no es lo correcto! ¿Y por qué nadie me lo ha dicho? ¡Oh, qué dirán mis amigas cuando lo sepan, y no quiero ni pensar en la cara que pondría tu padre si llegase a enterarse! ¡Qué vergüenza!

—¿De quién crees que fue la idea de que le acompañara?

—¡Oh, no, eso es imposible!

—Papá le dijo textualmente a Nick: “Llévatela de vacaciones a España, y si eso no sirve para aclararte las ideas, a la vuelta la dejas. No hay por qué seguir enredando la madeja si no te gusta realmente”.

—¿Tú padre dijo eso?!

—Palabra por palabra.

—¡Oh, Señor, no me lo puedo creer! ¡Hablar así de una mujer!

—Pero lo peor no fue lo que dijo Papá, sino lo que dijo Patrick...: “A las mujeres hay que probarlas bien para saber a qué saben”.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó sonrojada—. ¡Qué falta de consideración! ¡He criado a un monstruo!

Sentada ante su impresionante tocador de caoba, rodeada de delicados frascos de perfumes y cremas, recorriendo sus preciosos cabellos dorados con el cepillo de mango labrado en plata regalo de su abuela en las cien lentas y suaves pasadas de cada noche, tal y como su madre había hecho antes que ella, la señora McCarthy dejó volar su mente, que la trasladó con cada cepillado, a unos años antes, cuando su adorado primogénito regresó del infierno.

—Nick, cariño, mañana es Acción de Gracias —dijo con nerviosismo, apretando el teléfono—. Vendrás a casa, ¿verdad?

—No.

—Nick, por favor, tienes que venir, te echamos de menos, hijo. Hace

mucho que no te vemos y...

—No insistas.

—Tus hermanos preguntan por ti, papá está desesperado porque no contestas sus llamadas, las Nanis no hacen más que llorar y yo te extraño tanto. Ven a casa, hijo, podemos ayudarte.

—Nadie puede ayudarme.

—No digas eso. Nosotros te queremos y haremos cuanto esté en nuestras manos para ayudarte. Por favor, ven a casa.

—Nadie puede ayudarme... nadie.

Pero Nick era incapaz de mantenerse impasible ante las lágrimas de una mujer, y mucho menos si éstas procedían de su madre; siempre fue así, desde su más tierna infancia. Así que el día de Acción de Gracias cruzó la puerta. Los olores familiares le llegaron de golpe, pero en lugar de recibirlos como caricias, los sintió como puñetazos. Tuvo deseos de salir corriendo, cerró los ojos y apretó los dientes. Unos rizos castaños aparecieron en el vestíbulo, tan saltarines como siempre alrededor del rostro de Lisa. Su cara se iluminó con una gran sonrisa al verle, dio un pequeño grito y emprendió la carrera hacia él, dispuesta a lanzarse a sus brazos. Pero los brazos de Nick no se abrieron para recibirla; un paso atrás y su cara contrariada detuvieron el avance de la niña, que le miró preocupada.

—¿Nick?... ¿Qué te pasa?

Tras ella apareció Maggie, que al verle se quedó petrificada; el hombre que se había ido y el que había vuelto no eran el mismo. Las profundas ojeras que adornaban sus ojos le hacían parecer cadavérico; el pelo largo y descuidado le asemejaba a un vagabundo; y la contracción de su mandíbula le daba el aspecto de un animal herido, herido y fiero, dispuesto a saltar sobre su presa. Pero lo peor era su mirada, una mirada sin vida, muerta. De los ojos de antaño habían desaparecido el fuego y el brillo, la alegría y la chispa que los adornaban se habían evaporado por completo, en ellos no había más que el negro más negro, el negro más terrible, el negro del miedo del que está perdido, desorientado, ausente.

—No ha sido una buena idea venir, Maggie —dijo, dándose la vuelta—. Es mejor que me vaya.

—¿Pero Nick! —exclamó Lisa—. ¡Mamá se enfadará!

—Lisa, vuelve dentro —dijo Maggie, saliendo tras él.

Se sentó a su lado en el coche y encendió un cigarrillo, escuchando su respiración alterada, con las manos agarrando con fuerza el volante y los ojos

clavados en un horizonte desconocido. ¿Qué terribles imágenes se habrían quedado grabadas en su retina que le atormentaban noche y día? ¿Qué terribles experiencias le habían convertido en un muerto en vida?

—Cuando has llegado... —Tragó saliva, conteniendo las lágrimas que querían subir hasta sus ojos—. Mamá estaba recordando cuando me escapé con James, el del instituto. Me buscaste durante horas hasta dar conmigo y, cuando lo hiciste, no me regañaste, sólo me preguntaste si estaba bien o si tenías que partirle las piernas. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, en las que asomó una pequeña sonrisa—. Tú siempre te has ocupado de nosotros, nunca nos has dejado tirados y ahora que somos nosotros los que queremos ayudarte, no nos dejas. Mamá está desesperada, papá ha envejecido mucho, a Patrick no le abres la puerta, a Charles le echaste de tu casa sin querer escucharle, y yo... yo no soporto verte así. ¡Déjanos ayudarte, Nick, por favor!

—Nadie puede ayudarme.

—Pero Nick, escucha... —Intentó acariciarle.

—¡No me toques, Maggie!

—¿Por qué, Nick, por qué? —respiró profundamente intentando suavizar la presión que sentía en el pecho—. Tú nunca has sido una persona muy efusiva, lo sé, cuando eras pequeño no dabas besos ni abrazos, pero desde que has vuelto esto ha empeorado, se ha convertido en una fobia, y de las malas. ¡No puedes seguir así, Nick, tienes que dejarte ayudar, por favor, por favor!

Regresó al salón, limpiándose las lágrimas del rostro, con una sensación de fracaso y cansancio infinito. Intentar ayudar a quien no se deja es frustrante y agotador, es como intentar detener la subida de la marea, la salida del sol, o la aparición de la luna junto a las estrellas.

—Se ha ido —dijo, a los que esperaban noticias.

—¡Oh, no! —exclamó la madre.

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó el padre—. ¡Tenemos que hacer algo!

—No soporta que le toquen —suspiró Maggie, dejándose caer en el sofá—. No me ha dejado tocarle.

—Pues a mí siempre me ha dejado hacerlo —exclamó Lisa, frunciendo el ceño—. ¿Por qué ahora no me deja, mamá?

—¡Oh, mi muchacho, mi maravilloso muchacho! —gimió la madre, enjugándose disimuladamente una lágrima—. Él siempre ha sido el fuerte de

la familia. Cuando erais pequeños y os llevaba a la escuela, yo me preguntaba cómo hacía para manteneros a raya. ¡Con lo travieso que era Patrick!

—Es porque nos trataba igual que a un pelotón, mamá —dijo Charles con una chispa divertida en sus ojos azules—. En cuanto llegábamos a la puerta nos decía: “No quiero tontería de bebés, ¿entendido?”. Y cuando llegaba el momento de regresar a casa, formábamos ante él como un auténtico escuadrón y nos preguntaba muy serio: “¿Preparados?”. Patrick se cuadraba, le respondía con el saludo militar y emprendíamos la vuelta a casa firmes como el palo de una bandera.

—¡Oh, mi muchacho, siempre tan responsable y protector! —La voz de la madre se quebró—. ¿Qué le habrá ocurrido en aquel maldito país?

El Club de Campo estaba a rebosar. En aquel magnífico día de principios de la primavera, todo el mundo parecía pasárselo bien y disfrutar del buen tiempo y de la buena compañía, pero, al fondo de la terraza del restaurante, una madre buscaba desesperadamente ayuda para su hijo. Con un precioso vestido de muselina azul y en torno a una primorosa mesa redonda adornada con delicado mantel de hilo, vajilla francesa blanca decorada con florecillas azules, un centro de flores naturales también azules, y ante exquisitos manjares, la señora McCarthy buscaba aliados en el plan de ataque que había diseñado; eran muchos años al lado del “estratega” como para que no se le hubiesen pegado sus tácticas militares, de modo que, tras mucho debatir consigo misma, había tomado la decisión unilateral de que aquel problema sólo podía solucionarlo una madre, y para ello echó mano de lo que mejor dominaba: las relaciones sociales.

—No acudiría a ti si no fuese importante, Elizabeth —dijo suavemente, clavando en ella su mirada más suplicante—. Sé que tu esposo es un hombre muy ocupado, que no concede citas, que su tiempo es muy valioso y que los políticos le tienen muy atareado, pero no me queda más remedio porque estoy desesperada. Necesito que me ayudes.

—Por un hijo se hace todo. —Los ojos color violeta le sonrieron con dulzura, mientras la mano apretaba la suya sobre la mesa—. Hablaré con mi esposo esta misma noche.

El doctor John Fischer era el más prestigioso psiquiatra de Chicago. A su

consulta, en la planta diecinueve del Wrigley Building, no podía acceder cualquiera. En su austero despacho atendía y curaba a la mayoría de los hombres importantes de la ciudad y del país, incluyendo a algún que otro presidente, cosa que naturalmente nadie sabía pues la discreción era su máxima. Su lista de espera era de más de un año y a ella sólo llegaban “recomendados”, pero cuando aquella noche de primavera su adorada esposa, envuelta en una vaporosa bata de seda violeta que hacía juego con sus increíbles ojos, rodeada del perfume de las mismas flores que le hacía olvidarse de hasta en qué día vivía, en qué país y en qué planeta, le pidió el favor... no pudo negarse. Tachó de su agenda a un demócrata y colocó en su lugar al hijo de McCarthy.

El cónclave familiar se produjo tras la cena. Las Nanis colocaron sobre la mesa de cristal del salón la bandeja con el café, y se aposentaron en el sofá de la esquina, desde el que tenían una visión perfecta y una acústica envidiable. Achicaron los ojos y abrieron los oídos.

—Yo creo que lo mejor es decírselo claramente —comenzó Charles, aflojándose el nudo de la corbata—. Debemos ir con la verdad por delante, él no entendería que nos anduviésemos con triquiñuelas, nunca lo ha hecho con nosotros y no le gustaría.

—Bien, estoy de acuerdo, se lo diremos sin rodeos —dijo Patrick, pasando con nerviosismo la mano por el pelo revuelto—. La cuestión es... ¿Quién le pone el cascabel al gato?

—Yo creo que debería hacerlo Maggie —dijo tímidamente la madre.

—¡Mamá! —contestó la aludida.

—Cariño, tú eres la única a la que escucha, tenéis una relación muy especial desde siempre y...

—¡Oh, no, no, no! —Sacudió la cabeza—. Yo no puedo. Me desarmo en cuanto le veo. No puedo.

La madre ahogó un suspiro de desánimo, indicio indiscutible de las lágrimas que retenían sus ojos, con lo que quedó automáticamente descartada. Charles dijo que a él nunca le había hecho caso en nada, y que intentarlo era sencillamente una pérdida de tiempo, pues volvería a echarle de su casa. Patrick confesó que le daba miedo decirle buenos días. Y cuando todos los ojos se clavaron en su cara, el padre comenzó a toser descontroladamente.

Aquella noche no fueron capaces de tomar una decisión, así que acordaron irse a la cama, pensar en ello y reunirse al día siguiente para resolver cómo hacerlo. Uno tras otro fueron abandonando el salón en dirección a sus habitaciones, ante la atónita mirada de las Nanis, que meneaban la cabeza con desconcierto, y la ofendida mirada de Lisa, a quien nadie se había molestado en pedir opinión por el simple hecho de que sólo tenía ocho años. Lisa, que sólo les tenía miedo a las Nanis cuando se enfadaban, decidió que si nadie se atrevía a hablar con Nick, lo haría ella. Saltó del sofá, se fue a la cocina, salió al jardín trasero, recorrió el sendero hasta el pozo, cogió su bicicleta apoyada en él, y caminó entre las madreselvas hasta la vieja puerta escondida tras las enredaderas. Media hora más tarde estaba ante el apartamento de Nick. El primer timbrazo no obtuvo respuesta, pero su coche aparcado ante la puerta la animó a poner el dedo sobre el botón y apretar con fuerza, mientras las palabras de su padre, escuchadas tantas y tantas veces, resonaban en su cabeza: “Ante una primera negativa, sólo los cobardes repliegan velas”. Dos minutos fueron los que tardó en abrirse la puerta y aparecer tras ella la furia en estado puro.

—¡LISA!

—¡Madre mía, qué mala cara tienes!

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Has venido sola?

—Sí, he venido sola —dijo, cruzando la puerta y arrugando el ceño—.

¡Qué mal huele aquí, y qué sucio está todo, Nick! ¿Es que nunca limpias?

—¿Pero cómo has venido hasta aquí, andando? —preguntó, siguiéndola hasta la cocina.

—He venido en bici, es más rápido. ¿Tienes galletas?

—¡No puedes largarte de casa así como así, Lisa, mamá estará preocupada!

—Mamá sólo está preocupada por ti —dijo, abriendo un paquete de galletas y llevándose una a la boca—. ¡Aj, qué asco, pero si están malas! —exclamó, escupiéndola en el fregadero—. Nick ¿Por qué no quieres que te toque?... —preguntó, ladeando la cabeza—. Bueno, da igual, dicen que eso tiene solución. Quieren que vayas a ver a un médico para que te mire lo que tienes en la cabeza, pero nadie se atreve a decírtelo, todos te tienen miedo.

—¿Y tú no, Lisa?

—A mí las únicas que me dan miedo son las Nanis. —Abrió la nevera en busca de un refresco—. ¡Ay, qué bien, éste nunca me dejan tomarlo! Bueno, pues ya lo sabes, tienes que ir la semana que viene, el viernes, a la consulta del doctor... el doctor... no recuerdo su nombre, ése que es tan famoso, el

que sale en la tele.

—¿Fischer?

—Sí, ése. Mamá ha hablado con su mujer, ella ha hablado con él, él con papá, y ahora yo contigo, así que ya está todo arreglado. —Se terminó el refresco y se encaminó hacia la puerta—. No lo olvides, el viernes.

—¡Lisa, espera, te llevaré a casa!

—¡Pero qué dices! Si mamá te ve así, le da un patatús.

—¡No importa, no puedes ir sola!

—He venido sola.

—¡No me discutas, yo te llevaré! —gruñó, cogiendo las llaves del coche.

—Como nos pare la Poli y te vean con esas pintas, te arrestan, por muy amigos tuyos que sean... ¿Por qué no quieres que te toque, Nick?

—¡Cierra el pico!

—Va a ser un viaje muuuy largo.

La consulta del doctor Fischer era como las de todos los psiquiatras: serena, tranquila y relajada, con un suave verde botella cubriendo sus paredes y antiguos muebles de caoba con mucha solera, heredados de su padre, así como los animales disecados que, como soldados bien alineados, montaban guardia sobre el gran armario de patas de tigre. Se sentó frente a la gran mesa y esperó lo que le pareció una eternidad, al cabo de la cual se levantó, comenzó a pasear con nerviosismo por la consulta, hasta que recaló en una de las ventanas y la abrió, encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que no fue consciente de la llegada del doctor. Éste se sentó tras su mesa y le observó atentamente. Le conocía desde siempre, sus familias se movían en los mismos ambientes, por lo que estaba al tanto de su trayectoria personal y profesional, pero los últimos acontecimientos que se habían producido en su vida le tenían desconcertado, así que tratarle suponía para él un reto, y al doctor le gustan más los retos que los políticos.

En aquella primera toma de contacto, el doctor confirmó que el reto era grande, y Nick salió de allí convencido de que aquello sólo era una pérdida de tiempo.

Al doctor Fisher le llevó semanas ganarse la confianza de su paciente. Tuvo que echar mano de toda su intuición y sabiduría, adquiridas a lo largo

de más de cuarenta años de profesión, para poder entrar en el jardín olvidado en que se había convertido el corazón de Nick, quien, al igual que todo el que está inmerso en una depresión, se resistía con uñas y dientes a atacar el origen de sus problemas, y a esta ardua tarea se entregó el doctor Fischer con pasión. “Discurrir por los vericuetos del alma humana sin ningún mapa que nos guíe es, cuanto menos, desconcertante”. Así comenzaba uno de los primeros libros que el doctor había publicado y que hacía compañía a los Grandes Tratados de Psicología y Psiquiatría que adornaban sus estanterías. Entrar en el alma del ser humano era como colarse en un laberinto, del que se conocía la entrada, pero no la salida. Sin embargo, para el doctor, todo lo referente al alma y a la mente, o al “ente”, como él lo llamaba para abreviar, era mucho más sencillo de lo que parecía. No en vano había tenido al mejor maestro: su padre, quien, cuando el hijo decidió seguir sus pasos en el fascinante mundo del dolor y el sufrimiento humano, le dio solamente tres consejos, tres consejos que habían sido para él más importantes que todos los conocimientos adquiridos en los libros y en la Facultad, tres consejos que había seguido al pie de la letra, hasta entonces.

1.º) Jamás trates a un amigo o conocido. Si lo haces bien, no podrás librarte de él

nunca, y si lo haces mal, te amargaré la vida.

2.º) A toda mujer que entre en tu consulta ponle un pene imaginario, así nunca

tendrás tentaciones.

3.º) Los problemas más complejos suelen tener las soluciones más simples.

El doctor se había saltado a la torera el primer consejo. La culpa no era suya, sino de su sensual y encantadora esposa y su perfume envolvente. El segundo no tuvo que ponerlo en práctica, pues el miembro venía de serie. Y con respecto al tercero, se dijo que bien se podía aplicar a Nick. Nick no soportaba que le tocasen. Bien, pues le “recetaría” algo en lo que el contacto físico fuese inevitable.

—¿BOXEO? —le miró patidifuso—. ¿Quiere que mate a alguien, doctor?

—Tienes que liberar esa agresividad, o terminará matándote a ti, y puesto que no puedes liberarla a través del sexo, he pensado que esta actividad se le parece bastante.

—¿El boxeo se parece al sexo?

—¡Oh, sí! Tienes muchas similitudes, te lo aseguro.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente —contestó con solemnidad—. En los dos hay contacto físico, en los dos se acaba sudando, los dos te dejan agotado, los dos te dejan satisfecho, y con los dos te quedan ganas de repetir.

Nick se frotó la barbilla, concentrado, preguntándose si aquel médico estaría bien de la cabeza, o si simplemente se estaba riendo de él. Pero dado que el doctor Fischer era toda una eminencia, que hasta la fecha nadie había puesto en entredicho su estado mental, y que en su cara no había atisbo de burla... concluyó que no era una broma y que estaba en sus cabales.

McCarthy destrozó sobre el ring más guantes de boxeo que ningún policía de Chicago en todos los años que la Academia llevaba abierta. Las palizas que recibieron sus *sparrings* fueron memorables. Se habló de ellas durante mucho tiempo, y los huesos rotos de algunos les recordaron aquellas peleas cada vez que se aproximaba un cambio en la climatología. Sobre la lona del cuadrilátero soltó toda la agresividad, toda la fuerza, pero sus demonios siguieron dentro. Llegado a aquel punto, el doctor Fischer decidió ser fiel a su intuición, cosa que no le había enseñado su progenitor, sino los muchos años que ya tenía a sus espaldas, y decidió contrarrestar el fuego con el fuego. Una sonrisa divertida asomó a sus labios cuando levantó el teléfono y le pidió cita con la que había sido su mejor alumna en la Facultad.

—¡Quiere que vea a una sexóloga! —Le miró con ojos desorbitados—. ¡Ah, no, de eso nada!

—Tienes un problema sexual, ¿adónde quieres que te mande, al dentista?

—¡Ni lo sueñe, doctor, ni lo sueñe!

—Es la mejor en su terreno.

—¡¿Y tiene que ser precisamente una mujer?! ¿Es que no hay hombres en ese campo?

—Tan buenos como ella, no. —La sonrisa pícaro apareció en la comisura de sus labios—. Confía en mí. Si sales vivo de sus manos, podrás enfrentarte a cualquiera.

La secretaria de la doctora Sheffield le guiaba por el largo pasillo desde el que se podía contemplar toda la ciudad. Con la mandíbula apretada, McCarthy se preguntaba a quién encontraría tras otra gran mesa, pero ni toda la imaginación del mundo le habría servido para hacerse una idea de quién

era la alumna aventajada del doctor. Cruzó la puerta de la consulta con la determinación del que está preparado para un cuerpo a cuerpo, pero se paró en seco cuando sus ojos se posaron sobre... ¡GILDA!... El cabello rojizo, la cara angelical y las curvas imposibles hacían de ella la copia exacta de la de la actriz, hasta que se levantó y le dio la mano; ninguna mujer apretaba de aquella manera, y cuando la voz comenzó a salir por su boca perfecta, se le disiparon todas las dudas, pues si bien intentaba sonar lo más femenina posible, algo en la intensidad de sus graves la delataba. Observando a aquel portento de la naturaleza y de la cirugía, a Nick no le cupo ninguna duda de que el doctor Fischer ya no estaba en sus cabales, pero si bien el aspecto de aquella mujer inducía a pensar en una personalidad sutil y cadenciosa, nada más lejos de la realidad, pues en cuanto se sentó tras su mesa atacó de lleno.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes relaciones sexuales, Nick?

—Mucho tiempo.

—¿Cuánto, por favor? Me gustaría que fueses concreto en tus respuestas, es importante.

—Tres años, cuatro meses y cinco días.

—¿Qué pasó hace tres años, cuatro meses y cinco días? —Nick se revolvió en el asiento, apartando los ojos de los que le miraban intensamente—. ¿Quieres seguir así otros tres años, cuatro meses y cinco días? Dímelo, ¿qué pasó?

—No puedo...

—Sí puedes.

—No...

—¿Quieres que te lo diga yo?

—Tú no puedes saberlo. —El corazón le dio un vuelco.

—Yo nunca miento. —Afirmó con rotundidad—. Sé todo lo que ocurrió... con detalle.

—¿Entonces no hace falta que te lo diga yo! —exclamó, frotándose la cara con desesperación.

—Por supuesto que hace falta. No a mí, sino a ti mismo. Necesitas decirlo en voz alta, necesitas oírlo de tus propios labios, sólo mirando de frente a tu demonio podrás enfrentarte a él y vencerlo.

—¿No puedo enfrentarme a él! —Sus ojos brillaban—. ¡No le venceré jamás!

La doctora se levantó despacio y se acercó a los grandes ventanales. Encendió un cigarrillo y observó las calles que comenzaban a quedar

desiertas mientras el sol se escondía. Exhaló una gran nube de humo con la vista concentrada fuera.

—¿La querías, Nick?

—No...

—Pero no puedes olvidarla.

—No...

—Por cómo murió.

—Sí...

Le trató durante seis meses, seis meses en los que no consiguió, tal y como era su costumbre, introducirse en su cabeza, encontrar al monstruo que le atormentaba, correr tras él, arrinconarlo, vapulearlo sin compasión y desmembrarlo a conciencia; ése era su deporte favorito, ella no necesitaba ir al gimnasio, pues sus terapias le proporcionaban las endorfinas necesarias que liberaban su mente, que relajaban su cuerpo, y que nutrían su libido. Machacar monstruos ajenos era como volver a machacar al suyo, como una victoria repetida de la que se nutría y que la hacía sentir viva. Pero McCarthy se le resistió. Más de una vez en aquellos meses, su mentor se deleitó al verla aparecer en su despacho convertida en la desesperación personificada, maldiciendo contra el mundo y contra todos los libros de sexología que había estudiado y que en aquel caso no le servían absolutamente para nada. El doctor Fischer preparaba unas copas e intentaba tranquilizarla, pero no demasiado, porque ver a aquella mujer en semejante estado de irritación era toda una delicia para sus ojos. Hasta que un día ocurrió algo con lo que nadie contaba.

Tras una larga y agotadora jornada patrullando las calles de Chicago, dos novatos llevaron sus rencillas hasta los vestuarios de la Comisaría, donde se enzarzaron en una pelea a la que los veteranos, entre los que estaban Nick y su compañero Peter, pusieron punto final, pero la discusión siguió durante un buen rato cargando el ambiente de una fuerte electricidad negativa. Cuando la situación volvió a estar bajo control, los hombres fueron poco a poco abandonando el lugar en busca de algo de calma. Nick y su compañero la encontraron en un bar de la zona sur, un garito que nunca antes habían frecuentado y donde esa tarde un grupo de chicas celebraba con alegría un cumpleaños. Aquella noche, dos de ellas les acompañaron hasta su apartamento, pero, cuando tuvo a aquella mujer en su cama, Nick fue incapaz de hacerle el amor. Ante la decepción de la chica, hizo lo único que se le

ocurrió, le dio la vuelta y, sin permitir que le tocara, la penetró desde atrás.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo la doctora Sheffield, cuando terminó de relatarle la historia—. Pues... es una opción como otra cualquiera.

—¡Pero no es normal! ¿Verdad?

—Normal, normal... ¿Qué es normal y qué no lo es? —dijo, terminándose el café y encendiendo un cigarrillo—. No existen patrones estándar para el sexo. Bueno, ni para el sexo ni para nada. Lo que le gusta a uno no le gusta a otro; ahí está la grandeza de la humanidad, que todos somos distintos y...

—¡Pero no es normal!

—¿Es el sexo normal? —preguntó, concentrada en la nube de humo que exhalaba su boca—. Pues para unos tan normal como comer o respirar, mientras que para otros es una simple aberración. Todo depende del color del cristal con que se mire, de las circunstancias, la personalidad, las vivencias, las motivaciones, las necesidades...

—¡Quieres dejar de enrollarte!

—No entiendo por qué estás tan enojado —dijo, con una ligera sonrisa—. Creo sinceramente que éste es un gran paso para ti.

—¿Un gran paso? ¿Hacia dónde, hacia el precipicio?

—Míralo de esta forma: has encontrado la forma de tener sexo, sin tenerlo.

—¡Joder!

—Así que... podría decirse que: asunto resuelto.

—¿Cómo que asunto resuelto!

—Lo que ya me parece más difícil... —continuó, frunciendo el ceño— es encontrar mujeres que se conformen sólo con eso, un sexo así, tan frío. Pero bueno, supongo que con tu aspecto no te faltarán candidatas. Hemos terminado, Nick, esta ha sido nuestra última sesión.

—¿No estarás hablando en serio?!

—Completamente —Apagó el cigarrillo y le regaló una gran sonrisa.

—¿Te has vuelto loca?!

—Tenías un problema sexual y está solucionado.

—¿Voy a tener que pasar el resto de mi vida follando así?!

Su cara crispada la enterneció profundamente. Que en su alma se hubiese producido una grieta la llenaba de satisfacción, ahora sólo era cuestión de tiempo que por ella se colasen la vida y los sentimientos. Se recostó en su sillón con la satisfacción del deber cumplido y cruzó sus largas piernas, observando aquel gesto disgustado, aquel cuerpo tenso.

—Por supuesto que no, Nick, por supuesto que no... Algún día encontrarás

a alguien con quien no querrás hacerlo así. Algún día querrás mirarte en unos ojos porque en ellos verás todo un universo, el fulgor del sol y de la luna, el titilar de las estrellas más brillantes del firmamento. Y desearás recibir en tu boca sus gemidos y su risa, y en sus palabras susurradas entre beso y beso encontrarás la más hermosa melodía que te transportará a un lugar mágico donde las caricias todo lo pueden, donde el roce de la piel todo lo ilumina transformando la noche en día. Algún día desearás entregarte a un cuerpo, como las olas se entregan a la orilla, sintiéndose parte de ella, derramando sobre la arena su más dulce caricia. —Se quedó callada, observando aquellos ojos negros que no la miraban, aquel pecho se subía y bajaba desacompañado, aquellas manos que se retorcían—. Te preguntas si sabrás reconocerla... No te preocupes, Nick, cuando la encuentres ni siquiera te preguntarás si es ella, lo sabrás en cuanto la mires, en cuanto la toques, en cuanto la huelas. Y cuando llegue ese momento espero que me llames para contármelo, porque ese día habrá comenzado tu recuperación, habrás nacido por fin a tu nueva vida, una vida que ahora te niegas y a la que tienes derecho, una vida llena de cosas buenas, una vida llena de besos y caricias.

Ante unas cervezas bien frías, los compañeros discutían sobre cuál sería el mejor destino vacacional aquel año. Peter le observaba atentamente, preguntándose qué le rondaría por la cabeza, pues había pasado el día inmerso en un gran mutismo.

—A ver, McCarthy, ¿adónde nos vamos este año de vacaciones?

—¡Joder, pero si aún faltan meses!

—Cuanto antes lo decidamos, mejor, o nos pasará como el año pasado y no encontraremos billetes. ¿Adónde te gustaría ir?

—Me gustaría ir... —dijo, levantándose y cogiendo su chaqueta—. A un lugar donde el clima sea suave, las mujeres hermosas y la comida deliciosa.

—¿Ya te vas?

—Hoy ceno con mis padres.

Al llegar a la puerta del bar, la voz de su compañero resonó con alegría.

—¡Eh, McCarthy!... ¿Haití?

—Sigue pensando.

Regresar a la casa familiar no había sido fácil, aunque sólo fuese de visita,

a pesar de que todos hacían como si nada hubiese pasado, creyendo que así todo se olvidaría. Aquella noche, la familia al completo estaba en el salón, ante un televisor en el que el canal internacional derramaba las noticias, con Nani manejando con destreza el mando a distancia, pues cuando de noticias se trataba ella era quien seleccionaba los canales, así como también regulaba el volumen del sonido, pues el sonotone había sido olvidado una vez más sobre su mesilla de noche.

—¿Una copa, hijo? —preguntó el padre.

—Sí, gracias.

—¡Oh, Dios mío, qué desastre! —suspiró la madre, con la vista clavada en la pantalla.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nick, llevándose la copa a los labios.

—¡Ha naufragado un barco, Nick! —exclamó Lisa, excitada—. Iba cargado de petróleo y ha encallado frente a la costa, y los marineros lo están sacando del mar con sus propias manos. ¡Mira, nadie les ayuda! Y todos los peces están muertos.

—¿Dónde ha sido?

—En España —informó el padre—. ¡Otra chapuza de los políticos españoles, que no pueden ser peores de lo que son! Esto es lo que ocurre cuando no existe auténtica vocación de servir al pueblo, sino a los propios intereses. ¡Como si no hubiese hombres preparados para dirigir ese país!

—¡Y mujeres! —remató Nina.

—Un país como ése debería ser rico, y no pobre —siguió el patriarca, haciendo caso omiso de la fría mirada que ella le regaló—. Tiene mar, tiene montaña, tiene historia... por no hablar de la impronta que la cultura árabe dejó en él en forma de magníficos monumentos y...

—Bueno... —susurró Nina—. Lo que nos faltaba, ahora toca discurso.

—... Pero sus políticos son de lo peor que he conocido nunca —siguió con determinación— Egoístas, pedantes, avariciosos, partidistas... Si realmente estuviesen interesados en sacar a su pueblo adelante, no tendrían más que mirar hacia los países del norte del continente y seguir su ejemplo, pero prefieren continuar mirándose el ombligo y llenándose los bolsillos. ¡Ni buenos políticos, ni buenos legisladores, ni...!

—¡Conquistadores, sí, conquistadores! —exclamó Nani con alegría—. Madre siempre lo decía, que España es un país de conquistadores.

—La Costa de la Muerte —susurró la madre—. Es un nombre extraño, ¿no creéis?

—A mí me gusta —dijo Lisa alegremente— La Costa de la Muerte... parece el título de una película.

Nick observó aquellas preciosas costas de escarpados acantilados e infinitas playas de arena blanca y fina, de mar bravo rompiendo sobre la orilla y derramando sobre ella todos los brillos, iluminadas a la luz del atardecer por un sol dorado y rojizo, proporcionándole ése aura que sólo tienen las leyendas y los mitos.

MENSAJE:

Peter, ya sé adónde vamos a ir de vacaciones en septiembre... España.

Sentada en la sala de espera, rodeada de personas tan enfermas como ella, pasando páginas de una revista de modas por pura inercia, se preguntó cómo podía estar tan tranquila cuando le iban a decir si iba a vivir o iba a morir. La calma podía deberse a que, fuese cual fuese el veredicto, nada podía hacer al respecto, o tal vez al tema sexual, que tan ocupada la había mantenido los últimos días, proporcionándole unas satisfacciones con las que no contaba, haciéndola sentir viva; había liberado entre los brazos de aquel americano que la miraba como si quisiese comerla toda la adrenalina de su cuerpo, y esa circunstancia la había dejado sin fuerzas para ocuparse de otros menesteres.

La llamada del hospital la había pillado por sorpresa, pues se había adelantado a la fecha prevista, y si bien en un principio su corazón disparó los latidos y sus manos temblaron ligeramente, durante el viaje a Santiago los nervios fueron desapareciendo, quedándose adheridos a cada kilómetro del camino.

Dejó la revista sobre la mesa y observó a las personas que la rodeaban en aquel lugar al que ella, en su fuero interno, llamaba “la milla verde”.... Miradas perdidas, ausentes, tristes... Pieles mortecinas, apagadas, sin vida... Movimientos lentos, pausados, sin prisas... Manos temblorosas, temerosas, frías...

—Carol Menéndez —anunció la enfermera.

Su oncólogo tenía cincuenta y cinco años, piel bronceada —señal de que el golf no se le daba mal— y unas incipientes canas en las sienes que le proporcionaban cierto atractivo. Su profesionalidad estaba fuera de toda duda, era una eminencia en su campo, pero a ella no le gustaba; el modo en que la miraba sin verla la incomodaba.

La saludó con un leve movimiento de la mano y siguió hablando por el móvil; parecía disgustado. Le observó desde la silla de los ajusticiados, estaba a punto de recibir su sentencia y él seguía al teléfono como si nada, con el ceño fruncido y evidente enfado.

—Discúlpame —dijo por fin, dejando con rabia el móvil sobre la mesa y mirándolo con rencor—. Mi hijo, el pequeño, se ha presentado en casa con un

suspenseo en Matemáticas, ¡y eso que ha tenido profesor particular todo el verano!

No le contestó, no sabía qué decir ante semejante problema de tamaño envergadura, aunque por su cabeza pasaron varias ideas rocambolescas: sacar un cigarrillo y encenderlo ante sus narices, lanzarle el mechero a la cabeza, prenderle fuego a la consulta... y cosas por el estilo.

—Pero... ¿dónde está? —preguntó, revolviendo los papeles que había sobre su mesa—. ¿Dónde está el expediente de Carol... Carol...?

—¡Menéndez! —le contestó con rabia la enfermera.

—¡Oh, vaya! —gruñó, contrariado—. Creo que me lo he dejado en el despacho de arriba.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la enfermera, poniendo los ojos en blanco—. Ahora mismo lo traigo.

Salió de la consulta rauda y veloz, no sin antes dirigirle una mirada cómplice. ¿Sería porque los resultados no eran buenos y ella ya lo sabía, o sería porque simplemente era mujer, esos extraños seres que pueblan el planeta y que parecen tener una sensibilidad especial que al otro género le falta?... Su agonía se alargaba. Miró fijamente al médico, quien comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa para llenar el incómodo silencio, y se dijo que tampoco debe ser un trabajo fácil darle malas noticias a la gente, pero en aquel momento la comprensión fue desplazada por la rabia y a su mente llegó una frase que, según Jaime, los definía: “Están endiosados”.

—¿Le gusta su trabajo, doctor?

—¿Cómo dices? —Los dedos se detuvieron.

—Estaba pensando... que no debe de ser fácil decirle a la gente si va a morir o si va a vivir.

—A veces es un trabajo difícil, sí, pero otras muchas veces es muy gratificante. —Una pequeña sonrisa apareció en sus labios—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Oh, vaya, muchas gracias por preguntar! —Ya que se estaba conteniendo para no arrancarle los ojos o no achicharrarle en una barbacoa, al menos se daría el gusto de usar el sarcasmo y escupirle las palabras—. Pues en este momento esperando mi sentencia.

La enfermera regresó con el historial, liberando al facultativo del poder de su mirada y de las ansias asesinas que bullían en su interior.

—¡Pero aquí faltan las últimas pruebas! —exclamó—. ¿Dónde están?

—Tienen que estar aquí, hombre —dijo la enfermera, arrugando el ceño y

revisando el expediente.

—¡Aquí no están, Marijose, aquí no están! ¡Joder, con lo retrasados que ya vamos hoy! —levantó el teléfono—. Ponme con el doctor Villanueva... Juan, perdona que te moleste, pero me faltan las últimas pruebas de Carol... Carol...

—¡Menéndez! —le escupió la enfermera.

—Carol Menéndez... sí... sí... entiendo... entiendo... bien, espera un momento —Tapó el auricular—. Carol, ha habido un pequeño retraso con tus pruebas, ya están terminadas, pero no las tendremos aquí hasta mañana y...

El “Vuelva usted mañana” de Larra apareció en su mente. Pensó en saltar sobre él, arrancarle la piel a tiras y luego sacarle los ojos; la enfermera no se lo impediría, su cara era todo un poema.

—NO.

—¿Cómo dices?

—He dicho que NO.

—Pero, verás, no me las mandarás hasta mañana y...

—¿Dónde está el laboratorio, doctor? ¿En China?

—Entiendo que estés contrariada, pero...

—¿Contrariada? —Apretó la mandíbula—. ¡Yo no me moveré de aquí hasta que mis pruebas, mis últimas pruebas, estén sobre esa mesa, que es donde deberían estar!

—Juan, perdona, luego te llamo. —Colgó el teléfono y la miró muy serio—. Entiendo tu descontento, pero...

—¡Pero nada! Hoy es uno de esos días, doctor, de los difíciles. ¡Yo no saldré de aquí sin una sentencia de vida o de muerte sólo porque alguien no ha hecho su trabajo a tiempo!

—Debes comprender que tenemos una normativa, existen unos protocolos que debemos respetar y...

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó la enfermera—. ¡Yo iré a buscar las pruebas al laboratorio, Carol, será un momento!

La practicidad y determinación que muestran las mujeres en momentos de crisis es sorprendente, bien es cierto que luego, a veces, se vienen abajo y necesitan de todo el consuelo, pero en los momentos clave de dificultad se crecen.

El eminente, ajeno a los pensamientos que bullían en la cabeza de su paciente, la miró con algo parecido al enfado. Ella sostuvo su mirada, deseosa de que abriese la boca, pero los eminentes saben cuándo guardar silencio.

—Has visto agonizar a mucha gente, ¿verdad? —afirmó, más que preguntó, mientras buscaba en su bolso un cigarrillo con dedos temblorosos.

—Desgraciadamente.

—Bien... —Encendió el pitillo—. Pues yo soy una más en tu larga lista.

—No digas eso, no hay que adelantarse a los acontecimientos. Sabes que estos resultados no son definitivos, son simples indicadores de la eficacia de la quimioterapia. Los marcadores tumorales, como ya te expliqué...

—Bla, bla, bla... Ahórrame la palabrería, por favor; no me ayuda.

—Yo... te pido disculpas, no sé lo que ha podido pasar en el laboratorio, siempre son muy puntuales, pero...

—No les echas la culpa a ellos —exhaló una nube de humo, aquella densa bruma le infundió valor—. La culpa no la tiene el sistema, sino tú. —El galeno abrió la boca, pero no le dejó hablar, no porque le gustase más escuchar su voz temblorosa, sino por temor a que las palabras que dijese la alterasen aún más, provocando que en aquel hospital se tuviese que lamentar una nueva desgracia; con las que había ya era más que suficiente—. Ha pasado porque ya no eres un novato, porque ya lo has visto todo, porque te crees inmunizado y sientes que ya todo te resbala. Crees que ya nada te afecta como antes, como cuando empezaste, pero estoy segura de que no es verdad, porque aunque intentas distanciarte de la realidad, ésta no desaparece y hace mella, seguramente hasta se te aparece en sueños, sí, estoy convencida de que duermes mal, tal vez no puedas hacerlo sin pastillas. —El teléfono comenzó a sonar, pero él ni lo miró—. ¿Recuerdas a tu primer paciente, doctor?... Sí, estoy segura de que cuando entró por esa puerta lo sabías todo de él, pero si te pregunto cuántos años tengo o en qué mes nací, dudo que aciertes sin mirar mi expediente. ¿Quieres que probemos, doctor? A lo mejor suena la flauta por casualidad.

Se le quebró la voz.

Se levantó, no sin cierta dificultad porque tenía las piernas agarrotadas. Con mano temblorosa abrió una de las ventanas y respiró profundamente. Le llegó el sonido amortiguado del tráfico y el de sus pasos al acercarse.

—Se llamaba Álvaro... —dijo, apoyándose también en el alféizar—. Tenía veinticinco años y acababa de casarse, su mujer estaba embarazada de tres meses, como la mía. —Sacó un cigarrillo del bolsillo de su bata y lo encendió—. Se desmayó en el trabajo y le trajeron aquí. Las primeras pruebas fueron contundentes: cáncer de huesos, metástasis total, ya no había nada que hacer. Me pidió el alta voluntaria y se llevó a su mujer a París, ella siempre había

querido ir allí. Cuando regresaron, ingresó, y ya nunca salió de aquí. El niño nació sietemesino y con problemas respiratorios; estuvo mucho tiempo en la incubadora. Iba al colegio de mis hijos y son amigos desde pequeños, vino a merendar muchas veces a casa... Ahora ya es un hombre, pero cada vez que le miro veo a su padre ante mí, sin derramar una sola lágrima, preguntándome cuánto tiempo le quedaba... Le visité cada día, cada noche, y desde entonces... me despierta cada madrugada pidiéndome que cuide del hijo al que nunca conoció.

Se quedaron en silencio observando la ciudad ajena a sus tormentos. Una paloma se posó sobre el alféizar exterior, les observó inclinando la cabeza y levantó nuevamente el vuelo hacia un cielo azul inundado de luz, repleto de vida. Carol deseó tener alas, salir volando y recorrer el firmamento, liberarse de la pesada carga que la aplastaba, desprenderse de aquel desasosiego.

—Es curioso... —siguió él—. Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi mujer.

—Tú no eres culpable de su muerte, como tampoco lo serás de la mía, pero sí lo eres de haberle entregado toda tu humanidad a tu primer paciente. Los demás también la necesitamos, tanto o más que las medicinas, porque los medicamentos curan el cuerpo, pero la humanidad serena el alma, y no te imaginas cuánto se agradece la serenidad en estos momentos.

—Yo... temo que ya no me queda.

—¡Pues fíngela, no es tan difícil! —Los ojos del médico brillaban. En sus labios apareció una sonrisa—. En la sala de espera hay una mujer tremendamente guapa y tremendamente triste. A pesar de haber perdido el pelo, las pestañas y las cejas, lo que más la entristece es que se le están cayendo las uñas, ¡no me preguntes por qué, cada uno tiene sus neuras, a ella le afecta la pérdida de las uñas!

—Ése no es un efecto secundario del tratamiento. —Frunció el ceño—. La causa debe de ser otra.

—¿Y qué importa cuál es el motivo? ¡Qué más da si es por el tratamiento, por un hongo cogido en la Cochinchina, o por un gen defectuoso de un antepasado lelo! —dijo, arrancándole una risa—. ¡Lo que importa es que eso la atormenta, eso es lo único que importa! Interésate por ella, sólo necesita eso, saber que la ves, que no es invisible, que no es un número más, un gráfico en una estadística, hazle saber que te importa, que estás a su lado, que no está sola, sólo necesita eso, sólo eso.

La enfermera entró como un ciclón. Cuando les vio con los cigarrillos en

ristre, puso el grito en el cielo.

—¡Virgen Santísima, lo que nos faltaba, que nos abran un expediente!

Se dejó caer en la silla de ajusticiados, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. El tan terrible momento había llegado; allí estaba su corredor de la muerte, esperándola. La rodearon el silencio y el cansancio, un cansancio infinito que le pesaba como una losa. Abrió los ojos y le encontró mirándola con una gran sonrisa en la cara.

—Pues hoy no va a ser un mal día, al fin y al cabo, Carol Menéndez... de treinta años.

El sargento Gutiérrez consultó su reloj por última vez: era la hora. Salió de su despacho y se encaminó hacia el vestíbulo, adonde llegó en el mismo instante en que Nick subía los peldaños de las escaleras de la comisaría de dos en dos. Estrechó su mano y, muy gentilmente, tal y como era su costumbre, le acompañó hasta el despacho del comisario Bermúdez, quien levantó la cabeza de los papeles que revisaba sobre su mesa, primorosamente ordenada y en la que no había ni una sola mota de polvo. Esbozó una sonrisa; la hospitalidad era su lema, aunque no el único; entre sus muchos quehaceres cotidianos también estaban el de hacer cumplir las normas, controlar a sus subordinados y endurecer al sargento dueño del corazón más blando de toda la comisaría, así como un sinfín de otras muchas que constituían su *leitmotiv*.

—McCarthy, encantado de conocerte —dijo, estrechando su mano.

—Lo mismo digo, señor. Muchas gracias por recibirme y por ayudarme.

—Un placer. Toma siento, por favor. Muchas gracias sargento.

—¿Les apetece un café, señor? —preguntó el sargento.

Rechazaron su oferta, y el sargento abandonó el despacho con la satisfacción, una vez más, del deber cumplido.

—He hecho las averiguaciones pertinentes —dijo el comisario con solemnidad, sentándose a su mesa y observándole con detenimiento—. El director del hospital llamará de un momento a otro.

—Gracias, señor. No sabe cuánto se lo agradezco.

—No se merecen —dijo, con un leve movimiento de la mano para quitarle importancia—. Nick, tu jefe me ha dado las mejores referencias sobre ti. Tu currículum es sorprendente: has estado en el ejército, en grupos especiales de operaciones, en la policía... Dice que eres el mejor de sus hombres. He

estado pensando que no nos vendría mal por aquí tu experiencia.

—¿Me está ofreciendo trabajo, señor?

—Pues verás... Los de arriba hace tiempo que nos lo han propuesto, ya sabes, uno de esos intercambios internacionales de los que a los políticos tanto les gustan para salir en la prensa y pavonearse un poco. Yo nunca he sido partidario de esas cosas si no son absolutamente necesarias, pero después de escuchar cómo tu jefe te ponía por las nubes, me lo he empezado a plantear. Santiago no es una ciudad conflictiva, hay muchos estudiantes y a veces se descontrolan un poco, cosas de la juventud, nada que no podamos resolver, pero como decía mi abuela: “El saber no ocupa lugar”. He pensado que podríamos tenerte con nosotros una temporada. Así mataría dos pájaros de un tiro, ¿entiendes? Dejarían de darme la lata.

—Entiendo, señor —sonrió.

—Además, veo que dominas el idioma a la perfección, con lo cual, un problema menos. Quizá te lo podrías pensar.

—Lo haré, señor.

—¡Oh, bien, bien! —El teléfono comenzó a sonar—. ¡Hola Javier! Te paso con McCarthy.

Con el corazón en un puño, Nick cogió el auricular y escuchó con atención hasta que una gran sonrisa iluminó su cara.

—Buenas noticias, por lo que veo —sonrió el comisario.

—Las mejores, señor.

—No sabes cuánto me alegro —dijo, levantándose—. Bien, un coche patrulla te está esperando fuera para llevarte a su casa. —Le dio una palmada en la espalda—. Oye, y respecto a lo del trabajo, dime que lo pensarás.

—Lo haré, señor —estrechó su mano—. Gracias, señor.

Con el veredicto de vida bajo el brazo, salió del hospital. Sorprendentemente, no se sentía eufórica, sino terriblemente cansada. Bajó despacio la escalera y encendió un cigarrillo, haciendo caso omiso de las miradas reprobadoras que algunas personas le lanzaban; el pañuelo multicolor de su cabeza era toda una bandera. Se lo había regalado Jaime, quien decía que le recordaba al arcoíris, o lo que es lo mismo, a su bandera. Y así, enarbolando banderas propias y banderas ajenas, se encaminó hacia casa, atravesando el parque de El Pajonal. Las primeras hojas del otoño ya descansaban sobre la pradera, el viento comenzaba a soplar y el sonido que

producía en la carballeira era toda una delicia, como susurros de otra época. Cruzó una de las pasarelas de madera que conecta ambos márgenes del río Sar; estaba limpio, nada que ver con el estado que tenía un año antes, cuando sus aguas bajaban teñidas, a veces de verde, a veces de amarillo. Nunca se supo de dónde procedía aquel vertido. En el periódico investigaron el asunto hasta donde pudieron, pero las puertas de los políticos se mantuvieron cerradas, y pensando en ellos, en los políticos, pensó en Jaime, a quien habían trasladado de la sección de Sucesos a la de Política.

Se sentó en un banco y miró su móvil: nueve mensajes suyos, a cada cual más jugoso.

JAIME:

Reunión de urgencia. Esto es una locura, saltan chispas. Llámame en cuanto salgas.

JAIME:

¿Aún no has salido?

JAIME:

No importa que esté reunido, llámame.

JAIME:

¡Dios, las noticias sobre Pujol no paran!

JAIME:

Quieren que vaya a Barcelona a cubrir lo de Pujol... ¡Estoy cagadito de miedo!

A Jaime tampoco le gustaba volar. No importaba que las estadísticas afirmasen que el avión era el medio de transporte más seguro, él le tenía pavor, como ella, y en cuanto visualizaba un pájaro volador comenzaba a temblar. En una ocasión en que acompañaron a Cristina al aeropuerto, la despidió con un gran abrazo y lágrimas en los ojos, aunque sólo se iba por dos días. Cuando salían del aparcamiento en el coche y vio el avión sobrevolando sus cabezas, bajó la ventanilla, asomó la suya, y dijo muy serio: “Lo raro, raro, raro... es que no se caiga”.

JAIME:

¿Crees que a éste le pondrán también las esposas, como a Bárcenas?... ¡Menuda foto, cariño!

JAIME:

¡Madre del amor hermoso! Aquí alguno se va a ir por la pata abajo; los hijos de Pujol también están metidos en el ajo. Estos son como los Al Capone, Carol, igualitos, igualitos.

JAIME:

¡Ay, la mamma, la mamma!... Con lo pequeñita que es y me da a mí que es la cabeza pensante. Y creíamos que el cabezón era él.

JAIME:

¡Mierda!... Quieren que vaya a Barcelona con la Pozuelo... ¡Mierda, mierda, mierda!

El ataque de risa la dobló por la mitad, aliviando un poco la tensión que invadía su cuerpo. Pobre Jaime, aquello sí que era un marrón y no lo que les estaba pasando a Bárcenas o a Pujol, porque la Pozuelo era todo un personaje, un personaje al que todo el mundo en el periódico quería tener lejos. Había sido bibliotecaria durante treinta años. Jaime aseguraba que había nacido para ello, que seguramente ya había llegado a este mundo con el vestido gris ceniza cerrado con botones nacarados hasta el cuello. Pero cuando la biblioteca municipal se modernizó y ella se quedó obsoleta, le dieron el finiquito y salió por la puerta. Con la barrera del medio siglo traspasada, la amargura de aquella mujer se multiplicó por dos, y así, como una olla a presión, se presentó en las oficinas del INEM, donde sorprendentemente y contra todo pronóstico le encontraron ocupación al instante, enviándola al periódico. Dado su currículum, fue mandada a la sección de archivos, donde su amargura no podría hacer mucho daño, pero los de Recursos Humanos no contaron con algo: la Pozuelo era adicta, adicta a la cafeína y a la nicotina, y allí donde veía grupito de adictos se acoplaba, hasta que salió a la superficie una peculiaridad que albergaba: la homofobia. Se convirtió en azote y pesadilla de los gais del periódico, hasta que una tarde de invierno en que la gripe había hecho estragos en la plantilla y todas las secciones estaban en cuadro, la tragedia se cernió sobre la redacción cuando la sacaron de los archivos y la subieron a la sección de cultura. Una vez allí, y conocido el ambiente, se negó a regresar a los sótanos, amenazando con denunciar al periódico por *moobing* si la obligaban a volver entre aquellos papeles viejos donde dijo sentirse como una planta mustia a la que se le escapa la vida.

CAROL:

Todo bien, Jaime. No tendré que llevar más quimio, el tratamiento ha matado al “bicho”, al menos por ahora.

JAIME:

¡Ay, Dios, qué alegría, qué alegría! Cris ya ha llamado tres veces a la redacción para saber cómo te había ido.

CAROL:

¿Ha vuelto a perder el teléfono? ¡Ja, ja, ja!

JAIIME:

Sí, hija, sí, otra vez. Pero no hay de qué preocuparse, con lo precavida que es nuestra Cristina no creo que haya en él nada comprometido. ¡Si fuese el mío ya sería otra cosa!

Regresó a casa con una sonrisa triste en los labios; echaba tanto de menos su trabajo, el ajetreo de la redacción, el cosquilleo en el estómago cuando iba tras una noticia, las llamadas intempestivas, las prisas de última hora, el compañerismo, las risas. Cuando sus ojos recalaron en el portal de su edificio, el corazón le dio un vuelco. Un coche de policía estaba aparcado delante, y apoyados en él dos agentes charlando tranquilamente con un americano grande como un castillo.

—¡Nick!

—Hola.

—Hola.

—¿Todo bien, nena? —preguntó, tomando su cara entre las manos y besándola con dulzura.

—Sí, Nick... todo bien.

Entró en casa y se fue directa a la cocina en busca de la cafetera. Eran demasiadas emociones para un solo día. La impresión que le había producido el veredicto la había dejado exhausta y la aparición del hombre de los ojos negros había terminado de rematarla; su tensión estaba por los suelos, notaba ese hormigueo en las manos, esa debilidad en los miembros, esa densa bruma que todo lo envuelve cuando tu cuerpo no es tu cuerpo, sino un cuerpo ajeno que no obedece.

—Nick...

—Te estás haciendo muchas preguntas, lo sé —dijo, apoyándose en la encimera y dedicándole una sonrisa—. Soy policía, tengo acceso a la información.

—¿Eso es legal? —preguntó con picardía.

—¿Cómo te sientes, nena?

—Pues... es algo extraño. Debería estar exultante de alegría, pero me siento igual que ayer, sólo que más cansada, mucho más cansada.

Le quitó la cafetera de las manos y señaló el sofá.

Se dejó caer en él. Se sentía agotada, vulnerable, perdida en aquel momento. Un café apareció entre sus manos. Él no comenzó a hablar hasta que se lo tomó todo.

—¿Mejor?

—¡Oh, sí, mucho mejor!

—¿Por qué no me lo dijiste, Carol?

—Me llamaron antes de lo previsto y...

—Te habría acompañado, nena.

—¡Oh, no digas tonterías! Estás de vacaciones y...

Ya no pudo seguir hablando, le tomó la cara entre las manos como lo harían dos tenazas y le devoró la boca con una pasión desatada. Cuando se tendió sobre ella, el cansancio se evaporó como por arte de magia, la rodeó el aroma del sándalo, despertando sus instintos, avivando sus deseos, alterando su libido con cada caricia, con cada beso. Sintió que se derretía bajo su piel, que se fundía con su cuerpo, que su aroma la embriagaba, que su aliento la alimentaba, que sus manos la llevaban al firmamento.

—¡Nena, te fuiste sin avisar! —susurró con desesperación entre beso y beso—. ¡No sabía qué había pasado y estaba preocupado!

—Lo siento, yo... no creí que te importara y...

—¡Pero cómo no me va a importar, nena! —La miró asombrado—. ¡Yo te quiero, Carol! ¡Te quiero!

Le quitó el pañuelo y acarició su cabeza, devorando su boca con una pasión que la dejó sin aliento.

—Me gustaría quedarme contigo esta noche, Carol.

—¿Y tus amigos?

—Bebiendo.

—¿Y tus amigas?

—Emborrachándose.

—No pueden vivir sin ti ¿eh? —dijo entre risas.

—¡Soy yo el que no puede vivir sin ti, Carol! No puedo y no quiero.

Qué bien sonaba aquello. Cerró los ojos y se perdió en las caricias de sus manos, que la recorrían con la misma suavidad y firmeza con que el viento recorría la carballeira, desprendiéndola de sus hojas, lanzándolas al suelo, formando en él tapices de colores, como una alfombra de sueños. Así acabó su ropa, desparramada por el suelo. Acarició con su miembro suavemente su entrada; la prisa era mucha, grande era el deseo. Las bocas se regalaron gemidos que les encendieron, y las caderas se acoplaron como partes de un todo perfecto. La tomó despacio, lenta y cadenciosamente, como si no existiese el tiempo, y la llevó hasta un placer en el que le arrastró, yéndose en su interior, entregándole todos los suspiros que tenía dentro y regalándole el

orgasmo masculino más largo de todos los tiempos, parecía no tener final, parecía un placer eterno.

Cuando la cordura les encontró de nuevo, Nick le regaló el doble de besos, esos besos del después que saben a orgasmo lento.

—¿Tienes que seguir algún tratamiento, nena?

—Tengo que descansar mucho —rio—. Y no hacer esfuerzos.

La risa inundó el salón, y el miembro se puso de nuevo duro y pletórico dentro de su cuerpo.

Nick no regresó a la Costa. Por más que sus amigos le llamaron, no consiguieron apartarle de su lado, se adhirió a ella como el veneno que aún circulaba por su cuerpo. Aunque el tratamiento se había terminado, el cóctel químico seguía actuando, recorriendo su organismo sin descanso. Se adaptó a su vida y sus costumbres sin problemas, y para ella tenerle allí fue una delicia para los sentidos; compartir su vida con un hombre era algo nuevo y supuso todo un descubrimiento. Se sorprendía refugiándose cada noche en su cuerpo en busca de caricias, inundada de deseo. Se dormía con el sonido de su respiración en el oído o el latido de su corazón bajo el pecho. Se sorprendía al ver sus ojos cada mañana regalándole una sonrisa, y se maravillaba al comprobar que su olor se había convertido en el aroma de su casa, transformando su pequeño apartamento en un bosque de sándalos, repleto de caricias, inundado de besos, frondoso de ternura, un nuevo mundo lleno de pasión y de sexo.

Pero las vacaciones llegaron a su final, para tristeza de ellos y alegría de Jaime, quien no veía el momento de que aquel hombre desapareciese de sus vidas y poder recuperar así a su amiga del alma, a su confidente.

JAIME:

Os he visto paseando por el parque, Carol. ¡Eso no es un hombre, es un monumento!

CAROL:

¡Ay, Jaime, me tiene agotada!

JAIME:

¡Virgen Santísima! No me digas esas cosas, que me pongo cachondo y luego Pablo me echa la bronca... ¡Oye, Carol! Lo de la catenaria era cierto; con el único con el que parece no surtir efecto es con mi marido.

CAROL:

¿Por qué no le pones una pastillita azul en la cena?

JAIME:

¡Anda, mira, eso no se me había ocurrido! ¿Tú tienes alguna?

CAROL:

No me hacen falta... ¡ji, ji, ji! ¿Por qué no quieres conocerle?

JAIME:

Porque me da miedo.

CAROL:

¡Ja, ja, ja! ¿Desde cuándo le tienes miedo a los hombres?

JAIME:

Es que parece un toro, cariño, y ya sabes lo que opino de la mal llamada “fiesta nacional”.

Aquella tarde, seguir su ritmo por la carballeira le había costado Dios y ayuda. A Nick el concepto de “tengo que coger aire” se le resistía. Tras una larga ducha que relajó sus músculos, se envolvió en una bata de gasa color salmón que favorecía a su piel morena, y entró en la habitación dispuesta a recibir su premio, porque aquella caminata bien se merecía uno.

Un americano, grande como un castillo, que reposaba su increíble cuerpo sobre las almohadas, alzó los ojos y la miró con lascivia.

—Nena... —dijo, apartando las sábanas— Sabes que dentro de unos días tengo que volver a Chicago.

—Lo sé —Se tendió a su lado y se abrazó a su cuerpo.

—Mañana iré a la Costa, tengo que hablar con Peter y...

—Nick, no tienes que darme ninguna explicación. —Acarició su pecho.

Tomó su cara en el hueco de la mano y recorrió su mejilla con el pulgar lentamente, mirándola preocupado.

—Sabes que no quiero separarme de ti, ¿verdad?

—Lo sé. Pero tienes que regresar, allí está tu vida. Además, yo estaré muy ocupada arreglando los papeles de mi baja para volver al trabajo y...

—¿Volver al trabajo? —Su gesto se torció—. ¡Pero aún no estás fuerte para trabajar!

—Nick...

—¡No estás en condiciones todavía!

—Si estoy fuerte para otras cosas —dijo con sonrisa pícaro—. También lo estaré para trabajar.

—¡Joder, no es lo mismo, Carol!

—Venga, no te enfades. Haré lo que me aconseje el médico.

—¿Me das tu palabra?

—Te doy mi palabra —rio, llevándose la mano al pecho.

—Nena, yo... quiero hablarte de algo. Verás... me han ofrecido un trabajo aquí.

—¿Aquí? ¿En España?

—Aquí, en Santiago —Los ojos negros recorrieron su cara esperando una respuesta, una respuesta que no llegaba—. No dices nada.

Aquello le daba una nueva perspectiva a todo. No supo si le gustaba o no le gustaba. Alzó las otrora llamadas cejas y balbució.

—Pues...

—¿Te gustaría que lo aceptara?

—Estás hablando... de vivir juntos.

—Así es.

—Ya...

—¿Y?

—Pues... es un gran paso, Nick.

—Lo es. Espero que el previo al matrimonio.

¡BOMBA NUCLEAR!

Sólo así se puede definir lo que estalló en aquella cama. La pasión que la sobrevolaba fue sustituida por el Enola Gay, que abrió sus compuertas y dejó caer el proyectil que llevaba en sus entrañas, desbaratando por completo su vida, su mente, su cuerpo y su alma.

—¿Quéeee?

—He dicho que espero que sea el paso previo al matrimonio.

—¿Qué?

Sabía perfectamente lo que había oído, pero su cerebro se negaba a procesarlo. Sus neuronas, ojipláticas, se resistían a aceptar aquella información, y la dejaron en un limbo del que no sabía cómo salir. Por segunda vez se preguntó a quién había metido en su cama.

—He dicho que...

—¡Pero te has vuelto loco!

—Carol, escucha...

—¡Hace solo un mes que nos conocemos!

—Nena...

—¡Mira, si se trata de una broma, no tiene ninguna gracia! —dijo, levantando ante su cara un dedo amenazador.

—No estoy bromeando, Carol.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Pues entonces te has vuelto loco de remate! —gruñó, acostándose con furia y dándole la espalda—. ¡Buenas noches!

—¡Cómo que buenas noches! ¿Te estoy pidiendo matrimonio y me das la espalda? ¡Carol!

—¡¿Pero tú has perdido el juicio?! —Se sentó, hecha una furia—. ¿Tomas drogas?

—No he perdido el juicio. —Acarició su cara crispada—. Lo que he perdido es el corazón.

—¡Ay, Dios mío!

—Nena, escúchame...

—¡No, escúchame tú! —Sacudió la cabeza, se estaba empezando a marear con tanta seriedad—. Eso que has dicho es muy bonito, y te lo agradezco, pero...

—¡Oh, no, no empecemos con el agradecimiento, Carol!

—Nick...

—¿Por qué te da miedo la palabra *matrimonio*?

—¡Hace un mes que nos conocemos, Nick!

—El tiempo es relativo. ¿Por qué te da miedo? Dímelo.

—Porque... porque no me gusta. ¡Por eso!

—¿Qué no te gusta, la palabra o el matrimonio?

—¡Ambos!

—¿Por qué?

—¡Porque no me gustan!

—¿Por qué, Carol, por qué?

—¡No me gustan, y punto! —Sus manos se movieron ante su cara como si estuviesen ante un enjambre de abejas—. ¡Como no me gustan las alcachofas, no me gustan, y no me gustan!

La carcajada que salió por la boca del hombre de los ojos negros le molestó horrores. La adrenalina que corría por su cuerpo comenzó a hacer piruetas; de repente se había convertido en saltimbanqui, pero su fuego fue neutralizado de inmediato por otro fuego, el de un cuerpo que la aprisionó. Su fuerza la dominó y su olor la paralizó, convirtiéndola en uno de esos suflés que de repente hacen ¡plof!

—Está bien, cariño —le dijo entre risas—. Dejaremos lo del matrimonio para más adelante, pero lo de vivir juntos sí te lo podrás plantear.

No la dejó resolver la incógnita, le cerró la boca con un beso tan caliente y

tan húmedo que la respuesta se transformó en gemido, éste en deseo y éste en abrazo; pegándose a él por completo.

—¡Oh, Nick!

—¿Te gustaría que viviésemos juntos, nena? —susurró en su boca, acariciando sus pechos.

—Nick, yo...

—Dime.

Sus dedos recorrieron las areolas despacio, muy despacio, poniendo los pezones erectos.

—Nick, yo... no puedo pedirte algo así. Tu vida está allí, tu familia, tus amigos, tu trabajo... No puedo pedirte que hagas eso.

—Carol... —Apretó suavemente los pezones haciéndola estremecer—. Tú puedes pedirme lo que quieras, nena. ¿Es que no lo sabes?

Se inclinó sobre sus pechos y chupó con fuerza los pezones, no podían estar más erectos, y mientras los devoraba, las manos los acariciaban, recorriéndolos con la misma suavidad con que los tocaba el aliento. Nunca unos pechos fueron más de un hombre. Ella olvidó que había tierra y que había cielo, que había aire y que había suelo, él la transportó a otra dimensión, a un universo paralelo.

—¡Oh, Nicki!

Bajó por su estómago, frotando las mejillas contra su cuerpo, excitándola con el roce de la barba y dejando sobre su vientre una cascada de besos, besos que también derramó sobre su Monte de Venus, abriendo el camino para llegar a su sexo. Un profundo gemido de satisfacción se le escapó al verlo, hinchado, deseoso, lubricado para su cuerpo. Lo recorrió con la boca, haciéndola enloquecer de deseo.

—¡Nicki!

—Aún no me has contestado, nena —susurró entre sus piernas—. Contéstame.

—Nick... Nick...

—¿Quieres que vivamos juntos? —preguntó, soplando sobre su sexo.

—¡Ohhhh!

—Necesito una respuesta, nena —dijo con voz ronca, subiendo por su vientre, su estómago, su pecho, su cuello—. Dámela.

—Nick... —Ya al borde del desmayo, tomó su cara entre las manos y devoró sus labios—. ¡Sí, sí, sí quiero!

La recorrió de nuevo en sentido descendente, y la llevó hasta un orgasmo

que la hizo arquearse y convulsionarse por fuera y por dentro. Nunca supo si lo que sintió fue un orgasmo interminable o varios encadenados, pero lo que le provocó no lo había sentido nunca y nunca había creído que un placer así existiera. La lamió, la chupó, la mordió, la recorrió con todo el deseo, haciéndola suya, suya para siempre.

—¡Oh, Nicki! —gimió, cuando se tendió sobre ella—. ¿Pero qué me has hecho?

—¿No te habré hecho daño?

—No, me has dado un placer inmenso.

—Bien. —Su boca se curvó en una gran sonrisa—. Temía haberte hecho daño, porque nunca lo había practicado.

—¿Qué? —Aquel día las sorpresas aún no habían terminado—. ¿Cómo que no lo habías practicado?

—Nunca antes lo había hecho.

—¡No lo dirás en serio!... ¿Nunca habías practicado sexo oral? ¿Por qué?

—Pues... No importa.

De nuevo se preguntó a quién había metido en su cama. La duda de si sería un hombre con cuerpo de hombre, pero con carnet adolescente, comenzó a preocuparla.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta.

—¡Ah, bueno! ¡Y nunca lo habías hecho! —Frunció el ceño— Pero a ti... sí te lo han hecho, ¿verdad?

—No.

—¿¿Cómo que no?!... En ese caso es porque te desagrada y...

No la dejó seguir hablando, separó sus piernas y acercó su miembro a la entrada, acariciándola suavemente.

—Nick, espera, espera... esto tenemos que hablarlo, porque no quiero que hagas cosas que no te gustan y...

—No hay nada de qué hablar —susurró en su oído, tomándola muy despacio—. Tener tu sexo en mi boca ha sido como tocar el cielo. Te has entregado a mí de una forma tan completa, tan total, que sentí que estallaba por dentro. Y cuando te corriste... fue la sensación más hermosa que he tenido nunca... Te estás excitando otra vez, ¿verdad, cariño?... ¡Oh, nena, cómo me gusta sentirte así, tan húmeda!... Entrégame tu placer de nuevo, dámelo todo, todo lo deseo...

La señora McCarthy había elegido para la ocasión un precioso vestido azul celeste que conjuntaba con sus ojos, unos ojos enmarcados en una preciosa cara de piel de porcelana adornada con un perfecto moño. Sentada muy recta en el sofá beis de cachemir del salón amarillo, se frotaba las manos con nerviosismo. A su lado, Maggie pasaba con desinterés las páginas de una revista mientras observaba de reojo a los miembros de la saga, preguntándose cómo reaccionarían al conocer la noticia. Los varones de la familia rodeaban al patriarca, quien, de pie junto al mueble bar, saboreaba el licor de su copa. En esta ocasión su traje era azul marino, color elegido por su esposa, para quien ir bien conjuntados como pareja era importante. Charles, el segundo de los hijos, también vestía traje, de ejecutivo agresivo, y Patrick, el menor de los varones, había optado por algo más informal acorde con su descuidada barba de tres días que le daba ese aire bohemio que tanto le gustaba: pantalón negro y camisa blanca. Lisa, la benjamina de la familia, no había elegido su indumentaria, y a pesar del horror que le producían aquellos vestidos que su madre le obligaba a ponerse para las ocasiones especiales, observaba con alegría e inquietud tras los cristales, con el corazón tan saltarín como sus pies, a pesar de las continuas recriminaciones de las Nanis, quienes habían tomado posiciones en una esquina del sofá desde la que tenían un ángulo perfecto para seguir el desarrollo de los acontecimientos, unos acontecimientos para los que los allí presentes no estaban preparados, pues aunque Nick había cambiado mucho en los últimos tiempos —gracias a la profesionalidad de los galenos que le trataban, como bien decía el patriarca sintiéndose deudor de ellos hasta la muerte— cuando apareció al otro lado de las grandes puertas correderas, todo en él era diferente. Su piel relucía como si el sol de España se hubiese quedado prendido en ella, a su pelo le habían salido aún más reflejos dorados, y sus ojos brillaban con una intensidad tal que parecía que las estrellas que poblaban el cielo español hubiesen decidido acompañarle hasta el Nuevo Continente. Todo esto, unido a la sonrisa de sus labios, a punto estuvo de paralizar el corazón de las Nanis.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó el padre—. Menudo cambio, hijo. Los

aires de España te han sentado bien.

—Gracias, papá —dijo, estrechando su mano con una fuerza que le conmovió—. Me alegro de verte.

—Pero qué buen aspecto tienes, hijo —dijo la madre, acercándose tímidamente a él.

—Hola, mamá. —Sonrió, dejando sobre su mejilla un suave beso—. Estás preciosa, como siempre.

Y así, uno tras otros, los miembros de la familia McCarthy asistieron asombrados y patidifusos al regreso del hijo pródigo. La gran mesa de madera de Indias del comedor fue testigo por fin de una alegre reunión familiar. A ella llegaron y desaparecieron con rapidez las exquisiteces que las manos de las Nanis habían preparado con todo su amor, y hasta la llegada de los postres Nick no atacó la cuestión que le había llevado hasta allí.

—Tengo algo importante que contaros.

—Bueno —dijo la madre con una pequeña sonrisa— Maggie ya nos ha adelantado algo.

—¿De qué habláis? —El patriarca frunció el ceño—. A mí nadie me ha informado.

—¿Y cómo se llama? —preguntó la madre.

—Carol.

—¡Ay, qué nombre más bonito! —exclamó Nani, sirviéndole más licor al padre, a quien el ceño se le arrugaba más y más por momentos.

—¿Y a qué se dedica?

—Es periodista.

—¡Huy, huy, huy! —exclamó Charles con una sonrisa pícar—. ¡Una liberal, papá!

—Es decir... —gruñó el patriarca, atando cabos y tomándose el licor de golpe—. Que el viaje te ha servido para aclararte.

—Completamente —le contestó Nick, dedicándole una sonrisa.

—¿Y vais en serio, hijo? —prosiguió la madre.

—Sí, mamá. Tan en serio que me gustaría vivir con ella.

—¡Oh, vais a casaros!

—No, todavía no.

—¿Cómo que todavía no! —Saltó Nina enfadada, levantando el cucharón que llevaba en la mano—. ¿Aún no se lo has pedido?

—Pues...

—¿Cuando se quiere a una mujer, se la pide en matrimonio! ¡Eso es lo

correcto!

—Carol no está preparada todavía para una boda. Ella ha estado enferma... ha tenido cáncer.

—¡Cáncer! —La madre se llevó la mano al pecho.

El silencio se convirtió en sepulcral alrededor de la mesa. Las Nanis dejaron de revolotear en torno a ella y se sentaron, retorciendo con nerviosismo sobre su regazo los volantes de sus immaculados delantales blancos. Todos se miraron con desconcierto.

—¿Se va a morir? —preguntó Lisa.

—No, Lisa, no se va a morir. —Nick le dedicó una sonrisa tierna—. Pero ha estado en tratamiento con quimioterapia y se ha quedado muy débil, así que la boda tendrá que esperar un tiempo.

—¿La quieres, hijo? —preguntó la madre.

—Sí, la quiero.

—Si tú la quieres, nosotros la querremos —sentenció Nani muy seria.

—La quiero —dijo Nick, clavando los ojos en su progenitor—. Y quiero vivir con ella.

—¡Qué locura! ¡Acabas de conocerla y...!

—¿Y cuándo viene? —intervino Charles, siempre al quite.

—Ella no va a venir por ahora. Seré yo quien me vaya allí un tiempo.

—¿¿Quéeee?! —El padre se atragantó con el tercer licor—. ¡No estarás hablando en serio!

—Completamente en serio, papá.

—¡No puedes irte! ¡¿Es que has perdido la cabeza?! —

—Pero ella... —susurró la madre—. La enfermedad...

—El tratamiento ha ido bien, mamá, y en este momento se está recuperando.

—Pero puede volver a aparecer...

—Aparezca o no, yo estaré a su lado.

—Pero... papá tiene razón, hace tan poco que os conocéis.

—¡Eso no importa! —exclamó Nina, viendo que el aludido abría la boca—. ¡No importa absolutamente nada, el tiempo es muy relativo!

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó el padre, moviendo las manos en el aire y haciendo las delicias de Lisa que le miraba fascinada—. ¡¿Es que hemos perdido el juicio todos?! ¡Es una locura de principio a fin! ¡Es un error, un terrible error!

—¿Y el trabajo, Nick? —preguntó Patrick.

—Pues ese tema es el que menos me ha costado solucionar, la verdad — contestó muy serio, con la mirada clavada en el padre—. Han hecho un intercambio internacional y me mandan allí como instructor de Comandos de Asalto por un tiempo. Luego, ya veremos.

—O sea —Charles sonrió pícaramente—, que ya has dado todos los pasos necesarios para irte.

—Sólo me falta éste, Charles —dijo, con una sonrisa triste, llevándose el licor a los labios—: que lo entendáis y me deis vuestro apoyo.

—¡Venga ya, Nick! —exclamó su hermano con una carcajada—. ¡Y sin nuestro apoyo te irías igual! ¿A que sí?

Los ojos negros se posaron sobre los azules del padre, su mandíbula se tensó antes de contestar.

—Por supuesto.

Apoyada en los ventanales, la doctora Sheffield fumaba con ansia un cigarrillo. La impaciencia recorría con donaire su escultural cuerpo, pues la curiosidad que anidaba en su alma desde su más tierna infancia la espoleaba. Era algo que siempre había considerado un defecto, hasta que su mentor se lo hizo ver de otra manera: una cualidad imprescindible para desentrañar entuertos, o lo que es lo mismo, buscar miedos, atrapar angustias y desvelar secretos.

Le vio aparecer como un Ave Fénix emergido de sus cenizas. Hizo un lento barrido de la cabeza a los pies, y de los pies a la cabeza, para acabar de creer lo que estaba viendo.

—¡Así que la has encontrado! —exclamó, estrechando su mano con una gran sonrisa.

—Así es —sonrió también.

La acompañó hasta los sillones negros. Sobre la mesita dos copas les esperaban; los grandes acontecimientos deben ser celebrados.

—Y ni más ni menos que en la Costa de la Muerte. ¡Menudo nombre! Y luego dicen que el destino no existe. Cuéntamelo todo, quiero conocer los detalles.

—No conocía tu vena curiosa.

—Compréndelo, Nick, he visto toda la película, es lógico que quiera conocer el desenlace.

—La conocí en la playa. No te lo vas a creer, pero yo estaba... estaba...

—¡Follando con otra!

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición femenina. Sigue.

—Pues sí, estaba con otra mujer cuando me llegó el sonido de sus cascabeles.

—¿Iba montada a caballo? ¡Qué romántico!

—No —contestó, estallando en carcajadas— Un amigo le regaló la pulsera, cada vez que se mueve, el sonido impregna el aire. Así que podría decirse que los cascabeles me llevaron hasta ella.

La doctora no se dio por satisfecha hasta conocer todos los detalles. Una hora más tarde y ante unas segundas copas, encendió un cigarrillo y le miró incisiva.

—¿La quieres, Nick?

—La quiero... como no creí que se pudiese querer a nadie. No soporto estar lejos de ella. Hace un mes que estoy aquí y ya estoy que me subo por las paredes.

—¿Se lo has contado?

—No. Por supuesto que no.

—Tienes que hacerlo.

—¡De eso nada!

—Nick...

—¡Ni hablar! ¡Con que yo lo viviera ya es más que suficiente!

—En una relación hay cosas que uno no puede guardarse o, mejor dicho, que no debe guardarse. Tienes que compartirlo con ella. Forma parte de tu vida, forma parte de lo que eres y...

—¡¿Te has vuelto loca?! ¡No quiero que ella lo sepa, no quiero que se entere nunca! ¡No puedo arriesgarme a perderla!

—Si te quiere de verdad, no la perderás, al contrario.

—¡NO! —Se levantó y paseó con desesperación ante ella—. No te imaginas lo que significa para mí! Tengo su risa en la cabeza todo el día, su voz está en mis sueños, y su olor... su olor se me ha metido tan adentro que ya nadie lo puede sacar de aquí —dijo, tocándose el pecho—. Cuando me miro al espejo, la veo. Ella es todo mi mundo y no quiero más. No me arriesgaré a perderla, haré todo cuanto esté en mi mano para que no lo sepa y... y... ¡¿Se puede saber de qué te ríes?!

—Perdona, es que oyéndote hablar... Doy por sentado que de tus problemas sexuales ya no queda ni rastro.

—¡Ni rastro!

—No sabes cuánto me alegro —dijo, con una gran sonrisa de satisfacción, cruzando sus largas piernas—. Pero creo sinceramente que no deberías subestimar la intuición femenina. No hay secreto que se nos resista.

—Pues espero que en este caso no funcione, porque no quiero arriesgarme a perderla —resopló, sentándose y mirándola con tristeza—. Para mí el sol sale y se pone con ella. Ella es... la alegría de mi vida.

Había vuelto al trabajo, lo necesitaba. Necesitaba estar activa, sentirse útil, saber que servía para algo, que a pesar de todo seguía viva, que aún formaba parte de aquel extraño mundo que la rodeaba. Pero su incorporación al mundo laboral le estaba costando un alto precio: el cansancio. El más terrible de los cansancios que se puedan sentir. Trabajar en Sucesos tampoco ayudaba. En otras secciones del periódico el trabajo iba por rachas, pero allí raro era el día que no ocurría algo, y siempre algo malo, pues, aunque el ser humano ha evolucionado en muchos aspectos, en lo referente a los sentimientos y a los más bajos instintos seguimos siendo igual de primitivos que cuando habitábamos las cuevas.

Su móvil había comenzado a sonar a las seis de la mañana y ya no había parado. Un cadáver había sido encontrado en el río por un madrugador que había sacado a pasear al perro. Hacia allí se dirigió acompañada por un fotógrafo aquella fresca mañana de otoño. Aunque estaba acostumbrada a ver cadáveres, su visión le revolvió un poco más el cuerpo. El muerto estaba tirado en un margen del río, como un muñeco roto, lo único que supieron en aquel momento era que se trataba de una mujer, probablemente una de las prostitutas que trabajaban en el polígono. Se preguntó si sería una de las chicas que había entrevistado en cierta ocasión para un artículo. Regresaron a la redacción en busca de información y de calor. Su confidente en de la comisaría les dio el nombre de la muerta, una mujer a la que por suerte no conocía. Al caer la tarde se acercaron a la casa de los padres de la víctima, quienes, ante unas tazas de café humeantes, les relataron, entre lágrimas y lamentos, las vicisitudes que su desdichada hija había pasado en la vida y que la habían llevado hasta donde la habían llevado; sorprendentemente el amor había sido la principal de ellas. Preguntaron y consolaron, consolaron y preguntaron, y así, con la cabeza hecha un batiburrillo de informaciones y el corazón tocado por los sentimientos, regresó a casa aquel atardecer, arrastrándose hasta el sofá, en el que se dejó caer. ¿Qué iba a hacer semanas más tarde cuando Nick regresase de Chicago? ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para estar con él? Y, sobre todo, ¿cómo iba a hacer para que no se

diese cuenta del terrible agotamiento que sentía?

Tenía la cabeza hundida en el cojín, cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar.

—¡Ay, por Dios, que no haya llegado por sorpresa la suegra de Jaime! —refunfuñó, levantándose.

—Hola.

—¡NICK!

Parecía recién salido de una película de acción: pantalón negro, camisa blanca y cazadora negra, tan negra como los ojos que le sonrieron con dulzura, recorriendo su rostro lentamente.

—Pero... ¿qué haces aquí?

—Te echaba de menos.

—Pero... ¿y el trabajo?

—Me debían unos días y he adelantado el viaje —frunció el ceño, y apoyó la mano en el asa de la maleta—. Quizá debería haberte llamado antes. ¿No te alegras de verme, nena?

—¡NICKI! —gritó, lanzándose a sus brazos.

—¡Menos mal! —rio—. Ya empezaba a asustarme, nena.

—¡Nicki, estás aquí!

Enterró la cara en su cuello y aspiró su aroma, que de nuevo la embargó y la excitó, tomándola una vez más como la tomaba su cuerpo.

—Qué bueno estar aquí —dijo, llevándola en volandas hasta la habitación.

—Te he echado de menos, Nick.

—Seguro que no tanto como yo a ti. —La tendió sobre la cama, besándola con pasión—. Cariño, no has engordado nada desde que me fui. Creo que hasta has perdido peso. Eso no puede ser, nena, tienes que comer más, me ocuparé de ello.

—Pero ahora me harás gastar unas cuántas energías, ¿verdad, Nicki?

Su sonrisa pícaro provocó en él una sonrisa espléndida. Dejó sobre sus labios un tierno beso y se incorporó, comenzando a desnudarse lentamente. Ella lo hizo deprisa, sin quitar los ojos de aquel cuerpo. Allí estaba el Nuevo Continente, en toda su magnitud, en toda su grandeza; las piernas eran dos bloques de acero, el pecho armadura medieval, y los brazos podrían haberse utilizado como catapultas en otros tiempos, ¡y aquel miembro!

—¡Oh, Nick! Qué bien dotado estás —dijo, haciéndole estallar en risas—. Qué bien supieron hacerte tus padres.

Pero al cubrirla con su cuerpo, al abrasarla con su calor, al acompasar con

sus latidos los latidos de su corazón, Carol se rompió por dentro. Sólo entonces fue consciente de lo mucho que le había echado de menos, y el llanto la atacó a traición. Un terrible estremecimiento la recorrió. La cascada de lágrimas que pugnaban por salir eran las lágrimas del miedo, miedo a que lo que les había unido en la playa no hubiese sido mas que un espejismo, una locura de verano fruto del mar, el viento y el sol. El miedo anidaba, sin saberlo, en su alma, y en forma de lágrimas salió.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa, nena?

—Nada... no es nada...

—No he debido aparecer sin avisarte —susurró, abrazándola más fuerte—. No llores, no quiero verte angustiada.

—Me he puesto nerviosa y... me cuesta controlar mis emociones. ¡Qué contenta estoy de que estés aquí, Nick!

Limpio sus lágrimas y acarició su pecho, hasta que la respiración se sosegó. Saboreó cada rincón de su boca, dejó sobre su piel todas las caricias y todos los besos que había atesorado para ella, y ante sus primeros gemidos de deseo perdió el control, la aprisionó sobre la cama e hizo suyo su cuerpo. Le hizo el amor con toda la ternura, con toda la pasión. Aunque aquello era mucho más que hacerle el amor: era hacerla parte de él, suya para siempre, mientras susurraba en su oído las palabras que le hacían falta para ahuyentar el miedo.

—Cada noche he deseado tenerte, nena... Cada día, cada hora, cada segundo, a cada momento... Tú eres todo mi mundo, Carol, eres mi universo... ¿Cómo he podido vivir sin ti tanto tiempo?

Tres días fue lo que duró la calma en su casa, porque tres días fueron los que Nick necesitó para conocer su estado real.

La jornada laboral comenzó a las cinco de la madrugada. A la aparición del cadáver junto al río se le unió otro en el Descampado de los Misioneros. El cuerpo, que fue encontrado por unos chavales que volvían del botellón, estaba desnudo y medio quemado bajo una gran rueda de camión que aún humeaba cuando ellos llegaron. Era otra prostituta del polígono, y aunque no iba documentada, la reconoció al instante: Marlene, la mujer de los ojos verdes más bellos y más tristes que había visto nunca.

Su compañero, el fotógrafo, la miró preocupado.

—Carol, ¿estás bien? Te has puesto muy pálida.

—Es que... la conozco.

—Ve al coche, hay café en el termo. Yo hablaré con la policía.

De la mano de la mujer de los ojos tristes había recorrido los vericuetos de su vida, las encrucijadas en las que, según ella, su brújula no había funcionado como debía y la desorientación la había llevado hacia donde nunca creyó que llegaría. No necesitaba que su confidente de la comisaría le confirmase su identidad, el tatuaje de su tobillo era su mejor huella: “Me gustan las mariposas. A veces sueño que me convierto en una, que atravieso la ventana y vuelo libre sin cadenas”. Tampoco le hacía falta hablar con la familia, ¿con quién mejor que con ella? En su vieja grabadora, regalo de su padre cuando inició la carrera, estaban las palabras de la mujer de los ojos bellos, como si de un epitafio se tratara.

La mañana impactante dio paso a una tarde ante el teclado del ordenador intentando redactar un artículo que nunca habría deseado escribir. Con la grabadora conectada a unos auriculares, escuchó, con un nudo en la garganta, unas palabras que la estremecieron. Agradeció que Jaime no estuviese aquel día, pues con una simple mirada sabría lo que le ocurría. La tristeza, la rabia, el desencanto y la injusticia movieron sus dedos sobre las teclas hasta llegar a la palabra *fin*, esa palabra que nunca se pone en un artículo.

“... Sus preguntas aún resuenan en mi cabeza: ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué no supe elegir?

Me despedí de ella en la gasolinera, estaba amaneciendo, me dio la mano suavemente, tenía unas manos preciosas, delicadas, de largos y delgados dedos perfectos para un piano, para un violín, para cualquier instrumento de cuerda, pero estaba atada por ellas; las cuerdas de la desesperación, las de la tragedia, la tenían cautiva, la tenían prisionera.

Quería ser mariposa, quería volar, escapar de la desventura en que se había convertido su vida, pero la desventura la encontró a ella, las manos de un hombre la arrastraron a aquel callejón sin salida, un hombre que decía amarla, un hombre que juraba quererla. Siempre le habían gustado las manos de los hombres, desde pequeña: Son su esencia, en ellas está todo lo que son, todo lo que ansían, todo lo que desean. Son como el mapa de su vida, todo su ser está en ellas.

Marlene, la mujer de los ojos verdes, la mujer de los ojos tristes, ya vuela libre por fin, libre sin cadenas.”

Envió el artículo y salió disparada hacia el cuarto de baño. En él dejó partes de su cuerpo y de su alma, sus lágrimas y las de Marlene.

Cuando creía que aquel terrible día había llegado a su fin, se convocó una reunión de última hora. Con un nuevo café en la mano, la tristeza anidando en su ser, la desazón recorriendo su cuerpo y el cansancio asomando a sus ojos, entró en la sala de juntas. De aquella reunión nunca recordó nada, como si nunca hubiese existido, fue como si en su cabeza se hubiese producido un cortocircuito que hubiese borrado aquella información de manera permanente, jamás fue capaz de recordarla.

Al abrir los ojos, supo que habían pasado muchas horas, y no sólo porque estaba en la cama —adonde no recordaba haber llegado—, sino porque la relajación de sus músculos así se lo decía. Ante sus ojos había una leve nebulosa que no conseguía disipar, por más que pestañeaba. Estiró el brazo hacia la mesilla y cogió el teléfono.

—¡LAS ONCE! —gritó—. ¡Ay, Dios, que me he quedado dormida!

Saltó de la cama, todo le daba vueltas, se dio con el pie contra la mesilla y a la nebulosa se unieron las estrellas.

—¡Ay!

—¡Carol! —exclamó Nick entrando en el cuarto—. ¿Qué haces? Vuelve a acostarte.

—Nick, pero... pero... ¿pero qué día es hoy? ¿No es viernes?

—Sí.

—¿Pero por qué no me has despertado?! ¡Tenía una entrevista a primera hora!

—Escúchame. —Apoyó las grandes manos sobre sus hombros y la sentó en la cama—. No vas a ir a trabajar.

—¿Qué? —pestañeó de nuevo. Le veía difuso, como en un sueño.

—He dicho que no vas a ir a trabajar.

—¿Pero qué estás diciendo?! ¿Te has vuelto loco?

—Ayer te desmayaste.

—¿Me desmayé?... ¿Dónde?

—¡Ni lo recuerdas! —Meneó la cabeza, agachándose ante ella y acariciando sus brazos.

—Fue... fue un día muy largo y complicado y...

—Y no estás todavía en condiciones de trabajar.

—Pero...

—He hablado con tu jefe y está de acuerdo.

—¿Que has hecho qué?!

Le dio un beso en la frente y salió de la habitación, dejándola con la boca abierta. Sacudió la cabeza y pestañeó deprisa. La nebulosa que la envolvía se fue poco a poco disipando, dando lugar a un torbellino de pensamientos y sensaciones que nada tenían que ver con el pacifismo. En su vida se estaba produciendo un cataclismo, una catástrofe de grandes proporciones que sacudía todo su mundo, y espoleaba su adrenalina. La rabia guio sus pasos y ante él se plantó en la cocina en camiseta y braguitas.

—¡Quiero hablar contigo! —Sus manos se posicionaron en las caderas, pero él hizo caso omiso y siguió trasteando—. ¿Es que no me oyes?! ¡Quiero hablar contigo!

—Primero tienes que desayunar.

—¡Quiero hablar contigo ahora, Nick! —Se interpuso en su camino—. ¡No puedes hacer esto!

—Sí puedo.

—¡No, no puedes, no puedes decidir por mí!

—Sí puedo y lo voy a hacer, porque tú no te das cuenta.

—¿No me doy cuenta de qué?!

—De que no estás todavía en condiciones de trabajar, de que no te has recuperado lo suficiente, de que estás agotada física y mentalmente. Siéntate y desayuna, luego seguiremos hablando.

—¡NO! ¡No puedes decidir por mí!

—¿Por qué no?

—¡PORQUE YO NO QUIERO!

—¡Dios, qué guapa te pones cuando te enfadas!

Apoyó su cuerpo sobre el de ella contra la encimera en un placaje perfecto, y clavó en su cara una mirada que echaba chispas, no podía haber en sus ojos más deseo.

—¡Nick!

—¡Oh, nena! —susurró, acercando sus caras y pegando su erección a su estómago.

—¿Cómo puedes excitarte en este momento?! ¡Me estás ofendiendo!

—Cualquier otra mujer diría que es un halago —sonrió—. Pero tú eres diferente, por eso te quiero.

Devoró su boca como si fuese su alimento y las manos la recorrieron desarmándola, arrasando sus defensas. No la dejó seguir discutiendo; la hizo

olvidar todo salvo sus besos. Lo siguiente de lo que fue consciente es de que estaba sentada en su regazo ante una mesa de desayuno atiborrada de comida: tostadas, café, magdalenas, zumo y alguna que otra cosa más miraban asombrados los colores de sus mejillas.

—Come.

—Pero Nick...

—Come.

—¡Oh, la entrevista!

—Se arreglarán sin ti —Acercó una tostada a su boca—. Come.

—¡Oh, cállate, no digas ni una palabra más!

Aquella capacidad para dominarla, la desconcertaba; ella nunca había sido una mujer sumida. Se tranquilizó a sí misma diciéndose que el cansancio que sentía había sido el mejor aliado del americano en aquella contienda que ella había perdido, y también se dijo que no pasaba nada, que perder una batalla no es perder la guerra, que descansaría aquel fin de semana y el lunes todo volvería a la normalidad. Pero cuando después de comer estaba lavándose los dientes en el baño...

—Carol. Vístete. Tenemos hora en el médico.

—¿Qué?!

—He dicho que te vistas.

—¿Has... has llamado al médico? ¡Pero Nick!

—No quiero discutir. Vístete. Se hace tarde.

La idea de lanzarle una zapatilla a la cabeza se le pasó por la mente, pero perder los papeles en aquel momento no haría sino confirmarle que no estaba en pleno uso de sus facultades. Aquel hombre estaba acostumbrado a mandar. Su rostro tenso y la frialdad de su voz eran fiel reflejo de la decisión que anidaba en su interior. Había llamado al periódico, había llamado al médico, ¿qué sería lo siguiente, ponerle una correa? Se dio una ducha, se puso la ropa de la dignidad y salió con él rumbo al Centro Médico, sin decir ni una palabra.

—Carol Menéndez —dijo la enfermera.

—Nick, espérame aquí.

—¡Ni lo sueñes!

No tuvo tiempo de articular ni una sílaba. Aquella gigantesca mano que podía proporcionar las caricias más deliciosas la levantó de la silla y la llevó

hasta la consulta; sus pies casi ni tocaron el suelo. Y entonces se produjo la hecatombe.

—¡Dios Santo! —exclamó el doctor Robles— ¿Pero cuánto peso has perdido?

Los expertos ojos del doctor Robles, su médico de cabecera, hicieron un rápido barrido de la situación. Su ceño se frunció, su mandíbula se contrajo y su cuerpo se levantó del sillón que ocupaba como propulsado por un oculto resorte y, apoyando las manos sobre la mesa la miró enfadado, abrió la boca y soltó por ella la frase que no debería de haber soltado.

—¡Te lo dije, Carol, te lo dije, que era demasiado pronto para volver al trabajo!

Los ojos negros buscaron los suyos, pero no los encontraron. ¡La había pillado en una mentira, la primera! Se dejó caer en la silla y cerró la boca a cal y canto, cosa que no hizo el americano, por la suya salieron todos los tacos que se pueden decir en una lengua. A partir de aquel momento, fue como si ella no existiese. Nick preguntó y preguntó, y el doctor Robles contestó y contestó. Aquel día supo lo que era ser figurante en su propia función.

—Te veré dentro de tres semanas, Carol —dijo el médico con una seriedad que daba miedo, cubriendo receta tras receta—. Pero si para entonces no has ganado algo de peso, tendré que prorrogarte la baja. ¡Lo primero es la salud, luego el trabajo! ¿Entendido?

Con la baja de tres semanas bajo el brazo y un incipiente dolor de cabeza por lo que sabía se avecinaba, acompañó a un hombre callado que sujetaba su cintura. Sólo abrió la boca en la farmacia, pero en cuanto cruzaron la puerta de casa se lanzó a por ella.

—¡Así que el médico estaba de acuerdo en que volvieses al trabajo! ¡Me has mentido!

Fue como escuchar la primera ráfaga de disparos de una ametralladora, y cuando una ametralladora empieza a disparar sólo se detiene por dos motivos, o bien porque la munición se acaba o bien porque se encasquilla...

—¡¿Cómo no me hablaste de los análisis?! ¡Tienes las defensas por los suelos!

La segunda ráfaga fue certera...

—¡¿Es que no te das cuenta de que una simple infección te puede llevar al hospital?! ¡Esto no me lo esperaba de ti, eres una embustera!

Y siguió mientras calentaba el café...

—¡Has puesto en peligro tu vida!

Mientras se lo tomaba en el sofá, sin levantar la cabeza...

—¡Y no has ido al endocrino!

Se escabulló a la habitación, a ver si cambiando de escenario aquel bombardeo, porque en bombardeo se había convertido, terminaba, ¡pero ni con esas! Nick no tenía freno. Se sintió tan desesperada que hizo lo único que podía hacer en aquel momento: hundió la cabeza en la almohada y lloró en silencio.

Viendo que no daba señales de vida, el portento de la naturaleza entró en la habitación dispuesto a seguir con las recriminaciones, pero afortunadamente la metrallera se encasquilló.

—¡¿Estás llorando?!

Se lanzó a por ella como se lanzaría a por un soldado herido, y así se sentía realmente, herida en el corazón, en el alma, en su dignidad, en su orgullo. Se rompió en mil pedazos y lloró entre sus brazos las lágrimas de toda una vida, dominada por un llanto incontrolable y silencioso, un llanto que la dejó vencida. Se despertó cuando el sol ya se había puesto y las luces de las farolas inundaban su cuarto de sombras. Unos ojos negros y brillantes la miraron con ternura. Allí estaba su faro en la tormenta, allí el brillo de su vida. ¡Cómo había podido vivir sin aquellos ojos, cómo sin aquellas manos y aquellas caricias!

—Yo... no quería mentirte, Nick, sólo... te engañé un poquito.

—No vuelvas a hacerlo, nena. —Su mano recorrió su cabeza, ya cubierta de una delicada película de pelo.

—Lo siento, pero es que no quiero seguir estando enferma, no quiero seguir convaleciendo. Necesito trabajar, necesito sentir que sirvo para algo. ¿Comprendes?

—No puedes adelantar tu vuelta al trabajo sólo porque te aburres en casa.

—No es una cuestión de aburrimiento, sino de necesidad. —Los ojos se le llenaron de lágrimas una vez más—. ¡Necesito vivir! ¡Quiero vivir!

—No llores... —La abrazó, hundiendo la cara en su cuello—. No llores, por favor, no soporto verte llorar.

Aspiró aquel aroma que la reconfortaba tanto y contuvo sus lágrimas. Acarició su cara y dejó sobre sus labios su beso más sincero para compensar el engaño.

—Además... —dijo con una sonrisa, levantándose de la cama—, tengo que pagar la hipoteca. Me apetece un café, ¿quieres?

—Carol —dijo, saliendo tras ella— Quiero hablarte de ese tema.
—¿De qué tema? —preguntó, entrando en la cocina y cogiendo la cafetera. La movió en el aire, estaba casi vacía—. Ya no queda café, prepararé más.
—Quiero hablarte de eso.
—¿De qué?
—De tus gastos.
Alzó las cejas, recorriendo mentalmente las últimas compras que había hecho. ¿Acaso iba a llamarla manirrota?
—¿De mis gastos?
—No necesitas trabajar. Yo tengo dinero.
—¿Perdona?!
—Nena, escúchame...
—¿No digas tonterías, Nick! —Apretó la dispensadora de café como quien aprieta un fusil.
—No son tonterías, Carol. Estoy hablando completamente en serio. Yo puedo ocuparme de tus gastos, no supone ningún problema para mí.
—¿Pero para mí sí!
—Nena...
—¿Ni lo sueñes! ¡Yo no permitiré nunca que un hombre me mantenga!
—Carol, mi familia tiene dinero y yo...
—¿Me importa un pimiento lo que tenga o deje de tener tu familia! —La taza que cogió corría peligro—. ¡Yo siempre me he valido por mí misma, nadie me ha regalado nada y no permitiré que nadie lo haga! ¡Yo no soy tu querida!
—Lo estás interpretando mal.
—¿Eso no admite ninguna otra interpretación, Nick!
—Escúchame...
—¿No quiero escucharte! —Vertió el café en la taza con mano temblorosa—. ¡Me gusta trabajar, me gusta ganarme mi dinero, me gusta decidir por mí misma, y me gusta ser libre, aunque hoy no he sentido mucho esa libertad, la verdad: en la consulta hablabais de mí como si yo no estuviese delante; ha sido muy frustrante y he tenido ganas de mataros a los dos!

Sentirse invadido por tropas extranjeras es devastador y agotador, así que no es de extrañar que cuando aquella noche puso la cabeza sobre la almohada no tardase ni un minuto en quedarse dormida. Su cuerpo y su mente se abandonaron a los brazos de Morfeo, mientras otro Dios velaba su sueño: un

Adonis de cuerpo perfecto y mente dominante. Se despertó cuando el mercancías iniciaba su recorrido. Miró al hombre que dormía a su lado: su rostro tenía unas líneas perfectas y su piel relucía hasta en la tenue oscuridad del alba. Parecía un ángel bajado del cielo para cuidarla. Recordó las palabras de Cristina: “El ángel se transformó en demonio, Carol, ni le vi venir. Surgió lentamente, tomando palmo a palmo todo mi terreno, anulándome por completo”. Escondió la intranquilidad en la ducha, preguntándose qué diría su padre de todo aquello, sus palabras, tantas veces escuchadas, llenaron su silencio: “Di lo que piensas, no te quedes callada, dilo con educación y serenidad, para eso son las palabras, para expresar los sentimientos”.

Los ojos adormilados la miraron cuando entró en la habitación y le regalaron la primera sonrisa de la mañana, las sonrisas de aquel hombre eran como soles, todo lo iluminaban.

—Nena, qué guapa estás por las mañanas.

—¿Podemos hablar? —preguntó, sentándose a su lado en la cama.

—¿Aún estás enfadada?

—No estoy enfadada, pero necesito hablar contigo de algunas cosas que son importantes para mí.

—Lo siento si he sido un poco brusco. —Se sentó y acarició su cuello—. Pero es que necesito que te cuides porque te necesito a mi lado, te necesito en mi vida.

—Yo también te necesito a mi lado, Nick, pero como mi compañero, mi amigo, mi amante, no como mi jefe. Y necesito que entiendas mis necesidades. Quiero poder elegir libremente mientras aún pueda hacerlo.

—No digas eso.

—Escucha...

—¡No lo digas ni en broma! —exclamó, tomándola entre sus brazos y tendiéndola sobre la cama, con todo el deseo.

—Nick... Nick... Necesito que me escuches, por favor. —Tomó su cara entre las manos, deteniendo sus besos y caricias—. Cuando me pongo en manos de los médicos, ellos lo deciden todo por mí: los tratamientos, las terapias, los tiempos, yo no puedo más que aceptar lo que otros deciden sobre mi vida... Y yo necesito tomar mis propias decisiones, porque quizá algún día no pueda hacerlo y...

—¡Calla, por Dios, calla! —La abrazó tan fuerte que casi no podía respirar—. ¡No digas eso, Carol, yo no concibo la vida sin ti!

—Pero es una posibilidad que hay que tener en cuenta —dijo muy seria,

tomando de nuevo su cara—. Tú tienes toda la vida por delante. En mi caso, puede que sí o puede que no, y lo que me quede de vida quiero vivirla en libertad, no quiero sentirme prisionera, ya bastante lo estoy de la enfermedad, siempre ahí, agazapada; a veces, me despierto en mitad de la noche preguntándome cuándo volverá a aparecer, porque puede volver, Nick, es una posibilidad con la que hay que contar. Negar la realidad no sirve de nada, no hace que desaparezca.

—¡Yo no permitiré que te pase nada!

—No depende de ti, y no puedes meterme en una burbuja para protegerme de todo, y yo no quiero que lo hagas, necesito sentirme libre, no quiero más cadenas. Te necesito a mi lado como aliado, no como enemigo, y necesito que lo entiendas. ¿Lo entiendes, Nick?

—... Lo entiendo, nena.

Los ojos negros recorrieron su rostro, grabando en su retina sus valles y sus montañas, sus luces y sus sombras, contando sus pestañas, los lunares de su piel y las huellas de la enfermedad y el sufrimiento; no sabía qué le gustaba más de aquel rostro, si la perfección o los defectos. Recorrió con los labios su rostro, trazando en él más y más senderos, inundándolo de besos atesorados durante unos años en los que encontrar el amor verdadero no era más que un sueño, un imposible, un anhelo. Y recorrió con la mano su cuerpo como se recorren los caminos deseados: despacio, lentamente, deleitándose en cada tramo, en cada recodo, en la suavidad de una piel que le llevaba al cielo. Acarició su sexo, llenándolo de calor, despertándolo al deseo, los dedos entraron en ella y la acariciaron por dentro, hasta que la humedad impregnó su mano y los gemidos se convirtieron en un boca a boca lento.

Un profundo suspiro salió por la boca de Carol cuando tomó su cuerpo. Sintió que flotaba, que volaba libre sin cadenas, que aquel hombre terco y dominante le ponía alas a su cuerpo y la llevaba lejos, muy lejos. Recorrió su espalda, tan grande y tan fuerte, y rodeó su cintura con las piernas, pegándose bien a su sexo, mientras se preguntaba quién allá en el firmamento le habría enviado a su vida, quizás su madre, siempre preocupada porque encontrase “Un hombre de bien, de los que te cuidan, de los que te protegen”. Los ojos se le llenaron de lágrimas, recordar las palabras de una madre siempre ejerce ese efecto cuando el sonido de su voz, el que has intentado recordar tantas y tantas veces sin éxito, aparece de repente.

—¡Eh, eh, eh! No llores, ¿por qué lloras? —le susurró con voz ronca—. ¡Oh, nena, no soporto verte llorar!

A Nick le habían preparado para enfrentarse a todo tipo de torturas, pero nunca le habían preparado para aquello. No conocía mayor tortura que verla llorar.

—Nick... hay algo que nunca te he dicho —susurró entre suspiros—. Yo... te quiero.

—¡Oh, Carol! Yo también te quiero, amor. Te quiero... Te quiero... Te quiero.

Pasó las manos bajo su espalda, apretándola contra su cuerpo, entrando más y más adentro, hasta que sus cuerpos se convirtieron en un solo cuerpo, inundado de pasión, dominado por el deseo, entregado al placer del sexo.

Llegó el invierno, y con él las Navidades y el fin de su baja obligatoria. El doctor Robles le había dado por fin el visto bueno para reincorporarse al trabajo con el comienzo del nuevo año. Nick no había puesto objeciones, gracias a la inestimable colaboración de la báscula del cuarto de baño, que confirmó que sus kilos iban en progresivo aumento. Su cuerpo comenzaba a tomar nuevamente forma, pero no así su mente, a la que le costaba ver la luz al final del túnel. Las fiestas tampoco ayudaban: el recuerdo de los que ya no están, pesa más que la alegría, y a ella le faltaba todos, todos los que una vez fueron su vida.

Decidió decírselo a Nick. Él seguramente estaba acostumbrado a las celebraciones, y quería que supiese que ella no esperaba nada de aquellos días, salvo que pasasen cuanto antes. Pero un par de días antes de Nochebuena la arrastró hasta lo que Cristina llamaba “El país de los sueños”, alegando que había que llenar la nevera. El aspecto de su nevera era algo que la asombraba cada día. Nunca había estado tan llena como desde que él se ocupaba de abastecerla, tanto que a veces le daba miedo abrirla; la visión de semejantes cantidades de comida le quitaba el apetito. Pero con la misma rapidez con que se llenaba se vaciaba.

En aquella visita a El Corte Inglés, descubrió algunas cosas que no sabía del hombre con el que compartía cama y vida; la primera fue su pulsión por consumir. Nick compró todo lo que necesitaba y quería: jerséis, pantalones, camisas, ropa interior, zapatos, no se privó de nada.

La dejó en la sección de Música y llevó sus compras al coche, regresó un buen rato más tarde con una sonrisa traviesa en los labios. Le quitó de las manos los discos que estaba mirando y los colocó sobre el mostrador, regalándole a la dependienta su mejor sonrisa.

—Pero Nick, si no he elegido todavía.

—Te gustan todos, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Pues ya está —le cerró la boca con un beso.

Y agarrándola de la mano la llevó al supermercado, donde ella no tuvo que

mover ni un dedo, ni siquiera tocar el carro: las manos del americano comenzaron a llenarlo a una velocidad de vértigo. No comparaba precios, no consultaba marcas, todo cuanto veía y quería iba al carro. Nick no era un hombre que se anduviese con rodeos. Él siempre iba al grano. Entre los villancicos que atormentaban su cabeza, el aluvión de gente que pululaba realizando las compras de última hora, y los rápidos movimientos de aquellas manos, acabó mareada y deseando salir de allí cuanto antes. Siguió con alivio a aquel carro atiborrado de comida para un regimiento hasta las cajas registradoras, donde una cajera muy guapa miró con lujuria, tras sus gafas de pasta, al americano, algo totalmente comprensible, porque si Nick ya era de por sí un hombre guapo, aquella tarde estaba que quitaba el sentido, con unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto sobre el que se había echado una cazadora de piel también negra. Parecía recién salido de una película de acción. Si Stallone hubiese aparecido por los pasillos en su busca, nadie se hubiese sobresaltado.

Cuando le entregó la tarjeta a la cajera, sus gafas se empañaron.

—¡Madre mía! —dijo limpiándolas y volviendo a mirarla como quien mira un boleto de lotería premiado.

—¿Qué pasa? —preguntó Carol, fijándose—. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Nick!

—No es más que una tarjeta —gruñó él, metiendo las bolsas en el carro.

—¿Que no es más que una tarjeta?! —Carol le miraba patidifusa.

—Aquí no, nena.

La cola que se estaba formando tras ellos refrenó sus ansias. Su compañera de género le dedicó una mirada tan comprensiva que se sintió reconfortada; hay que ver qué capacidad de empatía tienen las mujeres cuando de hombres se trata.

—¿Sabes? —le susurró la cajera, pasando la tarjeta platino—. Siempre creí que no era más que una leyenda urbana.

—¡Carol, venga, vamos, que quiero llevarte a un sitio!

—¡Ay, Señor! —susurró la muchacha, tenía las mejillas encendidas—
¿Siempre es tan dominante?

—Siempre, hija, siempre.

Le faltó poco para despedirse de ella con un abrazo: nunca dos desconocidas estuvieron en mayor sintonía. Pero el americano la llamaba, y tras él se fue; hasta el mismísimo infierno le seguiría.

Al entrar en el coche, le miró enfurruñada.

—Nick, quiero que me expliques...

—¿Tienes hambre?

—No. Quiero saber...

—Primero tienes que comer algo. Iremos a merendar.

Aquel modo en que Nick fruncía el ceño cuando tomaba una decisión la hacía cerrar la boca; no le gustaba.

La llevó a una cafetería que había descubierto días antes con sus compañeros de trabajo; se llamaba La Selva. Era una preciosidad. Decorada con muchos espejos y con una barra larguísima y brillante al final de la cual estaba lo mejor de todo: una preciosa terraza acristalada llena de exóticas plantas. Hasta había un riachuelo y una pequeña cascada. Lo único que se oía era el relajante sonido del agua. Parecía una auténtica selva, donde sólo faltaban los pájaros y el viento.

—Te gusta, ¿eh? —le dijo con una sonrisa traviesa.

—Es preciosa, pero tú y yo tenemos que hablar.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó, cuando el camarero apareció ante ellos—. ¿Chocolate?

—Café.

—¿Y para comer?

—No tengo hambre.

—Vale —miró al camarero con una sonrisa—. Dos cafés americanos, un sándwich mixto para ella, una hamburguesa doble para mí, dos aguas frías y dos raciones de tarta de chocolate.

—¿Es que no me has oído? Te he dicho que no tengo hambre.

—Ya, ya...

—Nick, quiero saber...

—Primero comes y luego hablamos.

—¡No me des órdenes, no soy un soldado!

—Vale, pero primero comes y luego hablamos.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Abrió su bolso para coger un cigarro. La sintonía del móvil se mezcló con la risa de Nick, quien no parecía tomar en serio su enfado, cosa que la enfadaba aún más.

—¡Jaime, por fin un aliado!

—¡Huy, huy, huy! ¡Cómo está el patio! No me digas que las tropas internacionales están haciendo de las suyas.

—Pues sí, algo así —dijo, encendiendo el cigarrillo con rabia— ¿Qué tal

por Barcelona? Cuéntame.

Jaime, finalmente, había tenido que ir a Barcelona. Un viaje que había retrasado cuanto había podido, sin escatimar en estratagemas —subterfugios, como él los llamaba—. Primero recurrió al humor, diciéndole al jefe: “Pero para qué vamos a ir, hombre, si las noticias nos llegan traídas por el viento”. Una semana más tarde recurrió a su salud; dijo que estaba enfermo, cosa que era cierta, pero no tan grave como quería aparentar. Luego pasó lo de su muela, una muela del juicio que le daba la lata día sí y día no, algo muy extraño puesto que había desaparecido de su boca en plena crisis de los treinta. Después se torció un tobillo, lo que limitaba mucho sus movimientos, hasta que las excusas se le acabaron, así como la paciencia del redactor jefe. El extremeño fue llamado a su despacho, pero la amenaza de abrir la puerta del avión y bajarse en marcha no surtió efecto. Sólo provocó un suspiro de desazón en el hombre que le miraba tras su mesa y que le dijo muy serio: “¿No crees que ya tienes edad suficiente como para ir superando tus miedos?”

—Cariño, esto de ser un periodista comodín no es nada bueno. ¿Recuerdas al escritor raro, el del sombrero, el rancio?

—¿Provenza?

—El mismo. Bueno, pues tengo que entrevistarle.

—¿Pero de las entrevistas a los escritores no se iba a encargar la Pozuelo?

—Pues ése era el *planning* de trabajo, sí. En teoría yo me ocuparía del caso Pujol y ella de las entrevistas literarias, pero... como dicen en *La que se avecina*: “Se ha producido un giro dramático en los acontecimientos”. ¿Tú sabías que el del sombrero ha escrito una novela erótica?

—¡No fastidies!

—No le pega nada, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no le pega! —resopló—. Éste fue el que escribió el artículo en el periódico sobre el libro de Celeste.

—¡No me jodas! ¿Fue éste? Bueno, bueno, bueno, pues como dice Cris “La vida a veces tiene cada cosa”.

—¡Es increíble! Después de cómo se despachó a gusto con ella en su columna calificándola como “ninfómana de mente débil escribiendo paparruchas”. Celeste no se lo ha perdonado. Dice que sus palabras la acompañarán siempre, como si de un epitafio se tratara. Le ha deseado todos los males del universo. ¡Así que se ha pasado al erotismo, toda la vida desprestigiando al género y mira por dónde ha acabado en el mismo saco!

—Quizá debería empezar por ahí.

—¿Por dónde?

—Por el final... “¿Cómo es que ha acabado usted escribiendo erotismo, señor Provenza, después de haberlo criticado tanto?”

—Ten cuidado, Jaime. Tiene muy mal carácter.

—Entonces, razón de más, cariño. Con estos hipócritas hay que ir a degüello. Antes de que él me ponga contra las cuerdas, le arrincono yo.

—Pero ¿qué ha pasado con la Pozuelo? No me digas que es del Opus y que se ha negado a entrevistarle.

—¡Ay, Carol, Carol, qué joven eres! —dijo, riendo—. Cuando traspases la barrera de los cincuenta como yo, empezará a comprender algunas cosas. En la juventud aprendemos, pero con la edad comprendemos. Y entre el blanco y el negro, cariño, hay una amplia gama de tonalidades. ¿Entiendes?

—No entiendo nada.

—Los que más tienen que callar son los que menos callan,

—Como no te expliques mejor.

—Verás... Ayer, tras una corta visita cultural por esta increíble ciudad... tenemos que hacer un viaje juntos, cariño, es una pasada, y visitar Sitges, por supuesto.

—¿Sitges? —su risa al otro lado del teléfono la exasperó casi tanto como la visión del sándwich que apareció ante ella.

—¡Ay, claro, si es que tú no lo sabes! El paraíso de los gais en Cataluña, cariño. Es un sitio increíble y...

—¡Me quieres decir de una vez qué pasó!

—Cómo somos los periodistas, siempre buscando el meollo. Bueno, saciaré tu curiosidad... Pues mi querida compañera de profesión me dijo que no la esperase para cenar, que le dolía mucho la cabeza y saldría en busca de una farmacia de guardia, pero... ¡He aquí la cuestión! El brillo de sus ojos era inconfundible, Carol, así que la seguí.

—¡Oh, Señor! —exclamó divertida. Las dotes detectivescas de Jaime no le eran ajenas.

—No te imaginas qué mirada tenía. Hasta se había desabrochado dos botones de su vestido, el de siempre, el gris. Tenía que seguir las pistas. —Carol estalló en risas—. Salió por la puerta del hotel con la cabeza muy alta y caminando pausadamente. Me pregunté si me habría precipitado en mis conclusiones, pero entonces... pasó de largo ante una farmacia de guardia. La Pozuelo iba en busca de algo, sí, pero no era ibuprofeno precisamente. Sus

pasos la llevaron despacio, muy despacio, pero con determinación... hasta una casa.

—¿Una casa?

—Sí, una casa.

—¡Jaime!

—Una casa... un tanto extraña.

—¡Jaime!

—¡Ji, ji, ji! Una casa con secretos, Carol, con muchos secretos.

—¡Oh, por el amor de Dios, esto es insufrible!

—¡Ja, ja, ja, ja!... Una casa BDSM...

—¡Dios Bendito!

—¡Ja, ja, ja, ja!... Resumiendo: no he vuelto a saber de ella. Si es que el sexo tira mucho.

Tantas emociones le pasaron factura: en cuanto puso la cabeza sobre el reposacabezas del asiento del coche, se quedó dormida. No se enteró cuando Nick le colocó el cinturón de seguridad, ni cuando dejó sobre sus labios un suave beso, ni cuando la tomó en sus brazos y la acostó en su cama, dejando otro beso sobre su mejilla. Un par de horas más tarde la despertó para cenar; no le permitía saltarse ninguna comida.

Se incorporó en la cama y, al poner los pies en el suelo, el reflejo de la luna que brillaba fuera impactó sobre su tobillo haciéndolo brillar. Rodeando aquella parte tan delicada de su anatomía, había una preciosa pulsera de soles engarzados, intercalados entre cuentas con forma de estrellas; una auténtica delicia.

—¡Oh, Nick!

—¿Te gusta?

—Es preciosa. Gracias —Tomó su cara entre las manos y saboreó su boca.

—Preciosa como tú —La apretó contra su pecho.

— Por eso tardaste tanto... Así que eres rico.

—Lo soy desde que te conocí. —Saboreó sus labios—. No sabes a melón... no sabes a fresas... sabes a vida.

—¡Oh, Nicki! —Tiró de él, tendiéndole sobre su cuerpo.

—No, no, no, esto tendrá que esperar. Tienes que cenar.

—Pero si no tengo hambre.

—A cenar.

Se incorporó y tiró de sus manos, arrastrándola hasta la cocina, donde una

preciosa mesa les esperaba. Allí no faltaba de nada; más que una cena, parecía un convite.

—¡Madre mía! —refunfuñó, con disgusto— Si sigo comiendo así, me voy a poner como una vaca. ¡Luego no te quejes!

—Come.

Se sentó frente a ella fingiendo cenar, pero en realidad lo que hizo fue montar guardia en espera de que el plato quedase vacío. Lo hacía cada día: en cada comida él montaba su particular garita.

—No puedo más —dijo, mirando las cuatro patatas fritas que quedaban en el plato.

—¿Qué te apetece de postre?

—A ti.

La mirada que le devolvieron los ojos negros haría detener al mismísimo mercancías, pero en su caso descontrolaron a las mariposas de la vida, que, convalecientes como estaban, comenzaron a aletear divertidas cuando en el rostro del americano, siempre tan hierático, aparecieron unos suaves colores y en su boca una sonrisa.

La siguió hasta la habitación, como la estela sigue al cometa, como la noche sigue al día.

Carol recorrió aquel cuerpo que tenía ante sí con admiración. Le quitó el jersey y se recreó en su pecho, fuerte, definido, de sombras oscuras, de líneas perfectas. Lo acarició despacio, bajando por su estómago y llegando hasta su vientre. Desabrochó el pantalón, bajó la cremallera y recorrió su miembro lentamente, maravillándose del calor y de la dureza. Besó aquel pecho que subía y bajaba descontrolado, y dejó sobre él un camino de amor, bajando por su cuerpo.

—¡No! —exclamó, agarrando sus brazos y alzándola— ¡Carol, para!

—¿Qué pasa?

—No quiero que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque... porque no tienes que hacerlo —dijo, tendiéndola sobre la cama y cubriéndola con su cuerpo.

—Pero yo quiero hacerlo, Nick —frunció el ceño.

—No quiero que lo hagas.

—¿Pero por qué? Explícame por qué.

—Porque... porque... ¡La culpa la tiene mi padre!

—¿Tu padre?

—Verás, él... —resopló—. Tiene unas ideas un tanto anticuadas. Desde pequeños nos ha repetido que ciertas prácticas sexuales no son... apropiadas.

—¿Pero tu padre qué es? ¿*Amish* o algo así?

Su risa la desconcertó aún más.

—No, nena, pero es muy conservador. Para él el sexo oral es sencillamente... una aberración.

—¡Caray! ¿Y tu madre qué opina de eso?

—¿Crees que se lo he preguntado?

—Bueno, pues... es ese caso, tendremos que descartarlo, pero por ambas partes.

—¡Oh, no, de eso nada! —Le mordió el cuello— ¡Me importa un pimiento lo que diga mi padre, saborearte es todo un lujo para mí!

—¿Y a mí me lo vas a negar? —susurró en su oído, atormentándole— Yo también deseo saborearte, deseo sentirte en mi boca y hacerte estremecer.

—¡Oh, nena!

—No me lo puedes negar, soy una mujer enferma. —Le empujó suavemente sobre la cama, tendiéndose sobre él—. Y a los enfermos hay que darles todo lo que desean... todo... todo... todo...

Su risa le dio alas para hacer suyo su cuerpo, lo recorrió entero; nunca un hombre se sintió tan indefenso bajo otro cuerpo, se entregó a ella como no se había entregado nunca a nadie, hasta el alma le habría dado si se la pidiera. Le recorrió de arriba abajo, de lado a lado y hasta el centro. Lamió su miembro, lo chupó, lo saboreó, satisfecha de su calor y de su deseo, degustándolo con el mismo deleite con que se toma un helado en verano o una sopa en invierno.

—Carol... Carol... para, nena, para...

—No quiero parar.

Aquel cuerpo se estremeció en sacudidas de placer que le recorrieron, que le agitaron, que le hicieron susurrar su nombre como si fuese viento, fue como si el viento de la playa que les unió hubiese llegado de repente para acariciar sus cuerpos. Cuando el aire silbó, sigiloso de nuevo, subió lentamente, dejando sobre su piel nuevos besos traídos por el viento, besos con sabor a sal, besos con sabor a sol, besos con sabor a sexo.

—¡Oh, Carol! —Tomó su cara entre las manos, mirándola con una ternura infinita— ¿Qué me has hecho?

—La cena estaba deliciosa, Nick, pero me quedo con el postre.

—¡Oh, Carol, al diablo con mi padre!

Su incorporación al mundo laboral tuvo un efecto tremendamente adverso en su relación. Le abrió los ojos a un rasgo del carácter de Nick que se había mantenido oculto hasta entonces y que salió a la superficie de inmediato: su posesividad. Si bien su personalidad dominante y autoritaria ya no tenía secretos para ella, su posesividad la llenó de gran intranquilidad, provocando entre ellos más de una tirantez y más de una discusión.

Con esta preocupación rondando su mente, condujo hasta el aeropuerto, con un copiloto muerto de miedo. Al pobre Jaime le esperaba un avión que le llevaría a Suecia; al redactor jefe le había entrado de repente el antojo de hacer un especial sobre *Millenium* para el dominical. Por suerte, en el asiento trasero iban los refuerzos: Cristina, con su bolso bien provisto de los clínex necesarios, en sus manos todas las caricias y en sus labios todos los besos. Jaime necesitó de todo el apoyo emocional de sus amigas para superar el ataque de pánico que sufrió en cuanto divisó el control de pasajeros. Se refugió en los baños, donde lloró sobre sus hombros un mar de miedos, y, una vez se liberó de ellos, se encaminó hacia el control sintiéndose un poco más ligero. La operación “Rumbo a Suecia”, como la llamó Cristina, había sido un éxito.

—¿Qué, bombón? —dijo Cristina, cogiéndola del brazo, cuando el avión ya alzaba el vuelo—. ¿Nos tomamos un café y me lo cuentas?

—¿Bombón? —rio—. ¿Desde cuándo soy bombón, Cris?

—¡Huy, no sé, me ha venido así de repente!

—Qué curioso, Cris. He leído esa palabra en un libro hace poco.

—Si es que todo está escrito.

—¿Y qué es lo que quieres que te cuente?

—Lo que te preocupa.

—¿Cómo sabes que me preocupa algo?

—Porque he visto en ti... —Le guiñó un ojo—. *La mirada*.

Ante unos cafés americanos, Carol vomitó todos sus miedos. Cristina escuchó en silencio. De sus conversaciones con Patricio —aquel extraño y maravilloso ser que además de su psicólogo era su amigo— había extraído un sinfín de enseñanzas y moralejas.

—A veces me saca de mis casillas, Cris. Nos ponemos a discutir como dos críos, y por tonterías.

—Las cuestiones más nimias son la mecha perfecta para detonar las

bombas de relojería que llevamos dentro, Carol.

—¿Bombas de relojería?

—Todo aquello que no queremos afrontar, que no podemos afrontar o que no sabemos cómo afrontar, pero que ahí está, ocupando su sitio, su lugar, a la espera de que nos tomemos el tiempo necesario para mirarlo de frente y solucionarlo.

—No te sigo.

—¿Cuáles son los demonios de Nick?

Regresó a casa con la pregunta inundando su mente.

Como él aún no había regresado del trabajo, se puso las botas y el plumas y salió rumbo al parque, contraviniendo las órdenes del americano, quien, amparándose en los ocultos peligros que escondía la vegetación, le había dicho una frase que se grabó en su cabeza como si de un tatuaje se tratase. Hasta podía verla con letras especiales: grandes, en negrita, cursiva y subrayadas, y amparadas por las consiguientes admiraciones:

¡Te lo prohíbo!

En su defensa hay que decir que sus miedos estaban completamente justificados, pues el asesino en serie campaba a sus anchas por la ciudad sin que las fuerzas del orden pudiesen echarle el guante. Pero a ella lo que más le preocupaba era la fuerza internacional que dormía en su cama y que pretendía dominar su mundo, su cuerpo, su corazón, su alma, y su caminar, ¡y por ahí no pasaba! Su paseo a última hora de la tarde, cuando el trabajo se lo permitía, era para ella todo un ritual y uno de sus momentos preferidos del día, pues además de proporcionarle ese ratito de soledad que todos necesitamos, le regalaba la luz del atardecer que tanto le gustaba, así como el silencio que todo lo envolvía y las sombras que lo inundaban. Se perdió en la arboleda, deleitándose con los sonidos del viento entre los árboles, con las raíces que sobresalían del suelo, con la luz que se colaba entre la frondosidad de las ramas impregnándolo todo de una magia especial. ¡Parecía un bosque de hadas! Cuando se cansó de apartar matorrales, salió al camino principal; a un lado, la pradera y el río, al otro, el campo ascendente lleno de árboles y hierba. Caminó a buen paso, al suyo, nada que ver con el del americano, y llegó ante uno de los bancos donde una pandilla de chavales había

comenzado ya el botellón, a juzgar por las latas de cerveza vacías que descansaban en el suelo. “La educación se mama en casa, la escuela no hace milagros”, decía siempre Cristina.

Una voz gruñona surgió al otro lado del teléfono, parecía querer ponerla firme aun sin estar en su presencia.

—¿Dónde estás, Carol?!

—He salido a dar un paseo. Enseguida vuelvo.

—¿Por el parque?!

—Hay mucha gente —mintió.

—¡No quiero que vayas al parque sola, y mucho menos a estas horas!

—Ya te he dicho que hay mucha gente, no te preocupes.

—¡Es peligroso! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Pues en vista del caso que te hago, no las suficientes. —Apretó la mandíbula, aquel marcaje no le gustaba nada.

—¡Joder! ¡No te muevas, voy a buscarte!

—¡No soy ninguna niña, Nick, ni una inválida, así que haz el favor de dejar de tratarme como a tal!... ¿Nick?... ¿Nick?... ¡Genial, ahora me cuelga!

Su paseo se había estropeado. Guardó el teléfono con rabia y dio media vuelta, dispuesta a vérselas con el americano enfadado, pero sus problemas sentimentales quedaron relegados a un segundo plano cuando al llegar ante el grupo de chavales escuchó sus gritos de placer mezclados con los aullidos de un pobre animal que había caído en sus manos; sus gemidos de dolor sólo eran superados por las risotadas de los animales de dos patas que le torturaban.

—¡Pero ¿qué estáis haciendo?!

—¡Qué pasa tía! —contestó con una sonrisa bobalicona el que parecía ser el jefecillo de la banda, levantando la barbilla y haciendo bailar el *piercing* que colgaba de su nariz.

—¡Soltadlo inmediatamente!

—¿Es tuyo?... ¡Pues te callas!

—¡Soltadlo o llamo a la poli!

—¡Las tías siempre jodiéndolo todo! —gritó el chulito. Saltó del banco y se fue a por ella—. ¡Lárgate de aquí, zorra!

El empujón la tiró al suelo, dando con su maltrecha anatomía en el camino de piedras. Cuando volvió a abrir los ojos, unas botas militares que no le eran desconocidas, ocuparon por completo su campo visual. Hizo un lento barrido ascendente por aquel cuerpo que tanto deseaba, hasta llegar a su cara; no

podía emanar más rabia. Grande como un castillo, la miraba desde las alturas, meneando la cabeza. Era como ver la Estatua de la Libertad; así de impresionante era aquel hombre que la observaba.

—No te muevas de donde estás, nena... —Fueron sus únicas palabras, y no hicieron falta más; aquel tono de voz, aquella gravedad, la estremecía por dentro—. ¿Cómo has llamado a mi novia, chaval?

El grupito, que no se había percatado de su llegada, algo incomprendible dado su aspecto, pero comprensible dada la nebulosa alcohólica que les rodeaba, hacía corro alrededor del perro, que aullaba descontrolado. Al oír su voz se abrieron como un acordeón, haciéndole un pasillo al jefe de la manada.

—¡Qué pasa! —contestó el chulito, que además de tonto, era miope—. ¡Lo que me da la gana, tío!

Nick movió la mano ante su cara, Carol juraría que ni le tocó, que lo que le hizo salir volando fue el efecto del viento alterado por el movimiento de semejante miembro. El resto de la pandilla, algo más inteligente que su jefe —como ocurre con frecuencia—, soltó al perro y comenzó a emprender la retirada. Nick se agachó ante el muchacho.

—Deberías ser más respetuoso con las mujeres —le dijo, bamboleando con el dedo el *piercing* de su nariz—. Naciste de una.

—Vale, tío, vale... —balbució, levantándose algo atontado— Ya... ya me voy...

—¿No se te olvida algo?

—¿Eh?... ¡Oh, sí, claro, tía, perdona!

Carol presenció toda la escena desde el suelo, en espera de que el jefe se dignase darle la orden de romper filas, pero él se lo tomó con calma, observando muy serio cómo el grupito se marchaba. Cuando se volvió hacia ella no podía estar más enfadado.

—¡Ves lo que ocurre por no hacerme caso! ¡¿Cómo tengo que decirte que venir sola al parque es peligroso? ¡Sobre todo a estas horas! ¡Con que había gente, ¿eh?!

—¿Me puedo levantar ya, señor?

Le tendió la mano y entrelazó sus dedos con fuerza.

—¡Espera, Nick! —exclamó Carol soltándose—. ¿Dónde está?

—¿Qué?

—El perro, ¿dónde está? —preguntó, adentrándose entre los árboles— No se lo habrán llevado, ¿verdad?

—¡Oh, por el amor de Dios, Carol, déjalo ya, su dueño andará por ahí!
—Seguro que se ha escondido muerto de miedo —dijo, apartando los arbustos.
—¡Carol, está oscuro y te vas a caer, vámonos ya!
—¡Lo he encontrado! Ven, bonito, ven, no tengas miedo, ven. —Salió de entre los arbustos con el perrito en los brazos y una sonrisa triunfal en los labios—. ¡Mira qué bonito es, Nick, es un *cocker*! ¡Qué chulo!
—¿Y qué quieres hacer con él? ¡No pensarás llevártelo a casa!
—Está solo y asustado. Mira como tiembla.
—¡Pero Carol, si no cabemos!
—¡No pienso abandonarlo! —le miró ceñuda—. Encima de tener que aguantar a esos indeseables, no le vamos a dejar al relente de la noche para que se ponga enfermo.

Aquella noche, cuando el relente azotaba fuera y la calefacción del interior funcionaba a su plena capacidad, el refrán: “Tres son multitud”, se hizo realidad ante sus ojos.

—¡Oh, lo que faltaba! —gruñó Nick cuando el perro se subió a la cama y se acurrucó junto a ella—. ¡Joder, Carol, esto no puede ser!

—Bueno, bueno... no te pongas así —dijo, cogiéndolo y llevándolo a la esquina del cuarto—. Ven, te voy a preparar aquí una camita, verás qué bien duermes.

Lo acomodó sobre unos cojines y dejó sobre su cabeza una caricia, pero cuando se subió a la cama, el perro subió tras ella, moviendo el rabo y haciéndola reír.

—¡Joder! —gruñó Nick—. ¡Y vamos a tener que compartir cama!

—¿Por qué estás tan enfadado? No creo que sea para tanto.

—¡Que no es para tanto! ¡Joder!

—Llevas un tiempo de muy mal humor. ¿Qué te pasa?

—¡No me pasa nada!

Las antorchas encendidas que eran sus ojos le dedicaron una última mirada al salir de la habitación y refugiarse en el baño, convertido en guarida. Carol arrugó los labios y el ceño y miró intrigada al perro; Cristina siempre decía que los perros escuchan mejor que algunas personas, y debía de ser cierto porque Zar la obedecía siempre.

—A ver, escucha... —susurró, acariciándolo—. No puedes dormir con

nosotros, a él no le gusta, y está de muy mal humor, no me preguntes por qué, pero así es, y ya sabemos lo que ocurre con el mal humor de los americanos, no hay que provocarlo porque suele acabar en guerra. Así que, por favor, sé comprensivo y regresa a tu camita, mañana será otro día.

El perro torció la cabeza, levantó las orejas, dio un ladrido, saltó de la cama y se acurrucó en la esquina. Cuando Nick regresó, no se movió de su sitio, aunque le miró atentamente y le dedicó un pequeño gruñido.

—Nick, ¿me vas a contar lo que te pasa?

—No me pasa nada. Apaga la luz, ¿quieres?

—¿No me lo vas a contar?

—No hay nada que contar —gruñó, dándole la espalda.

—Nick...

—No quiero hablar de ello.

—O sea, que hay algo... ¿Es por el trabajo, no estás contento?

—Déjalo ya.

—¿Por tu familia, les echas de menos?

—¡Déjalo ya, Carol!

—No puedo dejarlo, no quiero verte así. —Se arrimó a él y acarició su cintura, sintiendo cómo se estremecía bajo su mano y cómo se contenía—
Cuéntame qué te ocurre, por favor.

—¡Joder, Carol!

—Cuéntamelo, Nick...

Varias caricias más en su cintura y un reguero de besos en su espalda fueron necesarios para que él abandonase su hermetismo. Resopló con fuerza, se sentó en la cama y la miró con rabia.

—¡El miércoles salimos antes del trabajo, fui a buscarte para invitarte a comer, pero ya te habías ido, me dijeron que estarías en el bar de la esquina!

—Sí, siempre vamos allí. Pero... no viniste.

—¡Sí fui! ¡Y no me gustó lo que vi!

—¿De qué estás hablando?

—¡De tu amiguito, el calvo!

—Jaime.

—¡A ese le voy a decir cuatro cosas cuando le vea! —El volumen de su voz comenzó a subir—. ¡No hacía más que tocarte! ¡Que si ahora te doy fuego, que si te pongo la chaqueta, que si te traigo el café, no perdió ocasión de acariciarte!

—No digas tonterías...

—¡No son tonterías! ¡Sé lo que vi!

—Te he hablado muchas veces de él, es mi mejor amigo y a pesar de eso tú nunca has querido conocerle...

—¡Ni quiero!

—Te estás comportando como un crío.

—¡Bueno, lo que me faltaba!

—Jaime es un amigo maravilloso, Nick, que ha estado a mi lado durante toda la enfermedad. Le quiero muchísimo y si le conocieras, estoy segura de que tú también le apreciarías. Es un compañero inmejorable, un gran periodista, y como amigo no tiene precio. —Intentó acariciar su cara—. ¡¿Me rechazas?! ¡No tienes motivos para estar celoso de él, Nick!

—¡¿Que no tengo motivos?!

—Ninguno.

La furia americana se desató y tomó el control de su cama.

Apartó la ropa y se tiró sobre ella, aprisionándola, inmovilizándola. Las grandes manos sujetaron su cabeza y los ojos se miraron en los suyos con desesperación. Allí estaba la dominación del Nuevo Continente, sólo le faltaba clavar la bandera.

—¡Tú eres mía! ¡Sólo mía! ¡Y no soporto que otro hombre te toque!

—Nick...

La besó con fuerza, le subió el camisón y tomó sus pechos, apretándolos con deseo, estrujándolos en los dedos, los chupó poniendo sus pezones erectos, excitándola y excitándose con el deseo de sus cuerpos.

—¡No quiero que vuelvas a verle!

—¿Qué?

—¡No volverás a verle, Carol!

—Pero Nick...

—¡Nunca!

Devoró su boca mientras su mano bajaba hacia su sexo y lo acariciaba suavemente. Recorrió su pubis, esparciendo sobre él todas las caricias que tenía dentro. Su dedo corazón, convertido en avanzadilla del ejército, se introdujo entre sus labios, acercándose a la entrada de su cuerpo, recorriendo el terreno, preparándolo para su miembro, y con la misma suavidad con que el mar se cuele entre las rocas, entró en su interior llenándolo de fuego.

—¡Oh, Nick!

—¡Dime que no volverás a verle!

—Nicki... tú sabes que te quiero.

—¡Necesito más! ¡Prométemelo!

—Pero...

—¡Prométemelo!

La avanzadilla salió de su cuerpo y se convirtió en pareja, necesitaba refuerzos. Se adentraron en su interior con la misma determinación con que se alcanza una cumbre, con que se cruza una meta.

—¡Prométemelo, Carol, dime que no volverás a verle!

—Nicki... Nicki...

—¡Prométemelo, nena! —susurró en sus labios, moviendo sus dedos—. ¡Prométemelo!

—No puedo, Nick, no puedo...

—¡Sí puedes! —susurró con voz ronca, deteniendo sus movimientos—.

¡Hazlo, nena, prométemelo!

—Nick... por favor...

—Sí, cuando me lo prometas.

—Nick... Nick... —suplicó, retorciéndose bajo su cuerpo.

—Prométemelo y seguiré.

—¿Me... me estás torturando? —Los ojos negros, brillantes y atrayentes, estaban llenos de rabia, de determinación y de deseo. Allí estaba el ejército y sus tácticas de avasallamiento, recurriendo a técnicas para someter, y con ella empleaba la más antigua del universo, ¡el sexo!—. ¡Oh, lo estás haciendo!

—Nena, escúchame...

—¡Apártate de mí!

La rabia surgió de lo más profundo de su pecho, y la pasión se convirtió en desconcierto. La impotencia y la furia se mezclaron en su cuerpo y las lágrimas llegaron hasta sus ojos formando en ellos un triste velo.

—¡Oh, no, no llores, dame tu palabra y esto se habrá acabado!

—¡Esto ya se ha acabado! —Le empujó con furia—. ¡Apártate de mí, no tienes ningún derecho!

—¡Sí lo tengo, Carol!

—¡No, no lo tienes! —Levantó ante su cara un dedo—. ¡No tienes ningún derecho a obligarme a hacer algo que no quiero, y mucho menos del modo en que lo estás haciendo, una forma tan cruel, tan ruin y tan rastrea! ¡Yo no merezco que me trates así, Nick, nunca te he dado motivos para dudar de mí, me entrego a ti como no me he entregado a nadie, confío en ti plenamente, pondría mi vida en tus manos sin dudar! ¿Y esto es lo que recibo a cambio? ¡¿Esto?!

—No llores, nena, no llores —susurró—. Te daré todo el placer que quieras, amor, pero dejar de llorar.

—¡No quiero que me des placer! ¡Quiero que me respetes, eso es lo que quiero! ¡Que respetes mis deseos, mis decisiones, y a las personas que son importantes para mí! ¡Jaime es un amigo maravilloso y ni tú ni nadie me va a apartar de él! ¡Le quiero, es mi amigo del alma, mi confidente, y la persona más fiel que he conocido nunca! ¡Y si esto no te gusta, ya sabes dónde está la puerta!

La despertó a las seis de la mañana el traqueteo del mercancías, y un ligero relente que llegaba desde la ventana. Abrió los ojos y allí estaba él, desnudo como Dios le trajo al mundo, fumando un cigarrillo mientras veía pasar al coloso. No podía haber hombre más perfecto que el que tenía ante sí, iluminado por la luz de la luna que formaba claroscuros sobre su piel llenándola de una magia que la hacía estremecer. Cuando el tren se alejó y su traqueteo sobre las vías se diluyó en el silencio del incipiente amanecer, le llegó el susurro de su voz.

—... sí, sí, lo sé, la he cagado. —Un gruñido surgió de la esquina. Las orejas del perro estaban en posición de firmes y sus brillantes ojos clavados en él—. Mi padre siempre dice que hay que proteger lo que es de uno, y yo a veces me paso, lo sé, no hace falta que me lo digas, pero es que... se me ha metido en el corazón y ya no hay nada que la pueda sacar de aquí, ¿entiendes? —El de la esquina le dio la réplica en forma de pequeño gruñido—. ¿Y yo por qué demonios te hablo en español? —Cerró la ventana y se agachó ante él, acariciando su cabeza y provocándole un gemido de placer—. Bueno, al final no va a ser tan mala idea que te haya traído a casa. Cuando se escape al parque, no dejes que se le acerque ningún maleante, ¿de acuerdo?... ¿Cómo diablos te llamarás?

Se acostó a su lado despacio, por su boca salió un profundo y suave suspiro. Carol ya no pudo resistirse por más tiempo.

—Nicki...

—¡Oh, nena, te he despertado!

—Nicki... —susurró, tendiéndose sobre él—. Te quiero, Nick, te quiero.

Dejó sobre su cara todos los besos, saboreó sus labios, saboreó su lengua, entregándole, pidiéndole. El miembro palpitó bajo su vientre hasta que alcanzó la dimensión perfecta. Lo acercó a su entrada, apoyó las manos sobre

su pecho y le hizo entrar en su cuerpo, moviéndose sobre él con la misma suavidad con que las nubes se desplazan por el cielo. Las fuerzas americanas se doblegaron ante la pasión española, ofreciéndole su estandarte, regalándole su bandera. Nunca dos cuerpos estuvieron tan bien sincronizados, el placer les recorrió a la vez, mientras sus bocas se devoraban, mientras sus manos se acariciaban, mientras sus corazones latían al mismo tiempo.

“Superar la primera regla junto a una mujer es la prueba de fuego para un hombre que se diga enamorado. Pocos son los que la aprueban y poquísimos los que la entienden”... Las palabras de Jaime acudieron a su mente aquella mañana cuando las sábanas de su cama aparecieron por sorpresa manchadas por el líquido elemento. Desde el comienzo de su enfermedad y del tratamiento, su cuerpo ya no era su cuerpo, y la menstruación aparecía cuando le daba la gana. Jaime también aseguraba que aquellos días constituían el indicador perfecto de la fortaleza y profundidad de los sentimientos masculinos; dicha clase magistral sobre la vida y la naturaleza humana se la había dado a sus amigas una tarde de invierno en el apartamento de Cristina, con la lluvia golpeando con fuerza los cristales y el viento soplando con alegría.

—Y esa patochada de la impureza, ¿eh? ¿Qué me decís de eso?

—¿De qué hablas? —sonrió Cris, sirviendo más café.

—¿Nunca lo habéis oído? —preguntó, echando en su taza de café un buen chorro de crema de whisky—. Para algunos anormales las mujeres son impuras cuando menstrúan. Increíble, ¿no? La cantidad de creencias ancestrales que algunos tienen pululando por la cabeza. Claro que los hay que van aún más lejos, como los talibanes, que no soportan tener cerca a una mujer en esos días. ¡Y luego dicen que los raros somos nosotros, los gais!

—Jaime —dijo Carol—. Eso te lo estás inventando, ¿verdad?

—¿Tú crees que semejante disparate se puede inventar, cariño? —chasqueó la lengua—. Lo que nunca he llegado a comprender es por qué las mujeres no la utilizáis como radar.

Cristina estalló en carcajadas y Carol la siguió, porque a la risa de Cristina hay que seguirla. Él respiró profundamente y en su cara se formó una gran sonrisa de satisfacción, y claro, con un público tan agradecido, no era cuestión de detenerse.

—Seguro que eso ha salido de la cabeza de Patricio —sentenció Carol.

—No —dijo él con solemnidad—. Salió de la de mi abuela. Ella tenía una teoría al respecto: decía que a los hombres nos es difícil, por no decir imposible, comprender lo que os ocurre en esos días, bueno, y en los previos, porque lo del síndrome premenstrual es digno de estudio. Y puesto que la comprensión en este caso no tiene nada que ver con el intelecto, lo único que quedaba, según ella, era el corazón, los sentimientos... “Si un hombre te quiere de verdad, te tratará en esos días como a una reina, y si no te quiere, te tratará como a plebeya”.

—¡Ay, qué bonito! —exclamó Cristina, llevándose una mano al pecho.

—¡Bah, menuda tontería! —gruñó Carol, hasta que sus ojos se posaron sobre los de su amiga—. ¿Cris?... ¿Estás emocionada?

—Es que me he acordado de la primera vez con Misha y... él fue tan considerado, tan cariñoso, tan tierno, que no he podido evitarlo.

—¡Virgen Santísima! —exclamó Jaime—. Lo de ese ruso no es normal.

Afortunadamente para Carol, Nick fue de esos poquísimo que superan la prueba. No se arredró ante los cambios que experimentaron su cuerpo y su mente; la mimó, la cuidó, estuvo pendiente de todos sus deseos y necesidades, y ella naturalmente se dejó querer. Eso de sentirse reina y no plebeya es muy agradable. Hasta que, a media tarde, el gesto del americano se torció cuando Jaime la llamó por teléfono. Le observó preocupada. Aquello no podía postergarse más, había llegado el momento. Jaime era su amigo y Nick era su novio y antes o después tendrían que conocerse, por más que ninguno de los dos quisiera hacerlo.

—Jaime, ven a tomarte un café —dijo, colgando el teléfono— ¿Hay bastante café, Nick?

—Sí... hay bastante —contestó, acercándose a la ventana y llevándose la taza a la boca, observando muy serio el atardecer.

—Nick... —Se acercó a él y abrazó su cintura, pegando la cara a su espalda—. Sé amable con él, por favor, creo que tiene problemas.

El timbre de la puerta comenzó a sonar.

—¿Ya está aquí?! —Frunció más el ceño—. Pero ¿dónde vive?

—En el quinto.

—¡Joder!

Sí, Jaime tenía problemas, y sus problemas eran de tamaña envergadura que ni la presencia del Toro, como él le llamaba, ni la mirada glacial que éste le dedicó, fueron suficientes para hacerle regresar por donde había venido.

Por suerte, la mirada suplicante de Carol ejerció su poder sobre Nick, y, dejando de lado su orgullo, le tendió la mano. A Jaime le temblaron un poco las piernas, pero la rabia que inundaba su cuerpo fue superior al miedo.

—¡Estoy desesperado! —exclamó, derrumbándose en el sofá—. ¡Su madre viene a pasar la Semana Santa con nosotros!

—¡Oh, Señor! —Carol ahogó una carcajada— ¡Eso sí que es un problema!

—¡No te rías! —le recriminó, cogiendo la taza de café que Nick le tendía—. En verano estuvo tres semanas, ¿lo recuerdas? Dijo que vendría por tres días y se quedó tres semanas, veintiún días en los que nos reorganizó toda la casa, lo cambió todo de sitio. —Miró a su congénere—. ¡No encontraba ni los calzoncillos! ¿Te lo puedes creer? Bueno, pues ahora dice que vendrá una semana, así que doy por sentado que se quedará como mínimo... ¡un mes!

Jaime despotricó y despotricó contra su suegra. Todo en ella le ofendía: su ironía, su alegría de vivir, sus dotes organizativas, su locuacidad, su sabiduría infinita sobre la vida, la muerte, el mundo y cualquier mundo paralelo aún por descubrir... mientras Carol liberaba tensiones a través de la risa y Nick se iba relajando en silencio y en su cara asomaba una sonrisa.

—Carol, cariño, a ver qué te parece esto... —dijo Jaime muy serio, acariciando suavemente su mano— He estado pensando que hay momentos en la vida en que hay que poner en práctica medidas desesperadas. Sé que le dan mucho miedo los ratones y...

La carcajada que salió por la boca de Nick les cogió por sorpresa.

—Lo sé, lo sé... —Meneó la cabeza, dedicándole al americano su mirada más avergonzada— Sé que no dice mucho de mí como persona, pero es que estoy completamente desesperado. ¡O hago algo, o mi matrimonio peligra!

—No hagas locuras, Jaime. —Carol le miró asustada—. Eso sería motivo de divorcio, por no hablar de la plaga que traerías al edificio. ¡Al presidente de la comunidad le puede dar un ataque! ¡De esa te mata, seguro!

—Sí, bueno, con las ganas que me tiene, no me extrañaría nada.

Dos cafés más tarde, Jaime se marchó, no sin antes hacerles prometer que acudirían a la cena que pensaba organizar cuando llegase su suegra, más que nada para tenerla contenta unos días sintiéndose el centro de atención, y también para tener una disculpa que le permitiese cogerse una buena melopea con la que evadirse de “la terrible realidad que le tocaba vivir”, como él la llamó.

—Te ha caído bien, ¿verdad?

—Es muy divertido.

—¡Te lo dije! —Levantó ante su cara un dedo, sonriendo con alegría—. Me voy a duchar.

—Te acompaño.

La cogió en brazos y la llevó a la ducha en volandas. Bajo la lluvia de agua y rodeados de chorros de hidromasaje, recorrió su cuerpo con la esponja impregnada en gel, dejando sobre su piel las más dulces caricias que tenían sus manos, hasta que éstas se detuvieron de repente. Carol buscó los ojos negros, pero tenían la mirada clavada en el agua que se colaba por el sumidero.

—¡Oh, Nick, esto no ha sido una buena idea!

—Carol, yo...

—Sal de la ducha, por favor.

—Espera, nena, espera... —La rodeó con sus brazos, pegándola a su cuerpo—. No es lo que crees. A mí... no me disgusta ver tu sangre, es sólo que... me han venido recuerdos y...

—¿Recuerdos? ¿De qué?

—Cosas que quiero olvidar...

—¿De qué estás hablando?

—No es nada...

—¿De qué, Nick?

—De... de... de la guerra...

—¿La guerra? ¿Qué guerra? ¿Has estado en una guerra?

—¡Oh, mierda! —La alzó en el aire, hundiendo la cara en su cuello—. No quiero hablar de ello, Carol.

—Pero Nick...

—Carol, por favor.

—¿Y por qué nunca me lo habías dicho?

—Porque... quiero olvidarlo.

—Pero...

Cerró su boca, saboreándola con deseo, invadiéndola por completo, recorriendo su interior y perdiéndose en él. La apoyó contra la pared y separó sus piernas, acariciándola con su miembro; su entrada, tan mojada y tan sensible, tan deliciosa y tan caliente, le excitó como nunca antes un sexo de mujer le había excitado, haciendo temblar su miembro de impaciencia.

—¡Ohhhh, Nicki! —suspiró, al sentirle dentro de su cuerpo.

—¿Te hago daño?

—Tú nunca me haces daño, Nick —gimió, acariciando su cuello, tan

grande, tan ancho, tan duro, tan fuerte.

—No quiero hacerte daño, amor. Por nada del mundo te haría daño.

—No te contengas, por favor. Me encanta sentirte así, tan duro, tan caliente, cuando te siento así... me siento libre, siento que vuelo.

Las palabras tienen un poder inmenso, a veces más fuerte que una mirada, que un beso. Pueden acariciar como una pluma, pueden dañar como una daga, las de ella le llevaron a una desconocida galaxia, mostrándole un mundo que sólo existe cuando la pasión todo lo envuelve, cuando el calor quema por dentro, cuando el propio placer queda relegado ante el placer ajeno y dos cuerpos se convierten en un solo cuerpo.

Un momento de debilidad y su perfecta armadura se había resquebrajado. El secreto que tan celosamente había guardado se le escapó por una grieta que la pasión había abierto, poniendo en peligro todo su mundo, sacudiendo su universo, desmoronando su castillo de naipes. Ahora sólo era cuestión de tiempo que intentase saber toda la verdad, porque ella no se conformaría con verdades a medias. Tenía que estar preparado, cerrar de una vez para siempre aquella grieta, ponerle encima hormigón armado, sellarla como se sellan las tumbas de los muertos. Se preparó para la contienda, que llegó aquella misma noche cuando se acostaron en silencio.

—¿Por qué nunca me lo habías dicho?

—¿El qué?

—Lo de la guerra.

—Porque no es un tema del que quiera hablar. —Apretó la mandíbula.

—¿Qué guerra fue?

—Te he dicho que no quiero hablar de ello.

—¿Afganistán? ¿Irak?

—Carol, déjalo ya.

—¿Cuánto tiempo estuviste?

—¡Te he dicho que no quiero hablar de ello!

—¿No puedes decirme cuánto tiempo estuviste?

—¡Te repito que no quiero hablar de ese tema!

—¿Y por qué me lo repites? Te he oído perfectamente, pero no entiendo por qué...

—¡Carol, basta ya!

Aquella mandíbula cuadrada no podía estar más apretada, su rostro

contraído, su frente arrugada.

—¿Por qué te pones así?

—¡Porque no quiero hablar de esa parte de mi vida, está olvidada y enterrada para siempre!

—Pero...

—¡Joder, Carol! ¿Es que tu curiosidad es más importante que mis sentimientos?

—No es una cuestión de curiosidad, Nick. Es que es una parte importante de tu vida, y no es lo mismo estar dos meses que estar dos años y...

—¿¿Quieres dejarlo ya, por favor?!

—Pero Nick...

—¿¿Es que quieres escribir un artículo?!

—¡Bueno, lo que me faltaba, que te pongas sarcástico!

El refranero popular llegó para espolearla: “La mejor defensa es un buen ataque”.

—¿Por qué te pones a la defensiva? ¿Por qué no quieres hablar conmigo de ello? ¿Por qué?

—¡Joder!

—Quiero que me lo expliques.

—¿Es una parte mi vida que no quiero recordar y que a nadie le importa!
¿Tan difícil te resulta entenderlo?!

—¿Perdona?! —Le miró anonadada—. ¡Sal de mi cama!

—¿Qué?

—¡Que salgas de mi cama inmediatamente! —gritó, furiosa—. ¡Que utilices el sarcasmo para evitar el tema, puedo entenderlo, pero que me llames tonta y me ningunees, NO! ¡Fuera!

—¿No estarás hablando en serio?

—¡Yo no soy “nadie”, soy la mujer con la que compartes cama, y si no puedes compartir conmigo tus recuerdos, no te quiero en ella!

—Pero nena...

—¡Que salgas he dicho! ¿Te lo repito?

El mercancías le anunció que el amanecer estaba cerca, pero no le hacía falta despertador porque se había pasado la noche en vela. Conocer los secretos de las personas hace que uno se plantee nuevas preguntas y que ate cabos que hasta entonces estaban sueltos. Oyó la puerta abrirse suavemente, y

su cuerpo acostarse a su lado muy despacio. La mano recorrió su cintura y su boca dejó besos y más besos en su cuello.

—Nena, perdóname... perdóname...

—Nick...

—Siento haberte hablado así.

—Tú tampoco has dormido, pareces cansado.

—Carol, por favor, necesito que lo comprendas. —Dejó sobre sus labios un suave beso— No quiero hablar de esa parte de mi vida, no quiero hacerlo y necesito que lo respetes.

—¿No confías en mí?

—¡Oh, Carol, yo...! —Tomó su cara en la mano, recorriéndola con el pulgar—. Confío en ti, nena, pero no quiero hablar de aquello, no me obligues a hacerlo, te lo ruego.... te lo ruego... te lo ruego...

La tomó entre sus brazos con una fuerza que la conmovió, que la traspasó, que llegó a todas y cada una de sus células haciéndola estremecer. Allí estaban sus demonios, allí su infierno, allí su dolor, el que le corroía las entrañas, el que le hacía ser tan fiero. Cristina tenía razón, todos tenemos traumas, todos escondemos miedos, aquel cuerpo tan grande y tan fuerte estaba lleno de ellos, pero... ¿a qué le tenía miedo?... ¿A los recuerdos?... ¿A los vivos?... ¿A los muertos?

Decirle a un periodista que no pregunte es como soplarle al fuego, y ella era una periodista de raza. Sus primeras lecciones las tomó en la cadena de radio en la que trabajaba su padre; sentada sobre sus rodillas, con el chupete en la boca y los cascos en las orejas, callada y escuchando atentamente, porque él siempre decía: “El que escucha, sabe”. Su segundo maestro fue Jaime, periodista hecho en las calles, que la tomó bajo la protección de su ala en cuanto la conoció y quien siempre le repetía: “No olvides nunca las palabras de John Steinbeck; ser periodista es publicar aquello que alguien no quiere que publiques, todo lo demás es publicidad”. Revisó sus pantalones, sus camisas, sus chaquetas. Revisó su neceser, su portátil, su móvil, su carpeta de documentos, su cartera. Y tras revisarlo todo, abrió el armario y sacó las maletas, y allí, en un diminuto bolsillo del compartimento más escondido de la maleta pequeña, encontró la cajita. El corazón comenzó a bombearle con fuerza. Se sentó en la cama y la miró con miedo, era una simple cajita de madera, llena de arañazos y tan pequeña que cabía en la

palma de su mano. Con dedos temblorosos y la respiración acelerada, la abrió lentamente; en su interior dos placas identificativas —tantas veces vistas en las películas de guerra— y un pequeño colgante de latón con forma de búho. Movi6 el colgante entre los dedos y las alas del ave se abrieron dejando a la vista un pequeño reloj; su esfera de cristal estaba estallada en diminutos fragmentos.

—Me tienes en ascuas —dijo Jaime sentándose a su lado en la barra de la cafetería—. Un café solo, por favor, con unas gotitas de orujo.

—¿Orujo a estas horas, Jaime? ¿Ya ha llegado?

—No, pero la huelo —sonrió—. ¿Qué pasa? Parecías preocupada.

—Verás... He estado registrando las cosas de Nick.

—¿Aún no lo habías hecho? ¿Es que no te he enseñado nada?

—No me riñas, por favor —dijo, con mirada suplicante—. ¿Recuerdas aquel reportaje que hiciste sobre la tienda de tatuajes?

—La que infectó de hepatitis a cinco personas. ¡Cómo olvidarlo!

—Hablabas en él del significado de los tatuajes, de por qué la gente elegía unos u otros, de su simbología.

—¿Nick tiene tatuajes? Bueno, hoy en día mucha gente los tiene.

—No, no es por los tatuajes. He encontrado un colgante, un colgante con forma de búho. ¿Qué puede significar?

—¡Puf! Eso es difícil saberlo, todo depende de la interpretación que se le dé, y hay tantas interpretaciones como seres humanos. —Se tomó el café de golpe y miró concentrado la barra—. Su simbolismo suele estar relacionado con el conocimiento oculto y secreto. Las criaturas nocturnas son símbolo de sabiduría interior, de capacidad psíquica, de intuición. Algunas culturas consideran las aves como mensajeros entre lo terrenal y lo espiritual. En Oriente, el búho era el guardián sagrado en la vida futura y guardián también de las almas en transición de un plano de la existencia al otro. En Europa, en la Edad Media, creían que eran brujas y magos disfrazados. También simbolizaban el luto y la desolación, por ser aves que viven en la oscuridad. Los Mayas los consideraban mensajeros del más allá. Para los egipcios eran el símbolo de la muerte, pero también de la sabiduría y de la guerra; avistar uno sobre el ejército era augurio de victoria. Sin embargo, para los romanos era portador de mala fortuna y predecía muertes y desastres. Y eso por no hablar de los Illuminati y los Masones, claro.

—¿Illuminati?

—¿Nunca te has fijado en los billetes de dólar? Tienen un búho, muy escondido, pero lo tienen. Bueno, todos los billetes tienen muchas simbologías que no apreciamos, que no conocemos y que nunca nos explicarán, por supuesto, porque desde la ignorancia no se puede luchar. El símbolo de los Illuminati es el ojo que todo lo ve, ¿y qué animal puede girar completamente la cabeza y verlo todo? Hay una deidad mesopotámica llamada Moloch, asociada a Satanás, y a quienes se dice que banqueros y jerarcas mundiales rinden culto.

—¡No fastidies!

—Son temas muy oscuros, de los que nadie habla; mantienen sobre ello un gran secretismo, pero ahí están. En realidad, yo creo que los hilos que dirigen el mundo, los designios de la humanidad, están relacionados con ellos, Illuminati y Masones, creo que son los que realmente lo dirigen todo. Y algún que otro grupito del que ni tan siquiera sabemos su nombre.

—Caray, me está entrando un poco de miedo, Jaime.

—¡Anda, no digas tonterías! —rio, pidiendo otro café—. En el Renacimiento, el búho perdió parte de su fama siniestra y se le adjudicó una imagen de tristeza y melancolía, fama que conservó hasta el Romanticismo, cuando aumentó su presencia en cementerios y panteones. En términos generales puede decirse que su simbología depende del lugar y del momento, aunque yo diría que tiene el significado que cada uno quiera darle. Actualmente se le asocia con la sabiduría. Dado que es un animal que se oculta y camufla sin ser visto, se le considera como un ave que sabe mucho más de lo que otros pueden ver; por eso se utiliza como símbolo de la educación y hasta como mascota en algunas graduaciones. El regalo de un búho tiene más que ver con los sentidos intensificados que permiten ver el engaño y descubrir las verdades ocultas. Y dada su carga simbólica, muchas culturas lo consideran, sencillamente... un amuleto de la buena suerte.

—Pero un amuleto de la buena suerte, Jaime... lo exhibes, no lo escondes.

—¡Ahí le has *dao*! ¡Chapó!

Cuando el vecino del quinto apareció refunfuñando igual que un niño, supieron que el terrible momento había llegado.

—¡Sólo lleva aquí un día! ¡UN DÍA! —exclamó, desplomándose en el sofá, cual paloma abatida por tiro certero—. ¡Y ya me he tenido que escapar!

—Tranquilo —dijo Carol, sentándose a su lado y dándole un abrazo—. Los días pasarán, ella se irá, y tú recuperarás la calma.

—¡Ay, Carol, qué haría yo sin ti! —dijo, dejando sobre su frente un tierno beso—. Bueno, pues la cena será el viernes. Cuento con vosotros, ¿eh? ¡No me dejéis colgado, que Cris no puede venir!

—¿Dónde está? Acabo de llamarla y tiene el teléfono apagado.

—Volando hacia el Paraíso.

—¿Se han ido a Canarias?

—Al otro Paraíso, Carol, el de los lobos. —Miró divertido a Nick—. Cristina tiene dos Paraísos, ¡como es Géminis! Así que no la veremos en todas las vacaciones. Bueno, pues no hace falta que traigáis nada a la cena, yo me encargo de todo. Naturalmente, mi suegra hará una “contracena”, como siempre.

—¿Qué es eso? —preguntó Nick.

—Verás... está empeñada en acabar con mi autoestima y ha ideado su propio método para conseguirlo: si yo preparo carne, ella traerá pescado, y viceversa. Naturalmente, lo suyo lo encargará a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, así que poco importa que lo mío sepa bien, porque lo de ella siempre será mejor. Al principio me esmeraba, pero como ya sé que no tengo nada que hacer, ahora ni me molesto... Carol, no te rías.

—Perdona, es que te veo tan desesperado, que no puedo evitarlo.

—No hay que reírse nunca de las desgracias ajenas, cariño —sonrió travieso, dándole una suave palmadita en la rodilla—. Algún día tendrás que conocer a la familia de Nick, ¡entonces, ya hablaremos!

La carcajada de Nick al ver su cara asombrada sonrojó sus mejillas.

—¿Quieres saber la última? —dijo Jaime, suspirando profundamente—. No quiere que adoptemos.

—¡Oh, no me lo puedo creer!

—Como lo oyes. Nos ha soltado todo un alegato sobre las responsabilidades que implican formar una familia. ¡Y lo dice ella, que ha sido *hippy* convencida toda la vida! ¡Si hasta vivió en una comuna, y a saber en qué condiciones! Y ahora le ha entrado la vena conservadora. ¿Te lo puedes creer? —Sus ojos buscaron a Nick, que no dejaba de reír—. Toda la vida votando a “los verdes” y a cuanto tío raro se presentaba a las elecciones y ahora nos sale con éstas... He estado dándole muchas vueltas y he pensado si será un síntoma de Alzheimer.

Las carcajadas de Carol y Nick estuvieron perfectamente sincronizadas, y fueron de una intensidad que la suegra debió de oírlas en el quinto con total claridad.

—Tal vez deberíamos llevarla a un neurólogo —siguió—. O ser más drásticos y buscarle plaza en esa Residencia tan chula que han abierto junto a la Xunta. ¿A que no sabes quién ha reservado ya plaza en ella?... Cristina.

—¿Para su madre? ¡Oh, vaya!

—Carol, cielo... —Acarició su mejilla, dedicándole una sonrisa tierna—. Tú no puedes comprenderlo porque tu madre era una mujer normal, pero te aseguro que la de Cris no lo es.

—Pero aún es joven, ¿no?

—Sí, pero Cris no quiere correr el riesgo de quedarse sin plaza cuando llegue el momento. Claro que, de esto, su madre no tiene ni idea. Bueno, ¿y qué hago con lo de mi suegra? Ya hemos iniciado los trámites de adopción. Esto no es como un paquete que se devuelve, ¡coño! Esto es muy serio.

—¿Tenéis problemas de fertilidad, Jaime?

Nick hizo la pregunta con la mayor de las seriedades. Su seriedad llevó a Carol a un estado de estupor que la dejó muda y en espera de que Jaime les sacase de semejante atolladero.

—Discúlpame, Jaime. Ha sido una pregunta demasiado íntima.

—¡Oh, no, no te preocupes! —le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Podría decirse que sí... algo así.

—¡CAROL MENÉNDEZ! —le susurró indignado cuando se despidieron en la puerta—. ¡NO LO SABE!

—Pues parece que no —Ahogó la risa.

—¿Y se puede saber por qué no lo sabe?

—Y yo qué culpa tengo de que tú no tengas pluma —rió, dejando sobre su calva su beso más divertido.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Tengo mis motivos.

—¡Ay, mi madre, no será homófobo!

—No lo sé. Espero que no.

—¡Virgen de la Candelaria! —exclamó, marchando por el pasillo— ¡Va a ser una cena de lo más entretenida!

La suegra de Jaime, con una gran sonrisa en los labios, les abrió la puerta ejerciendo a la perfección sus funciones como señora de la casa. Enfundada en un traje de Chanel color rosa chicle, rodeada del aroma de Chanel n.º 5 como si de un aura se tratara, adornando su cuello con un collar de perlas blancas que hacían juego con su pelo recogido en un perfecto moño italiano y en el que un ligero toque azulado mostraba reminiscencias del pasado... era la viva imagen de la perfecta mujer conservadora. Viéndola, nadie diría que había recorrido medio mundo sintiéndose libre como un pájaro, olvidando incluso que había sido madre. Y es que su retoño —muestra viviente del amor libre que en otra época predicaba— había llegado a este mundo sin ser esperado, y lo que es peor, sin ser deseado, y había pasado su infancia de brazo en brazo, sin saber lo que era el calor materno. Pero contra todo pronóstico él no le guardaba ningún rencor, al contrario, sentía por la mujer que le había dado la vida una adoración inusual y una admiración inigualable; cosa que Jaime no comprendía y que provocaba en él unos celos insanos.

Estampó sobre las mejillas de Carol dos sonoros besos y a continuación le dio uno de esos achuchones que parecen eternos. Aquello de “Haz el amor y no la guerra” se le había grabado a fuego. Clavó sus ojos en Nick y le recorrió lentamente, de arriba abajo y de abajo arriba, en una de esas miradas guiadas por la experiencia que pueden permitirse las mujeres mayores sin asomo de vergüenza. Lo que vio le gustó. El brillo de sus ojos era evidente. Claro que no era de extrañar, pues él no podía estar más impresionante: con un pantalón negro, camisa blanca y americana también negra, era la personificación del elegante hombre americano.

—¡Vaya, vaya, vaya! Así que éste es tu novio, Carol. Me han dicho que es americano. ¿Entiende algo?

—Entiendo algo, sí —contestó Nick, divertido, regalándole una sonrisa.

Lady Chanel —como la llamaba Jaime— no necesitó más; se colgó de su brazo y le llevó al salón, momento que Carol aprovechó para hacer una incursión en la cocina, donde el cocinero “oficial” se fumaba un cigarrillo en la ventana con cara de pocos amigos.

—¿Te echo una mano?

—Sí, por favor. Abre esas latas.

—¡Nos vas a dar conservas para cenar!

—Tranquila. Ella ya ha contraatacado. Ha encargado una cena degustación a *Il Ristorante*. ¡Nos daremos un auténtico festín!

—¿Por qué hay seis cubiertos en la mesa?

—¡Ay, cariño, tengo reservada una sorpresa! —su mirada no podía ser más pícaro—. Adivina...

—Cuando pones esa cara me das miedo. ¿Quién?

—Marcos.

—¡¿Quéeee?!

—¡Ji, ji, ji, ji! —Sus ojos brillaban intensamente—. ¿No es genial?

—¡Pero te has vuelto loco!

—Pues no me extrañaría nada, la verdad, porque esta mujer me altera profundamente —El timbre de la puerta comenzó a sonar—. Ya ha llegado.

—¡Por el amor de Dios, Jaime! —Sacudió la cabeza—. ¡Pero tú sabes lo que has hecho!

—Yo creo que es una idea brillante, Carol, piénsalo bien. Con un poco de suerte acabaremos todos tirándonos los trastos a la cabeza y ella se marchará por donde ha venido en un tiempo récord. ¡Es una idea sublime!

—¿Sublime?... Esto va a ser un desastre, Jaime, un auténtico desastre —Le miró patidifusa—. ¡Oh, no, no cuentes conmigo!

—¡Ni se te ocurra abandonarme ahora! —exclamó, cerrándole el paso—. Cariño, será de lo más emocionante, podrás hablar de esta cena en el periódico durante meses.

—Pero Jaime, esto no puede salir bien, es como echarle aceite al fuego, nos acabaremos quemando todos, terminaremos siendo un simple artículo en la sección de Sucesos... ¡Y lo peor es que lo relataré de primera mano!

—¡Equilicúa!

Y llegó por fin Pablo. Con su elegante traje de Armani, su maletín de Hermés, su bronceado perfecto y artificial, su impecable corte de pelo y su gran sonrisa. Carol contuvo la respiración y concentró toda su atención en el

americano que tenía a su lado, quien observó en silencio cómo el recién llegado dejaba sobre la mejilla de su madre un tierno beso y sobre los labios de Jaime un gran beso.

—Siento el retraso, había mucho trabajo en el Banco y... ¡Marcos!

—Hola —dijo tímidamente el presi— Jaime me ha invitado, espero que no te importe.

—No, no, por supuesto que no. —Miró a su pareja como si le acabase de descubrir—. Siéntete en tu casa, por favor.

Marcos, teniente coronel retirado, con setenta años en la vida y cincuenta en el Ejército, soltero empedernido, católico recalcitrante y de carácter intransigente y explosivo, había sido elegido presidente de la comunidad de vecinos y había tenido altercados con casi todos, quienes no veían el momento de que se celebrasen nuevas elecciones para bajarle del pedestal en el que creía haber nacido. Ser invitado a aquella cena debió de suponer para él un auténtico shock. ¿Qué extraña conexión neuronal se habría producido en la mente de Jaime para hacerlo, y qué le habría impulsado a él a aceptar?

Y comenzó la cena, y para sorpresa de todos fue... un rotundo éxito.

Los buenos modales presidieron el acto. Lady Chanel encontró en Marcos el compañero perfecto con quien compartir las mil y una anécdotas de sus múltiples viajes, e *Il Ristorante* cumplió con creces las expectativas gastronómicas depositadas en él. Todo esto provocó que en el transcurrir de la noche Jaime se fuese enfadando más y más consigo mismo y con las estrellas, convencido de que las Constelaciones Estelares se habían posicionado claramente en su contra.

Por suerte con los postres llegaron los refuerzos. Cristina, siguiendo esa extraña intuición suya de saber cuándo alguien la necesitaba, apareció al otro lado del teléfono para ayudarle a salir de la espiral de rencor en la que estaba inmerso. Escuchando su voz, poco a poco se fue relajando y en sus labios asomó la primera sonrisa. Con un licor en la mano, le guiñó un ojo a Carol, señal inequívoca de que las confianzas les aguardaban en la terraza, así como los cigarrillos.

—Cristina es deliciosa —rio—. Estaba llorando y riendo a la vez.

—¿Qué ha hecho ahora Misha? —preguntó divertida.

—No acertarías ni en un millón de años.

—Veamos... —dijo concentrada—. Le ha bajado una estrella y se la ha prendido en el pelo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Le ha construido una cabaña!

—¿Qué?

—Como lo oyes. No contento con haberle hecho la casa, le ha construido una cabaña en las montañas para que pueda escuchar de cerca a los lobos, como cuando era pequeña.

—¡Ay, mi madre!

—¿Tú habías visto alguna vez un amor así? Porque mira que yo he conocido amores, pero como ése... ninguno.

—Cris se lo merece todo, después de las experiencias que ha vivido.

—Completamente de acuerdo —suspiró—. Bueno, volviendo a lo mío: ¿Qué te parece? ¡Menudo desastre!

—Que no se diga que no lo has intentado.

—He puesto todo mi empeño, pero me ha salido el tiro por la culata.

—Aún puedes echar mano de las medidas desesperadas.

—¡Oh, cariño, en este momento creo que los ratones no servirían de nada!... ¿Qué tal una culebra?... ¿Anaconda?... Son grandes ¿verdad?

Sus pies dejaron de tocar el suelo en cuanto entró en el ascensor. Un americano grande como un castillo se fue a por ella, la tomó entre sus brazos y la arrinconó en la esquina del habitáculo, convertido en cuadrilátero.

—Lo que has hecho no tiene nombre —susurró.

—¡Oh, Nicki! —rio divertida, acariciando su rostro—. Tendrías que haberte visto la cara. He estado tentada de sacar el móvil y hacerte una foto.

—Te lo has pasado bien, ¿eh?

Escondió la risa en su cuello, y así, en volandas, fue llevada hasta la cama, donde unas manos ansiosas comenzaron a desnudarla.

—¿Quieres dejar de reírte?

—No puedo, Nick, no puedo, tenías una cara tan divertida.

—Pero nena, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque no es importante —se puso seria—. Lo único que importa es que es mi amigo, que le quiero y que tú debes respetarlo... No irás a torturarme por esta pequeña maldad, ¿verdad?

—Te lo tendrías bien merecido si así lo hiciera, pero no quiero que sufras, yo... disfruto demasiado dándote placer. Cuando te veo sentir, es lo mejor, no hay nada comparable a eso.

A toda mujer le gustan las palabras hermosas, pero para una periodista sus matices eran infinitos. Que aquel hombre cerrado, que guardaba sus

sentimientos tan profundamente como sus tesoros escondidos, le mostrase sus más íntimos deseos la excitó. Se pegó a él y sus bocas se devoraron como si la cena les hubiese dejado hambrientos.

—Te quiero, Nick, te quiero —susurró, rodeando su cintura con las piernas, abriéndose por completo.

—Nena, para... o no podré contenerme.

—No te contengas —se arqueó al sentir en su vientre el placer que siempre le proporcionaba su cuerpo—. ¡Ohhhh!

—Siéntelo, nena, siéntelo...

Nick recibió en su boca todos los gemidos que atesoraba su cuerpo, siguió tomándola una y otra vez hasta que la sació, por fuera y por dentro.

—Nick, deja que me ponga encima.

—¿No estás cansada?

—De ti no me canso nunca.

Se sentó sobre él, maravillada de tener ante sí un cuerpo tan perfecto. Recorrió su pecho, una armadura de guerra, duro como el acero, protegiendo en su interior un corazón donde se escondían los recuerdos, donde anidaba la pena, donde se parapetaba el secreto. Sus sexos se acariciaron y las gigantescas manos de él recorrieron sus piernas, vagaron por sus cadenas, caminaron por sus brazos y llegaron hasta sus muñecas... sintió que dentro le estallaba una hoguera. Dirigió su miembro hacia su entrada y le metió en ella, despacio, lentamente, entregándose a él como el agua se entrega a la tierra: empapándola con su esencia. Le arrastró hasta un orgasmo que le hizo gemir con fuerza, susurrando su nombre como susurra el viento. Sus gemidos la llevaron al cielo; aquel hombre le ponía alas a su cuerpo.

Se quedó rendida sobre él, escuchando el latido del corazón en el pecho, aspirando el aroma de su piel, regresando lentamente de aquel firmamento.

—Carol. —Tomó su cara entre las manos.

—¿Te hago daño? ¿Me aparto?

—No, no, no, no te muevas. —Llenó su cara de besos y la miró dulcemente—. Eres consciente de lo bien que me he portado hoy, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Mi comportamiento en la cena ha sido impecable —le regaló una sonrisa traviesa—. Y digo yo que... un buen comportamiento se merece un premio.

—¿De qué hablas?

—¿Qué te parecería conocer a mis padres?

Durante todo un mes, buscó una y mil disculpas para evitar hacer aquel viaje, pero ninguno de sus pretextos consiguió doblegar la voluntad de Nick; él tenía asuntos legales que resolver allí, y ella estaría de vacaciones, ¡no había más que hablar! Así que decidió jugar sucio y usar un último cartucho: el de la amistad.

—Necesito tu ayuda —dijo con mirada suplicante.

—Y yo la tuya —bufó Jaime, entrando por la puerta y desplomándose en el sofá—. ¿Dónde puedo encontrar una anaconda?

—¿Aún no se ha ido?

—¡Ésta echa raíces, te lo digo yo!

Unos cafés aderezados con “alegría” les entonaron un poco el cuerpo.

—Jaime, necesito que utilices tu mente maquiavélica e inventes una excusa que me libre de un... terrible despropósito.

—Un terrible despropósito... —Achicó los ojos—. ¡Huy, qué bien suena eso! Concreta.

—Un... un viaje.

—¿A Chicago? —estalló en carcajadas—. Qué razón tenía mi abuela. En esta vida todo se paga y con la misma moneda.

—Pichurrín, por favor, tienes que ayudarme. —Los ojos se le humedecieron.

—¡Ah, no, no! ¡Connmigo no emplees esa táctica, Carol, que se me parte el corazón, ya lo sabes! Si no quieres ir, díselo.

—¿Crees que no lo he hecho?

—En la cama, cariño, en la cama.

—Ese cartucho ya estalló hace tiempo y no dio resultado.

Nick llegó a casa y le dedicó a Jaime una espléndida sonrisa, pues había pasado a encabezar su lista de “amigos no peligrosos” —por el simple hecho de caminar por una acera distinta—. Dejó sobre los labios de Carol un cálido beso y sobre sus manos un sobre, encaminándose hacia la ducha.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó al ver su contenido—. ¡Has comprado los billetes!

—No te enojés, nena.

—¡Quedamos en que los pagaríamos a medias, Nick!

—Son caros —dijo, cerrando la puerta del baño.

—¿Me estás llamando pobre? —le gritó con rabia—. ¡Esto es el colmo, Jaime, me tiene sometida! No hay que liarse con americanos, tienen unas

ansias de dominación muy arraigadas, creo que se están vengando por lo que les hicimos hace tantos años. ¡Aún no lo han olvidado, son muy rencorosos!

—¡Eso no es nada! Si te cuento la última de mi suegra, ¡eso sí es algo!

Pero se marchó sin contarle la última de su suegra, dijo que ya tenía suficiente con lidiar con semejante “toro” como para preocuparse por las cositas de Lady Chanel. Poner motes a las personas era la manera que tenía de resarcirse de quienes se los habían puesto a él en el colegio, cuando sus kilos de más eran objeto de burla y el *bulling* era el pan nuestro de cada día. El que le puso a Nick se lo explicó muy clarito: “Es igual que un toro, tiene su misma naturaleza. El toro en el campo, en su terreno, se mantiene sereno, pero cuando ve la muleta se va a por ella. Tú eres su muleta, Carol, tan pronto te ve se le olvida todo lo demás”. Que Jaime, antitaurino convencido y beligerante, comparase a su novio con un toro de lidia, era muy pero que muy significativo: le respetaba.

—Nick... ¿Puedo entrar?

—Claro, nena.

—Nick... Tengo un problema, un gran problema.

—¿Qué pasa?

—Los billetes... no tienen la misma fecha.

—Ya hablamos de ello, Carol. Tú no terminas hasta el día 31, y yo debo estar allí el 20.

—Sí, es verdad... me lo dijiste —suspiró profundamente, sentándose en el váter— Yo... yo... no creo que pueda ir.

—¡Carol, ya lo hemos hablado!

Su voz retumbó en la acústica del baño con tanta potencia que los cepillos de dientes temblaron en su vaso.

—Es que me da tanto miedo volar, me da pavor.

—Has viajado en avión muchas veces —dijo, saliendo de la ducha.

—¡Y he pasado un miedo terrible, pero siempre iba acompañada! Sola... no creo que sea capaz.

—¡No voy a aceptar ninguna disculpa más, Carol!

—No es una disculpa, Nick, de verdad. —Los ojos se le llenaron de lágrimas; el miedo era real—. Cuando se cierran las puertas y me veo allí dentro, atrapada, sin poder salir... me entra una angustia terrible y el corazón se me dispara, las manos me hormiguean y me cuesta respirar y...

—¡Eh, eh, eh! —dijo, tomándola entre sus brazos—. Vale, tranquila, no te angusties, no quiero verte angustiada. Cambiaré los billetes.

Cuando al día siguiente Nick se metió en la ducha, su móvil comenzó a sonar. Carol hizo caso omiso y siguió tecleando; los encargos de última hora del redactor jefe eran preocupantes y, según Jaime, claro indicador de importantes problemas conyugales. A la segunda llamada le tiró encima un cojín, pero no fue suficiente para hacerlo desistir. A la tercera, contestó.

—¿Sí?

Una preciosa voz femenina comenzó a hablar en inglés a toda velocidad, haciéndola pestañear asombrada.

—Disculpe, ¿puede hablar más despacio? No le entiendo bien.

—¡Oh, lo siento mucho! —dijo, pasándose al español—. Deseo hablar con el señor McCarthy, por favor.

—En este momento no puede ponerse —arrugó el ceño—. ¿Es por los billetes de avión?

—Sí, así es.

—¿Han podido modificar las fechas?

—Correcto. Pero dado que tendría que pagar cierta diferencia, no podemos confirmarlo sin su aprobación y...

Cuando aquella bonita voz le dijo la cantidad a pagar, su cabeza comenzó a dar vueltas. ¡Aquello bien podría ser la entrada para un piso! De modo que, en plena recesión económica, su sentido práctico tomó el mando.

—Verá, al final no haremos ningún cambio en los billetes, nos quedaremos con las fechas iniciales.

—Entiendo... ¿No habría forma de que el señor McCarthy se pusiese en contacto con nosotros a lo largo del día? Esta es una buena oferta, pero claro, tendría que ser cerrada hoy.

—No, me temo que eso no va a ser posible. —Miró de reojo hacia el cuarto de baño, donde el sonido del agua había finalizado.

—Bien, en ese caso, sin poder comunicar con él, tendremos que cerrar los billetes originales.

Una buena oferta, había dicho aquella melodiosa voz. ¡Qué concepto tan diverso tenemos los seres humanos sobre el dinero: lo que para uno no es nada, para otro lo es todo! Debería decirle a Nick lo que acababa de hacer, aquel era un buen momento, el agua serena cuerpo y mente, pero cuando lo tuvo ante ella, completamente desnudo, se le olvidó el tema, olvidó respirar y olvidó quién era; aquel cuerpo no era de este planeta.

—Nick, estaba pensando...

—Nena, no me mires así.

—¿Así cómo?... Estaba pensando que tal vez debería llevarles a tus padres algún regalo.

La carcajada la envolvió con la misma fuerza con que la aprisionaron sus brazos.

—Tus ojos no dicen eso —susurró, llevándola hasta la cama.

—¿Ah, no?

—Tus ojos de cingara siempre me dicen cuándo sientes deseo. Te brillan como si tuvieses estrellas dentro. —La tendió despacio y recorrió con la boca su cuello—. Cómo me gusta tu olor, nena, cómo me gusta tu cuerpo. Eres mi tierra y mi cielo.

¿Quién podría resistirse a un poeta con cuerpo de guerrero?

Con sendos cafés descansando sobre el mostrador rojo y blanco, las amables empleadas de Iberia respiraban aliviadas tras una agotadora mañana en la que las reclamaciones por una cancelación de última hora habían sido interminables, cuando vieron aparecer a aquel portento de la naturaleza. Se dieron un codazo. McCarthy, en vista de que no había tenido noticias de la compañía aérea, decidió acercarse al aeropuerto para pedir explicaciones. Con un metro ochenta y cinco, un cuerpo atlético, grande como un castillo, inmenso como un infierno, se presentó ante ellas con el ceño fruncido, ceño que se frunció aún más cuando comenzó a recibir la información.

—Yo no he recibido ninguna llamada —dijo, sacando su móvil.

—El miércoles por la tarde, señor McCarthy —dijo la amabilidad, consultando la pantalla del ordenador—. A las ocho y media exactamente, señor.

—¿Llamaste tú?

—Yo me ocupé de la llamada, señor —intervino la compañera con una gran sonrisa.

—Hablaste con una mujer, ¿verdad? —Apretó la mandíbula al ver que su teléfono se lo confirmaba.

—Sí, señor.

—¡Joder! ¡Maldita sea! —Se llevó con rabia el teléfono a la oreja—
¡CAROL!

—Nick. ¿Qué pasa?

—¿Me quieres explicar por qué demonios no has permitido cambiar los billetes?! ¡EXPLÍCAMELO, CAROL!

—¡Oh, Nicki, no te enfades, por favor!

—¡Si esta es otra de tus argucias para no ir a Chicago, te aseguro que no te va a dar resultado!

—No, Nick, no, no es eso. ¡Es que era un robo, Nick, un auténtico robo! ¡Con lo caros que ya son los billetes, era un completo abuso, deberías empezar a buscar otra compañía, porque ésta te está robando, dudo mucho que el combustible sea tan caro! ¡Se aprovechan de la gente y les roban, así, sin necesidad de pistola, un atraco en toda regla!...

No tenerle delante le dio alas y continuó dando su pequeño mitin. Las palabras obraron el milagro: suavizaron el ceño, relajaron la mandíbula y provocaron que en la comisura de los labios se comenzase a dibujar una incipiente sonrisa.

—¡Irás a Chicago, Carol!

—Sí, cariño, iré a Chicago.

—¡Y esto no puede volver a ocurrir! ¿Me has oído?

—Te oigo sin necesidad de teléfono, Nick —Apretó los labios—. No te enfades, por favor.

—¡Nena, pero ¿qué voy a hacer contigo?!

—No se te ocurra echarme ninguna bronca, ¿eh, Nick? Estoy muy nerviosa por el viaje, y te aseguro que si me echas la bronca me pondré a llorar, así que, por favor, nada de broncas.

—Está bien, nena, está bien. Nada de broncas.

Abandonó el aeropuerto con una sonrisa de oreja a oreja, mientras dos preciosas mujeres le miraban fascinadas preguntándose qué extraño sortilegio se habría producido al otro lado de la línea, que había transformado a un león en un tierno corderito.

—¿Tú qué crees que le habrá hecho? —preguntó una azafata a otra.

—¿Vudú?

Ver el pájaro de acero sobrevolando el cielo de Santiago en dirección a las Américas le encogió el corazón; en aquel momento supo que no podría hacerlo, que no podría subirse a uno así unas semanas más tarde; le iba a defraudar. Regresó a casa inundada de desazón. Su miedo a volar era irracional. Ella no quería sentirlo, pero allí estaba, agazapado, como tantas cosas en la vida, esperando el momento menos oportuno para salir a la superficie y atormentarle a uno. Porque la vida no es como en las novelas; en ella los planes no salen bien porque sí, las cosas se tuercen, los castillos se derrumban, y la Madre Naturaleza te muestra que no somos más que simples marionetas en manos del destino, frágiles barquitos de papel navegando a la deriva por este mar llamado vida. Lo que aún no sabía es que los miedos grandes aplastan a los miedos chicos, los borran de golpe como si no existieran, la vida es experta en ello, sus jugadas rocambolescas te traen y te llevan, te suben al cielo o te bajan a los infiernos; ése es su juego, su maravilloso y perverso juego.

El reloj marcaba las cinco de la mañana cuando su miedo a volar desapareció por completo. En el cuarto de baño dejó todo lo que partía por dentro sus entrañas.

—¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡Otra vez no!

Pero el espejo, aquel fiel compañero que siempre le había mostrado lo que ella no quería ver, que le había abierto los ojos a la realidad de su vida, que le había contado las verdades y le había borrado las mentiras, le mostró una vez más las pruebas de su desdicha: su cuerpo fallaba de nuevo, como un motor averiado, como una máquina partida.

—¿Pero por qué?! ¿Por qué? ¿Por qué?!

Tirada en el suelo del cuarto de baño, abrazándose a un cuerpo que no le respondía, lloró lágrimas de agonía. El resurgimiento experimentado entre los brazos de Nick se diluía, como el simple espejismo de un oasis en mitad de un desierto creado por la enfermedad y la injusticia. Porque si la vida es injusta, la enfermedad lo es aún más, se ensaña con sus víctimas.

No compartió con nadie sus miedos.
Buscó refugio en las raíces de su vida.

En la casa de la abuela la recibieron los aromas de su infancia: el olor de la huerta, el del jabón Heno de Pravia, el de la encina. La playa la acogió llena de pisadas de vida. El sol del ocaso le regaló los añiles, amarillos y anaranjados más hermosos que tenía. Los delfines saltaron con ímpetu, las olas rompieron con alegría, y su cuerpo desvencijado —en el que habitaban un corazón roto y un alma partida— se sentó frente al mar y le preguntó a los que allí descansaban ya eternamente qué debía hacer con su vida... El viento, el que un día le trajo el aroma del amor, le llevó esta vez las palabras tantas veces oídas, la voz de la abuela le llegó como una suave caricia, susurrándole en medio de la brisa las historias tantas veces repetidas...

La vida es como un laberinto, neniña, sabemos dónde y cuándo empieza, pero no dónde y cuándo termina. ¡Mira si no al tío Raimundo! Le dieron tres meses de vida y ahí lo tienes, diez años después podando la encina. Aún recuerdo la cara del doctor Melquiades —que en paz descanse y Dios tenga en su Gloria— cada vez que le veía; meneaba la cabeza, sorprendido, y decía: “Ante la Ciencia, la vida”. En la vida no hay garantías; a veces va lenta, a veces deprisa, y a veces da un vuelco y lo pone todo patas arriba. Por eso quiero que elijas bien a tu compañero de vida, no cualquier hombre vale para compartirla. ¡Mira si no a la pobre Engracia! Trabajando siempre de sol a sol, y entre medias pariendo hijos, y bajo una lápida la metió el animal; ésos no son hombres, son bestias malignas, en ellos está el diablo y no en los infiernos entre azufres y tonterías. ¡Así está el camposanto, lleno de almas perdidas!... Te contaré algo que nunca te he contado. Tu madre dirá que son paparruchas de vieja, pero fue tan real como que te estoy hablando. Ocurrió una noche al pasar ante él, ante el camposanto, vi las almas en pena, ¡la Santa Compañía! Buscando alivio, vagando entre las tinieblas, gimiendo, danzando, ¡las miré y me miraron! Salí corriendo despavorida y al pasar el puente, junto al viejo castaño, me di de bruces con él: el asturiano. Allí mi destino me estaba esperando. Era el hombre más serio que había visto nunca, de frente arrugada, piel quemada, piel ceniza, manos callosas que proporcionaban las más dulces caricias, y en sus ojos... ¡Oh, en sus ojos estaba la vida!... Sus brazos me cobijaron como si hubiesen encontrado una estrella perdida, y ya nunca me soltaron porque a él me quedé adherida...

¡Era él!... No necesitaba tocarme para poseerme, sólo con mirarme me poseía... A veces, me oyes hablar de la muerte con alegría, y así la pienso, como una alegría, porque tras esa puerta él me está esperando, mi amigo, mi amante, mi esposo, el amor de mi vida... Donde el corazón te lleve, ahí está tu vida. Déjate guiar por el instinto, sabe más que una cabeza fría. Debes ser de quien te valore. Entrega tu cuerpo a quien lo acaricie. Y regálale tu corazón a quien lo sueñe, no a quien lo pise.

Qué importantes los recuerdos que nos dejan los que se van. Qué importantes las palabras sabias y bien dichas. Son nuestro faro en la tormenta, son... las agarraderas de nuestra vida.

SEGUNDA PARTE:
CHICAGO

El vuelo tenía prevista su llegada al aeropuerto O'Hare a las catorce horas, hora americana, y a él se aproximaba con puntualidad.

Cuando el inmenso pájaro de acero sobrevolaba Chicago, Carol se permitió mirar por la ventanilla por primera vez. Se había pasado todo el tiempo durmiendo. Así que allí era donde vivía Nick. ¡Menuda ciudad, nada que ver con Santiago! Pero lo que vio le gustó, porque allí estaba su destino: él, su maravilloso americano, esperándola con los brazos abiertos. Pensar que volvería a estar arropada entre ellos la despertó del todo, igual que a las mariposas que revoloteaban por su estómago y lo desestabilizaban nuevamente.

Miró su teléfono y encontró el mensaje de Luisa. El corazón le dio un vuelco.

LUI:

Carol, guapa, me he encontrado con Marijose, la que trabaja con tu oncólogo, y me ha dicho que no has ido a la revisión que te tocaba. ¿Va todo bien?

Luisa era enfermera en el hospital, y su confidente allí dentro. Se conocían desde hacía muchos años y era la confidente perfecta, pues no sólo contaba lo que ocurría, sino que lo vivía con intensidad. Para ella sus pacientes eran lo primero, y si para ayudarles tenía que saltarse las normas, se las saltaba, porque como bien decía: “Lo primero es mi conciencia. Puedo con todo, pero con ella no puedo cuando se me rebela”. Era una de esas enfermeras que le dan el buen nombre y el prestigio que se merece a su profesión, pues además de poner vías y limpiar vómitos, regalaba dulzura, cariño y comprensión. Sus palabras, amables y delicadas, siempre estaban dispuestas para quien pudiese necesitarlas. Las regalaba como quien no regala nada, sin saber que eran puro oro, pura magia y llegaban al alma.

CAROL:

¡Se me olvidó por completo, Lui! He tenido que hacerme el pasaporte para viajar a América y olvidé la revisión. Pero todo está bien, me la haré cuando vuelva. Gracias por preocuparte, guapa. ¡Eres un sol!

Tragó saliva, en un intento por ahuyentar las lágrimas que humedecían sus ojos. No le gustaba mentir, sólo recurría a la mentira en situaciones desesperadas, y aquella lo era. Espantó la culpa que la embargada y se concentró en los días que tenía por delante para amar y ser amada, para entregarse, para quererle, para adorarle; ponerle al tanto de su situación no estaba incluido en sus planes.

Salió por la puerta del Airbus 330 y aspiró profundamente. Chicago olía a vida, a susurros y caricias, a noches de pasión y magia. Al llegar a la terminal 5 siguió a un grupo de españoles. En la cinta transportadora su maleta salió de las primeras, llevando a su mente las palabras de Cristina que la hicieron sonreír: “No me preguntes por qué, pero desde que conocí a Misha se ha trastocado todo lo conocido y por conocer. Yo antes en el aeropuerto era la última, y ahora soy la primera”.

Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes, el estómago revuelto y el corazón acelerado, se encaminó al encuentro de su amor, de su amigo, de su amante, pero cuando las puertas se abrieron y ante ella no apareció su magnífico cuerpo y sus ojos negro azabache, el corazón le dio un vuelco. Una extraña bilis subió por su garganta, tragó saliva y contuvo la respiración, recorriendo aquella marabunta de gente que esperaba. Miró su teléfono, no había mensajes. ¿Se habría equivocado de avión con los nervios? ¿Habría ido a parar a otra parte de aquel gran continente? ¿Se habría olvidado Nick de ella? ¿Habría dejado de quererla?

—¿Carol?

Una preciosa mujer la observaba. Su elegancia le recordó a Jackie Onassis, pero en rubio. Alta, delgada, con una preciosa cabellera dorada que enmarcaba su perfecta cara en la que una tímida sonrisa comenzó a formarse al ver la suya contrariada. Un exquisito vestido naranja se adaptaba a la perfección a su figura. En sus orejas, dos flamantes pendientes se balanceaban, brillando casi tanto como sus hermosos ojos azules. Su visión le recordó el del harén que Nick tenía cuando le conoció. Le hirvió la sangre. ¿Sería aquella era una de sus amiguitas?

—Eres Carol, ¿verdad? —Se acercó lentamente y le tendió la mano—. Soy Maggie, la hermana de Nick.

—¿Querrás decir la hermana mayor! —exclamó una niña de rizos castaños, apareciendo a su lado—. Yo soy Lisa ¡Siempre os olvidáis de mí!

—Me temo que Nick no ha podido venir a recogerme —siguió, sin hacerle

caso— Te pido disculpas, le ha surgido un contratiempo.

—¿Un contratiempo? —preguntó, asustada—. ¿Está bien?

—¡Oh, sí, está bien, no te preocupes! Enfadado, pero bien.

—Querrás decir cabreado —exclamó la niña, colgándose de su mano—. ¡Muuuy cabreado, sobre todo con Charles!

Un coche las esperaba a las puertas de la Terminal, aunque más que un coche parecía un tanque. Por tener hasta tenía las banderitas que lucen los coches americanos en los grandes desfiles conmemorativos. ¿Por qué Nick habría alquilado aquel coche para recogerla? Porque aquel monstruo no podía ser suyo... ¿Acaso quería impresionarla? Un chófer uniformado salió del auto y, gorra en mano, les dedicó a las “señoritas” —como las llamó— una gran sonrisa. En los veintisiete kilómetros que les separaban de la ciudad, su mente se convirtió en un ir y venir de ideas, mientras las hermanas, ajenas a lo que barruntaba su cabeza, la ponían al corriente de los últimos acontecimientos ocurridos en la vida de Nick, y que habían trastocado sus planes.

—Y cuando ya habían terminado de hacer todas las diligencias en el Banco —dijo Maggie en un perfecto castellano— Bajaron al parking en busca del coche para venir a buscarte y...

—¡El ascensor se averió! —remató la niña.

—¡Lisa, no se interrumpe! —la recriminó su hermana—. Han estado encerrados en el ascensor más de dos horas. Naturalmente, no les daba tiempo a recogerte, así que me pidió que viniese yo... bueno, nosotras.

—¡No te imaginas lo cabreado que estaba Nick con Charles, Carol! —dijo Lisa, con ojos brillantes—. ¡Daba miedo, le gritaba muchísimo!

—¿Y qué culpa tiene Charles?

—¡Oh! Es que él tiene que estar al tanto de estas contingencias —asintió Lisa—. Así las llamó Nick: “contingencias”.

—¿Por qué?

—Porque él es el director del Banco.

Carol tragó saliva y no preguntó más. Aquello no había empezado bien, y no mejoraba. El hermano de Nick era banquero, y no de los que actualizaban libretas e intentaban llegar a fin de mes con un mísero sueldo, sino de los que ocupaban despachos, de los que tomaban decisiones sobre la vida de la gente, esos que ella tanto despreciaba.

El coche no llegó a entrar en la ciudad, se adentró en una zona arbolada y paró suavemente ante una puerta metálica, franqueada por una verja de dos

metros de altura y una garita de seguridad de la que salieron guardias uniformados. Sólo entonces fue consciente de que un segundo coche las acompañaba, cuando se paró tras ellas. La gran puerta comenzó a abrirse lentamente, dándole la bienvenida a un extraño mundo para el que no estaba preparada. Mientras recorrían un camino de grava delimitado por árboles centenarios, las palabras desaparecieron de su mente. Al salir de la última curva, la casa apareció ante ella; allí se quedó su asombro para siempre, prendido en alguna de aquellas piedras. Lo que tenía ante sus ojos no podía definirse como casa, ni siquiera como mansión, aquello era un palacio. Aunque no tenía nada de americano, su arquitectura le recordó a los castillos franceses. El coche bordeó una glorieta adoquinada, decorada en su centro con una preciosa fuente ovalada. Las enormes columnas blancas que sostenían aquel castillo le cortaron la respiración, y toda su cinéfila cultura americana (*Dinastía, Falcon Crest, Los Colby y Dallas*) le dio la bienvenida a aquella casa.

—Pero Nick... ¿vive aquí?

—¡Oh, no! —exclamó Lisa—. Él tiene un apartamento, pero no te recomiendo que vayas allí. ¡La última vez que le visité estaba muuuy sucio!

Salió del coche, aturdida, y subió lentamente los escalones que la separaban de la puerta principal, una puerta enorme, gigantesca, majestuosa, igual que la casa. Un mayordomo cogió su maleta de manos del chófer, y se la entregó a otro hombre vestido casi igual que había aparecido de repente como salido de la nada. A su lado, una chica de servicio, que se presentó como María, le regaló una tímida sonrisa. ¡Pero de sus suegros, ni rastro! Acompañó al mayordomo por aquel increíble recibidor, mirándolo como quien mira un tesoro. ¡Aquello no podía ser real! El suelo de mármol brillaba con una intensidad que hacía daño, a ello contribuía que al fondo hubiera tres grandes puertas ventanas tras las que se divisaba una piscina inmensa y por las que entraba la luz a raudales, así como también por el techo, rematado en una cúpula acristalada con vidrieras de colores, y colgando de su centro la araña más increíble que había visto nunca. Para acabar de darle mayor elegancia a aquel espacio, a ambos lados del recibidor había dos preciosas escaleras contrapuestas y curvadas; parecían dos alas extendidas para llevarle a uno al cielo. El mayordomo aminoró el paso; aquel lugar la tenía fascinada, se necesitarían varias vidas para apreciar todos los detalles. Al llegar ante las puertas del salón, le regaló una sonrisa y las abrió ceremoniosamente, y allí, en el salón amarillo, estaba la dueña de la casa. La madre de Nick no podía

ser más parecida a Grace Kelly. Ataviada con un precioso vestido gris sobre el que se balanceaba un collar de perlas, con un perfecto moño recogiendo sus rubios cabellos, la miró con sus profundos ojos azules y una ligera sonrisa en sus labios perfectos. Su piel de porcelana le dijo que no hacía trabajos al aire libre, y la cadencia de sus movimientos le enseñó que en América dar un buen recibimiento a un invitado era todo un arte.

—Encantada de conocerte, Carol.

Pronunció la frase en un español impecable, tal y como había hecho su hija, y al igual que ésta le tendió la mano, una mano tan fría como el saludo. De repente, le entraron ganas de tener una suegra como la de Jaime, entrometida, sí, pero cariñosa y besucona, de las que te espachurrean cuando te abrazan. Tomó buena nota del detalle, para hacerle saber a su amigo que a pesar de todo no había tenido tan mala suerte como él creía con la madre de su *partenaire*.

Patrick, el hermano pequeño, de treinta años, llegó al salón y también le estrechó la mano. Tanta amabilidad la hizo sentirse terriblemente mal y deseó que Nick llegase cuanto antes y la sacase de aquel mausoleo donde las emociones brillaban por su ausencia, pero entonces una duda asaltó su mente: ¿Se mostraría Nick tan frío como su familia? La duda se aposentó en su cabeza mientras la invitaban a sentarse, mientras le ofrecían una copa, mientras contestaba a sus educadas preguntas sobre el viaje, mientras sus ojos recorrían aquel increíble salón en el que él había correteado de pequeño, seguramente haciendo equilibrios para no romper las figuras de porcelana que lo adornaban. Las palabras de Cristina llegaron a su mente: “Cada país es diferente, en su gastronomía, su cultura, su moneda, sus leyes... —bueno, salvo en Rusia, donde no existen; allí impera la ley del más fuerte—. Pero en lo que se refiere a sentimientos, son todos iguales; éstos no han cambiado desde el origen de los tiempos”. Quería creerlo, pero le costaba. La intranquilidad siguió creciendo en su interior, hasta que el sonido de un coche frenando con fuerza ante la casa y el grito de Lisa en la ventana, la sacó de sus ensoñaciones y aceleró su corazón poniéndola al borde del desmayo.

—¡Son ellos! —gritó Lisa.

—Lisa, por favor —le recriminó la madre—. Apártate de la ventana.

Le llegó el sonido de sus inconfundibles pasos subiendo las escaleras a la carrera, recorriendo con sus grandes zancadas el vestíbulo, y apareciendo ante las puertas del salón como si de un ciclón se tratara; su mirada se lo dijo todo, las dudas se esfumaron. Sus ojos, brillantes y ansiosos, la devoraron, una

gran sonrisa iluminó sus labios y sus brazos se abrieron, anhelantes.

—¡NENA!

No necesitó más.

Saltó del sofá, recorrió el salón a la carrera y se lanzó a aquellos brazos que la esperaban. Hundió la cara en su cuello, aspirando su aroma, tan sensual para ella, tan varonil, tan perfecto. De sus labios salió un profundo suspiro, pero no fue nada comparado con el que salió de la boca de Nick, mientras sus grandes manos la apretaban contra su cuerpo, y sus labios recorrían su cuello. Nada había cambiado. Allí estaba el amor que se profesaban, el deseo incontrolable, la pasión desatada. El abrazo se convirtió en un abrazo eterno, los cuerpos no querían separarse, las almas querían fundirse, querían tenerse. Cuando la dejó lentamente en el suelo, tomó su cara entre las manos y la recorrió con mirada brillante, tan brillante como las estrellas que aún no habían salido en el firmamento. Besó sus mejillas, besó sus cejas, mientras los dedos recorrían su cuello dejando sobre él las más dulces caricias que puedan dejar los dedos. Los labios se buscaron y se unieron, entregándose a aquel beso, sin pensar en nada más que no fuese lo que sentían sus cuerpos. En aquel impresionante salón, donde no se oía el aleteo de una mosca (porque no había ninguna), ellos podían escuchar con total nitidez el latir descontrolado de sus corazones en el pecho; iban a la misma velocidad, totalmente acompasados en su deseo.

La llegada del cabeza de familia les llevó el ramalazo de cordura que les hacía falta para regresar a la realidad que les rodeaba. Carol fue consciente entonces de la paralización que se había producido en la familia: estaban completamente inmóviles, mirándolos. ¿Estaría prohibido besarse en aquella casa?

—Este es mi hermano, Charles... —dijo Nick, haciendo las presentaciones.

El banquero estrechó su mano. Sorprendentemente, le pareció agradable.

—Y éste es mi padre.

La animadversión fue mutua.

Al patriarca no le gustó lo que vio, el lenguaje corporal no engaña. Aquel hombre sufrió una profunda decepción, seguramente esperaba encontrar una réplica de la mujer que compartía su cama, y en su lugar estaba ella, una española de piel oscura e incipientes rizos que amenazaban con salir volando de su cabeza. Y a ella tampoco le agradó; así sería Nick con treinta años más, no podían ser más iguales, en su constitución física, en su caminar, en su tono

de voz, lo único que los diferenciaba era el color de los ojos, los del padre eran tan azules como los de la madre; cuando se posaron en su cara, achicándose, vio en él los mismos defectos, pero ninguna de sus virtudes.

De la mano de su novio entró en el comedor, donde se serviría una comida tardía, pues los americanos, que suelen comer muy temprano, habían hecho una excepción en su honor. Sintió que retrocedía muchos años, muchas vidas, al ver los cuadros de los antepasados familiares que adornaban la estancia, y que, con sus variopintos ropajes, la trasladaron a otras épocas y otros lugares. Una gran mesa de madera de Indias estaba preparada: el impoluto mantel blanco de hilo, la soberbia vajilla y la impresionante cristalería, junto con las espectaculares arañas que titilaban sobre su cabeza, le hicieron percibir como irreal lo que no lo era. Se sentó en la silla que le indicaron, preguntándose en qué momento podría empezar a pedirle a Nick las explicaciones que le debía, cuando... dos ángeles aparecieron de repente.

—Carol —dijo la madre—. Quiero presentarte a las Nanis.

Cuando Nick le dijo que la culpa de su buen español la tenían las Nanis, ella dio por hecho que en América seguían existiendo, que eran algo así como antiguas institutrices, como la Señorita Rottenmeier en *Heidi*, pero nada que ver con la realidad, pues las Nanis eran el alma de la familia McCarthy. Si bien no llevaban su sangre, lo cual era evidente dada la latina que corría por sus venas, se habían ganado un lugar preferente en aquella casa y en aquellos corazones. Cumplidos ya los ochenta años, albergaban en sus pequeños cuerpos la vitalidad de mujeres de veinte. Bajitas y regordetas, con el pelo completamente blanco y ojillos marrones a los que no se les escapaba nada, tenían el aspecto de auténticas bolitas de algodón. La piel de sus caras, surcadas por centenares de finísimas arrugas, tenía el tacto de la seda, pues las Nanis, a sus ochenta años, se acicalaban cada noche con potingues y cremas, y se ponían polvos cada mañana; acariciarlas era como acariciar a los mismos ángeles. Y unos ángeles eran ellas en aquella casa, se habían convertido en el bastión que les mantenía unidos y quienes les obligaban a hablar en español. Habían llegado a la “tierra prometida” en su más tierna juventud, huyendo de la “miserable miseria de Colombia”, como ellas definían a su tierra. Para empezar a trabajar en la casa de los abuelos maternos de Nick habían puesto una condición: ya que ellas habían tenido que aprender el inglés, si las querían allí ellos tendrían que aprender el español. A los abuelos les hicieron gracia aquellas gemelas, bajitas y pizpiretas, que llegaban dando órdenes y poniendo exigencias, y aceptaron, creyendo ingenuamente que una

vez instaladas en la confortable mansión se olvidarían de aquellas tonterías, pero nada más lejos de la realidad; la norma se impuso desde el primer día y ya nunca se contravino. La madre de Nick fue criada por aquellos dos ángeles y, aunque ahora rondaba los sesenta años, para ellas seguía siendo “la niña”. Cuando “la niña” abandonó la casa materna para casarse, se fueron a vivir con ella, pues según dijeron: “No podemos dejarla en manos de semejante monstruo colérico y dominante”. Y así fue como en la nueva casa, a pesar de las protestas del patriarca, la norma del español siguió establecida, y con la misma fuerza con que se establecen algunos pactos gubernamentales. Las Nanis eran tan iguales por fuera como diferentes por dentro. Nani, la primera en llegar a este mundo, había sido la depositaria de la dulzura, la ternura, la bondad, y todas las buenas cualidades que puede tener un corazón limpio. Nina, quien había tenido que hacerse oír desde el primer momento, pues nadie contaba con ella, se había llevado en el reparto el mal carácter, y toda la raza de la sangre colombiana que circulaba por sus venas. Ellas fueron, junto con Nick, las únicas que depositaron sobre su cuerpo las caricias que le hacían falta. Nani dejó sobre su mejilla un tierno beso y Nina una suave caricia en su espalda. Lo que Carol no sabía entonces era que aquellas dos simples muestras de afecto eran el beneplácito que la familia estaba esperando para abrirle su corazón, tan cerrado hasta aquel momento. Y es que las Nanis, además de ser bastión, alma y corazón de la familia, se preciaban de conocer a las personas al primer golpe de vista y, contra todo pronóstico dada la cuadrículada mente americana, sus apreciaciones eran muy valoradas por los miembros del clan, hasta por el patriarca, quien en más de una ocasión había invitado a su mesa a algún que otro rival político al que no conseguía radiografiar convenientemente, en espera de que el sexto sentido de las Nanis le ayudase a ver el interior de su corazón y de su alma. Y ellas lo hicieron, colocando etiquetas que nunca fueron erróneas, haciendo en sus predicciones un pleno.

Los antepasados familiares fueron testigo de cómo las viandas desaparecían de la mesa con la misma velocidad con la que llegaban. Los hombres de la familia daban buena cuenta de los deliciosos manjares que las manos de las Nanis habían elaborado, pero el agradable aroma que aquellos deliciosos platos expelían constituyó para Carol todo un problema, el olor que inundaba la estancia revolvió un poco más su atolondrado estómago.

—Nena —le susurró Nick—. Nos quedaremos aquí, en casa de mis padres.

—¿Qué? ¿Aquí? Pero Nick...

—Han insistido mucho en que nos quedásemos con ellos —dijo, acariciando su pierna bajo la mesa—. No podemos hacerles un feo. ¿Comprendes?

¡Quedarse allí, en *Falcon Crest*!

La cabeza le daba tantas vueltas como el estómago. Le entraron ganas de gritar, de salir corriendo y coger el primer vuelo de regreso. ¿En qué maldita hora había aceptado hacer aquel viaje?

Lo que Carol aún no sabía era que Nick también sabía mentir. La decisión de quedarse allí no había salido precisamente de sus progenitores, a quienes el hecho de que dos personas que no estaban casadas compartiesen techo no les cabía en la cabeza, por más que ellos ya viviesen juntos. Nick había tenido que hacerles frente para doblegarles, echando mano de todo lo que estaba a su alcance, y que no era ni más ni menos que la enfermedad: Carol necesitaba de todos los cuidados que sólo las Nanis podían proporcionarle. Los padres, finalmente, accedieron, pero prepararon una habitación única y exclusivamente para ella, enviándole a él al otro extremo de la casa.

Carol entró en su alcoba —como la llamó su suegra— sintiendo que flotaba, que no tocaba el suelo; todo le parecía irreal. La habitación que le habían preparado era una preciosidad. La cama era mucho más grande y mullida que la suya, y tenía dosel. Las ventanas ovaladas, auténticas obras de arte, daban a un jardín trasero, un vergel que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Se sentó a los pies de aquella gran cama y escondió la cara entre las manos.

—¿Qué pasa, nena, te encuentras mal?

—¡Pero cómo voy a estar bien viendo todo esto, Nick! —Alzó la vista y le miró asombrada—. Es como si de repente me hubiesen metido en *Lo que el viento se llevó*. Temo que en cualquier momento aparezca Rhett Butler en persona.

Nick estalló en carcajadas.

—¿Pero cómo no me advertiste de esto?

—Nena...

—¡Caray! ¡Cuando me dijiste que tus padres tenían dinero, ¿cómo iba a imaginar algo así?! —Abrió las manos, asustada—. ¡Lo de la Visa Platino debería haberme abierto más los ojos, pero ni se me ocurrió pensar en algo semejante!

—Nena, esto no tiene ninguna importancia.

—¿Que no tiene importancia?! ¡No digas tonterías, Nick! ¡Vives conmigo en treinta y ocho metros cuadrados, frente a las vías del tren, y encima... he metido un perro en casa!

La carcajada que surgió del pecho—armadura medieval debió de oírse en toda la mansión, porque retumbó en su cuerpo como si de un terremoto se tratara cuando se tendió sobre ella.

—Por cierto... —susurró, saboreando su cuello—. ¿Qué has hecho con él?

—¡Pues qué iba a hacer, Nick, se lo he dejado a Jaime! Dice que le debo el favor más grande de la historia de la humanidad, y que se lo piensa cobrar... ¡Oh, Nicki, cómo te he echado de menos!

La desnudó despacio, recreándose en su cuerpo, pasando la nariz por su piel, empapándose de su aroma, de su esencia, de su ser. Le regaló besos que había inventado y caricias que no conocía, y la tomó con tanta ansia que la arrastró con rapidez hacia el mayor de los placeres que en la Tierra pueda haber, perdiéndose con ella en él. La tarde discurrió entre dos cuerpos que se adoraban, que se devoraban, que se amaban, que se llenaban el uno del otro regalándose placer. Con la llegada del ocaso, las enormes manos que podían entregar las caricias más deliciosas tomaron su cara.

—Carol, abre los ojos.

—No puedo...

—Sí puedes. Mírame, por favor, mírame.

Alzó los párpados, allí estaban dos estrellas brillantes mirándola con la misma pasión con que la noche mira al amanecer.

—Yo no puedo vivir sin ti, amor... —Los pulgares recorrieron sus mejillas—. Cuando no te tengo, no vivo, sobrevivo. Eres la alegría de mi vida, eres mi luz y mi descanso, eres mi energía. Quiero que te cases conmigo...

—Nicki...

—Ya sé lo que opinas del matrimonio, pero necesito que sepas cuáles son mis sentimientos.

—¡Oh, Nick, pero si yo ya sé cuáles son tus sentimientos! —rio, abrazándose a él y rodando sobre la cama, arrancándole una carcajada del pecho.

—Nena, eres la alegría de mi vida.

—Y tú de la mía —dijo, mirándole con adoración— Pero ya que estamos hablando de temas serios, tengo que comentarte uno que me tiene muy, pero que muy preocupada. Se trata de Nicki...

—¿Quién?

—Nicki... nuestro perro.

—¿Le has puesto mi nombre al perro!

—Es que te echaba tantísimo de menos, que empecé a llamarle así, y él me obedecía. Así que creo que ya no se lo podremos cambiar.

—O sea, que de lo que hablamos de llevarlo a la perrera municipal... nada de nada.

—¿Pero Nick, cómo voy a llevarlo allí, allí matan a los perros! ¡No pienso llevarlo al matadero, Nick, no es un cerdo!

La familia, vestida y acicalada para la ocasión, esperaba en torno a la gran mesa a que el primogénito y su recién llegada novia española se dignasen bajar para la cena, pero ellos, entregados a la pasión, habían perdido la noción del espacio y del tiempo, de la dignidad, la compostura, la vergüenza, el saber estar, y todas esas cosas tan importantes que imperaban en las casas americanas de la alta sociedad.

Y mientras los miembros más jóvenes del clan se lanzaban divertidas miradas, el patriarca consultaba con desagrado su reloj.

—¿Pero es que no van a bajar! —gruñó, por enésima vez.

—Nani, por favor —dijo su costilla—. Ve a llamarles.

—¿Yo sola?

La dueña de la casa se levantó lentamente y salió del comedor, seguida de una bolita de algodón. Juntas y en silencio subieron las preciosas escaleras curvadas y recorrieron el largo pasillo. Segundos más tarde, y sin haber llamado a la puerta, hicieron el camino contrario, también en el más absoluto silencio.

—¿¿No vienen?! —exclamó el padre al verlas aparecer—. ¡Esto es inaceptable! ¡Qué desconsiderados! ¡Mañana hablaré muy seriamente con Nick! ¡¿Dónde están sus modales?! ¡¿Acaso es esto lo que le hemos enseñado?! —Pero al ver un inusitado brillo en los ojos de su esposa, se detuvo—. ¿Qué ocurre, querida? ¿Te encuentras bien?

—¿Recordáis aquella Navidad en la que Patrick tuvo la feliz idea de entrar por la chimenea vestido de Papá Noel para darle una sorpresa a Lisa? —preguntó, provocando el desconcierto del patriarca y la hilaridad de sus hijos—. Cuando se quedó encajado, Nick subió al tejado maldiciendo de la misma manera que lo hacía el abuelo, pero cuando consiguió sacarle, totalmente

cubierto de hollín, su enfado se transformó en risa. Nunca le había oído reír de aquella manera, me maravilló su risa, y no había vuelto a escucharla... hasta hoy.

—Y en esta ocasión ha sido aún más hermosa —continuó Nani, también con ojos brillantes—. Porque se mezclaba con la de ella. El amor es maravilloso. ¿No os parece?

—¡Pero cómo puedes ser tan romántica! —exclamó Nina—. ¡Si te oyera madre! ¡Todo esto es culpa de las telenovelas!

Sus risas no sólo se colaron hasta los mismísimos cimientos de la mansión, sino que tuvieron la capacidad de sacudir algún que otro corazón. A partir de aquel momento, algo comenzó a cambiar en la cuadriculada mentalidad de los McCarthy. Las Nanis recogieron del cuarto de Nick todas sus pertenencias y las llevaron a la alcoba de Carol, cosa que ella agradeció profundamente. ¡No se veía en plena madrugada correteando por aquellos pasillos en busca de su amor!

Su primer día en América lo pasó flotando en una extraña nebulosa, lidiando con el permanente mareo que sentía y que le hacía percibirlo todo como a través de un tupido velo; hasta le parecía que los movimientos se producían a cámara lenta. Exploró aquel mausoleo y se adaptó como pudo a las rutinas de aquella casa que le resultaba tan ajena, pero en la que su novio se movía como pez en el agua. Nick estaba en su hábitat. Recordó con pudor las veces que le había obligado a lavar los platos, a limpiar los cristales, a poner la lavadora; ahora comprendía por qué la primera vez que estuvo ante el electrodoméstico lo miró de aquella manera. En la mansión, la ropa sucia se echaba en un precioso cesto de diseño en el cuarto de baño y desaparecía de allí con rapidez; al día siguiente regresaba limpia, planchada y doblada sobre la cama; así encontró los *leggings* que había llevado en el avión, tan relucientes e impecables como salidos de fábrica. Pero las sorpresas que la aguardaban en aquella casa no habían hecho más que empezar, pues, como bien descubrió con el tiempo, Cristina tenía razón cuando decía: “Todas las familias son iguales. No importa la clase social a la que pertenezcan, ni el estatus económico que disfruten, ni el continente en el que vivan, ni tan siquiera la época; en lo que se refiere a sentimientos, en todas hay filias y fobias, todas ocultan pasiones y secretos”. Otra cosa que descubrió en América fue su afición secreta a escuchar tras las puertas; treinta años se había mantenido oculta, pero allí se manifestó. Y es que en una casa tan grande, donde se podían esconder tantos secretos, pegar el oído a las puertas era la única manera de estar informada de lo que se cocía allí dentro. Claro que ella no patentó el invento, las Nanis estaban tan acostumbradas a hacerlo, que, cuando se las pillaba infraganti, ni siquiera se molestaban en disimular, se limitaban a acercar un dedo a los labios y pedir silencio.

Tras un primer día muy extraño en aquel lugar, vio pasar la primera cena ante sus ojos como quien contempla un desfile militar. Sobre aquella mesa había tanta comida que echó de menos los aperitivos de lata de Jaime. Cuando la celebración gastronómica finalizó, se refugió en el jardín trasero, al que se accedía por la cocina y que era el orgullo de la dueña y el refugio en

el que se perdía cuando necesitaba estar un rato a solas. Ella llegó a él no en busca de soledad, sino de un lugar donde fumar; ni se le pasó por la cabeza preguntar si se podía hacer dentro. Sentada en uno de los bancos de hierro forjado negro que lo decoraban, encendió un cigarrillo, aspiró profundamente y sacó su móvil; comenzando en aquel momento lo que sería el mayor intercambio de wasaps entre continente de la historia de la telefonía móvil.

CAROL:

¿Recuerdas aquellas series que vimos en la tele?: Dallas, Dinastía, etc.

JAIME:

Cómo no recordarlas, cariño, marcaron toda una época. Claro que tú viste las reposiciones, yo los originales. ¡Qué viejo me siento!

CAROL:

Bueno, pues ahora echa mano de toda tu imaginación y visualízame a mí dentro de una de aquellas mansiones.

JAIME:

¡Venga ya!

La incredulidad de los periodistas cuando no se aportan pruebas es algo inherente a la profesión. Sonrió y se hizo un *selfie* con la casa como perfecto fondo de imagen. Sólo se veía la parte de la cocina, pero sabía que, para Jaime como para ella, era lo suficientemente ilustrativa del lugar en el que se encontraba.

JAIME:

¡Virgen Santísima!

CAROL:

¿Me crees ahora, hombre de poca fe?

JAIME:

Así que su padre es un pez gordo. ¿Y a qué se dedica, al petróleo?

CAROL:

Su padre es, nada más ni nada menos que... SENADOR de los Estados Unidos.

JAIME:

¡Ay, Señor! Eso ahí significa algo, no es como aquí.

CAROL:

Coche oficial con banderitas... Garita en la entrada con guardias armados... Habitaciones, no sé cuántas hay, no me ha dado tiempo a contarlas... Piscinas, creo que hay dos, pero no estoy segura... Hasta tienen caballerizas. Ahí aún no me he acercado. Esto es otro mundo.

JAIME:

¿Y te entiendes con ellos?

CAROL:

¿Lo dices por el idioma? Ése no es el problema, lo que me preocupa, lo que realmente me quita el sueño, es que son fríos como témpanos de hielo. Con decirte que hasta he echado de menos los achuchones de tu suegra.

JAIME:

No me hables de la bruja, que la tenemos en casa.

CAROL:

¡Pobrecito mío!

JAIME:

No te cachondees, que estoy desesperado.

CAROL:

¿Pero no se iba a Benidorm de vacaciones, con el IMSERSO?

JAIME:

Ha tenido que aplazarlas. La llamaron del hospital para la operación de cataratas. Dos años en lista de espera. Cómo se nota que no es la mamá de algún médico. Bueno, a lo que iba... ¡Adivina quién es su enfermero!

CAROL:

¿Y Pablo?

JAIME:

A Pablo se le está yendo un poquito la olla, Carol.

CAROL:

¿Qué quieres decir?

JAIME:

¿Tú qué crees?

CAROL:

No empieces a elucubrar, que nos conocemos.

JAIME:

La intuición es poderosa, Carol, tú y yo como periodistas lo sabemos. No suele fallar. Aún no le he pillado con los pantalones bajados, como la otra vez, pero creo que sólo es cuestión de tiempo. ¡Qué sabio es el refranero popular! La cabra siempre tira al monte.

CAROL:

No te adelantes a los acontecimientos y mantén la cabeza fría, que yo no quiero pasar mis días libres visitándote en El Roncal.

JAIME:

No me hables de ese sitio.

CAROL:

¿Me lo contarás algún día, Jaime?

JAIME:

Claro.

CAROL:

¡¿Sí? ¿CUÁNDO?!

JAIME:

En mi lecho de muerte... Te dejo, que la bruja me está llamando. Tiene la vejiga floja. Carol, mi vida, disfruta tú que puedes.

Sonrió con nostalgia, echaba de menos su casa, sus treinta y ocho metros cuadrados, su pequeño salón, su rincón del ordenador, su diminuta pero deliciosa y funcional cocina, y pensando en su pequeño refugio pensó en Cristina; ella también había vivido en un apartamento en miniatura como el suyo, aunque cuando quería hacerla rabiar le decía con una sonrisa pícara: “No, no, no, Carol, el mío es más grande, lo pone en las escrituras, dos metros más, aunque yo nunca los he encontrado”. Ahora vivía en una casa descomunal. Decía que Misha le había cambiado su castillo imaginario por uno de verdad, pero nunca se deshizo del apartamento, seguía siendo una sentimental.

CAROL:

¿Por dónde andas, asturiana?

CRIS:

Hola, preciosa. Estoy en las Islas, ¡qué bonito es esto, Carol, y lo bien que se come! Creo que estoy engordando con tantas papas y mojo picón.

CAROL:

No me hables de comida, Cris. No te imaginas cómo comen los americanos.

CRIS:

No creo que les ganen a los rusos, cielo. Misha come como si el mundo se fuese a acabar mañana... ¿Qué tal tu familia política? ¿Son como te los habías imaginado?

CAROL:

¡Qué va! Son ricos, riquísimos, y fríos como glaciales. Están recubiertos de una armadura de buenos modales.

CRIS:

Eso es sólo apariencia, Carol. Piensa que aún no te conocen, dales tiempo.

CAROL:

El que me preocupa es su padre, Cris, no me gusta lo más mínimo, si vieses qué miradas me lanza, soy todo lo que no querría para su hijo.

CRIS:

¿Es él quien lleva los pantalones?

CAROL:

Totalmente, y creo que no sólo en sentido figurado, dudo que ella tenga alguno en el armario, es la finura personificada, no te digo más que la llamo Grace, como la de Mónaco. Nunca imaginé que una mujer de tanta categoría pudiese ser tan sumisa.

CRIS:

Mujeres temerosas las hay en todas las clases sociales, Carol. No hay que subestimar nunca el poder del látigo.

Las mujeres de la familia ya se habían retirado cuando ella entró en la casa. En América lo de trasnochar no se lleva mucho, no es como en España, donde irse a la cama es lo último de lo último, siempre y cuando no se esté acompañado, claro, en cuyo caso el orden de prioridades cambia, aunque no para entregarse a los brazos de Morfeo.

Cruzó el vestíbulo, mirándolo una vez más anonadada. ¿Cómo harían para que no hubiese ni una sola mota de polvo, con la cantidad de gente que lo usaba a diario? Al llegar al centro, se paró y miró hacia arriba. ¿Cómo limpiarían aquella monstruosa araña? Pero su mente no le dio ninguna respuesta a tanta pregunta, una señal más de que en su cuerpo las cosas no iban bien, pues sus neuronas tenían por costumbre responderle, a veces de forma un tanto esperpéntica, pero en aquel momento ni eso ocurría, lo que la desestabilizaba profundamente y la ponía nerviosa. Apartó las elucubraciones y echó mano de su vena práctica. Siguiendo el sonido de las voces, se encaminó al salón, dispuesta a llevarse a la cama al americano y hacerle ver la luna y las estrellas más alejadas, convencida de que entre sus brazos todas las piezas de aquel extraño puzle que conformaba su vida encontrarían el lugar adecuado para colocarse. Pero la potente voz de su suegro al otro lado la paró en seco.

—¡Estás desperdiciando allí tu vida! —clamó el padre.

—Tampoco es eso, papá —dijo Charles.

—¡Sabéis perfectamente de lo que estoy hablando! —continuó el patriarca—. No hablo de tu novia, sino de tu trabajo. Dime, ¿cuántas intervenciones habéis hecho en estos meses?

—...Ninguna.

—¡Veis a lo que me refiero! —Su voz era un trueno—. Estás desperdiciando tus conocimientos. Te has preparado a conciencia, has superado muchos obstáculos. Tu paso por el Ejército te ha dado una experiencia que no todos tienen y que en el Cuerpo se valora mucho, tú lo sabes y yo lo sé. Eres uno de los mejores, por no decir el mejor, y nadie comprende que desperdicies allí tu instrucción, en un lugar en el que no hace ninguna falta. Es una mentecatez, ¿entendéis? Un completo sinsentido.

—¡Caray, papá! —exclamó Patrick—. ¿No crees que estás siendo muy duro?

—¡Ni mucho menos! Estoy analizando la situación tal y como es, sin velos que la distorsionen.

—Bueno... —intervino Charles—. Ya sabemos que el velo del amor puede distorsionarlo todo mucho, pero es algo comprensible, papá.

—¡Por amor no se tira un futuro por la borda! —Los hielos tintinearón en su vaso—. Tu vida está aquí. Tu familia está aquí. Tu futuro está aquí. Y no cuidando de una mujer enferma al otro lado del charco.

—¡Papá! —exclamó Patrick.

—Nick sabe perfectamente a qué me refiero. ¿Cuántas veces hemos hablado de ello, hijo? La preparación lo es todo, y una vez la tienes hay que coger las oportunidades al vuelo, no se pueden dejar pasar los trenes por delante sin subirse a ellos. Tienes cuarenta años, la edad perfecta para encarrilar tu vida, tu carrera, pero aquí. ¡Aquí, Nick, aquí!

El silencio de Nick fue atronador.

Se apartó de la puerta y subió la escalera deprisa. Le faltaba el aire cuando llegó a la habitación, le faltaba la vida. Aquel hombre había puesto en palabras toda su realidad, quisiera o no quisiera verla. Aquella era la realidad de su vida. Las lágrimas y el cansancio la vencieron. No fue consciente de la llegada de Nick, ni de cuando la desnudó y la acostó entre las sábanas pegándose a su cuerpo, ni de cuando suspiró hundiendo la cara en su cuello y aspirando su aroma, ni de las horas que pasó abrazado a ella sin que el sueño le venciese, con los ojos negros clavados en la noche que había fuera.

Los primeros rayos de sol tras los cristales le mostraron un nuevo día. Miró al hombre que dormía a su lado. Parecía relajado, pero quién no lo parece cuando duerme.

El espejo del baño le mostró su verdad, lo que realmente era: una mujer enferma, una mujer sin futuro, una mujer que arrastraba una condena. Las lágrimas inundaron sus ojos y las palabras de Cristina su mente: “Cuando se quiere de verdad no se ponen cadenas”. Eso era ella para Nick, una cadena, una condena, una losa que aplastaba su vida, un deseo que nublaba su entendimiento. Cuando se llega a ese punto de aceptación de una realidad que no se quiere aceptar, es cuando se produce la gran sacudida que te devasta por dentro, que elimina de golpe los velos, que borra de un plumazo los sueños, que te pone los pies en el suelo. Fue en ese momento cuando la idea de que tenía que dejarle comenzó a tomar forma.

Bajó a la cocina en busca de un café que estabilizase un poco su cuerpo, ataviada con una ligera batita de gasa sobre el camisón, creyendo que a aquellas intempestivas horas todo el mundo estaría aún durmiendo, pero allí estaban ya Nani y su suegra, ésta última vestida y maquillada como si se dispusiese a acudir a un desfile de modas. Su visión la hizo sentir aún peor; aquella perfección contrastaba tanto con ella.

—¡Oh, lo siento! —Notó cómo sus mejillas se encendían— No creí que hubiese nadie. Subiré a vestirme.

—¡No, no, no! —exclamó Grace acariciando sus brazos—. Estás en tu casa, querida. Siéntate, por favor, Nani te preparará el desayuno. ¿Qué te apetece tomar?

—Sólo café, gracias.

—Estás muy pálida, cariño —dijo Nani, preocupada—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy... estoy algo mareada. Será cansancio por el viaje.

—Es el *jet lag* —dijo Grace, llevándose a los labios la delicada taza de porcelana—. Es sólo cuestión de tiempo. En un par de días estarás como nueva.

Comenzó a relatarle el que ella había sufrido en su último viaje a la India, mientras el café que Nani ponía en sus manos recorría su garganta con cierta inestabilidad y se aposentaba inseguro en su estómago. La escuchó con atención, Grace era una buena contadora de historias, no de las que se van por las ramas, sino de las que saben hilarlas. Pero entonces, Nick apareció en escena. Vestido únicamente con el pantalón del pijama (las malas costumbres se pegan), con el ceño fruncido y cara de haber dormido poco tiempo. Dejó sobre su frente un casto beso.

—No puedes tomar sólo café. Ayer no probaste bocado.

—No tengo hambre.

—¿Dónde están las tostadas, Nani?

—No me apetecen tostadas, Nick.

—¡Tomarás tostadas, Carol!

—¡No las quiero!

—¡Carol!

—¡No me des órdenes!

En aquella perfecta cocina americana, jamás una mujer le había levantado la voz a un hombre, ni en la cocina ni en toda la casa. La madre de Nick estaba petrificada, Nani les miraba alternativamente, y Nina, que apareció al oír las voces, achicó los ojos y frunció el ceño.

—Nani, por favor, prepárale tostadas.

La voz de Nick parecía salir de las mismísimas cavernas, si hubiese pedido un potro de tortura hubiese sonado igual.

—Te he dicho que no las quiero.

—¡Ayer no comiste nada, te pasaste el día picoteando! ¿Crees que no me di cuenta? ¿Están listas, Nani?

Las tostadas aparecieron sobre la encimera, junto con la mantequilla y la mermelada. Nick le acercó el plato, pero bien podría haber sido una guillotina francesa; sus ojos echaban fuego.

—¡Come las tostadas!

—¡Te he dicho que no tengo hambre, por favor, no insistas!

—¡No has engordado nada desde que me fui, Carol!

—¡No han pasado ni quince días, tampoco se puede engordar mucho en ese tiempo!

—¡CÓMETELAS!

Le apetecía tirárselas a la cabeza, pero se contuvo, porque era una invitada y estaba en América. Se llevó una a la boca y le dio pequeños mordisquitos en un intento por engañar a su cuerpo y meter dentro de él lo que éste no quería que fuese introducido. El pan tostado bajó por su tracto digestivo mientras respiraba despacio para controlar las arcadas que le producía, pero cuando la cocina se inundó del olor del beicon y los huevos revueltos, desayuno que Nani preparaba para Nick, su estómago no pudo soportarlo. Salió corriendo al jardín trasero, y allí, entre las flores que eran el orgullo de su dueña, dejó lo que su cuerpo no quería dentro. Un sudor frío recorrió su espalda y su frente, una nube de grises veló sus ojos, un hormigueo recorrió su cuerpo y la debilidad total la invadió por completo. Los brazos de Nick la

cogieron antes de que tocase el suelo.

Las mujeres de la familia tomaron su habitación. Nina abrió las ventanas, Grace llevó del baño una toalla mojada y Nani se sentó a su lado en la cama y se la pasó suavemente por la cara.

—Llamaré al médico —dijo Nick, a los pies de la cama, sacando su móvil.

—¡No!

—Tienes que verte un médico, Carol.

—¡Nada de médicos! ¡No quiero más médicos!

—Pero nena...

—¡Te he dicho que no!

—¡Joder, Carol!

—¡Como llames a un médico, cojo el primer avión y me voy!

Por la boca de Nick salieron todas las palabrotas que su madre siempre le había prohibido decir, y Grace hizo lo que se esperaba de ella: le recriminó sin compasión, recriminaciones a las que se unieron las Nanis, formando pelotón.

—No ha sido más que una pequeña indisposición —dijo Nani, quitándole importancia—. No hay que preocuparse, Nick, estas cosas ocurren.

—Así es —remató Nina.

—Siento... siento haber estropeado tus flores —Miró a Grace con pesar—. Y siento no ser la mujer que todos esperabais ver a su lado.

—¿Por qué dices eso, cariño? —preguntó Nani, acariciando su cara.

—Ayer oí hablar a su padre. Ya sé que no se debe escuchar tras las puertas, Nani, pero no lo pude evitar.

—Tranquila, cielo. Aquí lo hacemos todos.

—¡Así que el gran hombre no podía tener la boca cerrada! —exclamó Nina— ¡Me preguntaba cuánto tiempo tardaría en hacerlo!

—Nina, por favor... —Grace intentó detenerla, sin éxito.

—¡Te lo dije, niña, te lo dije! —bramó, blandiendo ante su cara un dedo acusador—. ¡Que tenías que domarle desde el primer día, pero no me hiciste caso, y por eso pasa lo que pasa! ¿Y qué dijo el lumbreras, si puede saberse?

—Sólo la verdad, Nina, que Nick está desperdiciando su vida en España.

—¡Será fantoche! ¡Él no tiene nada que decir al respecto, no es asunto suyo!

—Pues claro que es asunto suyo, Nina, es su padre. Ha puesto en él todas sus esperanzas —suspiró, sentándose—. Deseaba para su hijo una novia que

hiciese detener los relojes de la casa con la cadencia de sus caderas, y en su lugar llego yo, una española enferma, volviendo su mundo del revés y echando por tierra todas las expectativas que había depositado en él.

—Nena...

—¡Tiene razón, Nick, y tú lo sabes! Aquí tienes un futuro brillante que te aguarda, un futuro que mereces, para el que te has preparado, al que tienes derecho, y al que has renunciado por estar conmigo. ¡Y eso no es justo para ti!

—MI VIDA NO VALE NADA SI NO TE TENGO A MI LADO.

La voz no salía de una boca, sino de las profundidades de un alma. Más que una voz, era un lamento que resonó en la preciosa alcoba y entró por sus oídos como una caricia que recorrió todo su cuerpo. Las células dañadas la recibieron como la mejor medicina, el mejor ungüento.

—Nick, escúchame...

—No. Escúchame tú —dijo, sentándose en el lugar que Nani le cedió y tomando su cara entre las manos—. Lo que oíste no tiene ninguna importancia. Nada importa si no estás a mi lado, todo importa porque estás tú, y hasta el mismo infierno iría con tal de no separarme de ti. ¡Eres la alegría de mi vida, eres el amor de mi vida, y no concibo vivir si no es contigo!... No llores, sabes que no soporto verte llorar...

Besó sus mejillas y tomó entre sus brazos su desmadejado cuerpo. La apretó fuerte contra su pecho, hundió la cara en su cuello, aspirando su aroma, serenando su tormento, dejando sobre su espalda las más dulces caricias bajadas del cielo, y en sus oídos hermosas palabras de amor revolotearon de nuevo.

La luz del ocaso se reflejaba en los muebles de caoba. Diminutas partículas de polvo se visualizaban en los rayos de soy que se colaban por los ventanales. El único sonido, el tintineo de los cubitos de hielo que el patriarca echaba en los vasos, hizo eco entre aquellas paredes cubiertas por viejos libros, viejos recuerdos y viejos cuadros. La mano de la experiencia le tendió la copa al hijo, sentándose a su lado.

—Temes que el cáncer haya vuelto, ¿verdad?

—... Sí.

—Entiendo.

—Estoy aterrado, papá —Se tomó la copa de golpe.

—Bueno, no hay que ponerse en lo peor, y llegado el caso... hoy en día hay muchos tratamientos y...

—¡No me hables de tratamientos! —Se levantó con furia y se preparó otra copa—. ¡No te imaginas lo que la quimioterapia le hizo a su cuerpo!

—Todos los días se producen grandes avances, ya lo sabes —dijo con firmeza—. Y aquí tenemos lo último, invertimos en investigación. Las terapias son personalizadas y los efectos secundarios se palían.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, sentándose de nuevo—. ¡Volver a pasar por eso otra vez, verla sufrir de esa manera! ¡Joder!

—¿Tanto la quieres, Nick?

—La quiero como nunca creí que se podía querer, papá. La necesito como el aire que respiro. ¡Sin ella estoy muerto!

JAIME:

¿Ya has descubierto las mazmorras?

CAROL:

Como diría Cris, en esta vida hay mazmorras y mazmorras, Jaime.

JAIME:

Supongo que lo dices por la enfermedad, pero no hay que pensar en eso, ya estás bien.

La luz del ocaso se reflejó en sus ojos, que se inundaron de lágrimas. Jaime, a pesar de ser muy inteligente, aún conservaba la ingenuidad del niño; no desconfiaba de los amigos. Se sintió ruin. Se recostó en el banco del jardín y observó cómo el sol se ponía.

CAROL:

He descubierto que mi querido americano ha renunciado a su futuro por mí, y a toda una vida de lujos y comodidades. No sé qué hacer.

JAIME:

¡Pues qué vas a hacer, cariño, disfrutar de ese gran amor!

CAROL:

No puedo ser tan egoísta.

JAIME:

¡No digas tonterías! Cuando uno encuentra un amor así, hay que agarrarse a él como una garrapata.

La solitaria lágrima que caía lentamente por su mejilla llegó a la comisura

de los labios, donde brilló al dibujarse una sonrisa.

JAIME:

No empieces a pensar tonterías, ¿eh? Que te conozco. Cuando se encuentra al amor de tu vida (y tú lo has encontrado y lo sabes) uno no puede dinamitarlo por miedo, hay que ser valiente y enfrentar las dificultades. Ya sé que la situación no es fácil, y siendo él americano mucho menos. Tú has encontrado el tesoro, y el tesoro no se devuelve, se lo queda quien lo encuentra, por más que las leyes internacionales digan otra cosa.

CAROL:

Gracias, Jaime. Siempre consigues arrancarme una sonrisa.

JAIME:

Eso es porque tus sonrisas me encantan, cingara de mi corazón.

CAROL:

Bueno, ya está bien de ser egoísta, cuéntame tú. ¿Cómo va la bruja?

JAIME:

Siempre fiel a sí misma, o lo que es lo mismo: haciendo brujerías. Pero antes de hablar de Cruella debo darte una noticia. Nos han denegado la adopción, ya es definitivo.

CAROL:

¡Oh, no! ¿Por qué? ¿Por culpa de tu suegra?

JAIME:

¡Ji, ji, ji! No, mujer, sus malas artes no llegan a tanto. Parece que los Servicios Sociales de nuestro país no son tan progres como creíamos en cuestiones de igualdad, me refiero. El efecto Zapatero no duró lo suficiente. No somos APTOS. ¡Qué palabra más fea!

CAROL:

¿Pero por qué?

JAIME:

Verás, hemos tenido muy mala suerte con la asistente social que nos ha tocado. A punto de jubilarse, madre de diez hijos y miembro numerario del Opus Dei (cosa que no entiendo, porque siempre pensé que esos machitos a las mujeres no las dejaban ni asomarse, pero al parecer con ésta han hecho una excepción)

CAROL:

Estará forrada. El dinero abre muchas puertas.

JAIME:

Exactamente.

CAROL:

¿Y cómo lo sabes?

JAIME:

¡Ji, ji, ji, ji!

CAROL:

¡Oh, la has investigado!

JAIME:

Ya sabes lo que te digo siempre, a las personas hay que conocerlas y cuantos más puntos débiles sepas de ellas, mejor. Tiene casas y dinero para aburrir, así como prejuicios, claro. No hay nada que hacer.

CAROL:

Lo siento mucho, con lo ilusionado que estabas.

JAIME:

Bueno, no te creas...

CAROL:

¡Pero bueno, si me despertaste a las cuatro de la mañana para decirme que habías tomado la decisión más importante de tu vida!

JAIME:

Lo recuerdo perfectamente, cielo. Pero de eso hace ya dos años, y el tiempo hace que uno vea las cosas con perspectiva, ¿entiendes? Pablo tenía ilusión, y yo quería complacerle. Te voy a dar la segunda noticia, te va a encantar. Cuando Lady Chanel ha sido informada de la triste noticia... ¡Ha empezado a aplaudir!

CAROL:

¡Oh, Señor!

JAIME:

¿Es para matarla o no es para matarla? Pero espera, que falta lo mejor, porque no hay dos sin tres.

Ahogó la risa y apagó el cigarrillo en la tierra de un precioso rosal anaranjado que brillaba ante la luz del ocaso como si fuese amanecer. Jaime sabía bien cómo mantener la atención del oyente, sería un gran escritor si un día se decidía a dar el gran salto; nadie como él para desenredar la madeja lentamente.

JAIME:

Según Paquita (por fin he descubierto su verdadero nombre), nos faltan las cualidades que tiene una mujer para criar a un hijo. ¿No es para colgarla bocabajo y dejar que muera?

CAROL:

Y lo dice ella, que no le ha prestado nunca atención al suyo.

JAIME:

Ya sabes lo que pienso: los que más tienen que callar son los que menos callan. Se me calentó la boca, cariño, y le he cantado las cuarenta, echando mano para ello de toda la información privilegiada que ha salido por la boca de su hijo a lo largo de estos años. ¡No te imaginas cómo se ha

puesto!

CAROL:

¡Caray! ¿Aún tenía algo que decir?

JAIME:

Ella no, él.

CAROL:

¿Él?

JAIME:

Mi querido esposo, en lugar de posicionarse de mi lado, se ha puesto del suyo, y como un energúmeno. Dice que he traicionado su confianza, que esto no me lo perdonará nunca, y que nuestra relación pende de un hilo. Así que en esta casa se ha instaurado una auténtica guerra fría, de la que estoy seguro todos saldremos malparados... hasta Marcos.

CAROL:

¿Y qué pinta Marcos en todo esto?

JAIME:

Adivina...

CAROL:

¡Jaime, por Dios!

JAIME:

Tienes curiosidad, ¿eh? ¡Ji, ji, ji! ¡Cómo somos los periodistas, no podemos dejar pregunta sin respuesta, siempre escarbando en busca del origen del problema! Marcos se ha hecho amigo de mi suegra.

CAROL:

¡Bueno, lo que faltaba!

JAIME:

Resumiendo... Mi marido no me habla. Mi suegra se ríe en mi cara. Y Marcos, nuestro acérrimo enemigo, entra y sale de mi casa como si nada. Menos mal que el piso es mío, si no ya me veía en la calle.

CAROL:

Vete a mi casa, tienes las llaves.

JAIME:

¿Y abandonar el fuerte? De eso nada. Soy marica, no cobarde.

La sonrisa se instauró en su cara. Jaime tenía esa cualidad; era como un rayo de luz en la noche más aciaga. Los amigos de verdad se cuentan con los dedos de una mano. Ella, que antes de la enfermedad tenía su agenda a rebosar de gente que no dejaba de llamarla, se encontró con que sólo tenía

dos, pero de los buenos, de los de verdad: Jaime, un hombre con corazón de león y alma de guerrero, Cristina, un alma solitaria con un corazón que no le cabía en el pecho; recordó aquella tarde que se presentó en su casa y le ofreció ir a Pamplona, a la Clínica Universitaria, algo que ya había hecho con el hijo de Paula. El desapego que Cristina tenía hacia el dinero siempre le había sorprendido, pero cada vez la entendía mejor; lo realmente importante no se compra, se siente.

—¡Carol!... ¡Carol!

—¡Oh, Lisa! Perdona, estaba distraída.

—Estabas sonriendo —dijo, sentándose a su lado—. ¿En qué pensabas?

—En mis amigos.

—¿Les echas de menos?

—Sí, muchísimo.

—¿Cuántos tienes?

—Dos.

—¡¿SÓLO?! ¡Yo tengo un montón!

—Pero seguro que, dentro de ese montón, hay alguno que es más amigo que otro. ¿A que sí?

—Bueno, sí, Mary Ann. Ella es mi mejor amiga. ¡Es muy guapa!

—Como tú.

—¡Oh, yo no soy guapa, Carol! —Sacudió la cabeza, haciendo bailar sus rizos— Las Nanis siempre lo dicen, que Maggie es la que ha heredado la belleza de la familia.

—No digas tonterías —Acarició su cara—. Tú eres divina.

—¿Sabes, Carol? Nick te mira a ti así, como a una mujer divina. Él antes tenía a Marian. Mi padre siempre decía que ella era perfecta para Nick, pero a mí no me caía bien, lo único que me gustaba de ella eran sus caballos. A Nick le gustan mucho los caballos. A veces se iba los fines de semana a su casa para montarlos, pero cuando volvía... nunca se le veía contento.

—¿Puedo preguntarte algo, Lisa?... ¿Te gustan los búhos?

—Pues no mucho, la verdad, prefiero a los caballos y a los perros. ¡Me encantan los perros! Marian, la amiga de Nick, tiene uno increíble, con un pelo descomunal. Yo quería que me diera uno de los cachorros que tuvo, pero las Nanis se negaron, dijeron que se oponían por completo a tener en casa semejante alfombra. ¡Oh, me entraron ganas de matarlas!

—Lisa —La voz de Nick las sobresaltó—. Ya es tarde, ve a acostarte.

—Pero Nick, estoy hablando con Carol.

—¡A la cama, Lisa!

La niña refunfuñó algo que nadie comprendió, le dio un abrazo a Carol y se marchó con desgana. Al parecer, en la familia McCarthy las mujeres estaban acostumbradas a acatar órdenes.

—¿Qué? ¿A mí también me vas a enviar a la cama?

—No —susurró, cogiéndola en brazos con una rapidez que la sorprendió—. A ti te llevo yo.

Su aroma la envolvió como si de un manto se tratase, un manto que la tranquilizaba y excitaba al mismo tiempo, como un medicamento en el que se mezclasen afrodisiacos y relajantes por igual.

—Nick, ¿puedo preguntarte algo sobre Marian?

—Ya sabes que no hay nada que deba preocuparte, nena —dijo, tendiéndola sobre la cama.

—¿Estuvisteis prometidos?

—No —dijo, comenzando a desabrochar su blusa.

—Pero ella siente algo por ti.

—Ella nunca me ha querido, y yo a ella tampoco. —Apartó la blusa y acarició suavemente sus pechos.

—Pero ella... ella es perfecta para ti, Nick.

—No. Tú eres perfecta para mí.

Se tendió sobre ella como si en su cuerpo estuviesen el principio de la vida, la salvación de la muerte, la resolución de todos los enigmas. Aquel cuerpo perfecto la tomó con un ansia que espantó sus miedos, que extrajo de su cuerpo todos los gemidos de placer que tenía dentro. Su miembro recorrió sus entrañas conquistándolas, haciéndose con ellas, llevándola con su calor hacia ese lugar del firmamento en el que la luna y el sol se aman en silencio.

—Cuando te tomo... siento que ya he llegado, que ya estoy donde siempre he querido estar, en tu cuerpo, formando parte de ti. —El sonido de los cascabeles inundó la estancia, haciéndole sonreír—. Esto eres tú para mí, la alegría de vivir.

—¡Oh, Nicki!

—Mi amor... Mi mujer... La razón de mi existir. —Entrelazó sus manos, tomándola más y más adentro—. Mía para siempre... Mi principio y mi fin... Mi razón de vivir.

Aquel no era un buen día. Había comenzado con muy mal despertar. Por suerte Nick había salido temprano y no había visto el espectáculo. El cuarto de baño fue mudo testigo de su desgracia, los fluorescentes le mostraron una vez más la realidad; allí no había arañas. Tras liberar su cuerpo y derramar su angustia, la inundó la rabia... ¿Por qué tenía que volver a ocurrirle a ella?... ¿Qué delito había cometido para que le tocara de nuevo?... “La enfermedad no es ningún castigo, Carol —decía Cristina— ¿qué delito comete un niño para estar enfermo?” Pero las palabras de su amiga no la consolaron; había días que nada conseguía hacerlo. Bajo la ducha dio rienda suelta al llanto, a la desesperación, a la pena, pero el agua que resbalaba por su piel no consiguió llevarse el desasosiego. Ya no tenía fuerzas para volver a soportar aquello, y no tenía derecho a obligar a Nick a pasar por ello de nuevo. Sabía lo que debía hacer —porque siempre lo sabemos— tenía que dejarle, liberarle, exonerarle de aquel amor que era una piedra colgada de su cuello, pero las excusas se multiplicaban en su cabeza... ¿Cómo reír sin su risa? ¿Cómo respirar sin su olor? ¿Cómo vivir sin oír el latido de su corazón?... ¡Oh, el cáncer no acabaría con ella, acabaría con ella perder a su amor!

Bajó a la cocina en busca de un café. La casa parecía desierta. Aquel lugar era de lo más extraño. Diez personas trabajaban allí, pero nunca las veía trajinando. Se preguntó si la limpieza se haría mientras dormían, pues jamás vio una escoba, un aspirador, una fregona o un plumero, ¡como si el trabajo lo hiciesen duendes! Se provisionó de un café bien cargado, mientras le llegaban voces procedentes del exterior; los jardineros intentaban podar los setos en tanto que las Nanis les daban instrucciones claras y precisas de cómo hacerlo. Con una sonrisa tierna en los labios y su tazón de café, se adentró en aquel mausoleo, dispuesta a descubrir algún que otro secreto; la enfermedad no afectaba para nada a su curiosidad, al contrario. Deambuló por aquella gran casa, abriendo y cerrando puertas. Encontró una biblioteca más grande que su apartamento, en la que Jaime sería feliz, y tras una preciosa puerta blanca descubrió el salón más bonito que había visto nunca. ¡La de cosas que le quedarían por descubrir en aquella casa! ¿Habría pasadizos secretos? No

era tan grande como el salón principal, y su color era el azul, un azul relajante que le recordó al mar. Con el tiempo supo que aquel era el salón privado de la familia, y al que llamaban así: salón azul. Sus paredes no estaban decoradas con cuadros de antepasados, sino con fotografías de la actual familia McCarthy. Observándolas se podía hacer un recorrido por sus vidas: guardería, colegio, instituto, universidad, graduaciones, vacaciones, Navidades, Acción de Gracias... Así como hacerse una idea de quién era quién en aquella casa. Los padres sólo salían en los grandes acontecimientos, empezando por su boda, Grace se mostraba pletórica, pero en el novio, a pesar de su sonrisa, pudo ver una amargura que la cámara había captado. Nick, el primogénito, ocupaba una gran parte de la pared, por algo había sido el primero, y allí estaban sus primeros pasos, su primera bicicleta, su primer caballo —de búhos, no había ni rastro—. Charles, el segundo hijo, nunca miraba a la cámara, parecía vivir en su propio mundo, sus ojos estaban posados sobre una mariposa que pasaba por allí, sobre un escarabajo que recorría lentamente el suelo, o sencillamente sobre las nubes que había sobre su cabeza. Maggie, tercera de la familia y primera niña, con su cabello rubio y sus brillantes ojos azules, era la copia exacta de su madre. Patrick, el pequeño de los chicos, tenía cara de trasto, sobre él estaban clavados con frecuencia los ojos de Nick. Lisa, la última de la familia, un precioso bebé en brazos de sus hermanos ya adultos y a los que observaba con curiosidad. Y, por último, las Nanis, siempre omnipresentes: al fondo, en una esquina, a un lado, dándoles un grito para que se estuviesen quietos, retirando una mano después de sonarles...

—¡Está aquí, Nani!

—¡Qué susto me has dado, Nina! —exclamó, llevándose la mano al pecho.

—Te estábamos buscando.

Su gemela apareció con una gran bandeja.

—Pero si ya estoy desayunando.

—¡Eso no es desayunar! —refunfuñó Nina.

—Tienes que acompañar ese café con algo, cariño —sonrió Nani, colocando la bandeja sobre la mesita—. ¿Te gusta este salón, Carol?

—Me encanta.

—¿Te gusta más que el amarillo? —preguntó Nina, arreglando las cortinas.

—Mucho más.

—¿Por qué? El otro es más lujoso.

—Pero éste es... de verdad.

—Como tú —dijo Nani, con rotundidad.

La llamada de los jardineros se las llevó con la misma rapidez con que habían llegado. Se acomodó en el precioso sofá floreado que parecía una campiña inglesa y extendió mantequilla sobre las tostadas. Al final no iba a ser tan mala idea eso de acompañar el café con algo. Observó aquel espacio tan relajante; no había búhos por ninguna parte. Plantas en las esquinas, una preciosa pero pequeña araña que colgaba del techo, y estanterías que ocupaban dos grandes paredes atestadas de libros. Aguzó la vista: V.C. Andrews, Rosamunde Pilcher, Johanna Lindsey, Emily Brontë y la colección completa de Lisa Kleypas. ¿Quién se nutriría de tanto amor? Lisa aún era pequeña para adentrarse en aquel romanticismo, Maggie pasaba poco tiempo en casa, siempre estaba de fiesta; las Nanis con las telenovelas ya tenían suficiente. Se le acababan las opciones. Le costó visualizar a Grace leyendo “Irresistible” de Lisa Kleypas... El sonido de unos tacones sobre el suelo de mármol la sacó de sus ensoñaciones. ¿Qué cara pondría si se lo preguntaba?

—¡Así que las malas lenguas tenían razón!

Desde los andamios de tacón de aguja en que estaba subida, Marian la miró con desprecio. Llevaba un vestido rosa, como una princesa de cuento de hadas. Su pelo caía en cascada de bucles sobre sus hombros adornando su perfecta cara, y sus labios brillaban con un carmín que hacía juego con el vestido y que deslumbraba; era la estampa de la perfecta mujer americana.

—¡La española ha venido a hacerse al americano!

Se quedó petrificada escuchando aquella voz con un marcado acento mexicano. ¿Dónde habría oído aquella expresión? Ella sólo la había escuchado una vez, y por boca de una madame que hablaba de “hacer señores” como quien habla de hacer la compra.

—¡Lo siento, señorita Carol! —exclamó María, apareciendo tras ella, azorada—. Ya le he dicho que el señor no está, pero ha insistido y...

—¡No tienes por qué darle explicaciones de mi presencia en esta casa! —exclamó la princesa—. ¡He estado aquí muchas veces y vendré cuando me plazca! ¡Ponme un burbon!

Se sentó frente a ella, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y cogió con rabia el vaso que María le tendía.

—¡Quién lo iba a decir! ¡Así que la pobre enfermita consiguió ligarse a McCarthy! —dijo una calada y exhaló una gran nube de humo, a través del cual miró a la asistente con rabia—. ¿Qué haces todavía aquí? ¡Lárgate!

María salió a la carrera, y así, a la carrera y desenfrenado iba el corazón de Carol, un corazón que ya no estaba para muchos trotes, y mucho menos para una guerra.

—La primera vez que te vi en la playa pensé: “Joder, ya se podía quedar en su casa, menudo espectáculo”. Con la cabeza pelada y aquel andar de muerto viviente, dabas auténtica lástima. A lo mejor es eso lo que le atrajo de ti, que dabas pena, sí, tal vez despertaste en él su instinto protector.

—Por favor...

—¡Ni por favor, ni hostias! ¡Tú me vas a escuchar porque tengo mucho que decir! ¡Nick es mío! —gritó—. ¡Todo el mundo lo sabe menos tú, y ya va siendo hora de que te enteres! ¡Tú para él no eres más que un entretenimiento, una muerta de hambre que le da pena, sólo eso! ¡Tú no eres como nosotros, no perteneces a nuestro mundo, no estás en nuestro universo, no eres más que una novedad, y en cuanto pases de moda volverá conmigo porque yo soy la que debe estar aquí, éste es mi lugar, éste es mi sitio, estamos hechos el uno para el otro! ¡¿Te ha quedado claro, o te lo repito?!

—Y si estáis tan hechos el uno para el otro... ¿Por qué en la playa se tiró a tu amiga?

La cara de la princesa se volvió carmesí y su voz un puro grito.

—¡Los hombres tienen necesidades! ¡Nick ha tenido en su cama a las mejores hembras de la ciudad, pero siempre ha vuelto conmigo, porque yo soy perfecta para él! ¡Tú no eres más que un capricho, una debilidad, pero no durarás, en cuanto se canse de follarte volverá en busca de mi coño, como ha hecho siempre!

—¡CÁLLATE! —gritaron dos bolitas de algodón al unísono.

—¡Cállate ahora mismo, mala pécora! —exclamó Nina, entrando con ojos desorbitados, fuego en la mirada y venas inflamadas en el cuello.

—¡No le hables así a Carol! —remató Nani—. ¡No tienes ningún derecho!

—¡Esto no es asunto vuestro, bichos!

Saltó del sofá y se encaró con ellas, pero ellas no retrocedieron ni un milímetro.

—¡Y no me dirigáis la palabra, vosotras sí que no tenéis ningún derecho, no sois más que unas sudacas! ¡No sois nadie!

—¡Basta! —La voz de Grace resonó en el salón azul con una acústica perfecta.

Parada en la jamba de la puerta, su presencia no podía imponer más. Con un vestido blanco que realzaba a la perfección su elegancia, y adornando su

cuello con un pañuelo de seda que conjuntaba con sus ojos, en los que la rabia del Nuevo Continente brillaba con furia, miró con desprecio a la que hasta aquel momento había considerado su copia perfecta y la mujer adecuada para su hijo, su casa, su mundo, su universo.

—¡Tienen todo el derecho! ¡Ésta es su casa!

—¡Oh, querida! Qué gusto volver a verte —dijo Marian, recobrando de golpe la compostura y las buenas maneras— Estás soberbia.

—¡Quiero escuchar cómo te disculpas ante la novia de mi hijo!

El rostro de Marian no evidenciaba atisbo alguno de arrepentimiento, más bien al contrario, pero, aunque se le hubiese pasado por la cabeza pedir unas disculpas que no sentía, no habría tenido tiempo de hacerlo: la aparición de Nick, seguido de su hermana Maggie, acaparó su atención por completo. Su presencia la dejó paralizada, cosa nada extraña cuando un hombre de muy buena constitución se pone un traje azul marino de raya diplomática, camisa blanca inmaculada y corbata azul de seda; su imagen era impactante. El cuerpo de Marian experimentó de golpe un cambio radical: su espalda se irguió, su pecho se adelantó, una espléndida sonrisa iluminó sus labios, la melena que adornaba su cara se balanceó con maestría sobre sus hombros, y en sus ojos se colaron estrellas; todo su cuerpo emanaba feromonas, no hacía falta verlas.

—¡Nick!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nick, cielo. Te echaba tanto de menos, cariño, y como tú no me llamas...

—¡Pero cómo se puede ser tan cínica! —exclamó Grace—. ¡Hijo, no te imaginas las palabras que han salido por la boca de esta... esta...!

—¡PÉCORA! —remataron las Nanis.

—¡No hay mejor forma para definirla, hijo! ¡Y no te repito las palabras que ha dicho, porque me avergüenzan!

—Nick, cariño... —La pécora se volvió gata— Ya sabes cómo soy, a veces mi carácter me pierde, pero es por lo mucho que te quiero, cielo.

—¿Querer?! —exclamó Nina—. ¡Tú no sabes lo que es querer!

—¡No tienes ni idea de lo que es el amor! —sentenció Nani.

—Nick, cielo...

—Marian, ya lo hemos hablado —dijo muy serio, con voz profunda—. Creo que fui lo suficientemente claro contigo en España. No sé a qué viene esto.

—Pero Nick... Nosotros estamos hechos el uno para el otro, todo el mundo lo sabe. Nosotros nos queremos.

—Tú y yo nunca nos hemos querido.

—¡Oh, pero tú me has dicho muchas veces que me quieres!

—Yo nunca te he dicho tal cosa. Jamás te he dado falsas esperanzas.

—Bueno, a veces en los momentos de pasión se dicen cosas que luego no se recuerdan y...

—Eso no es cierto, y lo sabes. Nunca te he dicho que te quiera, porque jamás te he querido, como tú no me has querido a mí. Ya tuvimos esta conversación en España, Marian, y no entiendo a qué viene este numerito y...

—Sus ojos se posaron sobre los de Carol—. Nena... ¡¿Estás llorando?!

En dos zancadas llegó hasta ella y la tomó entre sus brazos. La dureza de su voz se transformó en dulzura de su cuerpo. Limpió las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y la besó con toda la pasión; no dejó un milímetro de su cara por besar, por acariciar, por tranquilizar.

—No llores, amor, no llores. Nada de lo que ella diga tiene importancia, sabes que no significa nada para mí. ¡Tú eres mi luz y mi alegría, lo más importante de mi vida! ¡Mi mujer, mía y sólo mía! ¡Deja de llorar, nena, regálame una sonrisa!

Las caricias y los besos dieron lugar a un cuerpo a cuerpo lleno de amor, lleno de magia, lleno de deseo. Maggie, la más práctica y realista del grupo, viendo que aquello podía ir a más, tomó las riendas de la situación y empujó a todo el mundo fuera.

—¡Tú aquí ya no pintas nada! —Le espetó a la que un día creyó sería su cuñada—. ¡Fuera!

—Pero... —musitó Marian, pálida.

—¡Fuera! —gritó Nina.

—¡Fuera! —remató Nani.

—Pero querida...—balbució, mirando implorante a la dueña.

—Tu comportamiento ha sido inaceptable —Grace empleó toda su dureza—. Ya no eres bien recibida en esta casa, así que márchate y no vuelvas.

A las tres de la madrugada la despertó el hambre. Todo lo que no había comido durante el día, se le antojó a aquellas horas. Miró el techo preocupada, aquello no era normal. Una luz intermitente procedente del teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche llamó su atención.

JAIME.

Ya sé que no son horas para ti, cariño, pero necesito preguntarte algo...

CAROL:

Ya estoy aquí. Dime.

JAIME:

¿Tienes acceso a armas de fuego?

Ahogó la risa.

CAROL:

Dame un momentito.

Salió de la cama sin despertar a Nick, que dormía plácidamente, se puso una bata y bajó a la cocina; el recuerdo de una tarta de chocolate que había visto en la nevera la hizo sonreír.

Con un buen trozo de tarta en un plato, pasó ante el salón amarillo, donde el mueble de las bebidas le hizo un guiño, y dado que su cuerpo ya estaba destartado, se dijo que un ingrediente más ni lo notaría. Se tomó un chupito de whisky y rellenó el vaso. Y así, con el valor que proporciona el alcohol recorriendo el organismo, y sintiéndose única habitante de aquel castillo, se encaminó con paso seguro hacia un lugar en el que aún no había estado: el santuario del patriarca. El despacho no podía ser más varonil: la gran mesa de caoba, las increíbles estanterías atestadas de libros, los sofás de cuero negro y un inconfundible aroma a puros. ¡Así que el gran hombre fumaba, qué calladito se lo tenía! Se sentó en su comfortable sillón y observó su mesa, sobre ella estaban todos los tópicos vistos en las películas: foto de la esposa, foto de los hijos, abrecartas de plata, y en frente... la gran vitrina, con sus tesoros perfectamente expuestos.

CAROL.

¿Qué necesitas? Hay donde elegir, el senador tiene un auténtico arsenal.

JAIME:

Lo más potente que tenga, cariño. ¡Esto es un sinvivir! Necesito volar por los aires mi casa, mi vida, y toda mi existencia. ¡Hacer borrón y cuenta nueva!

CAROL:

Creo que yo debería hacer lo mismo.

JAIME:

¿Tú? ¿Por qué? Si estás viviendo el sueño americano.

CAROL:
Tengo que dejar a Nick.

JAIME:
¿Qué ha hecho?

CAROL:
Enamorarse de la mujer que no debía.

JAIME:
¡Ah, bueno, eso!

CAROL:
¿Te estás pitorreando?

JAIME:
Un poquito.

CAROL:
Pues estoy hablando muy en serio. No puedo permitir que tire su vida por la borda.

JAIME:
Cielo, ese pensamiento es muy loable, tan loable como gilipollas. ¿Acaso has perdido el juicio? Cuando se encuentra un amor así hay que aferrarse a él como una garrapata, un koala, una ladilla.

Ya no pudo reprimir la risa por más tiempo. Jaime siempre había sido muy pragmático, algo que tanto Cristina como ella agradecían pues ambas tendían a perderse en elucubraciones mentales que él les aclaraba de golpe, poniéndoles los pies sobre la tierra.

JAIME:
Por cierto, Cris te manda recuerdos.

Ahí estaba otra característica de Jaime: podía leer el pensamiento.
Sin dejar de reír, abrió los cajones de la mesa en busca de un cigarrillo.

JAIME:
¡Señor, qué solo me siento!

CAROL:
Ven a América, Jaime. Nos apoyaremos mutuamente, yo también te necesito.

JAIME:
¿Y dejar a medias la batalla? ¡Eso nunca! ¿Cómo era aquello que decía el amigo de Cris, El armario?... ¡Ah, sí! “Aquí nadie se rinde sin haber luchado”.

“El armario” era un policía en excedencia que había abierto un gimnasio en el que daba clases de defensa personal a mujeres maltratadas. Se lo había presentado Cristina para un reportaje que había comenzado con muy pocas ganas, hasta que le conoció a él; nunca un hombre le dijo tantas verdades con tan pocas palabras, lo suyo no era la oratoria, sino la acción: “El maltratador se alimenta de tu miedo, es su energía, es su alimento. Pero levanta la cabeza y enfréntate a él, y se convertirá en el cobarde que lleva dentro”.

CAROL:

¿Y cómo va la contienda?

JAIME:

Pues teniendo en cuenta que son tres contra uno, no va mal. Sigo aguantando como el palo de una bandera. Mi querido marido anda perdido en un limbo del que le voy a bajar a escobazos.

El último cajón de la izquierda no se abrió; era el único que tenía cerradura. Un cajón cerrado es para una periodista como una zanahoria para un conejo. Cogió un clip, lo extendió, lo introdujo en la cerradura y, cerrando los ojos, lo giró hasta que oyó el *click*. Las enseñanzas de Jaime no caían en saco roto, aquel hombre llevaba un McGiver dentro.

JAIME:

Ayer llegó a casa a las cuatro de la mañana, borracho como una cuba y cantando como un descosido: “Asturias patria querida”. Seguramente no se tomó más de dos copas, ya sabes que su tolerancia al alcohol es mínima. Se calló en el pasillo.

CAROL:

¡Ay, Dios!...

Su exclamación no se debía únicamente a lo que Jaime le contaba, sino a lo que acababa de encontrar en el cajón.

CAROL:

¿Qué hiciste? Le llevarías a la cama.

JAIME:

¿Por qué? El pasillo es muy cómodo.

Se quedó mirando concentrada el interior. En otro de los cajones encontró un cigarrillo, largo, muy largo, y oscuro, muy oscuro. Lo encendió, tenía un sabor de lo más extraño; la primera calada ya la mareó.

JAIME:

Pero como soy bueno por naturaleza, decidí que no estuviese solo, así que le pedí a tu perro que le hiciese compañía. Sus estornudos se oían en todo el edificio. Resulta que mi marido es alérgico a los perros. ¡Ji, ji, ji!

—¡CAROLINE!

Abrió los ojos asustada e intentó tragar saliva, pero le costaba, notaba la boca rara, como pastosa. Cuando enderezó la cabeza, vio todas las estrellas del firmamento que ya se habían acostado, así como la cara de suegro que la miraba enfadado. Se había quedado dormida en el sillón del patriarca, aunque por el modo en que la miraba más que un sillón lo consideraba un trono.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Caroline?!

—Vaya, lo siento. Bajé a hablar por teléfono y...

—¿Has estado bebiendo! —exclamó, mirando con desagrado el vaso.

—Sólo dos chupitos.

—¿Dos qué?

—Dos tragos.

—¿Y has fumado?!

—No se ponga usted así, el cigarrillo era suyo —dijo muy seria, levantándose—. Por cierto, ¿qué marca es? Sabía a rayos.

—¿Has fumado mis puros, Caroline?!

—Un puro, claro, ahora entiendo por qué sabía tan mal —Se ató la bata—. ¿Y se puede saber por qué me llama Caroline?

—¿Porque es tu nombre! —gruñó, tomando posesión de su mesa y mirándola con aversión.

—Mi nombre es Carol —dijo, yendo hacia a la puerta—. No Caroline.

—¿Carol, Caroline, qué más da, es lo mismo!

—Pues no, no señor, no es lo mismo —le miró con el ceño fruncido—. ¿Acaso es lo mismo estar dormido que estar durmiendo?

El patriarca cerró los ojos y sacudió la cabeza, dejando que un leve bufido se escapase por su boca y la alejase de allí para siempre, pero ella no se movió de donde estaba, esperaba una respuesta.

—¿Por supuesto que lo es!

—Pues no, se equivoca, no lo es.

—¿Te quieres ir de una vez? ¡Tengo que trabajar!

—Qué ocupado está usted siempre —dijo, abriendo la puerta—. Debería relajarse un poquito, tanto estrés no es bueno, agría el carácter y dificulta la convivencia —Se giró y le dedicó una mirada incisiva—. Por cierto... el

último cajón de la izquierda se atascaba un poquito. Tranquilo, se lo he arreglado, ahora abre perfectamente.

Lo último que vio fue su mandíbula desencajada y sus ojos desorbitados. Ahogó la risa mientras subía corriendo las escaleras. Las enseñanzas de Jaime no eran baldías: “No es lo mismo estar dormido que estar durmiendo. Como no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo. No lo digo yo, lo dijo Cela”.

Jaime siempre tenía razón; la información es poder.

Los americanos tienen grandes cualidades: son imaginativos, despiertos, tenaces y emprendedores, pero poseen una diferencia sustancial con respecto a los españoles: son estrategas por naturaleza. Carol estaba convencida de que ello era debido a alguna alteración genética en su ADN que les dotaba de una extraña molécula a la que ella llamaba “molécula de la conquista”, y más concretamente cuando estaba enfadada “molécula de la guerra”. Que el patriarca fuese un estratega lo entendía, dado que toda su vida se había dedicado a la política, y ¿qué es la política, sino una guerra? Que lo fuese su descendencia era comprensible, gracias a la transmisión genética. Que lo fuese Grace le extrañó un poco, pero el refranero popular le recordó que: “Dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición”. Pero que lo fuesen las Nanis... con eso no contaba.

Cuando aquella soleada mañana la recibieron en la cocina con una sonrisa y un tazón de café, nada le hizo sospechar que aquel era el día elegido para que la novia española fuese arrinconada, sitiada y conquistada por las fuerzas americanas, apoyadas en su ofensiva por las colombianas. La dueña de la casa, convertida en generala de los Ejércitos, entró en escena perfectamente vestida y maquillada. Había elegido para la contienda un traje de chaqueta azul marino que le sentaba como un guante y que dejaba al descubierto sus impresionantes piernas, y con su moño tirante y su piel de porcelana parecía recién salida de un catálogo de modas. Le regaló una sonrisa y una caricia en la cara y, contraviniendo todas las normas oficiales en cuanto al idioma, se dirigió a las Nanis en inglés, y éstas, sorprendentemente, le respondieron en el mismo idioma. Aquel inesperado cambio la hizo sentir incómoda, pero se dijo a sí misma que tener invitados siempre es un poco molesto, y que tal vez necesitasen hablar a solas, así que se terminó el café de prisa y se levantó del taburete que ocupaba en la isleta, dispuesta a cederles su espacio.

—¡Espera, Carol! —exclamó Nina.

—No te vayas, cariño —dijo Nani.

—Queremos hablar contigo, querida —remató Grace, rodeando su cintura y acercándola suavemente al office.

De repente, se encontró rodeada por tres pares de ojos que se posaron en su cara. Se sintió igual que una niña pillada en falta.

—Está bien, lo reconozco —suspiró, poniéndose colorada—. He fumado dentro de casa.

Tardaron en reaccionar, y lo hicieron las tres a la vez con una sonora carcajada.

—No es eso, cariño, no es eso —Nani acarició suavemente su mano.

—Queremos hablarte de Nick —dijo Nina.

—Estamos muy preocupadas, Carol —asintió Grace sin mirarla—. Él... está muy enamorado de ti.

—Mucho, mucho —confirmó Nani, asintiendo enérgicamente.

—Y eso nos da un poco de miedo —dijo Grace.

—Un poco no, mucho —puntualizó Nani.

Observó aquellos rostros que evidenciaban una profunda preocupación, había en ellos tantas preguntas esperando respuestas.

—Entiendo... Supongo que lo que os preocupa es que yo sea una cazafortunas. Os aseguro que yo no tenía ni idea de todo esto, es más, de haberlo sabido nunca habría aceptado venir. No os ofendáis, pero éste no es mi mundo.

—Ni el nuestro, cariño, ni el nuestro —afirmó Nina con énfasis—. Pero aquí estamos.

—Para mí el lujo no es importante. No me hace falta para ser feliz, porque las cosas importantes de la vida son las que no tienen precio, las que no se compran ni se venden, las que salen del corazón y al corazón llegan —miró concentrada el fondo de su taza de café vacía—. Pero claro, Nick no es como yo, él se ha criado en este ambiente, está acostumbrado a estas comodidades, a este nivel de vida, a este estatus social. Y luego está el tema de mi enfermedad... He estado pensando mucho en ello, en realidad desde que he llegado aquí no he hecho otra cosa que intentar poner en orden mis pensamientos, y creo que lo más honesto que puedo hacer es... dejarle.

—¿¿QUÉ?!! —Tres pares de ojos la miraron desorbitados.

—¡No digas locuras, criatura! —exclamó Nina, levantándose con una agilidad pasmosa.

—¡No puedes hacer eso! —dijo Nani, asustada—. ¡Queremos que te cases con él, si le dejas, se morirá!

—¡Volverá a caer en el pozo! —exclamó Grace, llevándose una mano al pecho—. ¡Y ya nunca saldrá de él!

—¡Una recaída es lo peor que le podría ocurrir! —exclamó Nina.

—¡Oh, sí, las recaídas son lo peor! —sentenció Nani—. Un barco que naufraga por segunda vez es imposible de reflotar.

—¿Recaída? ¿De qué estáis hablando?

—¡Toda la culpa es de esas malditas guerras! —gruñó Nina, poniéndose de puntillas ante uno de los armarios y sacando una botella—. Madre siempre lo decía, que las guerras no traen mas que desgracias. ¡Qué razón tenía!

—¡No irás a beber ahora! —le recriminó su hermana.

—¡No voy a beber, me voy a tranquilizar, que es distinto!

—Nina, por favor —dijo Grace, alzando hacia ella suplicante su taza.

Repartió el licor con mano temblorosa.

—Carol... ¿Nick nunca te ha hablado de ello?

—Sé que ha estado en la guerra, pero no he conseguido que me contase nada, ni siquiera sé en cuál.

—Verás, Carol, hay guerras... y guerras. Hay guerras conocidas, que son de dominio público, y otras desconocidas, a las que los gobiernos llaman... “intervenciones” —Grace tragó saliva—. Nick estuvo en el Ejército, en un grupo... especial.

—¿Nick pertenece a los SEAL?

—Ése es un grupo conocido, Carol —dijo Grace—. Pero... hay otros grupos, ¿entiendes? Grupos que oficialmente no existen. Mi hijo ha estado en muchos lugares, países de los que nunca nos ha hablado, y ha visto y hecho cosas que nunca nos ha contado. Pero tras la última intervención regresó cambiado. No sabemos qué experiencias vivió, pero volvió siendo un hombre distinto...

—Sus ojos no tenían vida —continuó Nani, al ver brillar las lágrimas en los ojos de su “niña”—. Su piel era una piel ceniza, sus manos estaban temblorosas, su corazón estaba roto, su alma estaba partida. Dondequiera que hubiese estado, allí se quedó una parte de él, un trozo de sí mismo, enterrado para siempre y tan hondo que nadie podía encontrarlo.

—Ni siquiera John Fischer —puntualizó Nina.

—¿Quién es ese? —La curiosidad de Carol daba vueltas de campana.

—¡El de la tele! —dijo Lisa, entrando alegremente en la cocina—. No te imaginas la pinta que Nick tenía en aquella época, Carol, parecía un indigente, con el pelo laaargo, la barba laaarga, ¡y su casa daba asco! Yo me encargué de ponerle el cascabel al gato, porque aquí ninguno se atrevía a decirle que fuese al loquero y...

—¡Chitón! —susurró Nina—. Silencio, que ahí viene.

—¿Cómo lo sabes? —Lisa arrugó el ceño—. Yo no oigo nada.

—Porque le huelo, igual que a ti.

Con el torso de gladiador desnudo, en pantalón de pijama, los ojos llenos de sueño y el pelo revuelto, era lo más hermoso que Carol hubiese visto nunca. Se le aceleró el corazón sólo con mirarlo, y cuando sus labios la buscaron y dejaron sobre su boca el beso más dulce, no pudo evitarlo y, olvidando el elenco de mujeres que les rodeaban, tomó su cara entre las manos y le besó con todo su amor, abrazándose a su cuerpo, a su fuerza, a su calor. ¿Cómo iba a renunciar a aquello? Se fundieron en un abrazo, hasta que Nina, ya enfadada, rompió la magia del momento.

—¿Quieres huevos revueltos o no quieres huevos revueltos? ¡No te lo pregunto más veces!

Casi veinticuatro horas más tarde, un cataclismo sobrevoló la mansión McCarthy.

Las cinco de la mañana, hora en que en España están despiertos los panaderos, repartidores de prensa, taxistas y servicios de emergencia mientras el resto de los mortales está en brazos de Morfeo, fue la hora elegida por Patrick para emprender su ofensiva. Conocedor como era de las rutinas de aquella casa, sabía que a aquellas horas sólo el cabeza de familia estaría ya en pie, trabajando en su despacho, y hacia allí se encaminó aquel decisivo día, perfectamente duchado y vestido para la contienda, con el alma en un puño y el corazón acelerado.

Carol y Nick, que dormían plácidamente recuperándose de una noche de pasión que les había dejado exhaustos, se despertaron al oír los gritos procedentes del piso inferior, y en camisón y pantalón de pijama respectivamente bajaron con rapidez, cruzándose en el vestíbulo con el mayordomo, quien les miró con cara de espanto al tiempo que alzaba los hombros, confuso. En el salón amarillo encontraron a Grace y Maggie, ambas en camisón, pero con bata, y a Charles, el único que estaba presentable a aquellas horas y que, con un café en la mano, les miró divertido; tenía en los ojos ese brillo del que vuelve de parranda.

—¿Pero qué demonios pasa?! —preguntó Nick.

—¡Patrick lo ha hecho, Nick! —dijo Maggie, un poco pálida.

—No creí que se atreviese —susurró Grace, retorciendo las manos sobre el

regazo.

—¡Lleva años diciéndolo, mamá! —le dijo Maggie, con rabia—. ¡Sólo era cuestión de tiempo!

—¿Hacer, el qué? —exclamó Nick, abriendo las manos, provocando en su hermano una risa traviesa—. ¿Y tú de qué te ríes si puede saberse?

Los gritos procedentes del despacho indicaron que Patrick estaba perdiendo la batalla, y cuando el patriarca abandonó el campo que él había delimitado y salió en busca de refuerzos, supo que estaba perdido. El padre entró en el salón como un torbellino, como un volcán en plena erupción, como un tsunami devastador.

—Papá, por favor, escúchame —suplicaba Patrick tras él, con la cara desencajada y la frente perlada de sudor.

—¡Ya te he escuchado y lo que he oído son sandeces!

—Tienes... tienes que comprenderlo.

—¡Pero qué demonios voy a comprender! —bramó aquel portento de la naturaleza, sirviéndose un whisky doble en pleno amanecer—. ¡No lo comprenderé por mucho que me lo expliques, porque es incomprendible! ¡Tú has perdido el juicio!

—Pero papá...

—¡No se puede tirar todo por la borda, es una barbaridad, un sinsentido, una aberración!

A Carol, la palabra *aberración* le supuso algunos recuerdos, pero los apartó rápidamente de su cabeza; aquello requería de toda su concentración.

—No soy feliz ejerciendo como abogado —dijo, con desesperación—. ¡El Derecho no es lo mío, nunca lo ha sido y nunca lo será!

—¡Nick, tú siempre has sabido tratar a tus hermanos mejor que yo! ¡Explícaselo tú!

—¡No le metas a él en esto, no es asunto suyo!

—¡Oh, sí, ya lo creo que lo es! —Una sonrisa maquiavélica iluminó su rostro—. ¿Quién crees que movió los hilos para que entrases a trabajar en el mejor bufete de la ciudad? ¡Cuéntaselo a él, Patrick, cuéntale a él que lo tiras todo por la borda, que los esfuerzos que hemos hecho contigo han sido inútiles, que toda nuestra inversión se va al garete! ¡Cuéntaselo! ¡Nick, todo tuyo!

El padre salió del salón amarillo con la misma furia con que había llegado, cruzándose en el umbral con las Nanis, Carol tuvo que hacer esfuerzos titánicos para no estallar en carcajadas; con los camisones blancos

inmaculados —que no parecían venir de la cama—, las cabezas llenas de rulos de colores, y sobre los hombros unas mañanitas blancas... sólo les faltaban las alas para ser dos auténticos ángeles.

Nick se acercó a los grandes ventanales. Con las manos en las caderas parecía un auténtico gladiador en posición de ataque. Carol le observó con una mezcla de orgullo y admiración. Era lo más parecido a la perfección que hubiese visto nunca. Se recreó en aquel cuerpo, sintiendo en su estómago el revoloteo alocado de las mariposas y en su vientre el calor que su sola visión le provocaba. Cuando se giró y los incipientes rayos de sol se reflejaron en sus ojos, pudo ver en ellos lo que más le gustaba: su furia, su rabia. Sí, Nick estaba lleno de rabia, y ella había comenzado a comprender el porqué, pero, al contrario que a Patrick, su fiereza no le asustaba, en ella estaba toda su esencia, todo su dolor, en ella habitaba su alma.

—Siento decepcionaros, Nick, lo siento de veras —dijo Patrick, desinflándose como un globo—. Pero el Derecho no es lo mío.

—¿Y has tardado todo este tiempo en darte cuenta?!

—Mejor darse cuenta tarde que nunca —intervino Charles—. ¿No crees?

—Y no tienes que seguir con ello si no te gusta —dijo Maggie, enfadada—. ¡Eres mayor de edad, puedes hacer lo que te plazca!

—¿Y se puede saber qué es lo tuyo, Patrick? —Lo que le miraban eran dos piedras de carbón incandescente.

—... El dibujo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó aquel monumento de hombre, provocando en Carol un regocijo.

—Siempre me ha gustado y lo sabéis. De pequeño me pasaba el día dibujando y lo he seguido haciendo, y soy bueno, soy muy bueno en ello. Les he enseñado mis dibujos a algunos profesores de Bellas Artes y me han animado a seguir, dicen que tengo talento, que tengo un gran potencial... ¡A Carol le gustaron mucho cuando se los enseñé!

La última frase provocó un terrible vuelco en el estómago de Carol. Por el rabillo del ojo vio acercarse la sombra del hombre que le había robado el corazón. Alzó la cabeza y le obsequió con una pequeña sonrisa.

—¡Nick, tengo que intentarlo! —Patrick, dejándose llevar por la pasión, cogió carrerilla—. Siento de veras no cumplir con vuestras expectativas, lo siento de todo corazón, pero no soporto el Derecho, es superior a mis fuerzas. ¡Es tedioso, aburrido, insulso, me quita la energía y las ganas de vivir! ¡No me gusta y nunca me ha gustado!

—¡Joder! ¿Y por qué lo empezaste?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Maggie sin poder contenerse—. ¿Acaso no recuerdas la charla que le dio papá? Porque yo la recuerdo perfectamente, hasta yo me planteé si debía empezar a estudiarlo.

Carol no pudo evitar que se le escapase una risa.

—A mí... nadie me preguntó si quería ser banquero.

Todos los ojos se posaron sobre Charles, que miraba concentrado su taza.

—¡No digas chorradas, Charles! —dijo Nick, sacudiendo la cabeza—. ¡Tú has manejado con maestría los números desde pequeño!

—Sí... Pero nadie me preguntó si quería ser banquero.

—¡Así que te gusta pintar! —exclamó Nick, volviendo a la carga, sin hacer caso de la hilaridad que salía por la boca de Carol cuando Charles le dedicó un pequeño guiño—. ¡Pintar! ¡Joder! ¡Pintar!

—Me apasiona la pintura, no te imaginas cómo me gusta. He hecho una exposición en la galería de una amiga y los cuadros han gustado mucho.

—¿Has vendido alguno?

—No, pero...

—¡Joder!

Le dejó con la palabra en la boca y, siguiendo la estela de su padre, se preparó una copa. Patrick dio la batalla por perdida, enterró la cara entre las manos con desesperación y suspiró profundamente. Las Nanis siguieron silenciosas. Maggie apretó los dientes. Fue entonces cuando Carol se fijó en Grace: callada, quieta, comedida, digna, entera... Aquella mujer estaba presenciando cómo su hijo luchaba con uñas y dientes por alcanzar su sueño, y ella no movía un dedo para ayudarlo. Recordó las palabras del Armario: “El maltratador te anula, te aniquila, destruye tu autoestima, desintegra tu voluntad, borra tus sueños; sin matarte te quita la vida”. ¿Tan lejos había llegado el sometimiento del patriarca? Recordó también las palabras de Jaime: “La mejor manera de evitar que un prisionero escape, es asegurarse de que nunca sepa que está en prisión”. ¡Oh, sí, aquello era lo suficientemente retorcido como para que su suegro lo hubiese puesto en práctica! Se sulfuró por dentro, pero sabedora de que no se deben apagar fuegos con gasolina, contuvo su rabia y dejó que su instinto amoroso la guiase en aquella tierra desconocida.

Se acercó a aquel cuerpo y aquella mente que la tenían enamorada, rodeó su cintura y se pegó a su espalda, tan dura, tan caliente, escuchando los latidos de su corazón y el suspiro que subió por su garganta. Nick se terminó

la copa de golpe y se giró en sus brazos, tomó su cara entre las manos y con el ceño fruncido la miró como lo que era en aquel momento: el auténtico enemigo a abatir. Carol sonrió a aquellos ojos negros, pero cuando abrió la boca, un dedo se posó sobre sus labios.

—No se te ocurra decir ni una palabra —dijo, negando lentamente—. Porque no hace ninguna falta. Sé perfectamente lo que saldrá por tu boca si la abres... Me dirás que trabajar en lo que a uno no le gusta es una condena... Que sentir amor hacia el trabajo es, además de un placer, un lujo... Y que no tengo derecho a decidir sobre la vida de los demás, sí, eso seguro que también me lo dirás, entre otras muchas cosas.

Las manos de Carol acariciaron lentamente su cintura, y su boca dejó sobre su pecho su beso más amoroso. Le regaló una última caricia y salió del salón con toda la dignidad que había en su cuerpo, y que en aquel momento era mucha, pues Nick había presentado rendición ante su bandera —la bandera del amor— y doblegar a las todopoderosas fuerzas americanas produce una satisfacción difícil de explicar.

Las Nanis salieron tras ella. Charles dejó escapar una risa divertida. Maggie se relajó en su asiento y encendió un cigarrillo. Y Grace miró a unos y a otros buscando respuesta a su desconcierto.

—Pero... ¿qué va a pasar ahora? —preguntó, confusa.

—Al senador le dará un infarto, Nick —rió Charles—. ¿Cres que podrás lidiar con él?

—Haré lo que pueda —suspiró, meneando la cabeza—. Pero no prometo nada.

—¡Gracias, Nick, gracias! —exclamó Patrick, saltando del sofá y dándole un fuerte abrazo.

—¡Madre mía! —Charles no podía dejar de reír—. ¡Pintor, nada más ni nada menos que pintor!

—Bueno, ¿qué? —preguntó Nina, entrando con mirada brillante y la risa inundando su cara—. Ya está todo resuelto, ¿no? Pues venid a la cocina, tenéis que ver esto.

Y allí, tras las ventanas de la cocina y subidas en uno de los bancos que decoraban el precioso jardín, estaban Carol y María cantando con todas sus fuerzas. Si es que la música tiene un poder inmenso; una canción puede ponerle a uno terriblemente melancólico, como alegrarle el alma y ascenderle a los cielos, y eso le ocurrió a Carol cuando al llegar a la cocina se encontró a María con los cascos puestos y cantando muy bajito una canción de Rocío

Dúrcal. ¡No se pudo resistir! La tomó de la mano y se la llevó, a ella y al reproductor de música, al jardín trasero, donde improvisaron un palco y, dejándose llevar por la maravillosa voz de Rocío, y con inusuales micrófonos en forma de cucharón y espumadera, dieron ante las flores un auténtico concierto, ¡con gritos de mariachi incluidos!

—¡Oh, Señor, Señor! —reía Nina—. ¡Estas latinas!

—Me gusta tu chica, Nick —asintió Nani—. Me gusta mucho.

—Y a mí, Nani, y a mí.

Con una espléndida sonrisa en los labios, Nick cruzó la puerta, cogiéndola entre sus brazos, apretándola contra su pecho y hundiendo la cara en su cuello, dejando sobre su piel los más dulces besos.

—Nick, cariño —le susurró al oído— Necesitamos una ducha... urgentemente.

JAIME:

¿Cómo va la conquista de América?

CAROL:

¡Ay, Jaime! Se está produciendo una auténtica revolución encubierta.

JAIME:

Cuenta, cuenta.

CAROL:

Creo que las reminiscencias de los conquistadores han llegado hasta mí. Soy una mala influencia.

JAIME:

¿Te quieres explicar?

CAROL:

¡Ji, ji, ji! ¿A qué fastidia?

JAIME:

Por favor, cielo, no seas vengativa.

CAROL:

Prométeme que no volverás a hacerlo.

JAIME:

Te lo prometo.

CAROL:

Y que me contarás lo de la cárcel.

JAIME:
¡Ni lo sueñes!

Se le escapó la risa.

Entró en la cocina y encontró tres paquetes de *donuts* de chocolate; aunque las Nanis le tenían declarada la guerra a la bollería industrial, habían hecho una excepción con tal de verla comer, y allí los habían dejado, bien a la vista.

CAROL:
Está bien, transijo. Mi cuñado Patrick se ha rebelado contra el futuro que habían marcado para él y no se le ha ocurrido mejor idea que reclutarme como aliada (aquí lo de las alianzas es algo habitual, Jaime, tenemos mucho que aprender de ellos). Naturalmente, nadie se ha atrevido a decirme nada, pero las miradas que me lanza mi suegro desde entonces, no te las puedo ni describir.

JAIME:
¿Nick se parece a él?

CAROL:
Físicamente son como dos gotas de agua.

JAIME:
¿Y qué tal ha envejecido el senador?

CAROL:
Bien, ese aspecto no me preocupa, el que me preocupa es otro; tiene una amargura que no me gusta nada. Bueno, ya está bien de hablar de mí. ¿Tú cómo estás?

JAIME:
Pues un poco desconcertado con los últimos acontecimientos que se han producido, la verdad, no contaba con ellos.

CAROL:
Déjame adivinar... Tú suegra y Marcos se han liado.

JAIME:
¿Eso sería lo lógico, verdad cariño? Tienen una edad similar, aficiones en común, a los dos les encanta viajar, ninguno tiene pareja... Pero hete aquí que, cuando de amor o atracción física se trata, la lógica no tiene nada que ver. Los ojos de Marcos no buscan los ojos recién operados de mi suegra, sino... los de mi marido.

CAROL:
¡Ay, Dios!

JAIME:
He pillado varias veces al presi mirándole con adoración, así que, no es más que cuestión de tiempo que mi querido Pablo, a quien como tú bien sabes le encanta ser adorado, se deje querer.

CAROL:
¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a hablar con él?

JAIME:

Creo que, en estos casos, hablar sirve de más bien poco, así que, por de pronto, esperaré a ver si la tormenta estalla o pasa de largo, me inclino más por la primera opción, pero le voy a dar al pizpireto de mi marido un voto de confianza, veremos si es capaz de dominar sus ansias y su ego y sienta la cabeza de una vez para siempre. En caso contrario, se la arrancaré de cuajo y jugaré con ella al balón por el pasillo, hasta que el presi suba a quejarse por el ruido, momento que aprovecharé para arrancarle los ojos y jugar con ellos a las canicas.

Agradeció a la providencia que Cristina hubiese regresado ya de Canarias; cuando de llorar se trataba, no había hombro como el suyo, y a Jaime le hacía falta desahogarse con una buena llantina, de esas que Cristina termina convirtiendo en risas. Se terminó el *donut* y el café y salió al jardín a fumar, y allí estaba ella, su suegra, sentada en uno de los bancos, al lado de los rosales anaranjados con los que su vestido hacía juego. Observaba ensimismada cómo lo árboles se mecían al viento del atardecer, en sus ojos vio... *La mirada*, aquella de la que Cristina le había hablado.

—Descubrí la mirada... —había comenzado su relato Cristina con esa voz tan bonita—. Una mañana de primavera en que, vigilando el patio del colegio, me encontré con Catalina Rodríguez, el terror de la escuela, sentada sola en una esquina y mirando concentrada al suelo. Ya había cumplido los siete años, pero seguía en primero, había suspendido muy merecidamente, según su maestro, a quien los padres apoyaban diciendo que no había de dónde sacar. Al verla tan quieta suspiré aliviada, porque cada vez que corre por el patio lo hace como un potrillo desbocado y alguien acaba en la enfermería. Su exceso de energía era algo que nadie comprendía ni sabía canalizar; el Equipo de Orientación ya la había dado por perdida y se había concentrado en otros casos más solucionables. Dentro de la inmovilidad que me transmitía su cuerpo, me llamó la atención su mirada, ensimismada, concentrada en el suelo. La curiosidad me llevó hasta ella y pude ver una fila de hormigas transportando comida hacia su hormiguero. Me enterneció la seriedad con que las miraba; me senté a su lado, saqué del bolsillo de mi bata dos galletas y le di una.

—¿Qué, nena, te gustan las hormigas?

—Son fascinantes —me contestó muy seria.

La palabra me sorprendió, su maestro decía que no tenía vocabulario, que era incapaz de construir una frase. Me dije que, al fin y al cabo, no era más que una palabra, e inconscientemente, volví a preguntar.

—¿Por qué te parecen fascinantes, Cata?

Fue entonces cuando clavó en mis ojos *La mirada*, y al instante supe lo que significaba: “Tengo algo importante que decir. ¿Realmente quieres saberlo o sólo preguntas por preguntar?”

—Me gustaría saberlo —sonreí.

Se metió un trozo de galleta en la boca y lo masticó despacio. Cuando tragó, me miró fijamente y muy seria.

—Me parecen fascinantes porque tienen el cerebro más grande en proporción a su talla... Porque pueden vivir dos semanas bajo el agua... Porque son capaces de levantar cincuenta veces su peso y treinta su volumen... Porque cuando caen intoxicadas, siempre lo hacen hacia la derecha —apoyó su afirmación inclinando la cabeza hacia el lado contrario —... Porque, aunque son conocidas por trabajar en grupo, desarrollan comportamientos egoístas y corruptos como las personas... Porque no tienen pulmones y respiran por unos orificios en los costados que se llaman espiráculo... Porque se comunican entre ellas, pero no con la boca, sino con las feromonas, que son unas señales químicas que emiten sus cuerpos... Porque sus antenas pueden captar todo tipo de olores y por eso llegan tan pronto al azúcar de mi abuela... Porque en Sierra Nevada hay unas que son parásitas, asaltan otros hormigueros y roban a las pupas, convirtiéndolas en sus esclavas —Se metió en la boca el último trozo de galleta y lo masticó deprisa— ¿Entiendes por qué me parecen fascinantes?

Me quedé sin palabras, y pregunté, por preguntar algo.

—Tú... ¿Tú sabes dónde está Sierra Nevada, Cata?

—No tengo ni idea, pero allí había muchos bandoleros. Lo sé porque mi abuela siempre habla de uno muy guapo que se llamaba Curro Jiménez. A lo mejor aprendieron de él. ¿No te parece?

Me levanté del suelo con dificultad y me dirigí como un autómatas hasta el despacho del director, quien me miró con cara de pocos amigos tras su mesa. Me costó trabajo convencerle, pero finalmente Cata fue llevada ante el Equipo Psicopedagógico, quien puso ante ella una batería de preguntas para niños con altas capacidades; sus resultados se salieron del gráfico, y el equipo acabó en la sala de profesores, ante unas tilas, preguntándose cuándo despertarían de semejante sueño.

Aquel día, Carol, comprendí que uno de los principales problemas que existen entre las personas es que no nos tomamos el tiempo necesario para escuchar a los que nos rodean, por eso no les entendemos, por eso no les

comprendemos. Todo el mundo tiene algo que contar, y todo el mundo necesita ser escuchado.

Ella no necesitó preguntar. Se sentó en el banco, encendió un cigarrillo y fumó en silencio.

—Me da miedo que le dejes, porque sé cómo es: igual que su padre. Conociendo al padre, conozco al hijo, y aunque sé que tienen grandes cualidades, soy consciente de sus defectos, defectos que pueden apartarte de él porque tú... tú no eres como yo, tú tienes carácter. —Se colocó el pliegue del vestido, zarandeado por el viento y respiró profundamente, aunque más que un suspiro, sonó a lamento—. Amo a mi esposo con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo mi ser. No concibo la vida sin él, pero he tenido que hacer grandes renunciaciones por estar a su lado.

—¿Qué clase de renunciaciones?

—¿No te lo imaginas? —Sus ojos le regalaron una sonrisa triste—. Patrick lo ha heredado de mí.

—Así que tú también pintas.

—Pintaba...

Los ojos color cielo brillaron, la boca hizo un mohín, las manos se apretaron sobre el regazo y el pecho subió y bajó, acelerado. Una única lágrima salió por sus ojos, era grande, en ella estaba concentrada toda la añoranza.

—Me enamoré de él tan pronto le vi, fue un auténtico flechazo. Lo que tantas veces había leído en las novelas y que no creí pudiese ocurrir en la realidad me ocurrió. Era el hombre con el que siempre había soñado, su presencia, su voz, su olor... todo en él me llenaba. Supe que sería él o ninguno, lo supe en aquel preciso instante la primera vez que le vi, mi corazón me lo dijo, se puso a bailar en mi pecho. En aquella despedida me pidió una cita y me robó un beso, alcancé el cielo, sentí que podía volar si quería hacerlo, nunca me había sentido así, como si el suelo se desintegrara bajo mis pies, como si me hubiesen salido alas. Pero cuando en nuestra primera cita supo que pintaba... me dejó.

—¿Te dejó en la primera cita! —exclamó asombrada— ¡Qué fuerte!

—Mi esposo tiene muy mal concepto de los artistas. En realidad, podría decirse que siente por ellos un odio visceral. No sé qué lo provoca, pero así es. No soporta a los músicos, los escultores, y sobre todo a los pintores; es algo de lo más extraño —suspiró—. Estuvimos separados un año, el más

largo de mi vida, nunca he derramado tantas lágrimas como en aquellos meses; saber que has encontrado al hombre de tus sueños y no poder tenerlo es devastador. Cuando nos volvimos a encontrar, yo ya había tomado una decisión: dejar de pintar. Durante los primeros años de nuestro matrimonio no eché en falta mi pasión, mi vida estaba llena de amor por él y poco a poco comenzó a llenarse de niños, pero cuando ellos comenzaron a crecer y a necesitar me menos, algo se despertó en mi interior, y entonces... bueno, entonces llegó Lisa. Y ahora, ella también se hace mayor, y yo siento que a mi vida le falta algo.

—¿Ha dejado tu marido alguna de sus aficiones por ti? —preguntó con rabia.

—Él... nunca me pidió que lo dejase, lo hice por propia voluntad, por iniciativa propia.

—Ya. Una iniciativa condicionada por sus deseos —sacudió la cabeza—. Mi amiga Cris siempre dice que el amor verdadero se entrega sin condiciones, que cuando se quiere de verdad no se ponen cadenas, sino alas.

—Yo... me he dicho a mí misma que lo hice porque quise, pero en el fondo de mi corazón tengo esa espina clavada.

—¡No me extraña, te obligó a elegir! —resopló—. Bueno, pues creo que ya va siendo hora de que rebeles, que aquí la esclavitud la abolió Lincoln.

—¡Oh, Carol! —rio.

—Tienes que deshacerte de una vez para siempre de esas cadenas, no te combinan bien con la ropa, y a ti te gusta ir bien conjuntada.

—¡Oh, cariño, eres adorable! —Dejó una caricia sobre su rostro—. Pero creo que lo mío ya no tiene remedio. Lo que me preocupa es lo vuestro, temo que Nick pueda llegar a ser tan intransigente como su padre, y eso... eso me da mucho miedo.

—Me obligó a dejar mi trabajo durante un tiempo —dijo pensativa—. Estuve a punto de matarle, pero me contuve, porque sabía que en el fondo tenía razón, no estaba todavía en condiciones de trabajar... También ha intentado contratar a alguien para que nos ayude en casa, ¡pero por el amor de Dios, mi casa tiene treinta y ocho metros cuadrados, ¿para qué necesitamos ayuda?! —Grace estalló en carcajadas—. Pero mi profesión... Creo que le ha quedado muy claro que mi trabajo es mi pasión. Yo no concibo vivir sin trabajar y no renunciaré a ello. Si me quiere de verdad lo aceptará como lo que es, una parte de mí.

—Nena, estás muy callada —dijo Nick, acostándose a su lado—. ¿Qué te pasa?

—Estaba pensando en tu madre.

—¿Por qué? ¿Has tenido algún problema con ella?

—No, al contrario, me gusta, es una mujer muy interesante. Aunque creo que me gustaría más si se soltase la melena.

Nick estalló en risas, tendiéndose sobre su cuerpo.

—¿Lo dices en sentido literal o figurado?

—En ambos. Pero creo que quitarse ese moño será el primer paso.

—Carol, nena... —Sus labios recorrieron su cuello—. No tengo ni la más remota idea de qué me estás hablando.

—No importa, cosas de chicas... ¡Oh, Nicki!

La conversación con Maggie, que así se llamaba realmente la madre de Nick, aunque en su mente siempre sería Grace, le provocó un efecto inesperado: la hizo pasar de la apatía a la hiperactividad, otra señal más de que en su cuerpo las cosas no iban como debían. La energía con la que se levantó aquella mañana guio sus pasos y, ataviada con un sensual picardías, recorrió descalza los pasillos de aquella gran mansión. Retratos familiares le dieron los buenos días a ambos lados del pasillo, provocándole un ligero escalofrío, hasta que llegó a un recoveco en el que encontró lo que buscaba.

—¿Se puede saber qué estás tramando? —La voz de Nick a su espalda la hizo pegar un brinco.

—¡Ay, Nick, qué susto me has dado! ¿Por qué me sigues?

—Nena, creí que te habías vuelto sonámbula.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó, señalando la trampilla del techo.

—Qué va a haber, el desván.

—Quiero verlo —dijo, cogiendo una silla y subiéndose a ella.

—¡Pero qué haces, estate quieta! —gruñó—. Te vas a caer.

De puntillas en la silla estiró el brazo, agarró la manilla de hierro y tiró con decisión de la trampilla, pero ésta no se movió.

—Carol, hace mucho tiempo que nadie sube ahí, estará todo oxidado.

—¡Oh, venga, ayúdame! Quiero echar un vistazo.

Nick agarró con fuerza y tiró; con un profundo chirriar de engranajes la trampilla se abrió y unas escaleras se desplegaron con dificultad ante ellos,

así como una densa nube de polvo.

—¡Vaya! —exclamó Carol—. ¡Es perfecto: una escalera al cielo!

Haciendo caso omiso de las protestas del americano, subió los peldaños para investigar lo que había en la cumbre. Asomó la cabeza a lo desconocido: un amplio desván abuhardillado, con ventanas inclinadas por las que entraba la luz a raudales, y totalmente limpio de trastos; otra gran diferencia con España, donde al desván o trastero va a parar todo aquello que ya no se usa, que nunca se volverá a usar, pero que no se tira... por si acaso.

—¡Esto es perfecto!

—Baja ya. Estas escaleras no son seguras.

—Nick, cariño, voy a necesitar que me ayudes con algunas cositas.

—¿Algunas cositas? —preguntó, ayudándola a bajar y colocando la escalera en su sitio.

—Lo primero... —dijo, encaminándose con decisión por el pasillo—. Tienes que engrasarlas bien. Tienen que funcionar a la perfección.

—Dime qué te traes entre manos.

—¡Oh, Nicki, va a ser genial, ya verás! Lo harás por mí, ¿verdad que sí? Tampoco te estoy pidiendo tanto.

—Al menos dime por qué.

—Le vamos a dar una sorpresa a tu madre, bueno... y a tu padre también.

Cuando Grace dijo que tenía que acudir aquella tarde a su reunión semanal, Carol pensó en Alcohólicos Anónimos, no porque tuviese ninguna sospecha al respecto, sino porque la influencia del cine americano es muy fuerte. Las Nanis la informaron de que “la niña” formaba parte de una de esas asociaciones humanitarias tan de moda entre las americanas de clase alta, y más entonces en que Obama había apología del voluntariado; cosa muy encomiable desde un punto de vista ético y estético, y también desde un punto de vista práctico y económico (¿por qué pagar a la gente por un trabajo que puede hacer gratis?). Tras arrastrar a Nick a un centro comercial en el que se aprovisionó de todo lo necesario, se encaminó a las escaleras rumbo al cielo, lidiando con el refunfuñar de un hombre muy guapo.

—¡Pero vamos a ver! —protestaba una vez más—. Con la cantidad de habitaciones que hay en esta casa, ¿por qué tiene que ser ahí precisamente?

—Porque tu madre necesita un refugio... ¡Una guarida!

—¿Una guarida?

—El desván es el sitio perfecto, Nick, dudo mucho que el estirado de tu padre se digna subir por estas escaleras.

—¡Oh, Señor! —rio—. Así que mi padre es un estirado.

—Bueno, por decirlo de una manera fina —le miró divertida— Nick, reconócelo, tu padre es lo que llamaríamos en España “un señor derecho como un palo”.

Minutos más tarde, cuando se encontraba en pleno proceso de transformación del desván en guarida, y Nick engrasaba y apretaba tornillos...

—¡Nena, hay espías!

—No será tu madre —susurró, asomando la cabeza.

—Somos nosotras, Carol —susurró también Lisa, a su lado Maggie mirándola asombrada— Como las Nanis se enteren de que has subido ahí... ¡Te la cargas!

—¡Venga, arriba, que necesito vuestra ayuda!

Llevadas por la curiosidad, las chicas se encaramaron por primera vez en su vida a las escaleras. Y es que las Nanis, en un intento por evitar peligros innecesarios, les habían hecho creer desde pequeñas que un dragón muy fiero habitaba en el desván. Los años fueron pasando, pero el miedo en sus mentes permaneció inalterable, como le ocurría a Jaime con “el hombre del saco”, del que afirmaba que aún se le aparecía en sueños.

—No lo entiendo —Maggie arrugó el ceño— ¿Por qué mamá nunca nos lo ha contado?

—Creo que es porque le dolía demasiado hablar de ello. Además, erais unos niños y no podíais entenderlo, pero ahora ya sois adultos y podéis apoyarla, porque en esto va a necesitar mucho apoyo.

—Yo no sabía que papá fuese tan intransigente —dijo Lisa.

—Qué bien te expresas, Lisa —sonrió Carol— Además de guapa, eres lista.

—¿Y por qué te lo ha contado a ti? —preguntó Maggie, dolida.

—Porque a veces es más fácil sincerarse con un desconocido que con alguien cercano.

—Claro, por eso Nick nunca nos ha contado su trauma —sentenció Lisa.

Bajaron las escaleras del desván, sintiéndose más unidas que nunca; es lo que tiene compartir un secreto, que te sientes parte integrante de la banda al momento.

Cuando se metió bajo la ducha, todo el polvo acumulado durante años en

lo alto de aquel castillo resbaló lentamente por su cuerpo, tiñendo el agua.

—¡Dios Bendito! —exclamó, asombrada.

—¡Nena! ¿Qué pasa?

Nick entró en el baño a la carrera, temeroso de que el exceso de energía desplegado le estuviese pasando factura.

—¡Nada, Nick, nada! Es que el agua sale negra. Claro, allí arriba había mucho polvo y... Nick, ¿qué haces?... ¡Oh, Nicki, ahora no, que tengo muchas cosas que hacer todavía!... ¡Ohhhh!

Tras la opípara cena, la rama masculina de la familia se quedó en el salón viendo un partido de béisbol. Carol aprovechó para escabullirse al jardín a fumar un cigarrillo. Rodeada de las sombras de la noche, disfrutó de los sonidos nocturnos y de las regañinas de las Nanis a María; su musicalidad la asombró, se mezclaban perfectamente con el sonido ambiente.

—No nos laves la contraria, muchacha —gruñía Nina— La vajilla debe ser bien secada antes de guardarla. Carol... —dijo al verla entrar— ¿Tengo o no tengo razón?

Le dio su beneplácito, naturalmente, primero porque tenía razón, por más que ella hiciera lo mismo que María, y segundo porque nadie en su sano juicio osaría llevarle la contraria a semejantes fuerzas de la naturaleza que, estaba segura, albergaban en sus pequeños cuerpos los mayores conocimientos.

—¿Me podéis recomendar alguna buena peluquería?

—¡Oh, claro, señorita! —exclamó María con alegría— La peluquería de Silvio. ¡Es la mejor!

Tras pedir cita en la que según María era la peluquería más *fashion* de toda la ciudad, salió de la cocina dispuesta a subir a su habitación y reposar un cuerpo que no parecía el suyo.

—¡Carol, espera, espera! —Las gemelas aparecieron tras ella, dando pequeños saltitos.

—Tenemos que decirte algo —dijo Nani, con las mejillas encendidas.

La acercaron suavemente al sofá de piel marrón que el decorador de aquella casa había colocado estratégicamente bajo las curvadas escaleras, seguramente en un arranque de compasión por si alguien, al ver semejante lujo, sufría un síncope. Se sentaron a ambos lados, con una pequeña sonrisa en los labios y estirando con nerviosismo sus almidonados y blancos

delantales.

—¿Qué ocurre?

—Verás, Carol —comenzó Nina— Es que tenemos que contarte una cosa...

—Se trata de Silvio —terminó Nani.

—¿No es un buen peluquero, como ha dicho María?

—¡Oh, sí, sí, sí, por supuesto que sí! —Asintió Nina— Silvio tiene unas manos increíblemente hábiles con las tijeras.

—Hará un buen trabajo —sentenció Nani— Puedes estar tranquila.

—Verás... es que... —dijo Nina— Nani, cuéntaselo tú.

—¿Por qué yo?

—Porque tú cuentas mejor las cosas.

—Ya, claro, y así tú te ahorras el trabajo.

—Que es un piropo, mujer, no te enfades.

—Me queréis decir de qué se trata.

—Está bien, se lo contaré yo —dijo Nani, respirando profundamente— Verás, es que cuando vayas mañana a la peluquería de Silvio, no queremos que te asustes.

—¿Como nos ocurrió a nosotras la primera vez que fuimos!

—¿Se lo cuento yo, o se lo cuentas tú?

Por la mente de Carol comenzaron a desfilar todo tipo de imágenes, desde deformidades física tan terribles que provocaron que su estómago le enviase señales de alarma, hasta un salón de belleza ambientado en el mundo BDSM, esto último culpa de Jaime. Su frente comenzó a perlarse de sudor y sus manos a temblar ligeramente.

—Me... me estáis asustando.

—¡Huy, sí, te has puesto muy pálida! —Nani cogió preocupada su mano y la acarició lentamente— No te asustes, cariño, lo que le ocurre a Silvio no es nada malo.

—Ni contagioso —señaló su gemela.

—Verás, es que Silvio...—susurró Nani— ¡Es mariquita!

Aquellos ojillos marrones mirándola tremendamente abiertos, en los que brillaban chiribitas de luz que danzaban sin ellas saberlo, y que alojaban en su interior la bondad de un mundo entero, la hicieron estallar en una risa incontrolable que sacudió todo su cuerpo. Nick salió del salón como un vendaval al oír lo que creyó llantos descontrolados de su novia, y ellas, las causantes de tanto regocijo, de tanta algarabía, abandonaron la escena

apresuradamente, y raudas y veloces subieron las escaleras; parecían dos angelitos levitando sobre los escalones.

Con su mirada más suplicante e ingenua, Carola asaltó literalmente a su suegra y le pidió que la acompañase a la peluquería, y claro, Grace no pudo negarse, porque Carol era su invitada y ella era americana.

El coche con banderitas las dejó en la puerta, una puerta impresionante que daba acceso a un precioso salón de belleza que le recordó a la casa de Jaime, siempre tan perfecta, como si esperase la visita de un fotógrafo de la revista “Casas con encanto”, preguntándose una vez más por qué la suegra se empeñaba en redecorarla cada vez que los visitaba. Unas estilistas muy sonrientes les dieron la bienvenida a lo que llamaron el mundo de Silvio, aunque el nombre real era “Fashion”. Los ojos de Carol recorrieron con deleite aquel lujoso y sereno espacio que brillaba por su armonía, los de su suegra mostraban la misma emoción que una niña que llega por primera vez a un parque de atracciones.

—Te gusta, ¿eh?

—Es realmente bonita. Hace tantos años que no voy a la peluquería que ya había olvidado lo agradables que son —Pero cuando la estilista se acercó con la bata, su rostro se contrajo y se puso a la defensiva—. ¡Oh, no, yo no!

—¡Oh, sí, tú sí! —dijo Carol con rotundidad, cogiendo la bata y poniéndosela— Nos vamos a poner guapas las dos. Y tú te vas a quitar ese moño que te echa veinte años.

—¡Pero Carol, éste es mi peinado!

—ERA tu peinado. Ya es hora de cambiar.

—¡Oh, Señor! No me extraña que tengas a Nick dominado. ¡Menudo carácter!

En aquel instante apareció el rey del sarao.

Silvio era tal y como Carol se lo había imaginado: guapo, sofisticado, y con una pluma maravillosa que no intentaba esconder. Con un pantalón caqui, una camisa blanca adornada con un precioso fular, el pelo largo, rubio y brillante, y una elegancia natural, se presentó con las tijeras en la mano, como si de una prolongación de su cuerpo se trataran. Se paseó entre las clientas con una sonrisa en los labios, hasta que sus ojos se posaron sobre el moño de Grace. Su suegra, que en aquel momento tenía más cara de suegra que nunca, miró las tijeras como si lo que blandía en el aire fuese un *Magnum*

44.

—¡Huy, huy, huy, ese moño!

—Carol... Carol... —balbució Grace, agarrándose con fuerza a la silla y mirándola con ojos suplicantes.

—No tengas miedo —dijo, acariciando su mano— Me he informado, y Silvio es un artista, igual que tú.

—Gracias, querida —Le dedicó su mejor sonrisa— Las latinas sois adorables, siempre tan sinceras. ¿Y qué vamos a hacer con esta preciosa cabellera?

Tomó en sus manos el moño y lo deshizo en bucles dorados que movió entre sus largos y delgados dedos, mirándolos con ojos brillantes. Carol temió que Grace saliese corriendo, así que apretó su mano para recordarle que estaba allí, que era su invitada, y que no debía hacerle ningún desaire.

—Silvio, necesitamos que le quites veinte años.

—¿Una ocasión especial, querida?

—Muy, muy especial. Tiene que reconquistar a un toro.

—¡Carol! —Su suegra se puso colorada.

—¡Ay, ay, ay, la fiesta nacional de los españoles! —chasqueó la lengua, meneando la cabeza con desazón— Es algo que nunca he podido comprender, queridas, con lo sensibles que son los españoles y matar así a un pobre animalito que no le ha hecho daño a nadie. Pero bueno, de todo tiene que haber en este mundo, ¿verdad?

CAROL:

Estoy en la peluquería más bonita que hayas visto nunca. Como para muestra un botón...

Le envió una foto de los lavacabezas.

JAIME:

Es de un gay, ¿verdad?

CAROL:

Tenéis algo especial con la decoración.

JAIME:

Pues hablando de decoración... ¿Te acuerdas de aquella lámpara de cristal de Bohemia que compramos en París?

CAROL:

¡Calla, ni me lo recuerdes!

Jaime se había enamorado de ella en cuanto la vio, y no les dio mas que disgustos. Empaquetarla había sido toda una odisea, pero lo peor ocurrió cuando llegaron al aeropuerto de Madrid; les hicieron un registro que ni a los narcotraficantes más buscados, sólo les faltó desnudarlos, claro que Jaime estaba más contento que unas castañuelas pues el agente que le registraba concienzudamente era un antiguo conocido suyo —Jaime conocía a mucha gente— y las miraditas que el poli le dedicaba le provocaban unos coloretos que ella conocía muy bien, y mejor sabía interpretar.

JAIME:

Pues tranquila, no nos dará problemas nunca más.

CAROL:

¿Qué ha pasado?

JAIME:

Verás, todo ocurrió debido a una casualidad, pero como es un poco largo de explicar, te lo resumo. Salí de casa, pero al cabo de una hora tuve que volver y me los encontré dándose el lote en el cuarto de la plancha.

CAROL:

¡Oh, no!

JAIME:

Espera, que falta lo mejor... Me refugié en la habitación, y mi suegra, que me oyó llorar, allí se presentó para decirme con lágrimas en los ojos: “Cuánto lo siento. De todos los hombres con los que ha estado mi hijo, tú eres el que más me gusta”.

CAROL:

Pero Jaime, hombre, eso es muy bonito.

JAIME:

Sí, precioso... ¡Y si le caigo tan bien, ¿por qué coño me ha tratado siempre como a una mierda?!... ¿Eh? ¿Me lo quieres explicar? Perdí los papeles, cariño... y agarré el Buda.

Acalló una exclamación con la mano. Pablo sentía adoración por aquella figura. La habían comprado en un viaje a la India y estaba bendecida por algún tipo de sacerdote. Él aseguraba que tenía cierto componente mágico, porque desde que lo tenía todo le iba bien, le había traído mucha suerte, por eso lo cuidaba con esmero.

CAROL:

Pero Jaime, hombre, con la devoción que le tiene Pablo al Buda.

JAIME:

¡Que le tenía!... El Buda voló por mi salón directo a su cabeza, pero mi puntería no es muy buena y, enfadado, ya ni veía, además, tengo que reconocer que tiene buenos reflejos. Lo esquivó, pero como un cuerpo en movimiento siempre tiende a seguir en movimiento... El Buda siguió volando hasta estrellarse contra la lámpara... ¡Qué espectáculo!

CAROL:

¡Ay, Dios mío! ¿Y Marcos?

JAIME:

Marcos salió de mi casa con el culo al aire. No volverá a levantarme la voz nunca más en las juntas de vecinos (hay que mirar el lado bueno).

CAROL:

Tenías razón, Jaime. Los que van de rectos, son los más torcidos. ¿Y qué vas a hacer ahora?

JAIME:

¡Pues qué voy a hacer, Carol! Comprar otra lámpara.

La invadió una profunda tristeza, aquello era una estocada en toda regla para su amigo antitaurino. Jaime, que, con cincuenta años, creía haber encontrado por fin al hombre de su vida, del que se había enamorado locamente y con el que había dado el paso del matrimonio, era traicionado una vez más; lo único positivo era que éste no le había desvalijado la cartera, como ocurrió con otro.

Se acercó al sillón que ocupaba su suegra, en el que Silvio, muy previsora y teatralmente, había dado orden de tapar el gran espejo que tenían delante, argumentando que la impresión al ver cómo le quitaban semejante casco de la cabeza podía ser demasiado fuerte para ella, y él no quería espectáculos desagradables en su salón de belleza. El casco había sido sustituido por una preciosa melena rubia que rozaba sus hombros y que enmarcaba su cara perfecta, dándole un aspecto mucho más juvenil. El precioso cabello relucía bajo los focos y se movía con brío en las expertas manos de Silvio, quien siguió dando un toque aquí y allá hasta que se sintió plenamente satisfecho con el resultado y respiró aliviado.

—¡*Voilà!* —exclamó, con una gran sonrisa.

—¡Oh, Silvio, eres genial! —Aplaudió Carol.

—¡Ay, estas latinas, siempre tan efusivas! —rió— ¿Preparada, querida? El toro caerá rendido a tus pies, la corrida será todo un éxito. ¡Oh, vaya! ¿He dicho yo eso? Pido disculpas, me he dejado llevar por la emoción del momento. Vamos allá... ¡Tachán, tachán!

La primera sorpresa en la mansión McCarthy fue para las Nanis, pues si bien las chicas se quedaron asombradas con el nuevo aspecto de su madre, para ellas supuso un auténtico *shock*.

—¡Oh, mi niña, mi niña! —exclamó Nina, echándose las manos a la cabeza.

—¡Mi chiquitina! —sollozó Nani— Estás igual que a los veinte años, cariño. ¡Igual, igual, igual!

La segunda sorpresa era para la protagonista del día, y le aguardaba en el desván, adonde las chicas la llevaron en cuanto consiguieron arrancarla de los brazos de las Nanis, cosa que no resultó fácil. Las escaleras se desplegaron silenciosamente ante sus asombrados ojos; las preciosas cejas, depiladas por Silvio, se alzaron sorprendidas. Las chicas, que no podían con la impaciencia y no querían perderse ninguno de sus gestos, subieron las escaleras deprisa y, como un comité de bienvenida, la esperaron al otro lado de la trampilla. Grace subió los escalones con el ceño fruncido.

—¡Oh, Jesucristo!

Caballetes, lienzos, cajas de pinturas, pinceles... Todo apareció perfectamente desplegado ante sus ojos, esperándola impacientes para dar rienda suelta a su pasión.

—¡¿Pero qué habéis hecho?!

—¡Ha sido Carol! —exclamó Lisa, temerosa de que la cosa se torciese y en lugar de agradecimiento se llevasen una regañina—. ¡Fue idea suya!

—¿Qué te parece mamá? —preguntó Maggie—. ¿Te gusta?

—¡Oh, cariño, me encanta! —Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡Ni se te ocurra llorar! —exclamó Carol, asustada— Como Silvio se entere de que has estropeado su perfecto maquillaje, no te lo perdonará jamás.

La última sorpresa del día fue para los miembros masculinos de la familia. El momento elegido fue la cena, la comida más importante para ellos y que respetaban como si el no hacerlo fuese un sacrilegio. Las féminas fueron las primeras en ocupar sus puestos, ansiosas por ver el impacto que tendría en los caballeros, pero sus expectativas se quedaron cortas, a ello contribuyó que Grace puso su granito de arena, siendo la última en llegar a la mesa, y eligiendo para la ocasión un pantalón —toda una declaración de intenciones— color frambuesa y una camisa blanca de lo más sugerente, todo acompañado de unos zapatos de tacón de aguja con los que caminaba como si hubiese nacido con ellos. Carol la observó asombrada, era una auténtica diosa, aquello era elegancia y belleza. Su nuevo aspecto provocó en los hijos

una gran impresión, pero para el patriarca... fue un auténtico colapso. La copa de vino que sostenía en la mano se escurrió hacia la mesa, derramándose sobre el precioso mantel blanco y provocando en las Nanis una crisis nerviosa que Nina zanjó diciendo que aquello ya no tenía remedio, que las manchas de vino nunca salen y que se había cargado el mantel. Él no escuchó ninguna de sus recriminaciones; sus ojos, brillantes y fascinados, estaban clavados en su mujer. Tampoco se enteró de la comida que pasaba ante sus ojos, de la que se llevaba a la boca pequeñas porciones sin enterarse de lo que metía en ella. Ni siquiera fue consciente de los pares de ojos que estaban clavados en su cara, mirándole extasiados, toda su atención estaba concentrada en aquel cuerpo y aquella cara.

—Come —le susurró Nick a Carol— No estás comiendo nada.

—¡Ay, Nicki! Si es que esto es muy emocionante.

—¿Nicki! —Charles estalló en carcajadas— Por el amor de Dios, nos lo tenía prohibido terminantemente cuando éramos pequeños.

—Bajo amenaza de pena de muerte —remató Patrick, haciendo reír a las Nanis.

—¡Oh! Lo siento cariño —dijo Carol, preocupada— No sabía que te molestaba.

—No me molesta, nena —susurró, dándole un beso— Viniendo de ti... todo me agrada.

Tomó su mano, que reposaba sobre su pierna, y se la llevó a los labios, dándole un beso tan fuerte y tan sensual, que la estremeció, pero cuando la giró y comenzó a besar su muñeca, a punto estuvo de producirse un cataclismo en aquella mesa. Durante unos segundos que le parecieron interminables, y mientras el puré de patatas pasaba de mano en mano, las extrañas terminaciones nerviosas que habitaban en esa parte de su cuerpo, enviaron desafortunados mensajes sexuales en todas direcciones, sólo el recuerdo de la vitrina con armas de fuego que el patriarca tenía en el despacho, la mantuvo pegada a la silla; no le apetecía que hiciese tiro al blanco con la española loca que le había robado el corazón a su primogénito.

—Nick. ¿Me vas a decir qué te hace tanta gracia? —le preguntó cuando se desnudaban; tenía una sonrisa de lo más traviesa.

—Que al fin lo he descubierto.

—¿El qué?

—Tu lugar más erógeno —Una amplia sonrisa iluminó su cara— Ese que todos tenemos y que en ti aún no había descubierto.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es si puede saberse?

Nick dejó caer la camisa al suelo y se acercó lentamente, la sonrisa de sus labios era cautivadora y el brillo de sus ojos hipnotizante. Acarició sus hombros, dejando sobre ellos un montón de besos. La tendió sobre la cama y la cubrió con su cuerpo, tomó sus manos y las colocó sobre sus mejillas y comenzó a mover la cabeza de lado a lado, dejando sobre sus muñecas besos acumulados. Cuando comenzó a mordisquearlas y lamerlas, Carol ya perdió todo atisbo de cordura, todo rastro de dignidad, cerró los ojos y comenzó a hiperventilar.

—¡Ay, Dios mío!

¡Aquello era terrible! Era la primera vez que un hombre lo descubría y se sentía desarmada y asustada; tenía sobre ella todo el poder, todo el control sexual. Devoró su boca con desesperación, perdiéndose en su interior tan húmedo, tan caliente, retorciéndose de deseo bajo su cuerpo, quería sentirle, necesitaba sentirle, quería tenerle, necesitaba tenerle.

—¡Nick, mi amor!

—¿Qué? —sonrió, acercando su miembro a su entrada y acariciándola despacio.

La sonrisa traviesa de sus labios la excitó aún más, y cuando le inmovilizó las manos y recorrió sus muñecas con los pulgares, sintió que se perdía en otro universo, un universo incandescente que la quemaba, lleno de fuego, lleno de pasión, un lugar bermellón que no había visto ni en sueños. Aún no la había tomado, y sintió que podía correrse.

—¡Ohhhh, Nick!

—Sí, amor —susurró en su boca, invadiéndola por fin.

La penetró con fuerza, se llevó una muñeca a la boca y la chupó. Sus caderas la tomaron y el fuego se desató en su vientre, salvaje, desenfrenado, estallando en un orgasmo que la atravesó, como su miembro, que la sacudió, como su olor, que la liberó del fuego abrasador que sentía dentro, mostrándole las estrellas más brillantes del firmamento.

—Nena, ¿por qué no me lo dijiste? —susurró, recreándose en la humedad que le entregaba su cuerpo— ¿Hay algún otro lugar que yo deba conocer?

Bajaba los escalones de las preciosas escaleras curvas, cuando éstos comenzaron a moverse ante sus ojos cual puente colgante. Todo cuanto la rodeaba parecía estar envuelto en una leve bruma. Los sonidos de la casa le llegaban amortiguados, produciendo en sus oídos un extraño zumbido. Sacudió la cabeza, intentando deshacerse de aquella sensación de irrealidad, pero al llegar al último escalón, todo le daba vueltas.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró. Se sentó y apoyó la cabeza sobre las rodillas, sintiéndose más Escarlata que nunca.

—Carol... Carol...

Alzó la cabeza y fijó su mirada difusa en él. Ante ella estaba el patriarca, mirándola con el ceño fruncido. Verle era como ver a Nick en el futuro: la misma constitución física, el mismo andar, la misma voz, la misma forma de mirar, claro que los ojos eran distintos. Achicó los suyos. Antes de pensar mal de su suegra debía revisar sus conocimientos sobre genética. ¿Por qué tendría aquella tendencia a pensar mal de Grace? ¿Tal vez porque la perfección no existe?

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué?... Sí, sí, estoy bien.

—Te preguntaba si mi esposa ya ha llegado a casa.

—Sí, sí, está en casa —asintió, levantándose y dedicándole su mejor sonrisa, esa que guardaba para ocasiones especiales—. Está arriba, en su estudio.

—¿Dónde?

—En su estudio... en el desván.

Las Nanis la recibieron en la cocina expectantes, y sin contemplaciones ni remordimientos las tres pegaron la oreja a la puerta. Tuvieron que esperar un buen rato, el tiempo que él tardó en decidir si subía para investigar o si daba por hecho que la novia española de su hijo estaba chiflada. La curiosidad pudo más que su dudoso equilibrio emocional, y hacia la guarida se encaminó. De lo que ocurrió a continuación no se enteró muy bien de todo, pues la discusión comenzó en inglés y, aunque contó con la inestimable

colaboración de las Nanis en un principio, y de las chicas después, la traducción simultánea no era lo suyo. El patriarca bajó las escaleras maldiciendo y bufando como un auténtico toro bravo, si Jaime pudiese verle diría —a pesar de ser antitaurino— que pertenecía por derecho a los Vitorinos; lo que bajó por aquellos escalones era pura raza. Despachó con cajas destempladas al mayordomo que acudió al oír los gritos, abrió las grandes puertas del salón y entró en él como toro entra en la plaza; el mueble de las bebidas tembló en cuanto le vio. Grace siguió la estela de la bestia y entró en el salón, pero, en consideración hacia las oyentes que seguían el desenlace desde la cocina, dejó las puertas abiertas. En aquel momento, las chicas llegaron a casa, ¡muy inoportunas! Pero en cuanto percibieron la situación, se lanzaron hacia la cocina, Carol no tuvo tiempo de apartarse de la puerta, con la consiguiente carcajada de Nina. Lo que comenzó siendo una fuerte discusión se convirtió en batalla campal. A medida que el volumen de la voz del patriarca comenzaba a subir, Grace, llevada por la rabia, se fue pasando paulatinamente al español, lo cual facilitó mucho el seguimiento de lo que Nina llamaría posteriormente: “Acontecimiento del año en la familia McCarthy”. Carol rezó para que Nick y sus hermanos no apareciesen en aquel momento, pues el patriarca, fiel a su costumbre anglosajona, les reclutaría de inmediato como aliados, y aquella era una contienda sólo de dos.

—¡Sabes lo que pienso de ello! —bramó él con su profundo vozarrón, tomándose la copa de golpe—. ¡Lo sabes perfectamente!

—Lo sé —contestó ella con voz pausada, pero tan firme como la de él—. Y a pesar de no comprenderlo, siempre lo he respetado, hasta ahora.

—¡No hay nada que comprender, y no hay nada más que hablar! —vociferó—. ¡Espero que lo desmontes de inmediato!

—No.

Un simple monosílabo puede desestabilizar los cimientos de una nación. Así lo pensó Carol cuando aquel sonido cruzó el gran recibidor, atravesó la puerta de la cocina y entró por sus oídos. Las cinco mujeres que seguían el desarrollo de la batalla, esbozaron una gran sonrisa, todas mantuvieron el tipo, excepto Nina, a quien le dio la risa floja; el movimiento de su cuerpo le recordó aquellas pelotas saltarinas con las que jugaba de pequeña.

—¿Qué has dicho?!

—He dicho que no.

—¡No me echas un pulso, querida, no me lo echas!

—Esto no es una cuestión de fuerza, sino de respeto.

La admiración comenzó a nacer en el corazón de Carol. La mujer sumisa y contenida poseía una fuerza que ni ella misma conocía, y la sacó de golpe, como quien saca un cuchillo, y ante semejante toro bravo no se achicó, y lo que es más importante, su mente se mostró completamente lúcida; otra gran diferencia con los españoles, que en cuanto nos sulfuramos ya no sabemos ni lo que decimos.

—¡No permitiré esto en mi casa!

—Esta también es mi casa. Te lo recuerdo por si lo has olvidado.

—¡Pero yo pago las facturas!

¡Se acababa de desatar la tercera guerra mundial!

Las Nanis pegaron un brinco con total sincronización y se lanzaron hacia el recibidor dispuestas a despedazar al que osaba humillar a su niña. Las chicas tuvieron que echar mano de toda su fuerza física para impedirselo, cosa que no fue fácil, ¡con lo pequeñas que eran y la fuerza que tenían!

—¿CÓMO HAS DICHO?

La voz de Grace retumbó en la mansión como lo haría el estallido de un cóctel molotov. Aquel tono era desconocido, y fue tal el impacto que produjo en su marido que éste dio un paso atrás, mirándola como si no la conociese, como si nunca la hubiese visto. Sus ojos azules echaban chispas, las venas de su cuello amenazaban con abrirse, Carol recordó las palabras de Cristina: “A los sentimientos hay que darles salida, porque si no se convierten en cargas explosivas que al más mínimo roce estallan y te desestabilizan”.

—Yo... bueno... —balbució él—. Ya sabes lo que quiero decir.

—¡No, no lo sé! ¡Explícamelo!

—Bueno, yo... lo siento, querida, lo siento, ha sido un comentario desafortunado.

—¡¿Un comentario desafortunado?!

—Lo lamento de veras —dijo, pasándose la mano por el pelo con desazón—. No sé por qué he dicho semejante cosa, sabes que siempre he valorado tu trabajo en esta casa, tu esfuerzo para con la familia, tu entrega a los chicos, tus actividades solidarias...

—¡¿Y mis renunciadas?!

—¿Qué?

—¡Mis renunciadas! ¡¿Las has valorado?!

—¿Qué renunciadas?

La furia femenina del Nuevo Continente tomó el mando de la situación,

hinchó el pecho, achicó los ojos, sacudió su estrenada melena y dio un paso al frente, haciéndole retroceder de nuevo, sólo le faltó agarrarle por la pechera.

—¡Renuncié a la pintura por TI, por amor a TI, por formar una familia CONTIGO! —Su dedo impactó tres veces sobre aquel pecho que tanto amaba—. ¡Nunca lo has valorado, ni me lo has agradecido, porque ni siquiera eres capaz de reconocerlo! ¡No has respetado esa parte de mí, y esa parte es tan importante como las demás, es lo que soy, lo que siento, algo que tengo dentro y que quiere salir, y no hay ningún motivo para que no lo haga!

—¡No en mi casa!

—¡Dame un motivo!

—¡Porque no!

—¡Dime por qué!

—¡Porque no!

—¡Esa no es una respuesta! ¡Quiero saber el porqué, y hasta que no me des una respuesta convincente y con fundamento, mi estudio seguirá donde está y yo entraré y saldré de él cuando me plazca, porque ésta también es mi casa! ¡Y si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta!

Abandonó el salón amarillo siendo más Grace que nunca: la espalda recta, la cabeza altiva, el paso firme, los puños apretado, la mandíbula contraída. En el recibidor se cruzó con sus hijos varones, convertidos en estatuas de piedra, les dirigió una mirada tan glacial como la que le había dedicado a su marido, y se dirigió a la cocina, donde fue recibida como lo que era, ¡una heroína! Carol se apartó a tiempo de la puerta, pero Nina no estuvo tan rápida y terminó rodando por el suelo como una pelusilla. Aquello fue todo un espectáculo, hasta que cesó el momento de confusión y Grace recuperó su ser y su compostura; se sentó en uno de los taburetes de la encimera y se vino abajo.

—Tenemos que desmontarlo —suspiró, meneando la cabeza.

—¡Ni hablar! —exclamó Nina—. ¡De eso nada! ¡Por encima de mi cadáver!

Ver a aquella mujer tan pequeñita, tan gordita y tan enfadada, dando golpes de rabia sobre una encimera a la que casi no llegaba, fue demasiado para ellas, y toda la tensión acumulada salió en forma de hilaridad, risas que llegaron hasta el salón amarillo donde los hijos intentaban serenar los ánimos del patriarca y que no hicieron sino aumentar el enfado que allí sobrevolaba.

CAROL:

¡Ay, Jaime, en cualquier momento puedo regresar a España, pero no me va a hacer falta el avión! He provocado una auténtica crisis entre mis suegros.

JAIME:

Tranquila, cariño. Recogeré tus trocitos en el mismo recogedor en el que estoy juntando los míos. ¡Pablo se ha ido!

CAROL:

¿Habéis roto?

JAIME:

Más bien, le he echado. Si quiere darse un revolcón con otro, al menos que no sea en mi casa, en mis narices.

CAROL:

Lo siento tanto, Jaime. Piensa en el lado positivo: te has deshecho de la bruja.

JAIME:

¡Ay, Carol, Carol!

CAROL:

¿Aún sigue ahí?

JAIME:

Está convaleciente, cariño. ¡Cómo voy a echarla! Además, no te imaginas qué bien sabe escuchar. No te digo más que estoy haciendo terapia con ella.

CAROL:

¿Has bebido?

JAIME:

¡Ji, ji, ji! ¡Qué bien me conoces!... Aquí estamos los dos en el sofá, mano a mano, con una botella de whisky en medio y yo contándole a mi suegra lo cabrón que es su hijo. Como diría Cris: la vida a veces tiene cada cosa.

CAROL:

Cambia de aires, Jaime. Vente a América, yo te ayudo con el pasaje.

JAIME:

Gracias, corazón, pero no puedo. Tengo que sumergirme en la tristeza y abandonarme a ella, para poder coger impulso y volver a levantar cabeza.

CAROL:

No me digas más. ¡Has hablado con Patricio!

JAIME:

¡Hay que ver qué bien amueblada tiene la cabeza ese hombre, Carol! “Huir no es la solución, los problemas no desaparecen, afróntalos, no te los eches a la espalda o con el tiempo te pesarán más”.

Además, ya que la vida me brinda este inusitado paño de lágrimas que tengo a mi lado, voy a aprovecharlo. ¿Sabías que conoció al Che?

*CAROL:
¿A quién?*

*JAIME:
El Che, cariño, el Che.*

*CAROL:
¿Qué Che, Che Guevara?*

*JAIME:
El mismo.*

*CAROL:
¡Venga ya, Jaime!*

*JAIME:
¡Como lo oyes! Y no solamente eso, dice que tuvo un affaire con un amigo suyo.*

*CAROL:
Quítale el whisky.*

*JAIME:
¡Ji, ji, ji! ¡De eso nada! Eso de que el alcohol suelta la lengua es cierto, cariño, y yo hasta que me cuente toda la historia no paro. De aquí puede salir un gran artículo, o un libro ¿Quién sabe? ¡Tiene un brillo en los ojos cuando habla de él que esto puede ser mejor que “Cincuenta sombras”!*

—Carol —dijo Lisa, llamando a su puerta—. ¿Puedo pasar?

—Claro, Lisa, pasa.

—¿Estás ocupada? Quería hablar contigo.

—Dime —dijo, dando unos golpecitos sobre la cama—. ¿Qué ocurre?

—Nick no está, ¿verdad? —preguntó, mirando con recelo la puerta del baño cerrada.

—Ha salido con tu padre.

—Bien —dijo con resolución, sentándose a su lado—. Verás, dijiste que a veces es más fácil sincerarse con un extraño que con alguien de tu propia familia, así que he pensado que, aunque tú ya no eres una extraña para mí, lo eres más que ellos, así que tú me lo puedes explicar, porque en ellos no confío.

—¿No confías en tu familia? Pero Lisa...

—Depende de para qué cosas —dijo, abriendo las manos—. Y para esto, no.

—¿Y qué es esto?

Metió la mano en el bolsillo trasero de sus tejanos y sacó un folio doblado.

Carol frunció el ceño y lo cogió con aversión. Desdobló el papel y su cara de preocupación se convirtió en un puro asombro al ver la imagen del miembro de un hombre totalmente erecto.

—¡Ay, Dios!

—Yo también me asusté.

—¿Pero de dónde has sacado esto?

—De mi ordenador, no, ¡me lo tienen saboteado! Patrick le metió no sé qué programa informático que no me permite navegar por internet libremente, y yo necesito saber, ¿entiendes?

—Sí, te entiendo.... —Dobló el folio y lo dejó sobre la cama—. Pero creo que esto deberías hablarlo con tu madre.

—¿Te has vuelto loca? Me metería en un internado. Necesito que me expliques por qué está así. —Su pequeño dedo impactó sobre el folio—. Y también necesito saber cómo se hacen los niños, cómo se hace el amor, y todas esas cosas.

—¿Nadie te lo ha explicado? ¡Caray, pues deberían haberlo hecho! ¿Y el colegio?

—¿Qué le pasa?

—¿No estudiáis el cuerpo humano, la sexualidad?

—Carol... Mi colegio es ultracatólico, ¿no ves que mi padre es conservador? Para ellos el sexo no existe, ¿entiendes? Si pronunciase allí la palabra prohibida me expulsarían de inmediato, ya lo hicieron una vez con una niña.

—¿Y tu madre nunca...? —Lisa resopló—. ¿Y las Nanis, y tu hermana?

—¡No te he dicho que me tienen desinformada! Se creen que sigo siendo un bebé, y ya no lo soy, tengo once años y necesito saber, no quiero que me pase como a Mary Ann.

—¿Qué le pasa a Mary Ann?

—Está embarazada.

—¡Qué! —Saltó de la cama—. ¡Pero vamos a ver, eso no puede ser!

—Que síiii.

—Pero Mary Ann tiene tu misma edad, no puede estar embarazada, a menos que sea latina y con un desarrollo precoz y...

—¡Qué va, es de Jersey! Pero está embarazada, David le robó un beso en el autobús de la escuela y ella dice que tiene nauseas, así que está

embarazada. Y yo no quiero que me pase lo mismo, Carol, porque Andrew siempre quiere besarme y yo no quiero tener un hijo suyo, tiene gafas.

Tras la escandalera protagonizada por los padres, la mansión se convirtió en improvisado campo de batalla, donde los enemigos en la contienda no se dirigían la palabra, pero lanzaban al aire comentarios mordaces e intercambiaban miradas glaciales cada vez que coincidían en la misma habitación. El ambiente se volvió tan enrarecido, que todo el mundo buscó ocupación fuera de la mansión, en espera de que la tempestad amainase. De la mano de cada uno de los miembros de la familia, excepto del patriarca — que ni osaba mirarla— y de Nick —convertido en su fiel escudero y empeñado en hacerle entrar en razón—, Carol conoció una ciudad que no le apetecía conocer, primero porque ya la había visto, (Google Street View le había mostrado todo cuanto merecía ser enseñado) y segundo, porque aquella mansión ya era un mundo en sí misma. Con Grace visitó el club de campo más elitista, donde conoció al doctor Fischer y su preciosa esposa. Con Patrick recorrió el Museo de Arte Contemporáneo y las mejores galerías de arte, así como la infancia de Nick en divertidas anécdotas que su cuñado no escatimó —un búho no formaba parte de ninguna de ellas—. Con Charles disfrutó de una actuación musical en el teatro, descubriendo que la vena sensible de la familia se la había llevado el segundo hijo varón. Con la saltarina Lisa visitó el Zoológico del Parque Lincoln, donde la sometió a un tercer grado; la niña nada sabía de los búhos, salvo que le daban un poco de miedo. Con las Nanis visitó un centro comercial enorme, y en el que aquellos dos algodones de azúcar se movían con una ligereza pasmosa, además de conocer a todo el mundo: carniceros, pescaderos, panaderos... Todos los “eros” eran conocidos por ellas, y no sólo eso, se sabían la vida y milagros de cada uno de ellos. La vida social de las Nanis fue para Carol todo un descubrimiento, así como las diferentes interpretaciones que le dieron al tema de los búhos; de sus cabezas podría salir un *best seller*, su imaginación no tenía límites. Y con Maggie disfrutó de las tiendas más chic en las principales avenidas, del más exclusivo restaurante de moda, además del nutrido grupo de amigos que frecuentaba y cuya heterogeneidad la sorprendió; su cuñada también escondía secretos. Nick, considerando ya que el patriarca había

recuperado su ser y el control sobre sí mismo, tomó el relevo y se convirtió en su Cicerón. De su mano recorrió aquella ciudad donde el viento soplaba con la misma intensidad que en la playa de Carnota, haciendo honor a su nombre: “La ciudad del viento”, aunque lo más sorprendente eran los cambios repentinos en la climatología; aquella tarde el sol dio paso a las nubes, las nubes al viento, y éste a una impresionante tormenta que surgió de repente. En cuestión de minutos, una densa nube gris cubrió el cielo como si de un hongo nuclear se tratara, el viento arreció y los truenos estallaron, asustándola, ¡a ella, acostumbrada a las ciclogénesis de Galicia! Nick estalló en risas al ver su cara, y tiró de su mano hacia la Torre Willis en el mismo instante en que la tormenta comenzaba a descargar. El ascensor acristalado no hizo las delicias de Carol, el vértigo la embargaba, se paró en el piso 103, entonces no le quedó más remedio que abrir los ojos. Nick la llevó hasta una terraza también acristalada con unas impresionantes vistas y a 400 metros de altura.

—¡Virgen Santísima! —exclamó con la boca seca, las piernas le flojeaban—. ¡No lo había más alto!

—Luego podemos dar un paseo en barco y...

—¡Ni lo sueñes!

—Pero nena...

—¡Ya he tenido suficiente, no esperes que me suba a un barco! —No estaba dispuesta a echar los hígados por la boca sólo para poder contar las maravillas que había visto—. ¡Necesito un café!

La cafetería era muy bonita, pero sus vistas la marearon, así que buscó la mesa más alejada de la cristalera, bien pegadita a la pared. ¡Todo le daba vueltas!

—Carol, aún te quedan muchas cosas por ver.

—¡No, no, no, ya lo he visto todo!

Se tomó el primer café como quien toma un antídoto contra la picadura de una serpiente, y pidió el segundo, pero ni toda la cafeína del mundo sería suficiente para serenar su atolondrado estómago, aquello que tenía en su interior era una bomba de relojería, y, por si todo eso no fuese suficiente para desestabilizarla, su mente, su extraña mente policromática decidió darle uno de sus sustos, cuando le mostró entrando por la puerta a un fantasma.

—¡Ay, Virgencita de los Remedios! —suspiró, frotándose la cara—. ¡Tengo que dejar de ver tantas películas!

Pero el fantasma siguió caminando hasta ellos y su perfume les rodeó.

Como un aura brillante que la envolvía, hacía juego con todo, con su porte, con su cara, con su pelo, con todo, excepto con el tono de voz.

—McCarthy, me alegro de verte.

No era una alucinación, era real.

La palidez que había inundado el rostro de Carol se trasladó al de Nick, invadiéndolo como un ejército que todo lo arrasa. Le observó con interés, nunca le había visto tan incómodo, ni siquiera con la aparición de Marian. Se levantó y estrechó la mano que ella le tendía, tenso, en guardia, convertido en un auténtico hombre de piedra.

—Y supongo que tú eres Carol. Es un placer conocerte por fin. Doctora Sheffield.

Se marchó hacia su mesa, bien pegadita a la cristalera, donde un hombre tan impresionante como ella la esperaba.

—¿Quién es?

—Ya ha dejado de llover.

—¿Doctora? ¿Doctora de qué?

—¿Has terminado el café? ¿Nos vamos?

—No, no he terminado el café —dijo, recostándose en el respaldo y observándole atentamente—. ¿Quién es, y por qué nunca me has hablado de ella? ¿Y por qué me conoce?

—No hay nada que decir.

—¿Perdona?

—Hay cosas de las que no quiero hablar.

—Eso ya me lo dijiste en España, que no querías hablar de la guerra, pero dudo que ella estuviese allí... ¿O estuvo allí?

—¡No quiero hablar de ello, Carol!

—Pero yo sí.

—¡Pues yo no! ¡Así que termínate el café y no preguntes!

—¿¿Cómo has dicho?! —Apretó la taza que tenía en las manos—. ¡Repítemelo, porque creo que no te he oído bien, en realidad me parece haber escuchado a tu padre, en vez de a ti!

—¡Ya te lo dije, Carol! ¡Hay cosas de las que no quiero hablar, partes de mi vida que no quiero recordar!

—¡No estás hablando con cualquiera, Nick, estás hablando conmigo, de quien sabes todo lo que hay que saber, y yo también tengo derecho a saber!

—¡Pues lamento mucho no satisfacer tu curiosidad! ¡No quiero hablar de ello, y punto!

—¡Oh, no, te equivocas! ¡A mí no cierras la boca así como así! ¡Yo no soy como tu madre, que se ha achicado siempre ante el gallito de tu padre, así que no esperes de mí sumisión porque no la tengo, porque no la quiero y porque no me da la gana! ¡¿Te ha quedado claro o te lo repito más alto?!

Aquella noche no hubo caricias, no hubo besos, no hubo sexo. Las bocas se mantuvieron cerradas y los cuerpos inertes, pero no así las mentes. El viento continuó soplando durante toda la noche y, tras una pequeña tregua de madrugada, volvió a soplar y no paró en toda la jornada.

La hiperactividad que Carol había desplegado los últimos días se transformó en apatía, que la mantuvo en la habitación todo el día, escondiendo su desazón entre las páginas de un libro, el último libro de Cristina.

El bosque de los jabalíes

*S*alió de la casa a escondidas y caminó a tientas, adentrándose en los páramos, cuando el sol comenzaba a asomar tras la montaña. Con los primeros rayos asomando en el azul firmamento, penetró en el bosque de los jabalíes por el camino que ya había hecho. Ninguna advertencia había conseguido frenarla, pues allí habitaban las hadas a las que cada noche imploraba que vinieran a rescatarla, que la salvaran de aquel infierno, y ahora que por fin la habían escuchado, tenía que agradecerse. ELLA vendría a buscarla, ELLA, un hada buena. Pero aquella madrugada de primavera no halló en el bosque a las hadas, ni tampoco a los duendes, a quien sí halló fue al hijo de la tierra, al hombre de fuego en el pelo, aquel del que hablaba la vieja, la que decían que estaba loca, la que entendía de sortilegios, de magia blanca y de magia negra. Le encontró a los pies de la cascada, sentado sobre la gran losa, tallando con una navaja un trozo de madera.

La niña se acercó despacio, y despacio se sentó a su vera.

—Dicen que no existes —dijo, ladeando la cabeza—. Pero yo te veo.

—Tampoco el dolor se ve, y existe. Igual que el amor, igual que el miedo.

—Ella... —titubeó—. Ella tiene mucho miedo.

—¿A qué le tiene miedo?

—A las cadenas que un hombre le ha puesto.

—Las cadenas no son buenas.
—No sabe cómo deshacerse de ellas.
—Sólo hay una forma de librarse de las cadenas... rompiéndolas.
—¡Pero ella no tiene fuerzas! ¿Cómo va a hacerlo?
—Hay muchos tipos de fuerzas. Unas están en los brazos, otras en las piernas, otras en las espaldas, pero las más importantes... están en la cabeza.
—¿Crees que debo ir con ella?
—¿Será buena para ti?
—Claro. Lo que no sé... es si yo seré buena para ella.
—Tú eres buena para cualquiera que te tenga cerca.
—Mis tíos dicen que no lo soy, que tengo alma de bruja, no de princesa.
—Eso es porque no saben mirar. Yo te veo blanca, no negra.
—Ella tiene heridas, como tú, pero no creo que le sirvan los ungüentos de la vieja.
—La vieja sabe lo que hace, aunque digan que ya no tiene cabeza.
—Me gustaría traerla aquí... para que te conozca.
—¿Por qué? ¿Acaso le gustan las almas en pena?
—Quiero que te haga reír —sonrió tímidamente—. Porque cada vez que habla, el corazón se te alegra.
—La risa escapó de mi cuerpo hace mucho tiempo. No creo que ella pueda traerla.
—¡Oh, sí, sí que puede, no te imaginas lo divertida que es, con ella no existen las penas! —Se levantó, regalándole una sonrisa traviesa—. Tiene el pelo como tú, lleno de polvo de estrellas, cuando lo nueve es como si el firmamento estrellado hubiese bajado para posarse en su cabeza.
—¿Es un hada, tal vez?
—Yo creo que es una princesa.

Con la caída de la tarde cerró el libro y dejó que las lágrimas que inundaban sus ojos saliesen libremente. En su alma había tanta añoranza, tanta pena. Deseó volver a su casa, ver a sus amigos, regresar a su tierra, recorrer su parque con sus caminos y sus veredas, volver a la casa de la abuela, oler los aromas de su infancia, bajar a la playa, pisar la arena... La angustia revolvió su cuerpo una vez más, su estómago dio una y mil vueltas, hasta que la llevó al cuarto de baño donde vomitó su tristeza. Allí estaba de nuevo el desconcierto recorriendo sus venas, allí el final del camino, tan lejos

de su tierra. ¿Por qué la vida era tan embustera? Te mostraba la alegría y te regalaba la pena; la espada de Damocles había caído sobre ella.

Se lavó la cara y los dientes y bajó a la cocina en busca de cafeína, su eterna compañera, pero se encontró a las Nanis ante la puerta del salón, pegando la oreja.

—¿Algo pasa! —susurró Nina, llevándose el dedo a los labios.

—Bueno —dijo el padre—. Pues no sé de qué os extrañáis, la verdad. Esto era algo que se veía venir.

—¿Joder! —exclamó Nick—. ¿Pues yo no me lo esperaba, papá!

—¿Pero es definitivo, Nick? —preguntó Charles.

—Lo es. ¡Seis meses, joder, sólo seis meses!

El corazón de Carol dio un vuelco.

—¿Y qué esperabas? —clamó el padre, que no podía estar más satisfecho—. No podías quedarte allí definitivamente. Antes o después habría llegado este momento, así que, cuanto antes, mejor.

—No seas cruel, papá —dijo Patrick.

—¿Cruel? —Le miró asombrado—. ¿Qué sabrás tú lo que es la crueldad!

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Nick, pasándose la mano por el pelo.

—Pues lo que debes, por supuesto, retomar aquí lo que dejaste: ¡tu vida! ¡tu carrera! ¡tu familia!

—¿Joder, papá, no es tan fácil!

—Por supuesto que lo es. —El hielo tintineó en su vaso—. Aquí están tus raíces y aquí está tu futuro, aquí es donde debes estar y no dando tumbos por esos mundos de Dios en aras del amor. Sinceramente, Nick, nunca creí que fueses tan sentimental. ¿Cuántas veces te he dicho que una mujer no puede dirigir tu vida? ¿Te gusta, quieres vivir con ella? Bien, lo acepto, te la traes y punto. Asunto resuelto.

—No puedo hacer eso, toda su vida está allí.

—¿Qué familia tiene, Nick? —preguntó Charles.

—No, no tiene familia.

—¿¿No tiene familia?! —bramó el padre—. ¿Entonces cuál es el problema? ¡Te la traes y listo!

—Allí está todo su mundo.

—¿Y el tuyo aquí!

—No es tan sencillo —dijo, levantándose y sirviéndose otra copa—. Yo puedo trabajar allí, el idioma no es un obstáculo para mí.

—¿Acaso ella no puede aprender inglés?

—Me temo que Carol y los idiomas... —Se le escapó una pequeña risa—
No se llevan bien.

Escondió su sonrojo en la habitación, porque si bien lo suyo con el idioma era un poco complicado, que Nick bromease con ello le tocó el amor propio. Pero lo que la enervó, lo que realmente la sacó de sus casillas fue que su suegro la tratase como a una maleta. La vergüenza y la rabia tiñeron sus mejillas, aunque no eran nada en comparación con la tristeza que sentía. Su historia de amor había llegado inexorablemente a su fin. El destino había hecho una de sus carambolas, esas que tanto le gustan, que le divierten, que te desbaratan los planes, aunque sean malos, porque que la enfermedad se la llevaría en poco tiempo era algo que había aceptado, pero que el destino le pusiese fecha de caducidad a su relación... con eso no contaba.

Bajo la ducha dio rienda suelta al llanto, lloró la rabia que sentía hacia la vida, hacia la muerte, hacia la enfermedad que la devoraba, hacia el futuro que nunca tendría, hacia el destino que decidía por ella y la zarandeaba. Las lágrimas surcaron su cara, agua dulce y agua salada como la que una vez les unió en la playa. Cristina siempre decía que todo en la vida tiene su lado malo y su lado bueno, pero que a veces hay que buscarlo para poder verlo. ¿Cuál era el lado bueno de todo aquello?... Que la distancia impuesta por el destino impediría que Nick contemplase su agonía, que fuese testigo de su sufrimiento... Su historia de amor estaba abocada al fracaso, y no podía alargarlo por más tiempo, debía ponerle fin, porque el padre, a pesar de todo, tenía razón, Nick pertenecía a aquel mundo, allí estaba su universo.

—Carol...

—Sí, ya salgo.

Pero tardó en salir, se lo tomó con calma, porque para las malas noticias siempre hay tiempo. Se secó despacio, se puso crema lentamente, peinó sus rizos, se lavó los dientes, perfume en el cuello, y se envolvió en la preciosa bata de seda gris que él le regaló y que la acariciaba casi tantos como sus manos, como su cuerpo.

La esperaba sentado en la cama, con el gesto serio, el ceño fruncido y una profunda tristeza en sus ojos negros. Se sentó a su lado, sintiéndose un poco rastrera, pues a ella, al contrario que a las Nanis, le producía una vergüenza terrible escuchar tras las puertas.

—Carol, nena, tengo que hablar contigo —dijo, agachándose ante ella—. Verás... las cosas en el trabajo no han ido como esperaba —Acarició sus brazos— Yo... no voy a poder estar contigo todo el tiempo que me gustaría.

Sólo me han dado seis meses de prórroga.

Había tanta ternura en su voz. Había tanto miedo en sus ojos. Había tanto dolor en su alma... El corazón de Carol se rompió un poquito más. Sutiles hendiduras lo recorrieron, diminutas fracturas lo atravesaron... ¿Cómo había podido arrastrar a aquel hombre a semejante precipicio? ¿Cómo había sido capaz de desbaratar su vida de aquella manera?... Nick merecía ser feliz, disfrutar de la vida en brazos de una mujer sana, no cuidando a una mujer enferma, merecía tener hijos, un futuro, cumplir sus sueños...

—Nena, no dices nada.

—No quiero que te preocupes, Nick —Acarició despacio su cara—. No pasa nada, lo entiendo.

—Esto es un obstáculo, pero nada más. Encontraremos la forma de solucionarlo y...

—Nick, escucha, yo también quiero hablar contigo.

—Dime.

—Te he arrastrado a un mundo que no es el tuyo...

—Espera, espera...

—No, escúchame, por favor. —Tomó su cara entre las manos—. Has sido muy generoso compartiendo estos meses conmigo y yo te estoy tremendamente agradecida por ello...

—¡No empieces con la chorrada del agradecimiento, Carol! —Sujetó sus manos con rabia—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Has nacido en una familia increíble, eres enormemente afortunado por las oportunidades que has tenido y tienes, y por todas las personas que te quieren y para las que eres muy importante. Han depositado en ti muchas esperanzas y es normal que quieran ver los resultados: un trabajo, una familia, unos hijos. Tienes que regresar aquí. Tienes que volver a tu mundo.

—¡Cállate!

—Cada vez que tu familia me mira se pregunta cuánto tiempo me quedará de vida, se pregunta cómo has podido posar tus ojos en mí, se pregunta por qué no te has quedado con Marian, se pregunta por qué desperdicias tu vida a mi lado...

—¡No sigas, Carol! —gritó, incorporándose y levantando ante su cara un dedo amenazador—. ¡No estás diciendo más que tonterías!

—No son tonterías, y lo sabes...

—¡No quiero seguir escuchándote!

—¡Pues tendrás que hacerlo! —Se levantó y se enfrentó a él con toda la

fuerza que no tenía—. ¡No puedo permitir que el amor y el deseo nublen tu entendimiento como lo han hecho hasta ahora, no puedo permitir que tires por la borda la vida que te está esperando aquí mientras sigues a una moribunda al otro lado del charco sólo para verla agonizar! ¡No puedo permitirlo!...

No pudo seguir hablando, porque un hombre desesperado se lanzó sobre ella como si fuese un terrorista que amenazaba su vida, que ponía en riesgo toda su existencia. La inmovilizó sobre la cama y le cerró la boca con apasionados besos, enredando los dedos en su pelo, acariciando su cabeza, entregándole toda la rabia, todo el miedo, todo el deseo que tenía dentro.

—¡Donde estás tú está mi mundo! —susurró en su boca—. ¡Donde estás tú están mi alma, mi corazón y mi cuerpo!

La tomó como sólo las grandes potencias saben hacerlo, invadiéndola por completo, recreándose en cada gemido que se escapaba por su boca, en cada estremecimiento de su cuerpo, saboreando su piel como si en ella estuviesen todos los sabores del universo. Sus pulgares trazaron sobre sus muñecas espirales sin principio ni final, haciéndola enloquecer, haciéndola perder la noción del espacio y el tiempo, del pasado y el futuro, de lo posible y lo imposible, de la realidad y de los sueños. No dejó un centímetro de piel por acariciar, ni un deseo por satisfacer, ni un gemido por provocar. La arrastró hacia los acantilados más hermosos, le entregó nuevas alas y saltó con ella después.

Pero las artes amatorias de Nick no pudieron cambiar la realidad. Aquella hermosa aventura que había comenzado en una lejana playa de la Costa de la Muerte era sencillamente imposible. Ella lo sabía y él también, aunque se negase a aceptarlo. Les separaba todo un mundo, les distanciaba todo un Océano, eran flores de distintos invernaderos, y, por si fuera poco, el destino estaba en su contra; los laberintos de sus vidas tenían salidas diferentes.

La carga electromagnética negativa que sobrevolaba a los patriarcas era tal que, cada vez que Lisa entraba en una habitación donde estaban ellos, salía disparada a toda velocidad —por ese extraño radar que tienen los niños y los perros para detecta el peligro—. Maggie, siempre práctica y conciliadora, planeó una salida a cenar para toda la familia, esperando con ello que los ánimos se relajasen. Todos dieron el visto bueno al plan, todos salvo las Nanis, quienes sólo comían lo que preparaban sus manos. Pero aquella noche,

un simple cambio de escenario no fue suficiente para que los problemas se viesan desde distinta perspectiva; más bien al contrario, pues sentirse en territorio neutral les dio alas a los combatientes y desató sus lenguas, convirtiendo lo que pretendía ser una agradable velada en la que limar asperezas, en algo bien distinto.

El restaurante elegido estaba situado en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Una elegante orquesta amenizaba con suaves melodías la velada de la gente tremendamente rica que allí se reunía; los destellos de las joyas que adornaban algunas gargantas alteraron aún más la sensación de irrealidad que embargaba a Carol, y es que aquella noche una densa bruma envolvía su visión, velando sus ojos y engañando a sus sentidos.

Los esposos se sentaron en extremos opuestos de la mesa, lo más distanciados posible, lo cual en un primer momento a Carol le pareció una buena idea, pero a medida que la cena transcurría y los dardos envenenados pasaban ante su cara en ambas direcciones, su percepción cambió. El sonido del metal blandiéndose ante ella acabó con el poco apetito que tenía; en sus entrañas también se lidiaba una batalla, una batalla que tenía perdida.

—Bueno, Patrick —sonrió malévolamente el patriarca, llevándose la copa de vino a los labios— Así que al final te has salido con la tuya. Te vas a Bellas Artes. Te felicito.

—Gracias, papá —sonrió—. Estoy feliz.

—Abandonas la abogacía. Eres el primer McCarthy que abandona algo. ¡Enhorabuena!

—No le hables como si fuese un desertor —dijo Nick, muy serio—. Tiene derecho a elegir su vida.

—¿Como hice yo? —intervino Charles, riendo.

—No eches más leña al fuego —le gruñó Nick.

—Además, papá —siguió Patrick, como si nada—, no voy a dejar el bufete por ahora. Tengo un contrato con ellos, que pienso cumplir, por supuesto, pero lo compaginaré con la pintura.

—Ya... —dijo el padre—. Y cuando el contrato se acabe, ¿de qué piensas vivir?

Grace, que tras la batalla campal le había perdido el miedo al sonido de los sables, decidió por fin salir en defensa del hijo que había heredado su pasión, sabedora de que en realidad el cuchillo iba dirigido a ella.

—¿Acaso los artistas no viven?

—Malviven, querrás decir —contestó el patriarca con una risa.

—¿Malvive Morgan Freeman? ¿Malvive Kevin Space? ¿Malvive Tom Cruise? ¿Malvive John Travolta?...

Siguió enumerando lentamente todos y cada uno de los actores favoritos del cabeza de familia; Lisa la miraba fascinada asintiendo muy despacio.

—Bueno, bueno... Una cosa son los actores y otra muy distinta los pintores.

—¡Enhorabuena! —Grace esbozó una preciosa sonrisa—. Hasta ahora los metías a todos en el mismo saco. Está bien que empieces a hacer diferenciaciones; denota inteligencia.

Su agudeza mental produjo en las integrantes de su género una gran sensación de orgullo. Maggie lo disimuló porque era americana, pero Lisa y Carol no, la primera porque era una niña y la segunda porque no le dio la gana. Su risa salió con total naturalidad y fue recibida por su suegro con una terrible mirada reprobadora, que posó a continuación en el rostro de su primogénito en espera de que éste le cerrase la boca. Ver cómo busca aliados para una lucha que ella sabía tenía perdida de antemano le hizo sentir pena por él.

—Nick —le susurró al oído—. Deberías hacer algo para que tu padre abandone el combate; acaba de perder el primer asalto y ni se ha enterado.

Su comentario le provocó un ataque de risa que no pudo o no quiso contener, y que fue el colmo de los colmos para el patriarca, que sacudió la cabeza con desaprobación.

—¡No deberías reírte, hijo! —exclamó con rabia—. ¡Esto es muy serio!

—No, papá, esto no es serio —le respondió con rotundidad—. Tu comportamiento con respecto a este tema no tiene nada de serio, yo más bien diría que es infantil.

—¿Pero qué estás diciendo?!

—El odio irracional que sientes hacia los pintores tiene que tener un origen, y creo sinceramente que deberías hacértelo mirar.

—¿Me estás diciendo que tengo que visitar a un loquero?! —Sus ojos estaban desorbitados—. ¡Esto no me lo esperaba de ti, hijo, de cualquiera menos de ti!

—No me hables como si te estuviese traicionando, porque no es así —dijo muy serio, mirándole fijamente— No me harás sentir mal por decirte lo que pienso, y en esto no pienso como tú. Creo que te equivocas de principio a fin, y la verdad, no entiendo cómo mamá consintió semejante desatino.

Grace alzó la cabeza con orgullo de madre, allí estaba su bandera

ondeando al viento. La cara del Senador se volvió carmesí. La furia bullía en su interior deseando salir. Abrió la boca para iniciar una nueva contienda, pero cuando se lidian batallas en territorios desconocidos se corre el riesgo de que aparezcan contendientes ajenos al conflicto y que interfieran en el mismo, y eso precisamente ocurrió. Un señor muy trajeado y un tanto inestable en sus movimientos se acercó a él, regalándole una sonrisa.

—Buenas noches, Senador —dijo con voz pastosa.

El Senador hizo gala de un extraordinario dominio de sí mismo, pues aquel hombre no le agradaba en absoluto; todo su lenguaje corporal así lo decía. Se levantó caballerosamente y estrechó la mano que le tendía.

—Buenas noches.

Carol se puso alerta, pues el impacto que aquella repentina intromisión produjo en los comensales no le pasó desapercibido. La mirada de Maggie se volvió sorprendida y sus cejas se alzaron, Patrick se puso colorado y le dio un codazo a Charles haciéndole regresar de dondequiera que su mente estuviese perdida, Grace estrujó la servilleta que tenía en las manos, y Lisa recorrió asombrada aquellos rostros, el único que mantuvo la compostura fue Nick, su cara de póker no se le olvidaría.

—Me alegro de volver a verte, Senador.

—Lo mismo digo. —El Senador mentía fatal, su cara no podía ser más evidente.

—¿Y tu adorable esposa? Hace mucho que no la veo.

Carol consiguió seguir toda la conversación, lo cual la satisfizo profundamente, ya se estaba haciendo con el idioma.

La voz de Grace al otro lado de la mesa surgió con toda la serenidad de una mujer americana.

—Estoy aquí, John.

Los ojos turbios la buscaron, y cuando se posaron sobre ella se achicaron, enfocando la mirada, para luego abrirse desmesuradamente.

—¡Oh, Señor! —exclamó—. ¡Querida, acabo de regresar a los dieciocho años! —Se acercó a ella con una mirada cargada de devoción, tomó su mano y se la llevó a los labios—. ¡Estás exactamente igual que el día del baile!

Mientras los ojos del desconocido brillaban con fervor, los del patriarca amenazaban con salirse de sus órbitas, saltar de plato en plato hasta llegar donde estaba su flamante esposa y desintegrar al intruso, hasta que se topó con los ojos de Nick, su conexión fue fascinante, el padre respiró profundamente y se sentó despacio, llevándose a los labios la copa de vino.

—Tío, por favor, no molestes a los señores —dijo una mujer muy hermosa acercándose al desconocido y tomándole del brazo—. Discúlpenle, por favor, ha bebido un poco.

—¿Un poco? —exclamó Lisa, arrancando una sonrisa a casi todos los rostros.

El senador y Carol no sonrieron. Él concentraba todas sus fuerzas en el autodomínio; ella toda su atención en aquella mujer que miraba a Nick como si hubiese descubierto al Adán de su Paraíso.

La mujer de pelo lacio se llevó al intruso de vuelta a su mesa, moviendo con sensualidad un cuerpo perfecto enfundado en un precioso vestido de satén verde que dejaba al descubierto una espalda interminable y unas caderas que se bamboleaban con donaire bajo la tela. A partir de aquel momento, Carol perdió el hilo de los acontecimientos que se produjeron en su mesa. Lo que ocurría entre sus suegros se convirtió en trama secundaria de una novela en la que nuevos enemigos oteaban el horizonte, siguiendo todos y cada uno de los movimientos del hombre de los ojos negros, buscando el flanco más débil para iniciar la avanzadilla. Sí, aquella mujer también era estratega y no se dio por vencida, esperó hasta el final de la cena y tras ellos se fue en busca de la oportunidad precisa. La encontró en la puerta, donde esperaban a que les trajesen el coche. Se acercó con toda su exuberancia y la mejor de sus sonrisas, e intercambió con Nick algunas palabras, pero tal sutilmente susurradas que Carol no llegó a oírlas, pero cuando intentó entregarle una tarjeta y él la rechazó con voz fría, ya no quedó lugar a la duda. La diosa reaccionó ante la voz de Nick exactamente igual que lo hacía Carol: se excitó; sus pezones bajo la tela del vestido eran la mejor prueba.

—Lisa, ponte el cinturón —dijo Nick, cuando entraron en el coche.

—¿La conocías?

—¿Qué?

—A esa mujer, ¿la conocías?

—No, nena, no la conocía.

—Era guapísima, ¿verdad, Carol? —exclamó Lisa.

—El cinturón, Lisa —repitió él.

—Tenía las caderas más bonitas que he visto nunca, ¿verdad, Carol?

—Ha intentado darte su teléfono, ¿verdad?

—¡Ohhhh! —exclamó Lisa—. ¿Ha intentado ligar contigo? ¡Las Nanis tienen razón, algunas mujeres son unas auténticas lagartas!

—No hables así —le reprochó Nick, mirándola por el espejo retrovisor.

—Aquí puedo hacerlo, no está mamá.

—Carol... —Tomó su mano y se la llevó a los labios, dándole un suave beso—. No ha pasado nada, no tiene ninguna importancia, ¿de acuerdo? Olvídalo.

¿Que lo olvidase? ¿Que no había pasado nada? ¿Que no tenía importancia?... Una diosa le había intentado quitar el novio en sus narices, ¿cómo olvidar algo así? Y entonces la invadió una sensación que jamás había experimentado, una sensación que distorsionaba su percepción de la realidad y que desquiciaba su mente; se vio a sí misma vestida de camuflaje, con la cara embadurnada de pintura y portando un fusil de asalto, en busca de la intrusa para volarle la cabeza, o mejor las caderas, sí, sobre ellas haría blanco. “Los celos te ponen la cabeza del revés” decía Jaime.

A pesar de las intempestivas horas, las Nanis les esperaban en el gran recibidor más despiertas que los grillos. Con su pelo blanco reluciente salido de las manos de Silvio, sus impecables mandiles blancos de volantes sobre sus vestidos y los brazos cruzados sobre el pecho, parecían dos angelitos montando guardia ante las puertas del cielo. Grace pasó a su lado con la mandíbula apretada y el ceño fruncido, y se encaminó con prisa a las escaleras. El patriarca les lanzó una mirada glacial y se refugió en el salón, en espera de que una última copa aplacase su soliviantado cuerpo. Carol pasó a su lado como una exhalación, sin tan siquiera verlas, sus ojos tenían cortinas de agua y sus mejillas estaban encendidas. Nick se quedó parado ante ellas, observando a las dos mujeres que subían la escalera, la que le había dado la vida y la que le había robado el corazón y, tras suspirar profundamente, decidió acompañar al padre en su desasosiego.

—Bueno, ¿qué? ¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Nina con sarcasmo al grueso de la tropa que formaba la retaguardia—. No se ha arreglado nada, ¿verdad?

—Se ha estropeado todo un poco más —contestó Patrick con una sonrisa divertida.

—Hemos asistido a una auténtica contienda —rio Charles, dejando sobre sus mejillas sendos besos—. Las espadas sobrevolaron nuestras cabezas.

—¡Y encima, una lagarta ha intentado ligar con Nick! —exclamó Lisa.

—¡Un desastre, Nanis! —sentenció Maggie, moviendo los brazos como aspas de un molino—. ¡Ha sido un auténtico despropósito!

—Bueno, bueno, bueno... —dijo Nani, mirando con tristeza a su gemela—. Pues parece que la noche ha ido como se esperaba. Madre tenía razón.

—“Lo que no se arregla de puertas para dentro no se arregla de puertas para fuera” —finalizó Nina—. Salvo, claro está... en la cabaña.

—¡Oh, Señor! —exclamó Nani, escandalizada—. ¡Y luego dices que la romanticona soy yo!

Aquella noche, Nick tomó una vez más las riendas para intentar encauzar la crisis matrimonial que tenía lugar entre sus progenitores, y reclutó para ello a sus hermanos; entre los tres le hicieron al cabeza de familia un auténtico lavado de cerebro. Y mientras ellos intentaban doblegar la mentalidad anglosajona del padre, Carol intentaba hacer lo mismo con la desagradable sensación que la dominaba, y poder entregarse a los brazos de un Morfeo que la evitaba, pero que finalmente la llevó al país de los sueños y de las hadas, y de las pesadillas también. Fue con la llegada del alba cuando terribles imágenes la hicieron despertar sobresaltada.

—¡Ahhhh! —gritó, sentándose en la cama. Un sudor frío recorría su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick encendiendo la luz—. ¿Una pesadilla?

—Pues sí —gruñó, frotándose la cara—. He soñado con una mujer despampanante que te acosaba.

El hombre de los ojos negros hizo lo que nunca se debe de hacer en momentos de crisis, cuando los celos sobrevuelan el ambiente... ¡Se rio!

—¿Te hace gracia? —Clavó en él su mirada más ceñuda.

—Nena, lo has dicho de una forma... que sí, me ha hecho gracia.

—¡Caray! —resopló, acurrucándose lo más alejada de él.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué pasa? —Nick no quería separaciones entre ambos, se apretó contra su cuerpo—. ¿Qué te ocurre, amor? Cuéntamelo...

Su voz ronca y profunda, el aroma de su cuerpo, su mano recorriendo su cintura y sus labios besando su cuello... fue demasiado para ella, el olor del sándalo la desbarató por dentro, la rompió en mil pedazos, la sacudió como un terremoto que zarandeaba todo su universo. Un llanto profundo la estremeció, callado, devastador, eterno, un llanto que salía del alma, era el llanto del miedo; miedo a la soledad, al desamor, a la enfermedad, al silencio, miedo al dolor, miedo al miedo... miedo, ¡qué terrible compañero!

—Carol, Carol...—La abrazó contra su pecho—. ¿Qué te ocurre?

—Nick, yo... yo...

—¿Qué pasa? Cuéntamelo.

—Creo que esta noche me he puesto celosa —dijo entre suspiros—. No me había pasado nunca pero hoy he descubierto los celos y es una sensación

horrible y... ¡no puedo soportarlo!

—Tú no eres una mujer celosa —dijo, limpiando sus lágrimas— Sé que la situación te ha incomodado, y lo lamento, pero no ha ocurrido nada de lo que debas preocuparte, y lo sabes.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme como me siento.

—Estás muy sensible últimamente. —Dejó sobre sus labios un tierno beso—. Y desde que has llegado has adelgazado, cada día comes menos... ¿Por qué, qué te ocurre?

—Nick, yo... yo... no me encuentro bien —dijo entre lágrimas—. No sé lo que me pasa, pero me pasa algo malo.

—Iremos al médico.

—¡No!

—Carol...

—¡No quiero ir a ningún médico!

—Carol, escúchame...

—¡No! ¡No quiero médicos, quiero volver a casa, quiero volver a mi hogar!

Lisa corrió por el sendero del jardín, pasó como una exhalación ante los rosales anaranjados, zarandeándolos, empujó la puerta de la cocina, atravesó el recibidor y entró en el salón amarillo gritando desahogada.

—¡NICK! ¡CAROL SE HA DESMAYADO!

Se había levantado, como casi todas las mañanas, envuelta en una densa bruma que la rodeaba, y, tras tomar un rápido café en la cocina, había acompañado a Lisa al jardín para recoger unas flores con las que hacer unos bonitos centros que alegrasen un poco la cara de su suegra —sumida en la preocupación y adornada por profundas ojeras—; se sentía culpable. Al llegar ante la preciosa fuente que presidía aquel paraíso, su vista había comenzado a nublarse. Se sentó en el borde de piedra y metió la mano en el agua, se la pasó por el cuello intentando refrescarse y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el mundo había desaparecido. Regresó a la realidad en el hospital, un lugar tan habitual como extraño. Lo más familiar era el olor que lo impregnaba: olía a medicamentos, a enfermedad, a soledad, a desesperanza.

—Nick...

—Estoy aquí, nena —dijo, sentándose a su lado.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Te has desmayado.

—No quiero estar aquí, Nick.

—Lo sé —Acarició su cara—. Pero tenemos que esperar un poco y...

—¡No, no, no! —Agarró su mano con fuerza—. ¡Quiero irme de aquí!
¡Sácame de aquí!

—Carol, te están haciendo pruebas y...

—¡No!

—Carol, escúchame.

—¡No! —Apartó sus manos y las sábanas—. ¡Quiero irme!

—Carol, por favor... —La rodeó con sus brazos, apretándola contra su cuerpo. Sus ojos brillaban de miedo—. Nena, por favor, escúchame.

—¡Quiero regresar a mi casa! —Agarró su camisa con desesperación—.

¡No quiero estar aquí, Nick! ¡Por favor, te lo suplico, sácame de aquí!

—¡Amor, escúchame, escúchame! —Tomó su cara entre las manos mirándola con una intensidad que la estremeció—. No podemos irnos todavía, por favor, tienen que hacerte más pruebas.

—¿Para qué, Nick?! ¡Ambos los sabemos! ¡Ha vuelto!

—¡No! —La abrazó con fuerza—. ¡No lo sabemos! ¡Aún no lo sabemos!

Pero Carol no pasó la noche en el hospital; sus lágrimas tenían en Nick un efecto devastador.

En la mansión, la familia intentó aparentar una calma que no tenía. Sólo las Nanis parecían estar como siempre. La recibieron en la cocina con un abrazo, un sonrisa, un tazón de café y una tarta de chocolate que, después de todo un día sin probar bocado, le supo a Gloria, así como sus caricias.

La espada de Damocles había caído por fin, y lo había hecho con total precisión. Llegados a aquel punto, no había nada que ella pudiese hacer contra el destino. No podía elegir ni el cómo ni el cuándo, sólo el dónde, y no quería que fuese allí. Necesitaba regresar a su casa, a su ciudad, a sus amigos, a los olores conocidos, a la calma de su hogar, recorrer nuevamente su parque, perderse en la carballeira, pisar las raíces que sobresalían de la tierra y cuyo recuerdo ahora la hacía llorar. Necesitaba volver a oler la casa de la abuela, ir a la playa, verla una vez más, mojar los pies en sus aguas heladas, dejarse acariciar por la brisa del mar... *¡Regresar ó seu lar!*... Aquellas habían sido sus agarraderas, las que le habían proporcionado las fuerzas necesarias para luchar, hasta que en su vida apareció el hombre de los ojos negros convirtiéndose en su motor, en su timón y en su rumbo... “El amor te trae y el amor te lleva —decía la abuela con una sonrisa traviesa— ¿Quién le iba a decir al asturiano que acabaría en este lugar?”

—¿Aún no te has acostado, nena? —preguntó Nick, entrando en el cuarto.

—Yo... quiero hablar contigo.

—Es tarde y necesitas dormir. Mañana tenemos que estar temprano en el hospital. Tienen que hacerte muchas pruebas y tienes que estar descansada.

—Necesito hablar contigo. —Sus ojos se clavaron en él—. Y necesito que me escuches con atención.

—Te escucho —Cruzó los brazos, señal inequívoca de su lucha interior.

—Si el cáncer ha vuelto...

—¡No sigas!

—Tengo que seguir, Nick. Es una posibilidad y quiero hablar contigo de ello.

—¡Aún no lo sabemos!

—Escúchame. Si el cáncer ha vuelto y yo me muero...

—¡NO! ¡No hables así, Carol, no quiero oírte hablar así!

—Pues me vas a escuchar, quieras o no quieras, porque hay cosas que son muy importantes para mí.

—¡Oh, Señor! —exclamó, dándole la espalda.

—Cuando nos conocimos en la playa, tanto tú como yo estábamos muertos, en mí estaba muerto el cuerpo y en ti el alma. Tú has despertado mi cuerpo a la vida, me has hecho disfrutar, sentir, amar, vivir, y llevando mi cuerpo a la vida, tu alma regresó de dondequiera que estaba. Si la enfermedad ha vuelto y yo me voy, no quiero que tu alma vuelva a perderse, quiero que vivas y quiero...

—¡YA BASTA! ¡No puedo seguir escuchándote!

Salió del cuarto como alma que lleva el diablo. No regresó hasta tres horas después, se acostó a su lado en silencio y tardó en dormirse.

Aquella madrugada, Carol se escapó de la mansión.

Pasó el día deambulando por la ciudad, intentando poner en orden sus pensamientos. Con la caída de la tarde recaló en el Grant Park. Con un perrito caliente en una mano y un café en la otra, se adentró en aquel lugar que le recordó a su parque. Necesitaba el contacto con la naturaleza, su olor, su frescor, los sonidos que de ella manaban, porque, aunque el jardín de Grace era un auténtico vergel, en él sentí que le faltaba el aire; tal vez por ese halo de irrealidad que lo rodeaba, como a toda la casa. Atravesó un puente de madera al final del cual había una arboleda decorada especialmente para ella con los colores más hermosos: amarillos, anaranjados, verdes, cobrizos, y en medio de ellos la luz del atardecer colándose entre las ramas e inundándolo todo de esa magia especial que tiene el día que se acaba. Se terminó el perrito y el café, aspiró profundamente y se imaginó paseando por allí en un día nublado, de esos que a Cristina tanto le gustaban. Nunca lo vería. Cerró los ojos y lo imaginó. Pudo ver los líquenes cubiertos por el rocío de la noche, hasta olió la tierra mojada. Dos ardillas le regalaron una sonrisa al aparecer correteando, saltando de rama en rama, y el sonido de un pequeño arroyo le trajo recuerdos de la playa; los ojos se le humedecieron, pero allí estaba su

alma gemela, al otro lado del Atlántico, percibiendo que la necesitaba.

JAIME:

¿Cómo estás, mi reina?

¿Cómo se lo tomaría cuando supiese de su recaída? ¿A qué extraños sortilegios recurriría esta vez para decirle que no pasaba nada, que aquello también lo superaría, que no sería más que otra mala etapa? Jaime tenía ungüentos para todos los dolores, para todas las tristezas tenía palabras, para todas las angustias inventaba sonrisas, y para las desesperanzas, esperanzas.

CAROL:

Deseando regresar a mi reino, príncipe.

JAIME:

¡No me digas que el americano te ha salido rana, porque me planto ahí y le arranco las ancas!

CAROL:

Nick es maravilloso, Jaime, pero yo tengo morriña. Cuéntame tú. ¿Qué pasa con Pablo?

JAIME:

Pues aquí, mi todavía suegra, ha tomado las riendas del problema, le ha cantado las cuarenta a su hijo y le ha obligado a ver a Patricio. Y claro, con lo buen hijo que es Pablo (algo completamente incomprensible para mí, como tú bien sabes, dada la madre que ha tenido), pues a Patricio que se ha ido, pero yo no tengo muchas esperanzas.

CAROL:

No es que no tengas esperanzas, es que en el fondo te da un poco igual, porque estás decepcionado.

JAIME:

Qué bien comprendes la naturaleza humana.

CAROL:

¿Y ella sigue en tu casa?

JAIME:

Aquí está, como una reina mora que haya tomado posesión de sus dominios. No te imaginas lo bien que nos llevamos ahora. Si es que una borrachera une mucho. Había pensado irme unos días a la playa, hasta que Pablo se aclarase, pero... he empezado el libro.

CAROL:

¿Qué libro?

JAIME:

¡Qué libro va a ser, Carol, el del Che, bueno, de su amigo!

CAROL:

¿Pero eso iba en serio? ¿No será una simple invención de tu suegra, fruto de la borrachera?

JAIME:

¡Qué va, si hasta tiene fotos, la tía!... ¡Ni te imaginas la pinta que tenía Lady Chanel con el traje de camuflaje y el fusil colgando!

CAROL:

Jaime, por favor, dime que me estás tomando el pelo.

JAIME:

Te lo juro por mis muertos.

CAROL:

¡Pero si ella siempre ha sido pacifista!

JAIME:

Incongruencias del ser humano, cariño. Es una historia totalmente verídica, Carol. Lo que no tiene muy claro es cuánto duró aquello. Las fechas le bailan un poco, pero lo que son los recuerdos picantones, no ha olvidado ni uno.

CAROL:

Oye, Jaime, documéntate.

JAIME:

Cariño, que soy perro viejo, ya lo he hecho. Todo lo que me ha contado hasta ahora se corresponde plenamente con la temporalidad. Es una eminencia para recordar los pequeños detalles — ya sabes, los que a mí me gustan — : quienes estaban, adónde fueron, lo que comieron, dónde durmieron... dónde lo hicieron. ¡Ji, ji, ji!... ¡La de cosas que no sabemos de las personas que nos rodean, Carol, la gente es una caja de sorpresas llena de secretos escondidos para que nadie los sepa! Espera, que están llamando a la puerta... ¡Vaya, vaya, vaya, el presi reclama mi presencia!

El corazón le dio un vuelco. La imagen de cómo le arrancaba los ojos y jugaba con ellos a las canicas por el pasillo la puso tan nerviosa que le costó hacer la llamada.

—¡Pero cómo se te ocurre llamarme! —exclamó él al otro lado del teléfono—. ¿Te has vuelto loca? ¿Tú sabes lo que cuesta esto?

—Es que me da miedo que hagas una locura.

—Tranquila, cariño, tranquila, que no quiero acabar mis días donde tú y yo sabemos. Ningún hombre merece esa pena. Bueno, hablo de los míos, ¿eh? Los vuestros son de otro planeta.

Sus palabras resonaron en su mente mientras hacía el camino de vuelta... “La de secretos que tenemos escondidos para que nadie los sepa”... Cruzó el puente de madera y se despidió de la arboleda. Paseó por el parque, deleitándose con los parterres inundados de flores que todo lo impregnaban de un delicado aroma, y en uno de sus bancos se sentó a fumar el último

cigarrillo del día. Ya era hora de regresar a la mansión, de enfrentar la realidad de su vida. Miró su teléfono y lo guardó en el bolsillo, la desesperación invadía a Nick: más de cincuenta wasaps y treinta llamadas perdidas. De repente, de entre los matorrales salió un vagabundo, exactamente igual que los que aparecen en las películas: cubierto de harapos y empujando un carrito de supermercado. Se paró ante ella y clavó en su cara entristecida sus ojillos grises cubiertos de una delicada película.

—El lenguaje corporal es universal —susurró en español, llevándose los dedos a la boca—. ¿Me das un cigarrillo?

—Hay muchos lenguajes universales, y el de la tristeza en este momento lo hablamos los dos, aunque tú con más razón que yo.

—¡Vaya, una española! —exclamó, sentándose a su lado—. ¿Y puedo preguntarte de qué lugar de la madre patria has llegado?

—De Galicia.

—¡Buena tierra! —dijo, encendiendo el cigarrillo y dándole una profunda calada, mientras sus ojos se posaban en el cielo—. Tierra de meigas y de conjuros... tierra de caldo y de empanada... tierra de nécoras y de percebes... tierra de playas y acantilados... de amaneceres de ensueño y atardeceres alargados.

—¿Y tú de dónde eres, poeta?

—Yo vengo de Asturias, tierra de Don Pelayo.

—Mi abuelo era asturiano... siempre decía: “Asturias es España, lo demás tierra conquistada”.

—A algunos no les gusta oírlo, pero es algo tan cierto como mis harapos; como ves, mis estrategias para sobrevivir en este mundo cruel no han sido para mí tan provechosas como las de Don Pelayo, será... porque nunca me podaron.

Y en sus ojos grises, que parecían ojos de gato, apareció... ¡*La mirada!*... Carol sonrió, encendió un cigarrillo y se giró para observarle. En aquellos ojos bailaban la alegría y la tristeza, los recuerdos buenos y los malos.

—¿Has visto qué bonitos están los rosales? —Con dedos temblorosos se llevó el cigarrillo a los labios—. Pero para que alcancen su esplendor es necesario podarlos, quitarles todo lo que les sobra, lo que no les aporta nada, lo que les impide avanzar, crecer, desarrollarse..., lo que los daña.

—¿Como a las personas?

—Como a las personas. —Dio una profunda calada—. Yo no tuve quien me podara, quien abonara mi tierra, quien me regara, quien eliminara los

pulgones que me devoraban, quien me atara a un palo cuando empecé a torcerme. Y en el laberinto de la vida me perdí, y en el corazón de una mujer, claro, de una preciosa mujer asturiana que...

Un coche policial frenó frente a ellos con tanta fuerza, que de las ruedas salió humo, y en ese humo se diluyeron las andanzas por tierras asturianas. Del interior del vehículo salieron dos auténticos armarios, mirándoles con muy mala cara.

—¡Ay, mi Santina, mi Santina! —susurró el mendigo, asustado.

—Tranquilo. Vienen a por mí.

—¿A por ti? —La miró asombrado—. ¿Qué has hecho, gallega?

—Algo muy, muy malo —sonrió con picardía— Enamorarme de un americano.

—¿Desde cuándo el amor es delito?

—Desde que me escapé de su cama en plena madrugada.

—No es un buen despertar, no.

—Y ahora me envía a sus perros de presa, para llevarme de vuelta a casa.

—¡Chsss! —La miró asustado—. No les llames así. Aquí la policía tiene mucho poder, no es como en España, aquí te enchironan en menos que canta un gallo.

Carol dio una última calada a su cigarrillo y se acercó a una papelera para tirarlo, pero cuando las voces de aquellos hombres entraron por sus oídos, toda su prudencia se fue al garete, toda la serenidad que había buscado durante el día se diluyó en la nada.

—¡NO SE MUEVA DE DONDE ESTÁ!

—¿Cómo dice?

—¡HE DICHO QUE NO SE MUEVA!

—¿Por qué?

—¡Porque McCarthy está en camino! ¡POR ESO! —contestó el compañero, tenían la misma voz.

—¡Iré adonde me plazca! ¡No le debo obediencia!

—¡Se lo repito, usted no se moverá de aquí! ¡McCarthy está en camino!

—¡Yo también se lo repito, no le debo obediencia! —Se echó el bolso al hombro, dispuesta a emprender el camino de vuelta.

—¡QUE SE PARE HE DICHO!

—¡No me da la gana!

Jamás se le habría ocurrido llevarle la contraria a la autoridad, y mucho menos en un país extraño, pero sus voces atronadoras y sus cuerpos

intimidatorios espolearon su rabia. ¡Es lo que tiene el cáncer, que se le pierde el miedo a todo lo que no sea él! Las fuerzas del orden se lanzaron a por ella, momento en que el mendigo —probablemente imbuido por el recuerdo de Don Pelayo— olvidó sus miedos y se interpuso; salió volando varios metros cuando uno de aquellos gigantes levantó una mano, instante en que un segundo coche policial frenó tras el primero y por su puerta salió Nick a toda velocidad.

—¡Nena! —gritó, tomándola entre sus brazos.

—¡Suéltame, Nick, suéltame!

—¡Quieres tranquilizarte! Ya me encargo yo, muchachos.

—¡Que me sueltes te digo! —exclamó, zafándose de sus brazos—. ¡Pero seréis bestias! ¡Menudos animales estáis hechos en este país! —Se giró en redondo—. ¡Pero ¿dónde está?! ¿Adónde ha ido?

—Olvídalo.

—¡Que lo olvide! ¡Te has vuelto loco! ¿Y si está herido?

—No está herido, se ha ido corriendo —Tomó con fuerza su cara entre las manos—. ¡Haz el favor de mirarme!

—¡No me des órdenes! —Las apartó de un manotazo—. ¡No las acepto! ¡Pero qué inhumanos sois! ¿Cómo se puede tratar así a la gente, por qué, sólo porque lleva harapos?

—Sólo intentaban protegerte.

—¡No digas tonterías!

Su padre siempre decía: “La brutalidad no es una opción, sólo destruye, y destruir es tan fácil, lo difícil es crear”. El recuerdo de sus palabras la rompió por dentro. Se refugió en el banco, adonde él la siguió.

—Nena... —Su dulzura tomó el mando, se acercó despacio y lentamente se agachó a sus pies—. ¿Por qué te has ido, amor? Estaba tan preocupado...

Encendió un cigarrillo. Sus manos temblaban casi tanto como las del mendigo; en ella también había miedo. Aspiró profundamente, intentando llenarse de la calma que no tenía, intentando recuperar las fuerzas que se le escapaban. Toda su furia se había gastado enfrentándose a la autoridad; olvidó que nadie gana esa batalla.

—Carol... mírame.

—Quiero regresar a España.

—Carol...

—¡Quiero volver a mi casa!

—Nena, escúchame, iremos al hospital y luego...

—¡No quiero escucharte, y no quiero ir al hospital! ¡Quiero regresar a mi casa! —Las lágrimas brotaron como una cascada—. ¡Tengo derecho a decidir sobre mi vida, Nick! ¡Tengo derecho a decir NO! ¡Tengo derecho a morir, si quiero morir!

—¡NO! —Sus cuencas oculares no eran dos ojos, eran dos pozos sin fondo—. ¡No digas eso! —Agarró sus brazos y la zarandeó—. ¿Me oyes? ¡No lo digas! ¡No quiero oírte hablar así!

—¡No quiero más quimio, Nick!

—¡ES EL ÚNICO TRATAMIENTO, CAROL!

—¡PUES NO LO QUIERO! —gritó, golpeando su pecho—. ¡No puedo más, y no me obligarás a ello!

—Nena... nena... por favor...

—Nicki... los días más hermosos de mi vida los he pasado contigo, quiero irme con ese recuerdo, y si realmente me quieres, aceptarás mi decisión.

—¡Yo no puedo renunciar a ti sin luchar!

—¡Yo ya no tengo fuerzas, Nick! ¡Tú sí mi amor, pero yo no, se me han acabado! Tú has visto lo que el tratamiento le hizo a mi cuerpo, lo has visto, no te es ajeno, y una segunda vez sería mucho peor. ¡Yo no quiero pasar por eso, Nick, y no quiero que tú lo veas! ¡No quiero y no puedo!

—¡Yo te daré las fuerzas que te faltan! ¡Te cuidaré día y noche, no tendrás que pasar por ello sola, estaré a tu lado y podrás apoyarte en mí!

—¡No, no, no!

—¡Chsss!

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Acalló sus protestas con besos, besos fuertes y calientes. La tomó entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Nunca un cuerpo le pareció tan grande y tan entero, tal vez porque el suyo una vez más estaba derrotado, desmenuzado en pequeños fragmentos.

En el asiento trasero de un coche policial, un hombre grande como un armario se deshizo en mimos hacia una mujer muy débil, mientras otros dos hombres, tan armarios como él, asistían a la escena perplejos.

La dulzura continuó durante toda la noche. Las estrellas la encontraron entre los brazos de un hombre que le dijo las palabras de amor más hermosas, que le entregó las caricias más tiernas, que la hizo sentir que podía tocar el cielo con los dedos, que la hizo pensar que no existía un final para aquel sueño. Rodeada por el aroma del sándalo y la banda sonora de los cascabeles, voló por el firmamento. Él le puso alas a su cuerpo, la hizo sentir deseada,

amada, la hizo sentir mujer de nuevo. El hombre de piedra parecía recargarse en su cuerpo, en las caricias que dejaba sobre su piel encontraba el camino perdido, en los gemidos que provocaba en su boca encontraba el aliento, y en el placer que le regalaba encontraba sentido a su mundo y calma a su sufrimiento.

—Carol... —sus susurros se mezclaban con los cascabeles—. Sin ti mi vida no vale nada... Sin ti todo es noche, no hay día... Sin ti no hay blanco, sólo negro... Sin ti, sólo hay penas, no alegrías... Sin ti estoy muerto, nena... Te quiero.

La decisión estaba tomada: tenía que escapar, Nick nunca daría su brazo a torcer, jamás le permitiría tirar la toalla. Necesitaba una estrategia y necesitaba aliados. Recorrió los rostros que cenaban en torno a la gran mesa de madera de Indias. Cristina decía que todas las familias eran iguales, pero la familia McCarthy le parecía de lo más rara, todos sus miembros aparentaban calma, pero en su interior las pasiones estaban desatadas. ¿Cómo podían vivir con semejantes muros fortificando sus almas? Y sus cuerpos, porque hasta ellos se prolongaban. Se preguntó cuál era en aquel momento el eslabón más débil de la cadena. Grace estaba demasiado ocupada lidiando con el toro. Patrick había conocido a una escultural bohemía que le tenía atareado. Charles se iba de viaje de negocios. Lisa era demasiado joven, no había que enseñarle malas artes. A las Nanis no quería meterlas en líos. Y el patriarca estaba descartado. Así que, por eliminación, sería Maggie. Sonrió, tenía una carta escondida bajo la manga si se negaba a ayudarla: las andanzas nocturnas de su cuñada en brazos de un *playboy* habían llegado hasta sus oídos en la cocina —lugar de esparcimiento de noticias— de la boca de María, quien estaba al tanto de la vida nocturna de la ciudad y de las “correrías de la señorita”, al igual que las Nanis. Le costó convencerla. Por suerte no tuvo que recurrir a técnicas de extorsión, aunque sí tuvo que mentir: en España estaba todo su historial y ella confiaba plenamente en sus médicos. Su cuñada finalmente aceptó, viendo en su petición la oportunidad perfecta para poner en práctica su oculta pasión. Carol salió de su habitación con una sonrisa triste en los labios. Ya tenía lo que quería: tiempo para encontrar un vuelo. En el pasillo se cruzó con su suegro. Al patriarca aún le quedaban unos cuantos sustos por llevarse en la vida. ¿Cuál sería la pasión oculta de Charles, el banquero callado, sensible y observador?... De repente recordó una imagen de la noche en que salieron a cenar, el brillo de sus ojos cuando el camarero de la coleta le sirvió el solomillo. ¡Oh, sí, ella había visto aquel brillo muchas veces en otros ojos! ¡El corazón del patriarca se iba a poner a prueba, si el sexo oral para él era una aberración...!

Maggie comenzó la ofensiva antes de que hubiese amanecido, cuando el patriarca, el más madrugador de la casa, estaba aún en brazos del sueño. Se duchó, se acicaló, y se tomó el primer café, que la despejó por completo; ponerse en situación era fundamental. Salió al jardín trasero e hizo varias llamadas. Fin del primer acto.

—Nick —dijo, golpeando suavemente su puerta—. ¿Puedo pasar?

—Pasa, Maggie. ¿Qué ocurre?

—Siento molestaros tan temprano —Su rostro era pura serenidad—. Han llamado del hospital, al parecer se les ha estropeado no sé qué máquina y han cambiado la cita para el viernes.

—¡Joder! —gruñó Nick, saliendo de la cama.

Maggie dejó sobre la cara contrariada de su hermano su más dulce caricia y salió del cuarto. Definitivamente, la vena artística de la familia McCarthy estaba infravalorada. Fin del segundo acto.

Esperó su veredicto en la cocina, sentada al *office* con el segundo café entre las manos, un cigarrillo encendido y mirada expectante.

Carol llegó al poco rato y la miró asombrada.

—¡Caray, Maggie!

—¿Qué? ¿Qué tal lo he hecho? ¿Crees que ha sospechado algo?

—¿Sospechar? ¡Pero si hasta yo te he creído! —dijo, haciéndola reír—. Pero he cometido un error. Nick llamará al hospital, estoy segura, aunque sólo sea para echarles la bronca.

—Tranquila, ya he pensado en ello. *Peque Chip* se ocupará de todo.

—¿Quién?

—¡Es una tía genial! Está en mi grupo de teatro. Trabaja en el hospital, en administración, y además de actriz, es una hacker profesional. Ya ha desviado las llamadas de Nick a su móvil, ella recibirá su bronca si llama. Tengo que presentártela, Carol, te va a encantar, es todo un personaje y...

María apareció en la cocina cantando a pleno pulmón una ranchera, con los cascos en las orejas y un plumero en la mano, moviéndolo como si de un abanico se tratara. Ajena a las madrugadoras, dio varios pasos de baile, hasta que en uno de los giros se topó de frente con ellas y a punto estuvo de caer de espaldas.

—¡Ay, señoritas, qué susto me han dado!

—¿Dónde has aprendido tantas rancheras, María? —preguntó Carol—. Tú no eres mexicana.

—¡Oh, no, señorita, yo soy de Ecuador, una tierra mágica! —dijo con orgullo—. Las he aprendido en la sala de fiestas de Silvio. Este mes está dedicado a México.

—¿Silvio tiene una sala de fiestas? —preguntó Carol asombrada.

La cocina comenzó a llenarse de gente. Primero apareció Nani, quien había olvidado quitarse de la cabeza uno de los rulos, de color amarillo; parecía que llevaba una corona. Tras ella llegó Nina, mirando divertida la cabeza de su hermana, pero sin decirle nada. Y por último Nick, con cara enfadada.

—Y he oído que su sala de fiestas está llena todos los días —dijo Nani.

—Ya lo creo —Asintió María—. Es la mejor de la ciudad. Debería ir, señorita Carol, hay un ambiente estupendo y la música es una delicia. ¿Verdad, señorita Maggie?

—¡Ay, Maggie, Maggie, como se entere tu padre! —gruñó Nina, preparándole a Nick el desayuno.

—¿Y qué tiene de malo bailar? —protestó Nani—. A ti te gustaba mucho hacerlo.

—¿A mí?

—A ti, sí, a ti.

—¿Cuándo me ha gustado a mí bailar?

—¿Estás perdiendo la memoria o te estás haciendo la tonta?

Tras echarle la gran bronca a *Peque Chip*, quien hizo a la perfección su papel como directora en funciones —así se presentó—, Nick elaboró su propio plan de ataque y, tomando buena nota de la recomendación de María, organizó una velada romántica para pulverizar las últimas barreras de su novia.

La comida mexicana no es que fuese lo más aconsejable para el estómago de Carol, pero en el restaurante se respiraba un ambiente festivo que le contagió su alegría. El picante abrasó su boca y recorrió su organismo haciéndola sentir más viva que nunca. Y mientras la comida llenaba sus cuerpos y el tequila calentaba su sangre, los acordes de la música mecieron sus corazones impregnándolos de esa magia que sólo la música sabe crear.

Tras un delicioso postre, recorrieron a pie la escasa distancia que les separaba de la sala de fiestas. La noche era deliciosa, la temperatura perfecta, y allí, en mitad de la gran avenida, estaba la sala de fiestas de Silvio, ¡todo un espectáculo para los sentidos! Si en el salón de belleza había volcado toda su

elegancia y delicadeza, en El Paraíso había dejado volar su imaginación, y ésta se había desbordado. Dos latinos muy cachas que franqueaban la entrada les miraron sorprendidos —el americano y la española no podían ser más distintos— pero en El Paraíso todo el mundo era bienvenido. Con una gran sonrisa en los labios les abrieron caballeramente aquella extraña puerta por la que caían chorros de agua en cascada, y tras la que les esperaba el mundo de Silvio, un piscis seguramente. Peceras de todos los tamaños y formas imaginables decoraban aquel ambiente en el que la música sonaba con suavidad, en su interior nadaban los animales más exóticos. ¿Les gustaría la música a los peces? Todos parecían muy calmados, salvo un barbo de escamas amarillas que se movía intranquilo y golpeaba rítmicamente el cristal, mirándolo todo con ojos asombrados.

Nick la tomó de la mano y la llevó a la pista de baile, donde la sensualidad flotaba, donde las parejas se miraban, se besaban, se acariciaban. Rodeó su cintura y pegó sus cuerpos. Sentir su calor, su dureza, el latido de su corazón en el pecho, el olor a sándalo que emanaba su cuerpo, su erección pegada a su vientre, la hizo sentir que flotaba.

—Carol... —susurró, acariciando su espalda—. Cuando vayamos el viernes al hospital... no quiero que te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Yo estaré contigo en todo momento.

—¿Podemos hablar de ello, Nick?

—No hay nada de qué hablar, nena —Dejó sobre sus labios un cálido beso.

—Nick, quiero hablar contigo.

—No.

Cerró su boca besándola con pasión, lamiéndola, mordiéndola, tomándola como sólo él sabía tomarla, por completo, ante el mundo y en secreto.

—Nicki...

Se zafó de su boca y hundió la cara en su cuello, aspiró profundamente y le habló al oído, buscando las palabras adecuadas que rompiesen su armadura, pero cuando las lágrimas acudieron a sus ojos y los primeros espasmos del llanto la sacudieron, él tomó de nuevo el control, agarrando fuerte las riendas.

—Carol, no sigas. No voy a cambiar de opinión.

—Necesito que me comprendas, Nick...

—Yo te comprendo, claro que te comprendo —Tomó su cara en el hueco de su mano y limpió sus lágrimas—. Pero no puedo aceptarlo.

—¡Tienes que hacerlo, Nick, yo... no puedo más!

—Ven.

La sacó de la pista de baile y la llevó hasta unos sofás, donde la acomodó en el hueco de su brazo, como se acomoda a los bebés para calmar su llanto.

—Toda mi vida he deseado encontrar a alguien que me hiciese sentir como tú lo haces, que me complementase, que me llenase... Y ahora que te he encontrado, no voy a renunciar a ti porque creas que ya no tienes fuerzas. Las tienes, y las que tú no tengas las tengo yo. No puedo permitir que tires la toalla, no me lo perdonaría nunca, no hay que tirar la toalla, nena, hay que seguir luchando.

—Tú la tiraste una vez.

—Y entonces tú apareciste en mi vida y me obligaste a recogerla —Su pulgar recogió también sus lágrimas—. Tenías razón al decir que cuando nos conocimos mi alma estaba muerta. Sí, mi alma murió, pero tú la resucitaste, y yo volví a la vida gracias a ti. Ahora yo te devolveré el favor. Ahora yo te daré las fuerzas que te faltan.

—Nunca me has contado qué te ocurrió.

—Carol...

—Cuéntamelo.

—Sabes que no quiero hablar de ello.

—¡Y yo no quiero que me den más quimio! —Se apartó de él y de sus brazos—. ¿Acaso tus deseos son más respetables que los míos?

—No es lo mismo —Volvió a cogerla—. Renunciar al tratamiento pondría en peligro tu vida, y la mía, porque yo no concibo vivir si no es contigo. ¡Mírame! Quizás sea egoísta, sí, pero es lo que siento, sin ti mi vida no tiene sentido, contigo todo lo tiene, hasta la enfermedad.

—No digas eso...

—Carol, gracias a la enfermedad nos conocimos. Si hubieses estado trabajando, tal vez nunca nos hubiésemos encontrado.

—¡Yo no quiero más tratamiento! —dijo, ya furiosa—. ¡No quiero, y no consentiré en ello!

—Seguirás el tratamiento que los médicos consideren oportuno. ¡Lo harás!

—¡No, no lo haré! ¡Es mi decisión y no lo haré! ¡No permitiré que experimenten más conmigo! ¡No saben cómo curar el cáncer, nos tratan como a conejillos de Indias esperando ver qué resultados tiene uno u otro tratamiento para anotarlos en sus malditas estadísticas, y yo me niego a seguir participando en experimentos!

—¡No digas tonterías! ¡Aquí tenemos los mayores avances, con terapias personalizadas, estarás en las mejores manos!

—¡Los tratamientos son iguales en todas partes, Nick!
—¡Aquí está la última tecnología!
—¡No volveré a pasar por la quimio, Nick!
—¡Sí, lo harás! —La agarró con fuerza por los brazos, acercando sus caras, mirándose en sus ojos devastados por el llanto—. ¡Mírame! ¡Lo harás, y yo estaré aquí para cuidarte día y noche!
—¡No, Nick, no!
—¡No permitiré que renuncies sin luchar! ¡Recibirás la quimioterapia y haremos todo lo necesario para que te sientas bien, te cuidaremos y...!
—¡Quiero volver a mi casa!
—¡De eso nada!
—¡Nick, por favor, por favor!
—¡No voy a transigir, amor, te quiero demasiado!
Aquella fue la primera y única vez que sus lágrimas no surtieron su mágico efecto sobre él, jamás daría su brazo a torcer.

En la intimidad del dormitorio, Carol decidió hacer un último intento por ser escuchada, por ser comprendida, y volvió al ataque.

—Yo... no lo haré, no lo haré y no lo haré.
—¡No empecemos de nuevo, Carol, ya está todo hablado!
—¡No, no está todo hablado, porque no me escuchas! ¡No permitiré que me den más tratamiento! —Se enfrentó a él con las últimas fuerzas que había en su alma, que no en su cuerpo—. ¡No quiero, y tienes que aceptarlo!
—¡Jamás!
—¡Nick, por favor, si tanto me quieres como dices lo aceptarás!
—¡Porque te quiero con toda mi alma, no permitiré que te rindas! ¡Nunca!

La tomó con una ternura que parecía no tener final, recorriéndola con aquellas grandes manos que podían entregar las caricias más dulces. Cristina siempre decía: “¿Por qué los hombres se empeñarán en dominar a las mujeres por la fuerza bruta? En las caricias de sus manos están las armas más perfectas que existen”. Nick las utilizó, la llevó al cielo, y a mil cielos más la habría llevado de haber existido, porque sus caricias le ponían alas a su cuerpo, la llevaban de estremecimiento en estremecimiento. La miró con ardor, deleitándose con su deseo, embriagándose con cada uno de sus gemidos y de sus besos, nunca la pasión estuvo teñida de tantos lamentos, pero sus lágrimas fueron inútiles, y poco a poco las fuerzas se le acabaron,

hasta que, con la llegada del alba, presentó derrota, entregó su bandera. Ya no había nada que pudiese hacer frente a la dominación americana, frente al amor y la pasión que aquel hombre sentía por ella, salvo huir, así que utilizó el cartucho de la recámara: un ultimátum.

—Nena... nena... —susurraba en su boca, tomándola una vez más—. Dime que lo harás, amor, dímelo...

—Está bien, Nick, está bien... —Tomó su cara y se reflejó en sus ojos—. Pero... con una condición.

—Lo que quieras, amor. Pídeme lo que quieras.

—Quiero... quiero que me cuentes lo que te ocurrió.

—¿Qué?

—Cuéntamelo, e iré al hospital.

—¡Oh, no, no, no! —Enterró la cara en su cuello—. ¡Pídeme lo que quieras, menos eso!

—Eso quiero. Quiero saberlo. Tengo derecho a saberlo.

Carol descubrió también en América que tenía más paciencia de la que creía. Durante dos días esperó una confesión del hombre que amaba, durante dos días buscó la verdad en su mirada, y durante dos días rastreó también sin éxito la web de Iberia en busca de un vuelo que la llevase de nuevo a casa. — Se aproximaba una tormenta, los vuelos estaban cancelados—. Pero Nick se había jurado a sí mismo no abrir la caja de Pandora, había dedicado demasiado tiempo y esfuerzo a dominar sus demonios, a atarlos, a hacerlos prisioneros, y no quería soltar los nudos que los mantenían presos, temía que le invadieran de nuevo; las miradas que le lanzaba de reojo se lo confirmaban, las tímidas caricias en su espalda se lo corroboraban, y la pasión con que cada noche le hacía el amor se lo certificaba.

Cuando la noche del jueves se acostaron, no se tocaron, y se dieron la espalda. Carol esperó pacientemente, dándole a aquel cuerpo bravío y tenso el tiempo necesario para relajarse y entregarse a los brazos del sueño. Y es que, cuando un hombre no entra en razón, sólo queda tomar las riendas, y ante una dominación total lo mejor es poner tierra de por medio.

Aquella noche, Carol desapareció de la mansión por segunda vez.

Nick nunca supo cómo podía escabullirse con semejante facilidad. Los vigilantes y el servicio de alarma fueron seriamente advertidos; “daños colaterales”, los llamó Nina. Sus estrategias de escapismo nunca fueron

descubiertas gracias al acuerdo tácito entre las féminas. Todo comenzó una mañana en que Carol fumaba un cigarrillo en el jardín trasero y pilló en pleno proceso de entrada a la casa a Maggie, cuya cara no dejaba lugar a dudas de que había pasado la noche en los brazos del famoso *playboy*. Maggie hizo su entrada por el mismo sitio por el que había hecho la huida: la vieja puerta oculta entre las enredaderas y a la que nadie prestaba la más mínima atención, pues nadie sabía de su existencia, salvo las Nanis, quienes estaban al corriente de todo el que entraba y salía por ella, hasta entonces solamente Maggie y Lisa, y a partir de aquel momento la novia gallega.

En su segunda huida decidió pasar el día a cubierto; la densa nube que poblaba el cielo no era un buen augurio, presagiaba tormenta. En un centro comercial se puso al tanto de las últimas novedades en cuanto a tecnología, moda, menaje, literatura, música, y todo cuanto apareció ante sus ojos. Con la caída de la tarde y la cabeza hecha un batiburrillo de ofertas en inglés, decidió regresar a la mansión. Cuando cruzó las grandes puertas de la entrada principal —porque si bien la salida la había hecho por detrás, la entrada la tenía que hacer a lo grande— se encontró con los ojos desorbitados de Maggie.

—¡Ay, Carol, está como loco! —dijo su cuñada, abrazándola—. ¡A mí no me volverá a dirigir la palabra en la vida, pero lo peor se lo han llevado los guardias de la garita, se fue a por ellos, menos mal que Patrick y Charles estaban aquí!

El precioso recibidor chisporroteaba como si una extraña energía lo inundara. Tal vez fuese el brillo del mármol del suelo en el que se reflejaba el débil sol del ocaso, o tal vez la luz de la increíble araña que colgaba del techo —mudo testigo de su desgracia—, pero fuese lo que fuese, había una energía que pululaba y que atrajo a todas las féminas de la casa, convirtiéndolo en puesto de mando, en cónclave improvisado. Grace y María bajaron las escaleras a toda velocidad. Las Nanis salieron de la cocina con rapidez, seguidas de una estela llamada Lisa que las miraba asombrada. El mayordomo apareció con premura al sonido de las voces, pero abandonó con rapidez el campo de batalla cuando por la puerta principal entró Nick con el rostro desencajado, seguido de sus hermanos, como si de sus guardaespaldas se tratasen. Carol nunca se sintió tan pequeña como en aquel momento, viendo a aquella mole que iba a por ella, e igual que un ratón se escabulló al salón amarillo, adonde las mujeres la siguieron, proporcionándole el respaldo que le hacía falta para enfrentarse a semejante nivel de testosterona.

—¿¡DÓNDE DEMONIOS HAS ESTADO?! —Aquello no era una voz, era una sacudida acústica.

Aparentando una calma que no tenía, se parapetó tras el mueble bar y se sirvió un whisky.

—Pues he estado esperando a que te decidieses a concederme el deseo que te pedí, pero en vista de que no lo has hecho, me he ido a airear un poco.

—¿¡AIREAR?! —

—Sí. —Le miró de frente, regalándole una sonrisa—. A airear.

Las maldiciones que salieron por la boca del americano jamás se habían escuchado en aquel lugar, pusieron los pelos de punta hasta a sus hermanos, que se miraron preocupados.

—¿¡TENEMOS QUE IR AL HOSPITAL AHORA MISMO!

—No. —Se tomó la copa de golpe.

—¿¡TENEMOS QUE IR, CAROL!

—Hicimos un trato, y tú no has cumplido, así que no.

—¿¡YA TE HE DICHO QUE NO PUEDO!

—¿Oh, sí, claro que puedes! Sólo que no quieres.

—¿¡PÍDEME LO QUE QUIERAS, PERO ESO NO!

—Tú me pides que me someta al tratamiento una vez más y yo no quiero, pero lo haces, me lo exiges.

—¿¡ESO ES DIFERENTE, ESTÁ EN PELIGRO TU VIDA!

La potencia de su voz alteró la estabilidad de Grace, que se deslizó sobre el sofá. Maggie se dejó caer junto a ella y arrastró a María. Las Nanis observaron la escena con total concentración y silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, yendo de una cara a otra. Lisa se sentó en una silla, con la espalda muy recta, sin perderse ni una sola de sus palabras, y los hermanos se quedaron en la puerta, detrás de Nick, montando guardia.

—Lo que quiero saber también puso en peligro la tuya. —Una segunda copa abrasó su garganta—. Y quiero saberlo, porque tengo derecho a saberlo.

—¿¡NENA, POR DIOS, SABES QUE TE QUIERO CON TODA MI ALMA, CON ESO DEBERÍA BASTAR!

Carol entrecerró los ojos y se concentró en aquella respuesta. Era una respuesta extraña que le hizo observar el problema desde otro ángulo. Y mientras los espectadores se miraban sin comprender, una pequeña lucecita iluminó su mente, esa extraña mente multicolor que a veces le regalaba toda su lucidez.

—¿Oh, vaya! ¡Así que hubo una mujer de por medio! —El miedo que vio

en sus ojos se lo confirmó—. ¡Pues claro que hubo una mujer de por medio! ¡Por eso no me lo querías contar!... ¡Y tiene que ver con el SEXO!

El impacto que la palabra tuvo en la familia fue tremendo, porque los americanos tienen un problema con la palabra SEXO, es algo de lo más curioso; lo practican continuamente, pero nunca hablan de ello. Grace pegó un respingo en el sofá como si le hubiesen pinchado con una aguja. Maggie se tapó la boca con la mano acallando una exclamación. A María se le escapó una que nadie entendió. Y Lisa soltó una palabrota en toda regla, que no encontró recriminación. Los únicos que se mantuvieron impassibles fueron los varones... y las Nanis.

Carol se concentró en los ojos negros, por sus pupilas vio pasar tantas emociones que no pudo evitar estremecerse. Allí estaban sus demonios, allí sus tormentos, allí las palabras retenidas y los sueños inquietos. Le vio abrir la boca, pero las palabras nunca llegaron a ella. Le vio apretar la mandíbula y sacudir la cabeza. Y le vio salir del salón a toda velocidad como alma que lleva el diablo, y seguramente era el diablo el que habitaba en su cuerpo en aquel momento.

Se acercó lentamente a un sofá y se sentó en su brazo, suspirando profundamente. Ante su cara apareció una copa, de la mano de Charles.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Nina—. ¡No le des más alcohol! ¡Yo te prepararé un café! ¡Vamos María, ayúdame!

—¿Ahora? —exclamó la aludida, sin moverse del sofá—. ¡Madre mía, con lo interesante que está esto, parece una telenovela!

La noche cayó sobre la mansión. Ráfagas huracanadas la golpearon, como si el viento quisiese desestabilizar aún más las mentes. Rodeado de los hombres de la casa, Nick se tomaba la última copa de la noche, con el ceño fruncido y el cuerpo en tensión. Su secreto había sido descubierto, su demonio había salido de su reclusión, allí estaba todo su miedo, devastándolo por dentro, tomando de nuevo el mando de su vida, de su alma y de su cuerpo. Salió del salón amarillo, pasándose la mano por el pelo, mientras las preguntas sin respuesta se agolpaban en su mente. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a encarar aquello? ¿Cómo removerlo de nuevo?

—¡Quieto ahí!

Pegó un respingo, parándose en seco. Allí estaba el bastión de la familia montando guardia, esperándole a las puertas, una a cada lado.

—Me habéis asustado. ¿Qué pasa?

—Queremos hablar contigo, Nick —dijo Nani muy seria.

—¿Por qué? —Su ceño se frunció aún más—. ¿Qué ocurre?

—¡Ocurre que queremos hablar contigo! —exclamó Nina—. ¿Es que no escuchas?

—Estoy cansado para charlas, Nanis.

—¡Pues te aguantas!

Nina le agarró por un brazo y tiró de él con todas sus fuerzas hacia el despacho del patriarca.

—¡Pero bueno!

—¡Que entres, te digo! —Le empujó con toda la rabia que había en su pequeño cuerpo—. ¡Siéntate!

—¿Se puede saber a qué viene esto? —preguntó, sentándose— ¿Qué demonios os pasa?

—¡No! —La furia colombiana levantó un dedo ante su cara— ¿Qué demonios te pasa a ti? ¡La española te ha pedido algo, y queremos saber qué es!

—Nick... —intervino Nani—. ¿Aún no le has pedido que se case contigo?

—¡Oh, por el amor de Dios! —Se frotó la cara—. Sí, claro que se lo he pedido.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —gruñó Nina.

—Nina, por favor, yo... yo...

—¿Cuál?!

Le vino a la mente aquel episodio cuando tenía doce años y llamaron del colegio. Su madre estaba muy ocupada con sus ayudas solidarias y el patriarca hizo oídos sordos al problema, diciendo que ya era lo suficientemente adulto, que lo solucionase él, así que ellas tomaron el mando y en el centro escolar se presentaron para solucionarlo, ¡aquello fue todo un espectáculo! Las miró con dulzura, las Nanis no habían tenido hijos, pero eran más madres que algunas.

—Carol... Carol quiere saber lo que ocurrió... en la guerra.

—¡Y tú no quieres contárselo! —dijo Nina.

—¡No puedo contárselo!

—Claro que puedes —dijo Nani, sentándose a su lado y acariciando su rodilla.

—¡Oh, Señor, no tenéis ni idea! —Se frotó la barbilla con desesperación.

—¡Pero tenemos muchos años y mucha imaginación! —sentenció Nina.

—En las guerras pasan cosas malas, Nick —dijo suavemente Nani—. Eso lo sabe todo el mundo, y nosotras también. Hemos vivido mucho, más que tú, y sabemos de lo que hablamos. Tú no eres responsable de lo que ocurrió allí.

—¡Sí, claro que lo soy!

—¿Mataste a alguien? —preguntó Nina, doblándose hacia delante y clavando en su cara su más intensa mirada.

—¡Por el amor de Dios, Nina, a la guerra se va a matar!

—¡Eso ya lo sé! ¿A qué se va a ir sino? Pero no te pregunto eso. ¿Le pusiste a alguien una pistola en la cabeza y apretaste el gatillo mirándole a los ojos?

Nick abrió la boca, pero no supo qué contestar.

—Allí ocurrió algo que te atormenta desde entonces —dijo Nani, pensativa—. Algo que ha estado a punto de hacerte perder la cabeza, y tienes que sacarlo fuera de una vez para siempre. Carol quiere saberlo, y tú tienes que contárselo.

—¡No puedo!

—¡Sí puedes!

—¡No puedo contárselo, Nina, si se lo cuento... temo que me deje, y yo... yo no puedo vivir sin ella!

—Carol no te dejará —afirmó Nani—. Ella te quiere y no te va a dejar, haya pasado lo que haya pasado.

—¡Tienes que contárselo, Nick! —exclamó Nina, paseándose ante ellos con nerviosismo—. ¡Tienes que contárselo porque yo no puedo soportar más esta tensión, y mucho menos una cena como la de esta noche. En la vida había sentido tantas ganas de gritar!

—No seas egoísta, hermana. Tiene que contárselo porque ella quiere saberlo, necesita saberlo, necesita esa prueba de confianza. ¿Acaso no confías en ella, Nick?

—¡Pues deberías hacerlo! —sentenció Nina—. ¡Porque Carol es de ley!

—¡Oh, sí, sí, es de ley! —apoyó su hermana.

Nick recorrió aquellos rostros que tanto amaba, con devoción, con admiración, con deleite. El de Nani estaba inundado de una profunda calma, el de Nina de una profunda desesperación.

—Así que Carol es de ley —sonrió, sacando un cigarrillo—. Y eso lo sabéis porque...

Las gemelas se miraron y asintieron lentamente.

—Porque en el poco tiempo que lleva aquí... —dijo Nani— Ya conoce

todos los secretos de la familia, y no ha dicho ni una palabra.

—¡Ni una! —dijo su hermana—. ¡Hemos estado muy atentas!

—¿Secretos? —preguntó Nick, dándole una profunda calada al cigarrillo—. ¿Qué secretos?

—¿Crees que está preparado para escucharlos? —preguntó Nani a su gemela, alzando las cejas.

—¡Ya tiene edad! —contestó Nina, alzando los brazos— ¡Cuéntaselo tú!

—¿Por qué yo?

—¡Porque tú cuentas mejor las cosas!

—Está bien...

Nani se colocó despacio los volantes de su mandil, se humedeció los labios y carraspeó ligeramente.

—Pero como no somos ningunas chismosas, sólo te contaré uno de ellos, un secreto que Carol descubrió al poco de llegar y del que no ha dicho absolutamente nada... ¿Estás preparado? Te aseguro que no te va a dejar indiferente.

Cuando Nick fue informado por Nani de que la animadversión que el gran hombre —como Nina le llamaba al patriarca con sarcasmo— sentía hacia los pintores, tenía nombre de mujer... a punto estuvo de darle un síncope. Y no de una mujer cualquiera, sino el de Susan Macintosh, actual señora del coronel, gran amigo del patriarca. Al parecer, la señorita Macintosh había sido la primera en ocupar su noble corazón, pero en aquellos años de juventud en los que las paletas de colores brillaban en las manos de la dama y plasmar la realidad que la rodeaba era su *leiv motiv*, la pasión pudo en ella más que el amor, y el espíritu aventurero que inundaba su alma la llevó en pos del Viejo Continente, donde esperaba empaparse de la magia de los bohemios artistas franceses, y hacia ella se encaminó destrozando el corazón de un joven enamorado. No encontró al otro lado del charco la magia que buscaba, pero provocó en él una fobia que dirigiría sus pasos de allí en adelante.

La historia salió por la boca de Nani, como si de la mejor comentarista de Sucesos se tratase, y las palabras poco a poco fueron tomando forma en la mente de Nick, quien por fin pudo atar cabos.

—¿Y cómo se enteró Carol de todo eso?

—Eso no lo sabemos —dijo Nina, zanjando el tema—. Pero es lo de menos.

—¿Y los otros secretos?

—De esos, ya te enterarás.

—¿Hay muchos de los que deba enterarme?

—¡Pufffff! —exclamó Nina.

—Carol es de ley, Nick —Nani acarició suavemente su rodilla—. Tienes que confiar en ella. Quizá deberías llevarla... a la cabaña.

Sentada en el borde de la preciosa fuente que adornaba el jardín, Carol se preguntaba por qué a ella no se le concedía un último deseo. A todos los condenados se les concede, ¿por qué a ella no? La tozudez de aquel hombre la enardecía y espoleaba su adrenalina de forma preocupante. Se dijo que la culpa de su inestabilidad era de “el bicho”, que volvía a campar a sus anchas por su torrente sanguíneo, le sentía ir y venir, subir y bajar, darse tremendos garbeos por su organismo. La rabia que la invadía sólo era comparable a la que invadía a Jaime cada vez que su suegra hacía acto de presencia en su vida. Claro que eso había sido en otra vida, porque las tornas habían cambiado y la madre política se había convertido en fuente inagotable de información que él descargaba sobre el teclado. Pensar en él y sentirle vibrar en su bolsillo fue todo uno.

JAIME:

A ver, americana, que me tienes desinformado. ¿Cómo te va con el toro?

CAROL:

Pues en este momento la corrida está paralizada. Mi muleta no consigue llevarle por donde quiero. ¿Qué hago?

JAIME:

¿Has probado a ponerle banderillas? Hay que espolear, cariño, hay que espolear, que si no, la gente se duerme en los laureles y cuando ya te han tomado los talentos, ya no hay nada que hacer.

CAROL:

¿Y tú cómo estás? ¿Se ha solucionado algo? ¿Pablo ha vuelto a casa?

JAIME:

No le quiero aquí. Tenías razón, estoy resentido (ya sé que tú dijiste decepcionado, pero yo prefiero resentido). Se ha refugiado en casa de uno de sus ex.

CAROL:

¿De cuál de ellos?

JAIME:

De Pinocho.

Jaime recurría también a los cuentos infantiles para ponerles motes a las personas, decía que le daban mucho juego, y en este caso el nombre era perfecto, pues para *Pinocho* lo de mentir era tan natural como para otros el comer. Había sido el último ligue de Pablo antes de conocer a Jaime, y hacía carrera política, por lo que estaba acostumbrado a decir blanco cuando era negro y viceversa, le salía con una fluidez absoluta y total convencimiento. Su incapacidad para decir la verdad les había hecho mucha gracia, hasta que salió elegido concejal, claro.

CAROL:

Tranquilo. Con ese no aguanta ni dos días.

JAIME:

Tres, como mucho. Los de Política están tirando de la manta sobre el asunto del Monte Mirador, y ya sabes que Pinocho fue concejal de urbanismo en aquella época. Así que sólo es cuestión de tiempo que le pongan en la palestra.

CAROL:

¡Dios mío, Jaime, El Roncal se va a quedar pequeño para tanto chorizo!

JAIME:

Mira el lado positivo, cariño. Habrá que construir más cárceles: trabajo para los obreros.

CAROL:

¿Y qué piensas hacer? ¿Ya has tomado una decisión?

JAIME:

Verás, cariño... He llegado a la conclusión de que, cuanto más das, más tienes que dar, y cuanto menos recibes, menos te dan.

CAROL:

Me he perdido.

JAIME:

Me he dejado llevar por el corazón, Carol, al fin y al cabo, era mi marido, ¿entiendes? Ahora debo intentar que quien dirija mi vida sea la cabeza.

CAROL:

¡Habías puesto dinero a su nombre! ¡No me lo puedo creer!

JAIME:

¡Ay! No te enfades, por favor.

CAROL:

¡Pues no será por las veces que Cris y yo te hemos dado la charla!

JAIME:
Ya, ya...

CAROL:
¡Que ya no tienes veinte años, Jaime!

JAIME:
No me riñas, por favor, que en este momento tengo, como diría Alejandro Sanz, el corazón partío. Cuando vuelvas tienes que ayudarme a recomponer los pedacitos.

CAROL:
¡Oh, por Dios! ¡Ya sabes que te daré todos los mimos que necesites, pero lo del dinero tenemos que hablarlo muy seriamente, esto no puede volver a ocurrir!

JAIME:
No sabes cuánto te lo agradezco, pero te agradecería más que vinieses conmigo a Portugal.

No se le pasó el enfado, pero tampoco pudo reprimir la sonrisa. Unos años antes habían visitado el país vecino y él aseguraba muy serio que aquello era el Paraíso, y no le quedó más remedio que creerle porque en la semana que estuvieron allí sólo le vio en la piscina del hotel y la mayor parte del tiempo, dormido.

Su corazón dio un vuelco cuando el teléfono le avisó de que la tormenta ya había pasado y el aeropuerto volvía a estar operativo. Apagó el cigarrillo y entró en la casa. Subió a su habitación, oyó el agua de la ducha, cogió el portátil y bajó al salón azul, allí no la encontraría. Colocó el ordenador sobre una mesa junto a la ventana. Las farolas del exterior de la casa, que se encendían automáticamente con la llegada de la noche, aún estaban apagadas. Entró en la página de Iberia, donde había un vuelo esperándola, pero... como si el sonido de sus dedos sobre el teclado tuviese algún magnetismo especial, los habitantes de la mansión comenzaron a aparecer en escena uno tras otro. El corazón le dio otro vuelco cuando vio llegar al americano, pero nada que ver con el que sufrió su estómago, que dio tres vueltas de campana. Tras él llegaron las Nanis, seguidas de Maggie, a su espalda Patrick y Charles, con Lisa y María cerrando el cortejo, sólo faltaban los padres que habían ido a una recepción —un acto social ineludible, según dijo el patriarca ante el ceño fruncido de su esposa—.

—¡Maldita sea, Carol! —Su sombra se proyectó sobre ella.

—No me grites.

—¡No irás a ningún sitio!

—Te he dicho que no me grites. —Se giró en la silla, encarándose con él —. Quiero regresar a mi casa, ya lo sabes.

—¡De eso nada! ¡Irás al hospital, aunque tenga que llevarte a rastras!

—¡NO SOY UNA MALETA! —La furia le salía por los ojos—. ¡Hicimos un trato, un trato que no has respetado, y, por tanto, a partir de ahora y puesto que no me puedo fiar de ti, las decisiones con respecto a mi vida y a mi enfermedad las tomaré yo y sólo yo! ¡Tú ya no tienes ni voz ni voto! ¡¿Te ha quedado lo suficientemente claro o te lo repito más alto?!

En aquella casa, que las mujeres pusiesen en su sitio a los hombres, no era lo habitual. La incomodidad que se percibía en los varones era directamente proporcional a la satisfacción que se percibía en las hembras: Lisa asentía con una ligera sonrisa, Maggie lucía una sonrisa espléndida, las Nanis se daban pequeños codazos aguantando la hilaridad, y María hiperventilaba excitada como si estuviese viendo realmente una telenovela.

—¡Se acabó! —gritó Nick.

Se inclinó sobre el portátil, y lo apagó. La pantalla se fue a negro con la misma rapidez con que el rostro de Carol se fue al rojo carmesí más intenso. Las ganas de lanzarle el ordenador a la cabeza sobrevolaron su desquiciada mente.

—¡¿Pero quién te has creído que eres?! ¡¿Acaso te crees mi amo?!

—Nick... —susurró Nani—. La cabaña.

—¿Qué pasa en la cabaña? —preguntó Lisa, haciéndose eco de los pensamientos de Carol.

—¡¿La llave sigue estando en el mismo sitio?! —preguntó él, sin apartar los ojos de su cara congestionada.

—¡El macetero de las margaritas! —contestaron cinco voces al unísono.

—¡Vamos! —exclamó, agarrándola de la mano y tirando de ella.

—¡¿Pero qué haces?!

—¡Vamos!

—¡¿Adónde?!—protestó, intentando soltarse de aquella tenaza.

La sacó del salón azul sin contemplaciones, momento en que los padres hicieron acto de presencia, elegantemente vestidos, así como el mayordomo, quien acudió al oír el escándalo, pero se quedó parado en medio del vestíbulo como un árbitro en medio de un ring de boxeo; aquel hombre vivía un *déjà vu* continuo.

—¡Suéltame inmediatamente!

—¡Cállate!

—¡No me mandes cerrar la boca, ¿eh? que yo no soy tu madre!

A Grace se le formaron unos intensos rosetones en las mejillas.

—¡Deja de protestar!

—¡No quiero!

Viendo cómo se revolvía, Nick echó mano de todas sus dotes de persuasión, muy americanas, por cierto, y cual si fuera Richard Gere en *Oficial y Caballero*, la cogió en brazos, poniendo sus caras frente a frente.

—¡Quieres callarte de una vez! ¡Iremos y punto!

—¡¿Adónde?! ¡¿A un hospital mental, porque eso es lo que te hace falta?! —gritó iracunda, ante la atónita mirada de su suegro—. ¡Bájame ahora mismo, esto es un secuestro!

Sus gritos no le detuvieron. Nick cruzó las grandes puertas blancas de la mansión —que las Nanis muy previsoramente mantenían abiertas de par en par—, bajó las escalinatas, la metió en el coche y puso los seguros, mientras la familia al completo les observaba como si de un comité de despedida se tratara.

—¿Pero adónde se la lleva? —preguntó el patriarca.

—¡A la cabaña! —contestaron cinco voces.

—¡¿Pero qué pasa en la cabaña?! ¡¿Me lo queréis decir de una vez?! —exigió Lisa, enfadada, llevándose las manos a las caderas— ¡No se os ocurra dejarme con la palabra en la boca! ¡Me tenéis desinformada, y yo ya no soy un bebé, yo también tengo derecho a saber!

La cabaña fue la única cosa que encontró en América que recibía el hombre que le correspondía, porque era una auténtica cabaña. De madera, tenía un precioso porche que invitaba a disfrutar de la noche, la luna y las estrellas, tejados abuhardillados y una gran chimenea. Rodeada de un espeso bosque y ante el Lago Michigan, era el lugar perfecto para perderse un fin de semana de pasión y desenfreno. En ella había sido concebida Lisa, resolviendo así la primera crisis matrimonial que se había producido entre sus suegros, cuando el “don” comenzó a asomar la cabeza en Grace, y el senador, experto en lides políticas y por tanto en estrategias, eligió aquel lugar para dirimir sus diferencias.

En su interior estaba toda la rusticidad que no había en la mansión. La planta baja tenía una cocina americana con una encimera de color verde que Carol jamás pondría en su casa, pero que allí quedaba perfecta. El salón, con sofás blancos y una gran chimenea, y un comedor de grandes ventanales y vistas al lago. La escalera de madera oscura llevaba a cuatro dormitorios y dos baños, y hasta había un pequeño despacho en una esquina del rellano, rodeado de estanterías llenas de libros.

Nick la sacó del coche y no soltó su mano hasta que llegaron a la habitación “india”. Una gran cama, colocada entre dos ventanas, les recibió cubierta por una preciosa colcha salida de las manos de alguna tribu india, en tonos amarillos y anaranjados que eran una auténtica delicia. El mutismo que había rodeado el viaje se rompió en el mismo instante en que Nick cerró la puerta.

—¡Esto que has hecho es imperdonable, Nick! —exclamó, sentándose en la cama con rabia—. ¡Me has humillado delante de toda tu familia! —Clavó en él su mirada más iracunda—. ¡Me has ninguneado, me has...!

Los ojos negros que la miraban eran dos teas incandescentes chisporroteando de deseo. Cuando los dedos comenzaron a desabrochar la camisa, olvidó lo que estaba diciendo, porque el arte de desnudarse no estaba reservado únicamente a las mujeres, Nick empleó en ello una lentitud de movimientos y una sensualidad que le hizo hervir la sangre en las venas. La

camisa cayó al suelo, y tras ella el resto de las prendas, inundando la estancia con su aroma, cargándola de un erotismo que llegó hasta su corazón y multiplicó sus latidos. Se quedó completamente desnudo ante ella, aquella masa de músculos perfectos y resplandecientes bajo la luz del ocaso, la deslumbraba, era el imán perfecto para su cuerpo, que se debatía entre la vida y la muerte, y que no quería abandonar este mundo sin disfrutar de semejante regalo del cielo.

—¡Oh, Señor! —suspiró.

Se acercó lentamente a ella, que se dejó caer sobre la cama, rindiéndose ante aquel cuerpo, y se inclinó sobre ella, sin tocarla, embriagándola con el aroma de su cuerpo, con el calor que desprendía, con el brillo de sus ojos negros.

—Desnúdate.

Podía ser una orden, podía ser un ruego... Las ropas desaparecieron de su cuerpo. Sólo cuando la tuvo completamente desnuda ante sus ojos, decidió seguir con su estrategia, porque aquello era un plan en toda regla, perfectamente elaborado, diseñado y calculado para acabar con sus defensas. El hombre de los ojos negros sabía de estrategias y, siendo como era un hombre inteligente, había echado mano de las armas más poderosas que tiene un hombre: el calor de su boca, las caricias de sus manos, el roce de su piel, el olor de su cuerpo, la ternura de sus besos, su pasión, su deseo... Saboreó su boca, saboreó su cuello, saboreó sus hombros, saboreó sus pechos... Lamió sus costados, lamió su cintura, lamió su Monte de Venus... Chupó su clítoris, hinchado de deseo, y agarrando sus manos entrelazó sus dedos, la hizo volar tan alto que se salió de este universo... Sólo cuando la vio saciada, dio por finalizado aquel asalto, el primero, que ganó, por supuesto.

—¡Oh, Nicki! ¿Pero qué me haces?

—Te amo —susurró, tendiéndose sobre ella y entrando en su cuerpo—. Te amo como nunca he amado, como a nadie más quiero amar. Eres mía, sólo mía, mía para siempre, y no te voy a perder porque sin ti... sin ti estoy muerto.

La tomó con toda el ansia y toda la dulzura, con toda la pasión que había en su cuerpo, llenándola, saboreándola por fuera y por dentro, haciéndola suya como sólo los hombres de verdad saben hacerlo. Ella tuvo entre sus brazos al ser más perfecto, un hombre en el que la mente no quería mostrarse, pero el cuerpo se entregaba por completo. Se abandonaron uno al otro, se abandonaron al deseo, dos cuerpos convertidos en un solo cuerpo impregnado

de caricias y de besos.

Y mientras la noche caía lentamente y los dedos de Nick se enredaban entre los rizos de su pelo, sus labios dejaron en sus oídos las palabras más hermosas que un hombre puede entregar a la mujer de sus sueños, con la banda sonora de los cascabeles y el ulular de un búho a lo lejos.

Abrió los ojos, se sentía bien, realmente bien, bien como antes de la enfermedad. ¿Sería por esa extraña mejoría que dicen experimentan algunos enfermos cuando el final se acerca? Se giró en la cama y la encontró vacía. Sobre la mesilla de noche brillaba el colgante con forma de búho. Entre sus dedos, las alas se abrieron y la esfera del reloj se mostró de nuevo ante ella, pero ya no estaba estallada en diminutos fragmentos, el cristal había sido sustituido por uno nuevo.

Su imagen, en el dintel de la puerta, la sobresaltó y maravilló por igual. Aquel hombre no tenía un cuerpo, era una mole de músculos; jaula perfecta para sus recuerdos. Le tendió un refresco y se tomó el suyo de golpe. Cogió de su bolso un cigarrillo, lo encendió y abrió una de las ventanas. La luna se reflejó en su piel, colores dorados y cobrizos, líneas de fuego, de sufrimiento, de recuerdos aplastados y perdidos. Aspiró profundamente el cigarrillo y dejó salir el humo despacio, como si quisiese detener el tiempo, como si quisiese borrar el pasado. Cerró los ojos, apoyó las manos sobre el alféizar de la ventana, bajó la cabeza y comenzó a hablar...

—Durante el día... el calor era infernal. No había nada que consiguiese mitigarlo, pero el frío de la noche era aún peor. —Abrió los ojos y dio una profunda calada—. Cuando los elementos son adversos, la mente se descontrola. Nuestros Mandos lo sabían, por eso nos mantenían ocupados, para que no se desbocara, pero la mente busca válvulas de salida... Perdí a cuatro de mis hombres: dos no pudieron soportarlo y se pegaron un tiro, el tercero salió del campamento en plena noche, corriendo y gritando en dirección al desierto, nunca le encontramos. Y el cuarto perdió la cabeza por completo, entró en un pequeño poblado y mató a cuantos encontró a su paso, mujeres y niños incluidos —suspiró profundamente—. Ver cómo alguien pierde el juicio y no poder hacer nada para evitarlo, es terrible, y ver cómo el tuyo también está en peligro es desesperante... Yo me repetía que todo tiene un principio y un final y que aquello, antes o después, terminaría, pero no era suficiente. Sentía que la cabeza se me iba... —Dio la última calada al cigarro y lo apagó en una jardinera de la ventana—. Llevábamos varios días

sufriendo una tormenta de arena que nos tenía destrozados. Los de allí estaban acostumbrados, pero para nosotros era insoportable, lo peor era el viento. ¡No sé qué tenía aquel viento que nos volvía locos!... Yo me sentía tan desquiciado como mis hombres, pero intentaba disimularlo, hasta que una noche, cuando hacíamos la ronda, vimos una sombra saliendo de la tienda que usábamos como almacén... era una mujer. Yo la encañoné, pero mi compañero saltó sobre ella y comenzó a abofetearla... ¡Ella gritaba y el viento soplabla!... Él siguió dándole bofetadas, hasta que vi que sacaba la pistola, entonces se lo quité de encima. Desapareció con rapidez, así como la comida que había robado. Al día siguiente, cuando fui a buscarle para hacer la ronda, se puso como loco, dijo que yo era un traidor, que ayudaba a los rebeldes, que no era de fiar, que daría parte de mis actos. Me fui solo, me dije que hablaría con él cuando se tranquilizase, y comencé la ronda en solitario...

Se sentó en la cama, apoyó los brazos sobre las rodillas, clavó la vista en el suelo y siguió hablando...

—Aquella noche volví a verla. Estaba agazapada junto al almacén, pero no llevaba nada entre las manos. Cuando se incorporó preparé mi arma, muchas mujeres son usadas como bombas humanas, pero entonces ella... se desabrochó la blusa, mostrándome su cuerpo, y vino hacia mí... quería complacerme... me estaba agradecida y quería complacerme... ¡Oh, Dios!... Comenzó a acariciarme, intenté apartarla, pero sus manos siguieron tocándome, mientras el maldito viento silbaba. Retrocedí y caí sobre un montículo de arena, se echó sobre mí riendo, y yo... yo... ¡Hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer, que no conseguí que mi cuerpo no respondiese como lo hizo, lo intenté, pero no pude detenerlo!... Su risa mezclada con el viento fue para mí el afrodisíaco más potente y me dejé tomar por ella, me dejé tomar por una desconocida, una mujer que me entregaba lo único que tenía, su cuerpo y su risa... El colgante brillaba sobre su pecho, las alas se abrían y cerraban acompasando sus movimientos. Sonreí y ella respondió a mi sonrisa, y entonces el disparo sonó, y se detuvo el tiempo... La bala le entró por la frente y atravesó su cabeza, en sus labios aún estaba la sonrisa... Me quedé con su cuerpo entre mis brazos, hasta que me la quitaron de las manos, sólo entonces fue consciente de los gritos de mi compañero, de sus risas enloquecidas mirando al cielo con la pistola aún en la mano... ¡Se había vuelto loco, pero no tanto como yo, Carol, no tanto como yo!... ¡No supe controlarme, nena, no supe, y ella murió!

—Nick...

Salió de la cama y se sentó sobre él, abrazándole con todas sus fuerzas, apretándole contra su pecho, acariciando su cabeza, una cabeza enloquecida por el viento.

—Tú no eres responsable de lo que hizo otro hombre. No lo eres, mi amor.

La abrazó con desesperación, dejando salir por fin de su cuerpo toda la culpa, toda la amargura, todo el sufrimiento. Los remordimientos se mezclaron con la ternura, con el calor de los cuerpos, con los besos de amor, con los latidos de los corazones en el pecho. En las manos del hombre de los ojos negros aparecieron las caricias que se habían quedado en el desierto, caricias llenas de arena y de restos de seres muertos. La habitación india se inundó con una ráfaga de viento que entró por la ventana trayendo consigo el ulular de un búho que se mezcló con la música de los cascabeles, viento de la playa y viento del desierto, viento húmedo y viento seco, que hizo remolinos en su pelo. La desesperación dio paso al dolor, el dolor dio paso a la calma, y la calma dio paso al deseo.

Carol dejó sobre su cara un camino de besos, mientras su sexo le acariciaba haciéndole regresar de entre los muertos. Alzó las caderas y le llevó a su interior. Ahora le tocaba a ella llevarle al cielo. Le abrasó con su deseo, y se movió sobre él con la misma ligereza con que el viento mueve la arena en las dunas de la playa y del desierto. Se abrió más y más, entregándole su cuerpo al hombre que por fin le había mostrado el jardín olvidado de sus recuerdos; su particular infierno. Cerró los ojos y le sintió estallar en su interior, no concebía lugar más hermoso para morir que entre sus brazos; así se lo pidió al destino, así al universo.

Cogida de su mano, su mejor agarradera, se dirigió al hospital en busca de su sentencia. En un despacho grande y soleado, sentado en un confortable sillón tras una preciosa mesa, esperaba su verdugo. Tenía una edad similar a su oncólogo español, pero estaba más en forma; los bíceps que se marcaban bajo su bata así lo atestiguaban. Les recibió con la mayor de las frialdades. ¿A quién habría entregado éste toda su humanidad? Comenzó a hablar con gran profesionalidad, y, aunque Carol había hecho grandes avances en el idioma, no entendió absolutamente nada. El lenguaje técnico se le resistía, así que se concentró en el aspecto visual. Le miró fijamente. La insensibilidad era algo que le molestaba mucho y, dado que no podía decírselo, decidió mostrárselo. Él no exteriorizó signo alguno de incomodidad, pero en su frente brillaron diminutas gotitas de sudor mientras contestaba a las innumerables preguntas de Nick. Se apiadó de él, al fin y al cabo, la enfermedad no era culpa suya y, como decía Jaime: “Ser médico tampoco es ningún chollo, todo el día viendo desgracias, eso le mina la moral a cualquiera”. Así que, ajena a lo que decían sobre su enfermedad, se levantó del sillón y paseó por el despacho. Las consultas de los médicos dicen mucho sobre ellos; los hay presumidos, que cuelgan en las paredes todos los títulos que tienen; los hay inseguros, que los cuelgan todos por miedo a que alguien ponga en duda su cualificación; los hay seguros de sí mismos que no cuelgan nada, con ellos les basta, y luego están los que no quieren olvidar lo que les llevó hasta allí y decoran sus despachos con horrorosos árboles genealógicos de la Ciencia, cargados de palabras, y todo para acabar diciendo que el médico debe curar, ¡como si alguien no lo supiera!... Pero éste la tenía desconcertada; no había diplomas, ni cuadros, sólo pequeñas mariposas de papel pegadas con celo en la pared. Recogió del suelo una que se había caído, se abrió en sus manos como un acordeón y pudo leer en ella una sencilla dedicatoria con una irregular caligrafía infantil.

—Habláis mucho, Nick —dijo, mirando la mariposa—. ¿Me lo vas a decir de una vez, o tengo que ponerme a llorar?

—Me está explicando los resultados de algunas de las pruebas que te

han hecho, Carol, pero estamos esperando por las últimas, que ya deberían estar aquí, pero parece que se han retrasado... Dice si quieres preguntarle algo.

—¡Vaya, qué amable! —dijo con sarcasmo—. Pues sí, pregúntale quién ha hecho las mariposas.

—¿Qué?

—Las mariposas. —La movió en la mano, haciéndola aletear—. Pregúntale quién las ha hecho.

...

—Las hizo su hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

...

—Diez años.

—Sí, eso lo he entendido —dijo, pegando la mariposa en la pared—. ¿Y dónde está su hija?

—Carol...

—Pregúntaselo, hombre, es una pregunta inofensiva.

...

—Su mujer y él se divorciaron y la niña vive en Canadá, con la madre.

—Entiendo... —Se sentó de nuevo y tomó entre las suyas la mano del hombre de los ojos negros, acariciándola despacio—. Ahora, hazle una última pregunta, pero por favor, tradúcesela como yo te la digo: Si en lugar de estar yo aquí sentada, estuviese su hija, las últimas pruebas ya estarían encima de su mesa, ¿verdad, doctor?

Supo que Nick había traducido sus palabras al pie de la letra, porque el insigne clavó en ella su mirada más intensa, apretó la mandíbula y levantó el teléfono. Obsequió a su novio con un beso de agradecimiento y se levantó despacio, se acercó a una de las ventanas, la abrió y encendió un cigarrillo. Estaba dándole la tercera calada al pitillo cuando alguien colocó sobre la mesa de su Ilustrísima sus últimas pruebas... ¡Allí estaba su Milla Verde!

Oyó cómo abría el sobre. Oyó cómo lo leía. Y oyó cómo Nick gritaba. Nick gritó mucho, muchíisimo, como diría Lisa, porque otra cosa no tendría, pero voz, para dar y regalar. Miró hacia abajo: diez pisos, aquello sería más rápido, pero demasiado traumatizante para su querido americano. Así que, una vez más, Carol se apiadó de aquel médico que no tenía la culpa de nada, y que estaba recibiendo el varapalo de su vida. Apagó el cigarrillo en un macetero en el que la planta brillaba de forma extraña, ¿sería de plástico?

Sacudió la cabeza, ¡las tonterías que se le ocurrían en momentos de desgracia!

—Nick, tranquilízate —susurró, acercándose despacio.

—¡Oh, por el amor de Dios, por el amor de Dios! —exclamaba, ya en español, gesticulando como un loco—. ¿Por qué no hicieron antes esos exámenes?

—¡Venga, venga, que él no tiene la culpa! —Acarició sus brazos, estaban duros como el acero—. Cálmate, por favor, si ya lo sabíamos.

—Pero nena... —La miraba con el ceño fruncido—. La que tiene que estar tranquila eres tú.

—¡Oh, yo estoy tranquila, no te preocupes! —Alzó los hombros— Así que ya nos podemos ir, este pobre hombre no tiene la culpa de nada y... y... ¡se está riendo!

—Carol, escúchame.

—¡Pero mírale! ¡Se está riendo!

—Carol, mírame, nena, mírame.

—¡Esto es de Juzgado de Guardia, Nick! ¡Este tío se está riendo!

—Carol. —Tomó su cara entre las manos—. Mírame, nena.

—¡Oh, Virgen Santísima! —Sus ojos se negaban a hacerlo.

—Carol.

—¡Pero Nick! —Su dedo acusador señaló al insigne.

—Ven... —La apartó de la mesa y la acercó a la ventana. Tomó su cara entre las manos y la miró con ojos brillantes, muy brillantes—. Escúchame atentamente, por favor... No tienes cáncer.

—¿Qué?

—No tienes cáncer, amor —sonrió.

—¿Pero qué dices?

—El cáncer no ha vuelto. Todas las pruebas han salido negativas. No hay ni rastro de cáncer.

—Nicki... si se trata de una artimaña tuya para que me ponga en tratamiento... preventivo, o como se le llame, sin protestar, te aseguro que no hace falta.

—No, nena, no es ninguna artimaña. El cáncer no ha vuelto.

—¿Pero entonces qué tengo? ¡Porque yo tengo algo Nick, no me encuentro bien!

—Sí, cariño, han encontrado algo, pero no es malo.

—¡Oh! Entiendo, un tumor benigno.

—No.

—¿Entonces?

—¡Oh, nena, yo... no sé cómo decírtelo!

—¡Pues haciéndolo de una vez, porque me va a dar un infarto! —Le agarró con rabia por la camisa—. ¡Nick!

—Estás embarazada.

—¿Qué?... No.

—Sí.

—No.

—Sí, cariño, lo estás.

—¡Eso no puede ser! ¡Nosotros siempre tomamos precauciones!

—No siempre, nena.

—Bueno, pues... casi siempre.

—Ya, pero con una vez que no las tomemos, es suficiente.

En el interior de la extraña materia multicolor que ocupaba su mente, comenzaron a aparecer increíbles tonalidades que nunca antes habían estado allí. De repente, el malva lo llenaba todo, y se transformaba en verde, el verde se convertía en amarillo y éste en un naranja que luego se volvía añil. Los colores más hermosos que puedan existir en el universo inundaron su cerebro, dotándolo además de unas sensaciones hasta entonces nunca experimentadas, fue como si una ola procedente del mar la recorriese, una ola de bienestar, de calma, de serenidad, de paz, que se extendió por todo su cuerpo; esa sensación que te hace sentir liviana... cuando se pierde el miedo.

—¿Por eso... por eso estoy tan cansada?

—Sí.

—¿Por eso... por eso los vómitos y los mareos?

—Sí.

—¿Por eso... por eso los cambios de humor?

—Sí.

—Pero... pero dijeron que con el tratamiento quizá no podría concebir nunca, o que tardaría en hacerlo.

—El doctor dice que no es habitual en estos casos, pero que a veces ocurre, y a ti te ha pasado.

—¿Estoy... estoy embarazada, Nick? —Los ojos negros le regalaron una sonrisa espléndida—. ¿Y tú estás contento?

—Nena, que no tengas cáncer es la mejor noticia, pero que encima estés esperando un hijo mío, eso... eso ya es tocar el cielo.

—¡Oh, Nicki!

Se lanzó a sus brazos, se pegó a su cuerpo, enterró la cara en su cuello inundándolo de lágrimas que se llevaron los últimos rastros del miedo, y en brazos de un americano grande como un castillo, que enjugaba su llanto y acariciaba su cuerpo, salió de la consulta de un eminente que no pudo evitar que una lágrima traicionera desestabilizase su casi inalterable endiosamiento.

En cuanto se echó sobre la cama, se quedó dormida. Habían sido tantas emociones vividas que en el viaje de vuelta el cansancio se había hecho con su cuerpo, la había inundado, llegando a rincones de su anatomía adonde hacía tiempo que no llegaba y sumiéndola en el más sereno de los sueños.

Nick bajó al salón, se preparó una copa y se dejó caer en el sofá, ajeno a la frenética actividad de las Nanis, que colocaban en una vitrina las copas que iban secando.

—Éstas son las últimas —dijo alegremente María, entrando con una gran bandeja.

—Está bien, déjalas ahí —dijo Nina, secándose las manos—. Terminaremos luego.

—¿Luego?

—Sí, luego —ratificó Nani—. Tómame un descanso.

—¡Pero siempre decís que el trabajo no se debe postergar!

—¡Que te vayas a la cocina de una vez! —explotó Nina.

—¡Oh, no hay quien os entienda!

María se marchó desconcertada. Las gemelas cerraron la puerta, se acercaron a él y se sentaron una a cada lado, muy derechas.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado, temeroso de que una nueva regañina saliese por sus bocas.

—¿Para cuándo se espera el feliz acontecimiento? —preguntó Nani con dulzura.

—¡Pero si no se lo hemos dicho a nadie todavía! —Las miró alternativamente— ¡¿Lo sabíais?!

—¡Pues claro! —exclamó Nina.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio —sonrió Nani.

—¡Lo que no entendemos es que ninguno os dieseis cuenta!

—Todos los síntomas así lo indicaban.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Nick iba de una cara a otra, patidifuso—. ¡¿Y se puede saber por qué demonios no dijisteis nada?!

—¡Pues por la sencilla razón de que nadie nos preguntó! —gruñó Nina.

—Eso es verdad —confirmó Nani—. Nunca nos pedís opinión.

—¡Así que nos la guardamos! ¡Y es muy decepcionante, la verdad, que después de tantos años en esta familia no nos tengáis en consideración!

—¡Oh, Señor! —exclamó Nick rodeándolas con sus enormes brazos y apretándolas contra su cuerpo—. ¡Vosotras sois lo más importante de esta familia! ¡Nosotros somos lo que somos gracias a vuestros cuidados, a vuestros desvelos, a vuestro cariño!

Nani se rompió en mil pedazos en los brazos de Nick, pero Nina le apartó pronto: las muestras de amor y gratitud la incomodaban sobremanera.

—¡Venga, venga, basta de sensiblerías! —exclamó la bolita de algodón, levantándose—. Por cierto, aunque nadie nos ha preguntado, nos apiadaremos de ti. Nani, haz los honores.

—... Es una niña.

La luz del día comenzaba a esconderse entre los árboles y un ligero viento empezaba a mecerlos. Abrió los ojos, aún adormilada, preguntándose si todo habría sido un sueño, pero la sonrisa que iluminaba la cara del hombre de los ojos negros le confirmó que la vida le daba una nueva oportunidad, que la salida del laberinto no era la que ella creía, que había otra que no había visto.

—Nena... —Se sentó a su lado y acarició su mejilla—. Tengo que hablar contigo.

—Nick, cada vez que me dices eso, me da un vuelco el corazón. —Se incorporó preocupada—. ¿No estaré esperando gemelos, o trillizos, o cuatrillizos? ¡A saber, con tanto medicamento!

—Es una niña.

—¡Oh, no digas tonterías! Pero ni aún no puede saberse.

—Nena, lo han dicho las Nanis, y si ellas lo dicen puedes estar segura de que así será.

—Una niña... —Se llevó la mano al vientre, pensativa.

—¿No estás contenta? ¿Preferías un niño?

—Pues ni lo había pensado, la verdad, pero ahora que lo has dicho me han entrado una especie de celos hacia ella que no puedo entender. —Las lágrimas inundaron sus ojos— ¿La vas a querer más que a mí, Nick?

—No son celos, amor. —Le dio un suave beso en los labios—. Son las hormonas, que las tienes alteradas, eso dijo el doctor.

—¿Y no hay nada para aplacarlas?

—Sí —sonrió, tendiéndose sobre ella—. Está sobre ti.

—Nicki... —susurró en su cuello, aspirando su aroma.

Sus labios la devoraron con tanta pasión que las lágrimas desaparecieron como por arte de magia, y una gran sonrisa iluminó su rostro al sentir aquel cuerpo enorme y poderoso.

—Yo no podría querer a nadie más de lo que te quiero a ti... Eres mi sol y mi luna... Eres la piel que me enciende, el cuerpo que me excita, la mente que me atormenta... Eres la alegría de mi vida.

Desde la apertura oficial del estudio en el desván, el cabeza de familia evitaba a Carol, y en las escasas ocasiones en que coincidían, la miraba con una intensidad que la paralizaba. Eso ocurrió cuando entró en el salón y se topó con él. Se paró en seco y giró en redondo con la intención de irse en dirección contraria, pero la voz del amo de la mansión, tan parecida a la de Nick, la detuvo.

—Caroline... espera, no te vayas. Quiero hablar contigo.

Parecía relajado sentado en el sofá con las piernas cruzadas y una copa en la mano. Su lenguaje corporal invitaba a la confianza, pero algo en el brillo de sus ojos la hizo ponerse en guardia. Pues si creía que podría vapulearla como a Grace, estaba muy pero que muy equivocado, pues las hormonas que cabalgaban por su cuerpo se encontraban más que dispuestas para la batalla.

—Siéntate, por favor.

—Estoy bien de pie, gracias. —Primera victoria.

—Verás, Caroline...

—¿Le importaría llamarme por mi nombre? —Segunda victoria.

—Verás, Carol... Os vais mañana, y me gustaría comentar contigo algo que me tiene preocupado. Yo comprendo perfectamente que este no es tu país, que esta no es tu casa, y que debe resultarte extraño y difícil encajar aquí y...

—No es fácil, no —le interrumpió a propósito, pero él no pilló la ironía, ni de la interrupción, ni del comentario.

—Ya... bueno. Todo eso lo comprendo, pero hay algo que no acabo de entender y que me gustaría que me explicases. —Carol apretó los dientes—. ¿Por qué no quieres casarte con Nick?

¡Vaya! ¡Con eso no contaba! Había temido que le hablase de su mala influencia para con las féminas de la casa, pero no que se entrometiese en semejante asunto del corazón.

—Mi hijo es un partido extraordinario —siguió, con la vista clavada en el líquido ambarino que mecía en su copa—. Además de tener un físico envidiable, tiene una posición social magnífica, por no hablar de la

económica, naturalmente. Cualquier mujer de esta ciudad daría un ojo de la cara porque la llevase al altar... ¿Por qué tú no?

—Pues verá... —Se sentó en el brazo del sofá de enfrente, balanceando una pierna, concentrada—. Me gustan mis ojos, y he cogido la mala costumbre de ver por los dos; creo que me resultaría muy molesto prescindir de uno.

Aquel hombre no tenía sentido del humor. Esa parte de su cerebro estaba desactivada y la ironía y el sarcasmo no hacían mella en él. La respuesta sólo contribuyó a aumentar su enfado con la española que había vuelto del revés su perfecta vida, su perfecta familia y su perfecta casa.

—Te he preguntado con sinceridad —dijo, respirando profundamente—. Y con sinceridad me gustaría que me respondieses, por favor.

Pedirle sinceridad a una mujer que tiene las hormonas disparadas, es una temeridad. Las suyas estaban más que decididas a darle alguna que otra respuesta sincera, lo que ya no estaba tan claro era que él las supiese encajar.

—Nunca he sido partidaria del matrimonio. Nunca he creído en ello como institución, prefiero guiarme por lo que siente mi corazón que por lo que dice un trozo de papel.

—Entiendo...

Se terminó la copa y la dejó sobre la mesa, apoyó los brazos sobre las rodillas y juntó los dedos ante su cara formando la pirámide de la concentración, el ojo que todo lo ve.

—Tu postura es muy respetable, por supuesto, pero debes tener en cuenta que nosotros somos una familia tradicional, muy tradicional. El matrimonio forma parte de nuestras vidas, de nuestra cultura, no concebimos formar una familia sin pasar por el altar, y no queremos que la tradición se pierda. Nos gustaría que vuestro hijo naciese en el seno de una familia de verdad, a los ojos de Dios y a los ojos de los hombres. Es por ello que te pediría que reconsiderases tu postura.

Sus palabras le provocaron un extraño efecto, le hicieron ver aquello desde otro ángulo. Aquel hombre que se entrometía en algo en lo que no debería de entrometerse, iba a ser el abuelo de su hija, y, dada su mentalidad anglosajona y conservadora, se creía en el deber y la obligación de velar por sus intereses antes incluso de su llegada a este mundo. Ese espíritu de protección hacia ella, le hizo mirarlo con otros ojos; su hija, al fin y al cabo, no vendría solamente a una tradicional familia americana, con su Día de Acción de Gracias y toda esa parafernalia, sino que llegaría a una familia en

la que se preocuparían por ella, por su bienestar. Esa idea le provocó una gran conmoción emocional, totalmente positiva, que comenzó a disipar su enfado inicial.

—... Hija.

—¿Cómo dices?

—Hija —repitió con una sonrisa—. Las Nanis han dicho que es una niña, y si ellas lo dicen...

—¡Una niña! —El brillo de sus ojos la emocionó—. ¡Bien, bien! En nuestra familia hay muchos varones, así que una mujer será muy bienvenida.

—Me alegra que esté contento con la noticia, aunque le advierto de que si no fuese así tampoco habría ningún cambio en la programación prevista —La ligera sonrisa que apareció en la cara del futuro abuelo la relajó; se le estaba despertando la ironía—. Usted me ha pedido sinceridad, así que seré sincera... Cuando Nick me habló en España de matrimonio, la idea no me gustó, aunque reconozco que tampoco le dije que no, porque le quiero con todo mi corazón, pero claro, luego llegué aquí... y le conocí a usted.

—¿Cómo dices?

—Verá... cada vez que le veo a usted, veo a Nick dentro de unos años, ¿entiende?

—Discúlpame, pero no te sigo.

La leve empatía que había surgido entre ellos se fue al garete, pero eso no la frenó; él quería saber, pues ella le explicaría, porque alguien tenía que hacerlo. Es lo que tiene pedir sinceridad, que luego hay que asimilarla.

—A usted le apasiona el cine, cada semana se va a ver el último estreno, no se pierde ni uno. Le encanta el golf; todos los sábados se hace unos hoyos con su amigo el coronel. Tiene partidas de cartas todos los viernes con los muchachos, como usted les llama. Monta a caballo cada domingo con el senador republicano. ¿Alguna vez su esposa le ha pedido que deje de hacer esas actividades que tanto placer le proporcionan?... Nick se parece mucho a usted, y yo temo que con los años se vuelva tan egoísta e intransigente como usted, y yo no soy como su esposa, no soy una mujer sumisa y abnegada, tengo otras cualidades, pero esas no, en realidad no las considero cualidades, sino defectos, pero claro... Grace tenía que tener alguno...

—¿Grace?

—Su esposa, quiero decir. —El subconsciente le jugó una mala pasada—. Yo no renunciaré a mis pasiones, a lo que me hace feliz, sólo por complacer a un hombre, porque si un hombre me quiere de verdad me aceptará tal y como

soy, con mis defectos, con mis virtudes y con mis pasiones, tal y como su esposa hace con usted... Su mujer tiene un don, un don que la hace feliz y con el que no daña a nadie, y no entiendo cómo ha podido vivir escondiéndolo, privándose del placer de pintar sólo por complacerle a usted y a su... extraña fobia. Es algo que me da mucho miedo, porque el amor verdadero no pone cadenas, sino alas, alas para poder volar libre por los cielos.

JAIME:

¡Ay, qué alegría! Nunca he sido padrino. ¿Y cómo te encuentras, cariño?

CAROL:

Muy rara, Jaime, muy rara, tan pronto tengo ganas de reír como de llorar, una bipolaridad insoportable. Cuéntame tú.

JAIME:

Pues yo puedo contarte que el refranero popular encierra una gran sabiduría.

CAROL:

Y con toda esa información, esperas que saque conclusiones.

JAIME:

Mejor te lo cuento cuando regreses, que no quiero causarte un impacto en tu estado.

CAROL:

En mi estado la intranquilidad es mucho peor, así que ya lo estás soltando.

JAIME:

¡Huy, te veo muy mandona! Las hormonas, claro. Bueno, pues ahí va, pero que no se diga que no te lo he advertido: “La mancha de una mora con otra mora se quita”.

CAROL:

Eso significa que lo de Pablo no tiene arreglo.

JAIME:

Patricio lo ha dado por perdido, y si él lo dice...

CAROL:

Cuánto lo siento, Jaime.

JAIME:

Tranquila, ya he llorado todo lo que tenía que llorar. Ahora: “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”.

CAROL:

Entiendo. ¿Y quién es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti?

JAIME:
Por favor, no cantes.

Estalló en carcajadas. A Jaime sólo le gustaban las canciones cantadas por Cristina, decía que tenían una magia que sólo ella con su voz podía imprimir en cada palabra.

JAIME:
Esta vez me he decantado por el sector servicios.

CAROL:
Concreta.

JAIME:
Verás... te contaré la historia...

Ahogó la risa y encendió un cigarrillo.

JAIME:
Acompañé a mi exsuegra (qué raro me suena eso) al aeropuerto, y en el viaje de vuelta en el taxi recibí un mensaje de un abogado, el abogado de Pablo.

CAROL:
¿Ha pedido el divorcio? ¿ÉL? ¡Qué cara más dura! Cuando le vea no sé si podré contenerme, te lo advierto.

JAIME:
No te alteres, que no es bueno para ti. Menos mal que ya hice lo que tenía que hacer con el dinero. Bueno, vamos a lo importante. Pues resulta que cuando las lágrimas llegan, llegan, y lo demás te lo puedes imaginar.

CAROL:
¿Con el taxista?

JAIME:
Con el taxista. Pero que conste que la culpa la tiene mi suegra.

CAROL:
¡Ja, ja, ja! ¿Tu suegra?

JAIME:
Con todo lo que me ha contado de sus movidas juveniles ha sido como ver un Cincuenta sombras en vivo y en directo, y claro, me ha puesto la libido por las nubes. ¡Es todo culpa suya! Además, estaba necesitado de contacto humano, ¿entiendes?

CAROL:
Claro que te entiendo, mi pichurrín.

JAIME:

¡Ay, no me llames así, que me da mucha ternura!

CAROL:

¡Ja, ja, ja!

JAIME:

Ahí va la ficha... Manuel, orensano de nacimiento, pero canario de corazón; Cris tiene razón: las islas tienen magia. Vivió allí muchos años y no ha podido olvidarlas. Divorciado, cuatro hijos (es la única pega). Sabe escuchar y sabe consolar. Me consoló como nadie nunca me había consolado (tú sí, cariño, pero a tu manera, no a la suya). Dimos rienda suelta a la pasión y a la compasión (qué curiosas estas dos palabras, ¿verdad?) en el Motel de las Cancelas... Por cierto, tenemos que hacer un reportaje sobre ese establecimiento, ni te imaginas la de coches conocidos que vi en su aparcamiento.

Las luces exteriores ya se habían encendido cuando entró en su despacho. Del tercer cajón sacó la carpeta, la colocó sobre la mesa y tamborileó los dedos sobre ella. Estaba gastada, había sido abierta y cerrada muchas veces. Encendió un puro y mientras el tabaco se consumía e inundaba el despacho con su aroma, revisó una a una las fotografías; recuerdos de una vida que ya estaba muerta, que siempre había estado muerta, lastres que le habían impedido volar libre por los cielos, cadenas.

Una hora más tarde, dio por finalizado el velatorio y comenzó el entierro. Guardó las fotografías en la carpeta y se acercó a la chimenea, la colocó en el hueco y acercó una cerilla a la esquina, el fuego prendió y la invadió por completo, convirtiendo en cenizas lo que cenizas había sido todo aquel tiempo. Un trozo de su vida, de su alma y de su ser desapareció para siempre. Y es que, hay recuerdos a los que hay que prenderles fuego a tiempo.

—¡Hola, papá! —dijo Charles, entrando alegremente en el despacho, seguido de sus hermanos—. ¿Una copa antes de cenar?

—Sí, gracias. Me vendrá bien.

—¡Huy, huy, huy! ¿Quemando secretos? —rio Patrick, mirando la chimenea.

—Papeles viejos... —dijo, moviendo la mano en el aire para quitarle importancia—. Nick, tengo que hablar contigo. Se trata de tu novia.

—Eso me huele a sermón —rio Charles, preparando las copas.

—He estado hablando con ella y estoy muy pero que muy preocupado.

—¡Ay, Dios! —exclamó Patrick, ahogando la risa.

—Desde su llegada a esta casa ha desestabilizado a todos los miembros de la familia, ¡Lisa incluida! —Patrick estalló en carcajadas—. ¡Y tú, no sé de qué te ríes, eres el menos indicado para hacerlo, has abandonado la abogacía!

—No la he abandonado, papá...

—¡No me interrumpas! —gruñó, cogiendo la copa que Charles le tendía y sentándose—. Vuestra madre ha perdido la compostura, ¡se ha vuelto una rebelde! Lisa hace unas preguntas intolerables para la edad que tiene. Y Maggie... ¡Oh, Maggie está más desatada que nunca! Se pasa las noches de fiesta en fiesta haciendo lo que no debe.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Charles.

—Mis informadores me dan buena cuenta de sus correrías.

—¿La estás vigilando?! —exclamó Patrick, escandalizado—. ¡Por el amor de Dios, papá!

—No seas melodramático. Es mi responsabilidad y mi obligación, ¡cuando tengas hijos ya lo comprenderás!

—¿Qué le has dicho a Carol, papá? —preguntó Nick, preocupado.

—¡Oh, tranquilo, he sido muy cortés con ella! Aunque debo decir que ella no lo ha sido tanto conmigo. ¡No, Señor! —Sacudió la cabeza—. Bien es cierto que le pedí sinceridad, pero, aun así, el modo en que las latinas utilizan el lenguaje de manera tan directa es algo que nunca deja de sorprenderme.

—Ve al grano.

—Le he preguntado por qué no quiere casarse contigo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque es mi obligación, y porque no lo entiendo.

—¡Joder, papá! —gruñó Nick, tomándose la copa de golpe.

—¿Y qué razones te ha dado? —preguntó Charles con curiosidad.

—¡Eso es lo peor de todo! Dice que no se quiere casar contigo... ¡Por mi culpa!... ¿Os lo podéis creer? Me ha dicho, y cito palabras textuales: “Nick es igual que usted y temo que con los años se vuelva tan egoísta e intransigente como usted”... ¡Increíble, YO intransigente!

La ciudad del viento hizo honor a su nombre. Comenzó a soplar con la caída de la tarde y ya no pararía en toda la noche. Sentada en el jardín de Grace, a modo de despedida, observaba cómo las ramas de los árboles centenarios aguantaban aquellos envites; la fuerza estaba en las raíces. Sonrió. Las suyas no eran tan frágiles como creía, habían resistido bien las sacudidas de la vida. Sus ojos recorrieron el jardín, que rebosaba de color y alegría, aunque en aquellos vericuetos se escondían muchos miedos, muchos amores, muchos secretos y muchas mentiras, como en el alma humana, donde

hay lugares apartados con letreros que dicen: “Privado, no entrar”, e incluso en alguno pone: “Peligro”. Pero en la vida hay que correr riesgos; no podemos encerrarnos en una burbuja para que nada nos dañe, porque la vida también está fuera, no sólo dentro. Había llegado allí sintiéndose morir, pero en su cuerpo no estaba la muerte, sino la vida. “Ante la Ciencia, la vida”, las palabras de la abuela la hicieron sonreír, los que han vivido mucho saben bien lo que es la vida. “A veces va lenta, a veces deprisa, y a veces da un vuelco y lo pone todo patas arriba, por eso quiero que elijas bien a tu compañero de vida, no cualquier hombre vale para compartirla. Donde el corazón te lleve, ahí está tu vida. Debes ser de quien te valore. Entrega tu cuerpo a quien lo acaricia. Y regálale tu corazón a quien lo sueñe, no a quien lo pise”. En una preciosa playa de arena blanca y fina encontró su destino, rodeada de la brisa. Como únicos testigos: los delfines, las gaviotas y las almas de los muertos arrastradas por las olas hasta la orilla. Allí estaban sus raíces, allí los que más quería, velando aún por ella, porque los que se van siguen estando en nuestra vida, el recuerdo de sus sonrisas nos hace sonreír, hasta nos hace sonreír el recuerdo de sus regañinas, y sus consejos nunca se olvidan; sus palabras nos tranquilizan.

La glorieta adoquinada se convirtió en improvisado andén. Uno tras otro, los miembros de la familia McCarthy les despidieron con emoción, salvo uno, que no podía disimular su enorme alegría. Mientras las Nanis se deshacían en lágrimas, mimos y caricias, el senador se mostraba más ufano que nunca viendo cómo la española desestabilizadora desaparecía de su vida.

—¡Caray, Nick! ¡Qué contento estaba tu padre! —rezongó, cuando se acomodaron en el avión—. Y ni se ha molestado en disimular.

McCarthy estalló en una carcajada tan bonita que atrajo hacia él todas las miradas femeninas. Los codazos volaron entre las auxiliares de vuelo.

—Nena, reconoce que se lo has puesto bien difícil.

—¿Yo? —exclamó asombrada—. ¿Y qué culpa tengo yo de que sea tan estirado? Lo que no consigo comprender es por qué tu madre se lo permite. No esperes que yo haga lo mismo.

—No me vas a pasar ni una, ¿verdad? —Acarició su mejilla.

—Ni media —rio, dándole un rápido beso—. ¡Ojito con las azafatas, que se han puesto muy nerviosas!

La risa de Nick inundó el avión y puede que incluso medio aeropuerto; la intensidad de su voz era algo digno de estudio, tanto cuando estaba enfadado como cuando estaba contento. Le miró con dulzura: aquella risa se le metía dentro, recorría su cuerpo como un nutriente más de su sangre, saludando alegremente a sus órganos internos, a las neuronas de su cerebro, y ahora también a la habitante de su vientre y de sus sueños. Se acarició la tripa. Allí estaba el fruto de su amor, el fruto de su deseo. ¿Cómo había podido sobrevivir a tanto desconcierto? Era fuerte, como su padre, tenía su temperamento, sus ganas de luchar y salir adelante, no se detenía ante nada, se trazaba un objetivo y a por él se iba sin importar lo que encontrara en medio. Las palabras susurradas por Nick entre las sábanas aquella madrugada, regresaron a su mente: “No tengas miedo, amor, yo te cuidaré. Y sobre lo del trabajo, déjalo de mi cuenta, nena, yo me ocuparé. Todo saldrá bien. Los obstáculos en la vida hay que saltarlos, sortearlos, apartarlos a

patadas o a bocados, pero superarlos siempre”.

—Nick, he estado pensando que...

En aquel momento tan trascendental, una de las auxiliares de vuelo decidió acercarse al guapo americano para comprobar un cinturón de seguridad que no necesitaba de comprobación alguna. Le regaló al hombre de los ojos negros unas diez sonrisas, así como palabras que Carol no entendió pero que espolearon su adrenalina como los antiguos romanos espoleaban a los caballos de sus cuadrigas, la sintió cabalgar desaforada por su torrente sanguíneo, produciendo en su cabeza una concatenación de explosiones que nada tenían de divertidas.

—¡Ay, Dios mío, esto no puede ser! —bufó, sacudiendo la cabeza cuando aquella preciosa mujer se marchó por el pasillo.

—Nena...

—¡Esto no puede ser, Nick, esto no puede ser!

—Yo no he hecho nada.

—¡Ya lo sé, no hablo de ti, hablo de mí! —dijo, cogiendo un catálogo que reposaba en el compartimento del asiento delantero y abanicándose—. ¡Este descontrol hormonal me está matando, me está destrozando la vida! ¿Y voy a tener que estar así los próximos meses? ¡Nicki, sentir celos es lo más horrible del mundo, es una sensación horrorosa, y yo no quiero sentirla!

—Yo te quitaré los celos, a base de caricias —susurró en su oído, tomando su cara en la mano y besando su mejilla—. Eres el amor de mi vida... Contigo está mi alma y mi cuerpo, los latidos de mi corazón, mi futuro, mis sueños, todo mi deseo... y mi hija.

El avión comenzó a moverse lentamente, tardó una eternidad en llegar hasta su pista, daba vueltas y más vueltas, como si no encontrase la salida. Cuando por fin entró en pista abierta y se apagaron las luces de cabina, el viento arreció, como queriendo compartir aquel momento de despedida.

—¡Ay, qué miedo tengo! No te rías, por favor, no te rías.

—¿Qué querías decirme antes?

—Ahora no...

—Cuéntamelo, nena —sonrió, entrelazando sus dedos.

—He estado pensando que... saber idiomas es muy importante. Jaime siempre lo dice, y mi padre también lo decía, que los idiomas te abren las puertas del mundo.

—Yo te enseñaré a hablarlo.

—¡Oh, no hablo de mí, lo mío ya no tiene remedio! Hablo de Caroline. —

Nick la miró, frunciendo el ceño—. Caroline, nuestra hija.

—¡Oh, Señor! ¡Caroline!

Posó sus labios sobre los de ella, con el beso más ardiente, mientras los motores rugían, la velocidad aumentaba y el avión despegaba del suelo. Dio bandazos a diestro y siniestro hasta que alcanzó una altura en la que se estabilizó, provocando el suspiro aliviado de los pasajeros.

—¿Te gusta el nombre, Nick?

—Me encanta —sonrió, regalándole una mirada que era una caricia—. No podrías haberlo elegido mejor, nena.

—Y, además, a tu padre le gustará. ¡A ver si así me lo gano! —sonrió traviesa—. Bueno, pues he pensado que sería bueno para ella aprenderlo desde pequeña, así que... no me quedará más remedio que pedir la baja en el periódico.

—¡Oh, amor! ¿Estás segura?

—Tú lo dejaste todo por mí, ahora lo haré yo, por ti, por mí y por ella. —Acarició su cara, dejando en ella todos los besos—. Claro que a tu padre le dará un infarto cuando nos vea aparecer. No se lo digas todavía.

—¿Quieres que descanse una temporada? —rio—. Te apiadas de él.

—No creo que vaya a descansar mucho, la verdad —ahogó la risa—. Van a ocurrir algunas cosas, Nicki.

—¿Qué cosas?

—Mejor te las cuento cuando lleguemos a casa. No quiero darte el viaje, que son muchas horas.

—¡De eso nada! Cuéntamelo.

—Pero...

—Que me lo cuentes.

—Está bien... Tu padre vive en su propio mundo, un mundo un tanto extraño para mí, pero su mundo al fin y al cabo y...

—Carol, no des rodeos. Cuéntamelo ya.

—Él cree saberlo todo de todo el mundo, pero no es cierto. La vigilancia que le ha puesto a Maggie no sirve de nada, porque la astucia de la rama femenina de tu familia va por delante. ¡Qué contenta estoy de que sea una niña! —dijo, haciéndole estallar en carcajadas—. Maggie se ha enamorado, pero...

—Pero...

—Pero no tiene ninguna intención de pasar por el altar, más bien al contrario.

—¿Qué significa eso?

—Se van a fugar.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gruñó, frotándose la barbilla—. ¡Pero qué necesidad hay de eso en pleno siglo veintiuno!

—Nick, el romanticismo no conoce de fechas. Además... a Giovanni le da mucho miedo tu padre.

—¿Giovanni?

—Giovanni Campanella. Ha tenido una vida una tanto... intensa. ¡Vamos, que no va a ser del agrado de tu padre... ni en mil vidas que viviera! Si a mí no me puede soportar, a él ya ni te cuento.

—¡Ay, Dios!... Has dicho “cosas”, ¿qué más?

—Bueno, no todas tienen que ser malas, ¿eh? Cris siempre dice que hay que mirar al lado positivo y...

—¿Qué más, Carol?

—Las Nanis me han dicho que tu padre encontró el libro que le regalé a Lisa. ¿Sabías que registra su habitación? ¡Increíble!

—¿Qué libro?

—Compréndelo, Nick, tenía que hacerlo. La niña tiene muchas dudas y tu madre está tan ofuscada con sus problemas maritales que no tiene tiempo para ella y...

—¿Qué libro, Carol?

—Un libro... sobre sexo.

—¡Joder!

—No sé por qué te pones así, lo ha escrito un médico.

—¿Y el lado positivo es...?

—Tu padre, aunque lo disimule, es curioso por naturaleza, así que espero que lo lea, ¡le hace mucha falta!

—¡Oh, nena, pero ¿qué voy a hacer contigo?! —rió, tomando su cara entre las manos y mirándola divertido.

—¿Quererme?

El sonido de los cascabeles se mezcló con sus risas, y sus bocas se fundieron en un beso sin final.

Cuando se quedó dormida, sacó del bolsillo interior de su americana el colgante. Lo movió entre los dedos, separando las alas. El orfebre había hecho un buen trabajo grabando alrededor de la esfera las palabras pedidas: “Eres la alegría de mi vida”. Lo colocó con suavidad en su cuello, dejando sobre su cabeza la más dulce caricia.

En un avión que había emprendido el vuelo contra viento, no a favor, como despegan todos los aviones, como la misma vida nos hace despegar, luchando contra las adversidades, poniendo a prueba nuestra resistencia, nuestro autocontrol, Carol aspiró profundamente el aroma del hombre que le ponía alas a su vida, que la hacía volar... “En la vida son muy importantes las agarraderas”. Allí estaban las suyas, allí estaba la mejor: un hombre de piedra que la mantenía a flote contra viento y marea, que la amaba con la misma suavidad con que el viento acaricia la arena, que mirándose en sus ojos veía su alma entera... Un hombre de verdad... Un hombre que valía la pena... Un hombre de los pies a la cabeza.

¿FIN?